LA DANZA DE LA SERPIENTE

PILAR RUIZ



Un terrorista con una misión suicida. Una famosa bailarina de danzas exóticas. Una idealista empeñada en conseguir el voto para la mujer. Un escritor de cuplés siempre enamorado. Y un espía. O más.

En el mundo soplan vientos de guerra.

En Santander, la vida es un baile de máscaras en el que el amor y la muerte van de la mano.

Ese verano de 1914 llegan a Santander dos forasteros: Julia Doncel, una joven dispuesta a convertirse en una heroína del sufragismo, y Rafael, un anarquista andaluz que nunca ha visto el mar y que también tiene una misión que llevar a cabo. Sin embargo, los propósitos de ambos se ven entorpecidos por la aparición de un alocado grupo de artistas encabezados por Álvaro Retana —el escritor más guapo del mundo— y la diva de la danza exótica Tórtola Valencia, sobre quien recae la sospecha de ser una espía al servicio del Almirantazgo alemán.

Revolucionarios y aristócratas, espías internacionales y policías implacables, escritores que quieren ganar el premio Nobel y un rey aficionado a la pornografía; prostitutas, cineastas y equívocas reinas del cuplé se encuentran en un baile de máscaras de intrigas y ambiciones, pero también de deseo y amor. La vida es una comedia y una tragedia, un *cabaret* donde, en el verano de la locura y de la guerra, el mundo entero baila la danza de la serpiente.

Pilar Ruiz ha creado una narración poblada por acontecimientos y personajes históricos que sin embargo no es una novela histórica al uso. En *La danza de la serpiente*, los personajes y los géneros no solo se tocan, sino que se besan —incluso se aparean—, para crear un relato irónico, de humor irreverente, con un estilo chispeante y una frescura desvergonzada, como salido de un *cabaret*. Pero también es el retrato de una sociedad y de una época que revela una abrumadora actualidad.



Pilar Ruiz

La danza de la serpiente

ePub r1.0
Titivillus 22.10.2024

Título original: *La danza de la serpiente*
Pilar Ruiz, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A W. L.

Prólogo

Santander, verano de 1914

Hacían jirones la noche. Las carcajadas subían por la calle en cuesta, abandonada y oscura, en un grito de desafío a todos los miedos. Enviados de la imaginación y del deseo, con cada paso, cada risa, cada beso, querían demostrar que la realidad es solo una ilusión.

—¿Alguien sabe adónde vamos? —dijo Tórtola.

Álvaro reía.

—¡Es un misterio!

El Dragón. Este era el nombre del *cabaret* de moda. Corrían sobre él mil historias de orgías, suicidios, bancarrotas y desmesuras cocidas entre sus muros. Un nombre susurrado por las máscaras respetables o cínicas que invitaban a dudar de su misma existencia. Pero el lugar existía, como bien sabían las almas frecuentadoras de aquel inframundo. Luego de un intrincado dédalo de callejas sucias y oscuras de pedradas a farolas, había que bajar una cuesta arrabalera ceñida por los muros de un colegio de curas; las melenas llorosas de los sauces escolapios arrojaban sobre la calle sombras exóticas durante el día y dramáticas al caer la noche. El destino carecía de rótulo anunciador, pero no importaba: allí estaba la antigua bodega de contrabandistas y piratas abarloada entre almacenes de aparejos y el portal de una pensión de mala nota.

—Es esa luz que se ve allí —anunció el marqués.

—¡Menudo tugurio! —dijo alguien del grupo.

—De los que tanto te gustan, ricura —contestó Alvarito.

Guardaba la puerta del garito un cancerbero coruñés de dimensiones herculanas, quien les permitió el paso a sus dominios. Al atravesar un estrecho pasillo encontraron a Caronte en la forma

de una jovencita un poco bizca que atendía el guardarropa. Tras el correspondiente óbolo, bajo una luz rojiza que lamía la oscuridad sin despejarla, recorrieron un pasadizo descolgado en una escalera angosta y torcida. Entonces, bajo una nube áspera de mil tabacos, de ruido, de voces y de música, apareció el salón del club repleto de una humanidad bullente y apretujada, como en las calderas de Pedro Botero. El patio de butacas de un pequeño teatro a la italiana estaba ocupado por mesas y sillas, camareros y corrillos de personas hasta el pequeño proscenio situado al fondo: el interior del escenario quedaba tapado por un telón de terciopelo añejo. Al otro lado, tras un mostrador de cinc heredado de una tasca, un barman servía a la concurrencia. El espacio enmarañado se perdía entre recodos de tinieblas y los reservados del piso superior, a los que se accedía a través de un tramo de peldaños disimulados tras una puerta junto al mostrador.

Nada era lujoso sino más bien destartalado, incluso cochambroso. Entonces, ¿cuál era la razón por la cual, noche tras noche, un público variopinto atestaba el local? Sobre eso nadie lograba ponerse de acuerdo. Algunos decían que allí la alcurnia se codeaba con el pueblo llano sin que a nadie le pareciera inapropiado, y que este rasgo interclasista era uno de los grandes atractivos de El Dragón. Lo cierto es que había un algo de festivo y liberador en esta revolucionaria concupiscencia de los estamentos sociales, quizá presagio de futuras y repentinas rotaciones en el Antiguo Orden que gobernaba el mundo.

El *cabaret* albergaba por igual a señoritos calaveras y balleneros de Magallanes que pedían a gritos champán francés para invitar a rufianes recién salidos del penal, entre una coruscante fauna de periodistas, artistas y escritores espumosos, rientes, arrastrando con ellos a los esclavos de la moda. Por si esto fuera poco, en los últimos tiempos se había incorporado a esta taxonomía una Babel de diplomáticos franceses y aristócratas germanos, italianos, serbios, húngaros e incluso turcos, unidos por las ganas locas de gastar divisas y pasarlo en grande, capaces de pagar cantidades astronómicas por una mesa junto al escenario. Mezclados con ellos, noctívagos burlangas, dipsómanos, chorizos, toxicómanos, chaperos, matuteros y alcahuetas, reunidos todos para expoliar al incauto.

Un neófito muy fino dijo:

—¡Superior! ¡Al estilo de los locales apaches de París!

—¡Bah! Ni tanto… —contestó otro, que se preciaba de viajado.

—Oye, mira: ¿no es ese Alfonsito Vergara? En el grupo de los de la embajada portuguesa, con esa morena despampanante.

—Chico, no veo nada: aquí no cabe un alfiler. Vamos a tomar algo. ¿Champán?

—¿Cuándo empiezan los cuplés? —dijo otro, sacando la cabeza entre la gente—. No veo la hora de que canten *La Pulga*.

Los dos más achispados se pusieron a cantar.

Ay, señores, por favor,
¿quién me quiere desnudar?
Una pulga sin pudor
me recorre por arriba, por abajo,
por delante y por detrás.
¿Quién me la coge? ¡Pobre de mí!

Los cuplés estaban de moda: la calidad de música, letra o habilidades canoras de la intérprete no importaban demasiado; toda la gracia estribaba en que la moza que buscaba un imaginario insecto entre sus carnes rollizas, al final de la canción quedara en cueros vivos.

Al calor del decadentismo modernista, la nueva religión profana de la sicalipsis —el culto a la picardía erótica— captaba adeptos a raudales con éxitos cupleteros como *La llave, La vaselina, El higo, La regadera, La gatita blanca* y muchos otros títulos picantes. El ideal voluptuoso encarnado por las más famosas cupletistas y sus destellos fingidos de lentejuelas, lunares pintados y perlas de pega, con su andalucismo forzado y su exotismo de postal, inspiraron a los «imitadores de estrellas». La admiración por las reinas del cuplé alcanzó también a sus reflejos en un espejo invertido. Llamados con poética precisión «artistas de la transformación» o «transformistas», se hicieron tan famosos como el francés *Monsieur* Bertin; el desopilante *Dorian*; el fantasioso Luisito Carbonell e incluso el más famoso de todos, Egmont de Bries, un carta-genero que en su partida bautismal respondía por Ascensio Marsal. Todas estas estrellas pasaban por el tablao de El Dragón.

—Es de mal gusto…

—¡Pues yo lo encuentro de lo más *flamboyant* y moderno!

Como los originales, las copias también tenían su pléyade de admiradores con el corazón roto de amor: entre actuación y actuación, los sinuosos camerinos y reservados albergaban los secretos mejor guardados por estos mixtificadores. Sin ir más lejos, Paquito Núñez *la Antequerana* era la mantenida de un diputado azote de liberales, mientras que Esperanza *la Piconera*, también llamada Antonio Borrego, animaba las noches de un distinguido miembro de la Real Academia. No era raro encontrar entre estos adeptos que habían perdido la chaveta por una venus metamórfica, a encopetados funcionarios del Gobierno o a padres de familia numerosa, misa diaria y adoración nocturna.

Todas estas circunstancias y aun otras hacían de El Dragón una meca para los ambiguos: mujeres que parecían hombres —pelo corto, frac, monóculo—, hombres que parecían mujeres —pintados y maquillados, luciendo plumeríos descocados— e incluso aquellos que ni lo uno ni lo otro o quizá todo lo contrario.

—No hay más que degenerados. ¡Es un escándalo! —proclamó un moralista despistado.

—Cosas del recién nacido siglo XX… —contestó alguien a su lado.

Uno, ya muy achispado, intentó propasarse con una señorita provocando un pequeño altercado que acabó cuando el borracho pidió disculpas. Nadie de los presentes hizo aspavientos: estas desmesuras resultaban un divertimento más.

Luz en las candilejas. Surge tras el telón el maestro de ceremonias, cara blanca pierrotesca, ojos de fantasma adicto. El bullicio cesa.

—Bienvenidos, señoras y caballeros… *Enchanté*… Estamos encantados de tenerlos aquí… *Bienvenus*… *Willkommen*. ¡Bienvenidos al Dragón! ¡Dejen fuera sus problemas! ¡La vida es maravillosa!

Como un fauno embutido en el frac, el *showman* salta hacia el público. Hay aplausos, risas, bromas. Algunos borrachos lo abrazan, él besuquea a un hombre gordo y se asoma al escote de una mujer. Crecen las carcajadas. Vuelve a su lugar, sobre el escenario. Gestos desmesurados, grandilocuentes.

—¡Todo aquí es excepcional! ¡Música! ¡Magia! ¡Artistas como

nunca han visto! Y quizá más, mucho más… ¿Quién sabe qué sorpresa podrán encontrar en El Dragón?

Como si esa última frase fuera el pie para la entrada de un actor en escena, el nuevo grupo irrumpe en la sala. Entre las chaquetas negras de esmoquin de los caballeros destaca una figura femenina envuelta en un vestido de terciopelo blanco, un hombro desnudo sobre el que resbala la piel moteada de un jaguar, también albino. La diosa —eso es lo que parece— lleva un turbante a juego sujeto con brillantes engarzados en forma de fantástica estrella de mar. Posada sobre su frente parece aún viva, retorcida con dolor de mariposa atravesada por el alfiler de una larga pluma de pavo real. El ojo panóptico de la pluma tiembla y vigila sobre las cabezas de cada uno de los presentes.

—¡Qué belleza!

—Pues yo encuentro que no es para tanto…

—Qué envidiosa eres, Fanny…

—El jovencito que la lleva del brazo es Álvaro Retana, el escritor… ¡Vaya grupito de modernistas!

—También va con ella el marqués de Argüeso…

—Todo el mundo sabe que tienen un *affaire*. Dicen que la tía de él, la condesa, les impide casarse.

—¿Casarse el marqués? ¡Anda, no me hagas reír!

—Pero ¿ella no estaba de gira internacional? ¿Cómo es que ha vuelto a España?

—Por lo visto su *tournée* ha sido un fiasco.

—¡Maledicencias!

—Nadie lo sabe: es un misterio.

—Estáis *in albis*: Tórtola es el nuevo capricho de nuestro querido Rey; es él quien ha mandado llamarla y ella ha tenido que abortar su gira por Europa… ¡Bueno es Alfonso!

—¡Rumores!

El maestro de ceremonias, con ademán de títere, pide silencio:

—Señoras y caballeros… ¡Atención! Atención, por favor… Tenemos el placer de anunciar que se encuentra entre nosotros alguien que ilumina con su sola presencia este modesto lugar de esforzados artistas. Hoy cumplimos un sueño: el de poder rendir homenaje a la renombrada estrella internacional, diosa del arte de Terpsícore, musa de poetas, de genios, la magnífica, la

inigualable… ¡¡¡Carmen Tórtola Valencia!!!

La ovación de los asistentes rebota en los muros abovedados de la antigua bodega, conmoviendo hasta a los huesos de los piratas que sirven de cimientos.

—¡La más grande!

—*Bellissima!*

—¡Unas palabras!

—*Come on!*

—Eso, eso…

—¡Sí, que hable!

La diosa se digna dirigir la palabra a los simples mortales.

—Queridos amigos: hoy, recién llegada de mi gira europea… —tiene un ligero acento extranjero y habla sin casi abrir los labios—… me presento no ante nobles ni reyes, sino aquí, junto al público al que tanto amo…

Murmullos.

—… en el lugar donde se reúnen aquellos que son mis amigos queridos, mis hermanos y hermanas en el Arte…

Las discretas persianas venecianas de uno de los reservados se entreabren; un policía secreta ficha mentalmente a algunos de los presentes; la Antequerana sufre un vahído por la impresión de estar junto al ídolo; los traficantes de drogas hacen cuentas; una cocota suelta una risa floja al sofaldarla una mano desconocida y un guapo mexicano clava los ojos negros como toriles en Tórtola: «Me he de comer esa tuna aunque me espine la mano».

La bella sigue hablando a su público.

—… tenía que venir a este teatro lleno de talento y de hermosura, el lugar al que pertenezco; porque yo, Tórtola Valencia, soy también teatro, como cada uno de vosotros, de vosotras. Gracias, gracias… Estoy emocionada…

—¡Que baile! —grita alguien.

Ella niega con la cabeza y su sonrisa ilumina a los presentes rivalizando con las candilejas. Hace una reverencia con el donaire de una sultana y el aplauso se vuelve estruendoso, saltan los tapones de las botellas de champán, se gritan bravos, olés y otras interjecciones en idiomas desconocidos. Y ya no hay nombre, sexo, origen ni bandera, confundidas todas las identidades en un intercambio de máscaras menos terribles que los rostros verdaderos.

Después, se abre el telón.

Buscadores de emociones

Cuando Julia bajó del tren, molida por tantas horas de traqueteo y cubierta de carbonilla, no pudo ver cómo Rafael salía también de su vagón de tercera clase, con la gorra de obrero calada hasta los ojos esquivos.

Tampoco él la vio a ella, a pesar de haber compartido tren desde Madrid, ni cuando estuvieron a punto de tropezar, ni mucho menos cuando ambos se sobresaltaron —señal de cierta sensibilidad excesiva propia de individuos soñadores— al resoplar la máquina con estrépito y expulsar el vapor de sus tripas metálicas.

Ambos deseaban confundirse entre el gentío que ocupaba los andenes de las dos vías, el vestíbulo y la entrada de la estación en una algarabía de feria. Julia y Rafael, desconocidos el uno para el otro, señorita una y menestral el otro, separados por la clase como los vagones de transporte ferroviarios, compartían sin saberlo un mismo estado de excitación y de incertidumbre: el provocado por la ocultación. Con la atención puesta en salir de la estación cuanto antes, hurtaban su presencia a miradas suspicaces. Porque ambos tenían un secreto que ocultar.

Como decíamos, Rafael pasó casi rozando a Julia cuando ella se paró ante un mozo de cuerda que, con la soga arrollada al cuerpo y colgándole por la espalda humillada el gancho de llevar la carga, se prestó a llevarle las maletas. La señorita era su última opción tras perder un par de clientes de apariencia más sabrosa: el oficio de mozo era altamente competitivo, siendo los más aptos, jóvenes y fuertes, quienes cobraban las mejores piezas, y todo para llevarse un duro diario en el mejor de los casos. Con resignación, Celedonio, el mozo, lanzó un vistazo sobre la muchacha, no le hacía falta más: eran muchos los años analizando a sus clientes con perspicacia digna de un frenólogo, cual Cesare Lombroso de los portes. «Baúl pequeño, trajecito de maestra, canotié de a duro y bolso de mano

que agarra y no suelta: o séase, señorita de buena familia sin posibles. Y, por demás, desconfiada. No hay propina de seguro… ¡Vaya día llevas, Cele!»

Celedonio se echó a los lomos el baúl de la señorita y preguntó con un gruñido:

—¿Adónde?

Julia dio, sin consultar el papelito arrugado que apretaba dentro de un bolsillo, una respuesta rápida, aprendida de memoria y en voz queda. Convenía no fiarse de nadie, ni siquiera de un tipo tan insignificante como el mozo. Intentó aparentar seguridad.

—A la pensión de doña Úrsula Pérez, en la calle Alta, número 30.

«La madre que te parió. No, sí… ¡Vaya día llevo!», repensó el Cele.

—¿Está muy lejos?

—No… Lo que está es cuesta arriba.

—¿Cuesta arriba?

—Señorita, esto está lleno de cuestas.

Echó a andar sin esperarla, con resistencia y agilidad asombrosas. Julia le seguía a duras penas, sorteando viajeros y otros mozos cargados tirando de carros atestados de equipaje.

—Oiga, ¿cuánto cobra?

—Peseta y media.

—¡Qué barbaridad!

—Todo sube. Como las cuestas —sentenció el viejo mozo.

—Dejémoslo en una peseta. Acaba de decir que no estamos lejos. No intente engañarme…

«Una cutre. Lo que yo decía».

—… ni piense que soy tonta. ¿Pretende aprovecharse porque soy mujer? —Julia dijo esto con un tono que creía conminatorio y luego se mordió la lengua, arrepentida.

Celedonio se paró en seco y una cara de gárgola salió de debajo del baúl. Aun con la espalda sojuzgada por el peso, los años de carga y la apariencia de quelonio, su sentencia sonó definitiva.

—Pa'usté y pa'el «sumsumcorda» es peseta y media. Y si no está conforme aquí le dejo el bulto.

Julia dudó, y eso que no era mujer a quien las dudas asaltaran de continuo. Más bien, todo lo contrario.

—Bueno… de acuerdo. Pero sepa que no estoy dispuesta a tolerar ni por un momento…

Y se quedó con la palabra en la boca, porque Celedonio ya se dirigía a buen paso hacia la salida de la estación, dejándola atrás y obligándola a correr tras él sujetándose el sombrerito canotié para que no saliera volando.

Mientras tanto, Rafael había tenido que aminorar su marcha: divisaba entre el gentío a una pareja de guardias que, parados ante la puerta de la estación, miraban pasar al personal con ojos como centellas. O eso le pareció, obligado como estaba a encontrar una ocasión propicia en la cual salir de allí con discreción. La halló merced a unas señoras muy bulliciosas y cargadas de equipaje a quienes acompañaba un señor orondo que a punto estaba de echar el bofe por el esfuerzo de trasladar toda aquella impedimenta.

—¿Me permiten?

—Gracias, joven, muy amable —dijo rápida una de las señoras, con una sonrisa muy pintada.

El cincuentón cogió aire abanicándose con el sombrero la cara apoplética: no podía ni hablar. Rafael se echó al hombro un pesado baúl con ademán decidido y cargó otra maleta bajo el brazo. La voz de una de las señoras, al verlo, se dirigió a él con un tono húmedo y pastoso. Casi como un lametón.

—Sí que está usted fuerte, pollo… ¿Has visto, Merche, que mozo tan dispuesto?

—Ya veo, ya… No parece que lleves sino plumas ahí dentro. En cambio tú, Anatolio, no estás para muchos trotes. Hijo, qué bajón has dado…

Parapetado el rostro tras la maleta y flanqueado por las dos pizpiretas, transpuso Rafael las puertas de la estación inadvertido por las fuerzas del orden, como Ulises usando las ovejas de Polifemo.

—Déjelo ahí, joven, junto a aquel taxi que nos espera. Y tú, Anatolio, dale una buena propina.

El buen señor sacó la cartera, obediente.

—Una peseta, ¿será suficiente?

—No seas rácano, que el chico bien lo merece. ¡Un duro le daría yo! —Y ponía morritos, caprichosa.

La otra susurró a su vera.

—Sisita, que te pierden estas beldades populares…

—No seas cursi, Merche.

—Pero ¿dónde está ese hombre? —preguntó Anatolio.

—No lo veo… ¿Se ha ido? Sin decir ni adiós. ¡Pues vaya…! —lamentó la señora.

Rafael había desaparecido disolviéndose entre la gente arremolinada ante la estación, el tráfico de taxis y los coches de punto. Anatolio se guardó la cartera, aliviado: una propina que se ahorraba de todas las que iba a gastar durante aquel infernal veraneo.

Lo primero que asaltaba al recién llegado del interior de la Península, era la brisa con olor a mar que se colaba en la nariz y la humedad salada que calaba los huesos. Eso sintieron Julia y Rafael —cada uno por su lado— junto con los miles de visitantes que recibía la ciudad, provinciana y tranquila el resto del año, pero bullente de agitación en ese verano del año 1914. Así había sido desde que los Reyes decidieran trasladar su corte a Santander para estrenar el Palacio con que los generosos habitantes del lugar los obsequiaran, después de una suscripción popular.

Lucía la capital montañesa con el esplendor de los fastos reales, atrayendo a gentes de todo pelaje y condición, desde aristócratas, financieros y gentes de postín habituales de la temporada de estío norteña, a multitud de comerciantes y horteras con ínfulas, deseosos de codearse con lo más granado de la sociedad en un intento de remedar la sofisticación de un Cannes, un Montecarlo o un Deauville, empeñados en mantener el espíritu —agónico ya— de lo que dio en llamarse La Belle Époque (San Sebastián, ciudad rival con más abolengo, no podía mencionarse).

La belleza del paisaje, el clima benigno, el casino, el club de regatas y el de polo, los paseos por el muelle, los baños de ola en sus excelentes playas eran suficientes atractivos, todo ello sin contar las fiestas en los palacios de Comillas, las excursiones al interior montañoso de la provincia y las visitas al balneario de Puente Viesgo. Pero no solo veraneaban en la bella ciudad norteña aquellos elegidos por la fortuna que no deseaban quedarse *demodé*; también estaban esos otros individuos a quienes los cortesanos arrastraban: *maîtres,* mayordomos, institutrices, *chauffers* o mecánicos, camareros, cocineros, reposteros, peinadoras, criadas y doncellas

acudían desde cualquier punto de la geografía con la intención de ser contratados en los nuevos hoteles e incluso en las residencias particulares necesitadas de servicio doméstico durante la temporada alta. Uno de estos obreros especializados en el lujo ajeno podía ganar en un par de meses lo que en otro lugar todo un año, así que el estamento servil solía felicitarse con el cambio de aires de los pudientes.

Sin embargo, Salvador consideraba su veraneo como una incidencia lamentable. Lo cierto es que, a pesar de sus muchos esfuerzos, nunca había tenido suerte a la hora de encontrar empleadores de su gusto: empezaba a pensar que el problema estribaba en sus altas exigencias. Atinar con un caballero soltero, sosegado, con principios arraigados y una vida decorosa, pareciera en estos días un ideal imposible; ya no nacían esos nobles para quienes tan buen servidor hubiera sido… Porque con el señor marqués se sentía un tanto desperdiciado. Aunque don León fuera lo que se dice un *gentleman*, generoso, distinguido, afable y de buen conformar —el propio Salvador era mucho más riguroso en cuanto a la calidad del servicio, propio y ajeno—, adolecía de una notable incapacidad para las cuestiones prácticas, cierta prodigalidad demasiado caprichosa para un bolsillo huero y una propensión hacia las mujeres que a su sirviente se le antojaba poco razonable. Era natural que quisiera vivir rodeado de lujos, al fin y al cabo le habían educado para ello, pero ya le debía más de seis meses de salario y se temía que el dispendio veraniego supusiera más retrasos en el pago de su sueldo.

Mientras encargaba subir las maletas a la *suite* del Gran Hotel —encontrar alojamiento había sido un asunto administrativo de lo más fastidioso— observó al marqués alejarse hacia el cercano paseo playero, sin dejar de reflexionar sobre la astronómica cuenta que el veraneo costaría a las ya muy menguadas arcas de su señor. Y no solo porque le preocuparan sus ahorros: sentía cierta culpabilidad ante la idea de que ese hombre atractivo, aún joven, de aspecto impecable —¡qué bien le sentaban los trajes perfectamente planchados por el propio Salvador!—, ese hombre, decimos, le debiera dinero. El escrupuloso *valet* encontraba este contratiempo como una especie de contaminación en las muy definidas relaciones amo-criado, un accidente incómodo que podría poner en cuestión

las fundamentales diferencias de rango que entre ellos había. Intentó alejar aquella idea de su mente: no era el más indicado para criticar las decisiones de quien por linaje y jerarquía constituía el legítimo depositario del gobierno de sus subalternos. No, no; de ninguna manera.

—Y todo por culpa de esa… de esa… —Salvador jamás decía tacos y pronunciaba el castellano con la excelencia de un heraldo renacentista— … ¡bailarina!

No encontró en su diccionario un improperio peor, pero aquel pensamiento emancipador hasta a él mismo le asustó.

Desconocidos

Julia Doncel acababa de descubrir la maravillosa sensación de hallarse dueña de su destino. El entusiasmo que sentía no había sucumbido ni ante la visión de su alojamiento, aunque oliera a repollo y su dueña pareciera un miembro de la familia de los pinnípedos: doña Úrsula, por la grasa acumulada, los colmillos y los bigotes, asemejaba a una morsa.

Era la primera vez que Julia viajaba sin su familia y dormía en un hotel —es decir, una pensión—, y nada ni nadie podían desanimarla. Impaciente, tras dejar el baúl en su habitación interior con las paredes rezumantes de humedad marina y a la patrona con la palabra en la boca, fue a encontrarse con la ciudad donde debía hacer realidad el sueño que la empujara hasta allí.

Salió de la casa pasando por delante de un modesto comercio —pero con el rimbombante rótulo de «Fábrica de Alpargatas»—, situado en los bajos de la pensión de doña Úrsula. No había dado ni dos pasos más allá de la alpargatería cuando se dio cuenta de que no tenía la más remota idea de cómo orientarse en la ciudad. Con la excitación de la novedad, había salido a la calle sin guía ni mapa. Desde la ventana de enfrente, abierta, brotaba una voz de mujer cantando una habanera. En otra, un poco más abajo, un jilguero le hacía coros desde su jaula de madera colgada de un balcón, entre tendales con la ropa blanca puesta al sol. De cuando en cuando, el nordeste de sabor salado traía tufaradas de un olor acre, casi insoportable. La raba —huevas de bacalao en salmuera con que se cebaban las aguas para la pesca— se acumulaba en toneles a lo largo del muelle.

Era aquel un barrio bullicioso, popular refugio de marineros y pescadores, subido a una alta loma cortada casi a pico sobre los embarcaderos cercanos. Una rampa sinuosa salvaba el enorme desnivel hacia los embarcaderos. Desde allí se veían los muelles y su

incesante trajín de hombres vestidos de azul de mar; algunos subían o bajaban de los botes y chinchorros cargados con aparejos o remos al hombro, vestidos con impermeables de lona encerada. Sus botas de hule con suela de madera golpeaban la piedra de los adoquines haciendo *cloc… rrrr, cloc… rrrr,* como unas castañuelas arrastradas por el suelo. Más allá podían verse las cuadrillas de rederas, desde niñas hasta mujeres ancianas, sentadas a ras de suelo, en sillas pequeñitas a las que les habían cortado las patas. Cosían incansables, nudo tras nudo, rodeadas, casi sepultadas por las redes inmensas que, como una melena de sirena gigante, cubrían todo el muelle.

«Mujeres volcadas en su faena, hombres trabajadores… Buenas y sanas gentes, de un tipismo encantador», pensó Julia.

Dos hembras de manos fuertes y caras rojas estaban de cháchara; una de ellas llevaba un carpancho de sardinas sobre la cabeza, apoyado en un rulo de bayeta. Sostenía con tan admirable equilibrio la cesta plana de varas de avellano que a la señorita forastera le pareció un extraordinario sombrero.

—Señoras, ¿podrían decirme cómo llegar al Sardinero? —preguntó Julia.

—Uy, señoooraaa… Ahora semos señoronas, Mariuca. ¡Jodooó! —Rio la otra.

—¿Al Sardinero vas? Chica… ¡Pues no andas tú despistada! —dijo la tal Mariuca. Tenían un hablar cantarín y socarrón.

—¿Quieres sardinas? Míralas, qué locura de plata… Híncalas el diente y ya verás que cosa rica. Te vendrán de perlas, que estás muy flacucha, tú…

La pescadera bajó la cesta para enseñar la mercancía; chorreaba el agua de los peces, las escamas se le pegaban al pelo; brillaban al sol. Las dos mujeronas reían con carcajadas como relinchos.

—No, gracias.

—¿Me las desprecias, so babiona? —La ogra frunció el ceño.

—No… Es que… No pensaba hacer compras… —se excusó Julia, que ya empezaba a sentir ganas de salir corriendo.

—Jodó, otra que está bruja… —Se daba unos golpetazos en la saya que le retumbaban en las carnes macizas.

—Déjala, Carmen, que ya ves que esta señorita tan fina no es callealtera, no está bien reírse de los forasteros. —Y se dirigió a la

señorita fina—: Mira, guapa: tú estás en la peña del Cuervo y eso de ahí tan pindio, es la rampa de Sotileza. Por aquí no vas al Sardi, por aquí vas haciendo el tarín… Date la vuelta, hacia la torre aquella, ¿ves? Es la catedral. To tieso llegas al paseo de Pereda, verás el gentío y los coches runflar, y allí coges el tranvía. ¿T'as enteráo? Porque no te voy a llevar yo a cuchos.

—M'an entrao ganas de churrar —dijo la sardinera. Y con las mismas se apartó un poco, no demasiado, y abriendo las piernas y, sin levantar la falda, orinó. El regato de pis bajó por entre los adoquines a toda velocidad mezclándose con el agua de mar de las redes y de las cajas de hielo, los charcos rojizos de sangre de bonito y otras inmundicias que Julia no tuvo el valor de identificar. En cuanto pudo reponerse de la impresión, naufragado ya el cuadro idílico en las aguas menores de la pescadera, se alejó a toda prisa.

No le costó llegar hasta la catedral y de allí al bulevar de Pereda, avenida novísima con que el poderío burgués intentaba transformar la villa marinera en ciudad moderna. Advirtió que con solo atravesar un par de calles, el tipismo del barrio pescador desaparecía y el ajetreo y los viandantes eran iguales a los de Madrid o cualquier otra ciudad. Asaltaban al paseante vendedoras de periódicos, floristas y loteras, y la gente paseaba junto al quiosco de música. Julia se detuvo ante la estatua de bronce de Pedro de Velarde; el héroe del 2 de mayo, alzado sobre un enorme pedestal e inmortalizado junto a su cañón, sable en mano, antes de que la bala a quemarropa de un guardia polaco de Napoleón le segara la vida, y luego fue a coger el tranvía, que anunciaba en sus laterales las galletas Fontaneda, igual que en todas partes. Al subir al estribo tuvo que recogerse la falda, dejando al descubierto un trozo recatado de media de seda y los tobillos enfundados en los botines lustrosos: unos mozalbetes con bombachos gritaron requiebros que no entendió hasta que una señora indignada le explicó a qué se debía el guirigay:

—Esos gamberros se ponen ahí, al lado de la parada, para vernos las piernas a las señoras. Como tenemos que subirnos las faldas… Unos cochinos… ¡A pacificar Marruecos, los mandaba yo!

Julia no contestó; observaba el discurrir de la ciudad desconocida y la belleza de la bahía: como un precioso lago rodeado de montañas, donde los barcos de pesca e incluso los

vapores, parecían de juguete. La campanilla del tranvía sonaba para avisar de su paso a carruajes, automóviles y viandantes. La visión desapareció al meterse el tranvía en un túnel y todo se fue a negro hasta que al otro lado se abrió a un paisaje diferente. Casas aisladas, campos verdes, arboledas, jardines, palmeras, palacetes.

—Dígame, ¿es esto el Sardinero? —preguntó a la señora que antes se había mostrado tan indignada.

—¿Va usted a las playas? Entonces, la última parada.

El tranvía bajó una alameda frondosa: allí al fondo, muy cerca ya, estaba la playa. Con el sol, el viento y el olor a mar, Julia sintió una especie de euforia, como si la sangre le bullera en las venas con vitalidad renovada, como si su cuerpo se rebelara recordándole su juventud; eran estos los efectos reconocidos que los médicos describían como terapéuticos al recomendar los baños de ola.

Saltó del tranvía como si fuera a beberse el océano entero y de postre, comerse el mundo. No era la primera vez que iba a la costa: había visitado con sus padres la provincia de Valencia y también Castellón, pero de eso hacía mucho tiempo; entonces no era más que una cría desgarbada con la cara llena de granos y la falda corta. Ahora era distinto.

Apoyada en la balaustrada pintada de blanco del paseo, con el azul marino llenándole los ojos y la brisa rizándole los mechones que se le escapaban por debajo del sombrero de paja con cinta de gro negro, Julia aspiró esa libertad con todas sus fuerzas, llenándose los pulmones y el alma.

Entonces, el travieso viento del nordeste que arrastra las nubes hacia el interior y riza la punta de las olas agitándolas como pañuelitos blancos, sopló sobre su sombrero haciéndolo volar. Echó a correr tras él, subiéndose la falda con una mano, sin importarle enseñar las piernas, revoloteando las enaguas y dando traspiés: aquella moda imperante de las faldas rectas y estrechas no estaba pensada para que su portadora echara a galopar por un paseo. Un turista, cargado con cesta de condumio y sombrilla parasol, vio pasar el sombrero justo por delante e hizo el galante ademán de soltar su flete, pero fue contenido por una voz imperativa.

—¡Anatolio! ¡No te metas donde no te llaman!

—Pero, Merche…

—¡Estaría bueno! Esa descarada va enseñando las piernas…

—Muy galán te veo con las jovencitas… ¡Viejo verde! —espetó Sisita.

El sombrerito audaz continuaba raudo su fuga sorteando los pies de los paseantes inadvertidos, con riesgo de morir atropellado, hasta que por fin, agotado, se posó dulcemente, como un perrillo cansado, sobre unos pies enfundados en piel gris. Unas manos finas, cuidadas por una excelente manicura, recogieron el sombrero desobediente.

—¿Es suyo? Le ha salido rebelde.

Una sonrisa irritante: eso fue lo primero en que se fijó Julia. Esa sonrisa viril de superioridad condescendiente. Sonrisa elegante, extranjera, que flotaba en el aire ajena a su dueño. «Como el gato de Cheshire», pensó. Alto, incluso muy alto; Julia tuvo que levantar la barbilla para mirarle la cara y entonces el sol la cegó. Cogió el sombrero de forma brusca, sin esperar a que el caballero se lo tendiese.

—Gracias.

—No hay de qué.

Julia se plantó el canotié con prisas y sin ningún cuidado, dispuesta a alejarse de aquel hombre. Pero él lo impidió con una sola frase:

—¿Me permite?

Antes de que pudiera negarse, el extraño dio medio paso hacia ella, la envolvió en su colonia con notas de bergamota y cierto rastro de tabaco dulce, y le colocó el canotié con cuidado, de una manera tal que, sin necesidad de espejo, Julia supo que llevaba el sombrero con el estilo más *chic*.

—Así está mejor —dijo él, volviendo a sonreír. Admiraba, satisfecho, su trabajo. Julia no tuvo más remedio que mirarle de nuevo.

Ni muy joven, ni desde luego viejo; de frente amplia, con el pelo rubio algo escaso o quizá solo fino, peinado con atención pero sin esos potingues que dejaban las testas churretosas; los ojos muy claros, casi grises; un delgado bigote casi invisible sobre los labios socarrones y puede que voraces. Vestía un terno de verano como Julia jamás había visto: color marfil o quizá perla. En cualquier caso, un color caro, escaso y distinguido.

—Pero si no lo sujeta, volverá a volar… como una bomba Orsini.

Este canotié es de tendencias revolucionarias, ¿no se había dado cuenta?

—Ya, bueno… He debido de perder el alfiler… con la carrera…

«Pero… qué estoy diciendo, ¿por qué le doy explicaciones?», pensó mientras se mordía la lengua y palpaba el recogido, intentando meter en vereda los mechones insumisos que le caían sobre la cara, buscando el alfiler que sabía no iba a encontrar.

—Algo tan pequeño como un alfiler no debería ser un problema.

Y con un gesto suave, el caballero se quitó el alfiler de la corbata: una lanzadera con una sola perla sujeta por un pequeño brillante.

Julia intentó negarse, alejarse, hacer algo, pero las reverberaciones de la corbata —de qué tono era no podría decirlo, de tan evanescente— y las del traje, así como la bergamota de la colonia debían de tener efectos paralizantes, así que no pudo más que clavar la mirada en el pecho del desconocido mientras él, a su vez, clavaba su alfiler con una pericia sospechosa. Era evidente que sabía manipular la cabeza de una mujer.

—Pero… No, de ninguna manera, yo no puedo aceptar… Esto es algo…

Julia se enfadó. Con él y con ella misma: había notado un golpe de calor en la cara como dos bofetadas; la primera vez en la vida que se sonrojaba.

—No tiene importancia. Si quiere devolverlo tendrá que volver a verme. Me hospedo en el hotel de enfrente, sí, ese mismo. Será un verdadero placer, señorita…

—Doncel —contestó con brusquedad.

—¿Solo Doncel?

—Y Julia. Quiero decir… —Calló, arrepentida.

—Encantado, señorita «Doncel… y Julia». Me presentaré: León Velasco, rendido cazador de complementos femeninos. Siempre a su disposición.

Se reía de sí mismo, o quizá de ella. De pronto se puso serio, cogió su mano de manera firme, pero suave, y la besó. Como no llevaba guantes, Julia sintió un fino cosquilleo. El estremecimiento que le recorrió el cuerpo durante el contacto le pareció algo violento y ajeno a sí misma, como la invasión de una potencia extranjera. Un coro de voces chillonas interrumpió el fenómeno.

—¡León!

—¡Chatísimo! ¿Cuándo has llegado?

—¿Dónde te alojas? ¿En el Gran Hotel?

—¿Y has conseguido habitación? Decían que estaba a rebosar, hijo mío, qué suerte tienes…

—Vamos a jugar al *tennis* y a merendar donde los González-Pacheco, ¿te vienes?

—Esta vez sí que no te escapas…

El grupito de jóvenes revoloteaba junto a León, y Julia aprovechó para huir, sin decir ni adiós.

—¿Quién era esa chica? ¿Una amiga tuya? —preguntó Maruchi Alvear, un poco más avisada que aquella atolondrada muestra de patriciado juvenil.

—No lo sé —contestó León, viendo alejarse a Julia.

Pudiera parecer que toda la ciudad respiraba ese ambiente encantador y apacible de elegante veraneo. Pero no era así. El encuentro que Rafael tuvo con la ciudad fue muy distinto. Siguiendo instrucciones, había ido de la estación a la dirección memorizada, hasta llegar a un chiscón junto al puerto en el cual aguardaba su enlace. Este primer enlace le sacó de la ciudad en un coche cubierto y de confianza, hasta llegar a una casa en ruinas, siguiente punto de encuentro. Toda precaución era poca.

Allí tuvo que esperar al hombre que se haría cargo de él durante el resto de la operación: Tomás. Eso fue todo lo que le dijo, era mejor no saber de apellidos; es más, posiblemente ni siquiera fuera su verdadero nombre. El tal Tomás echó a andar desde aquella zona de arrabal por un camino entre campos que se hicieron más verdes y solitarios a medida que se alejaban de la ciudad. Como su acompañante no le dirigía la palabra, Rafael tuvo la oportunidad de sorprenderse con el paisaje, tan distinto del que conocía. «Esto parece un país diferente», se dijo. Aquellos verdores chispeaban a la luz de una tarde de verano que no quemaba, sino que acariciaba. Se quitó la chaqueta y se la echó al hombro, deslizó la gorra hacia la nuca e imaginó que estaba allí de paseo, como si fuera uno de esos burgueses privilegiados que podían disfrutar de la vida. Entre las colinas suaves, brillantes, unas pocas vacas pastaban en los campos vallados, salpicados de árboles que bebían de pequeños arroyos que incluso cruzaban el camino. Rafael se sorprendió de ello:

—¡Cuánta agua…!

Su guía no contestó. Rafael veía delante de él su espalda fuerte, un poco encorvada, como si se diera impulso con la cabeza grande y canosa, el cuello enrojecido por el trabajo del campo.

No volvió a intentar entablar conversación, y siguió caminando tras él. Tras el último prado, surgió una casita de labranza encaramada a un altozano. No tardaron mucho en llegar hasta ella, y mientras Tomás desatrancaba la puerta, Rafael se volvió y lo vio. Desde allí arriba, era apenas una línea diluida con el cielo, a lo lejos, entre dos montes. La enormidad le sobrecogió.

—Es aquello, ¿verdad? El mar…

Tomás asintió sin hablar y entró en la casa separada en dos mitades: la cuadra para los animales y la vivienda para los humanos. Sencilla, sucia y desordenada, certificaba la falta de una mano femenina. Las paredes no mostraban más que vacío y dejadez, así que la fotografía le llamó la atención: un hombre joven, muy serio y vestido con el uniforme de soldado colonial miró a Rafael desde la pared desconchada donde estaba colgado.

—Diré a todo el mundo que eres hijo de mi primo el jándalo. Para que no sospechen de tu acento.

Después de tanto tiempo sumido en el silencio, la voz de Tomás le sorprendió: dura, cortante. Su tono imperativo no admitía discusión, aunque Rafael tampoco tenía nada que discutir con él. Lo cierto es que no había pensado en la cuestión del acento… Es verdad que él hablaba de forma diferente, más suave, mientras que aquel hombre soltaba las palabras como quien usa un hacha para cortar leña.

—Has venido a ayudarme con las labores del campo, no lo olvides.

La cocina y los fogones, una mesa y unas cuantas sillas ocupaban toda la planta baja, la parte que no pertenecía a las vacas. Subieron las estrechas escaleras de piedra hasta el piso superior.

—Dormirás aquí —dijo Tomás, abriendo la puerta.

Era un cuarto con una sola ventana que daba al monte y a los árboles de detrás de la casa. «No se ve el mar…», pensó Rafael, desilusionado. Una cama y un armario, no había más; el polvo acumulado sobre la colcha mostraba su abandono.

—Ven.

Rafael, obediente, siguió a su encubridor. Este lo condujo de nuevo al piso bajo y lo llevó hasta la cuadra; allí, entre la paja de los pesebres, en la oscuridad del fondo, Tomás levantó unas tablas. Bajo el suelo se abrió una oquedad oscura.

—Ahora solo falta que traigan las bombas.

El triángulo es un polígono de tres lados

Había un tropel de mirones junto a la casa del famoso político y escritor. Y todo porque una chiquilla, una chulita de ojos agarenos, armaba alboroto.

—¡¡Me cago yo en la Gloria Nacional!!

Los agentes de la municipalidad pretendían hacerla callar y obligarla a circular, pero ella no cejaba en su empeño justiciero: reclamaba al habitante de la casa y lo hacía de la forma más escandalosa posible, levantando el puño dirigido a las ventanas cerradas de la quinta.

—¡Menudo tío charrán! ¡¡Me debe diez duros!! ¡¡¡Que se entere todo quisqui!!! ¡¡¡Viejo roñoso, que eres un indecente!!!

Julia, parada cerca de la entrada a la casa, llamó la atención de la gitanilla y su presencia la enardeció.

—Y tú, ¿adónde vas, so panoli? ¿Es que ahora al viejo le gustan más aseñoradas? Si eres lista no entras, guapita de cara… Síííí, pa'ti estaba, no me mires asín, mira que te doy… ¡Que te arranco el moño! ¡Te muerdo los ojos!

Pareció que se lanzaba hacia Julia, paralizada como una gacela delante de una leona, cuando uno de los guardias, cansado ya del número de circo, la agarró del brazo y del mantón enroscado en el cuerpo.

—¡Se acabaron tus achares, Rosarito! ¡Mueve ese culo para el cuartelillo!

Ella, arrebolada, desmelenada y retorciéndose como un Laocoonte, chillaba.

—¡¡¡Déjame, guripa cabrón!!! ¡¡¡Joputa!!!

Y escupió al guardia a la cara con puntería experta. El agraviado respondió presto soltándole un guantazo en el estómago que la dejó sin aliento y tirada en el suelo hecha un guiñapo. Julia retrocedió, espantada: nunca antes había visto la violencia física ejercida por el

hombre contra la mujer. La indignación ante la injusticia del poder (viril) ante la debilidad (femenina) había habitado en ella hasta entonces en un plano teórico o mejor, dicho, real, inscrito a fuego en cada costumbre, cada manera, cada palabra de un mundo hombruno, pero siempre matizado por el paternalismo condescendiente de la caballerosidad. La desproporción de la respuesta policial, aquella evidente brutalidad, le hizo ver hasta qué punto esa tiranía, tan sutil en su clase, era soportada por las mujeres de los escalones más bajos de la sociedad con la crueldad de una tortura.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Darle su merecido, no se inquiete señorita…

—Óigame usted, señor agente: esta mujer tiene sus derechos.

Echó una carcajada fétida.

—Anda y que te ondulen…

Dando la espalda a la señorita, los agentes del orden cargaron con la desmadejada Rosarito y Julia vio alejarse aquel cuerpo descoyuntado, arrastrado por los uniformes, sintiendo tal desazón y nerviosismo que tuvo que sentarse en el saliente de una tapia: le temblaba el cuerpo de manera incontrolada y no le sostenían las piernas. Pero ese estado no le duró mucho: su extrema sensibilidad no le impedía la acción, todo lo contrario; suponía un acicate para quien se consideraba un instrumento de la Voluntad. Julia tenía un plan, un propósito, y había llegado hasta allí para cumplirlo; lo sucedido con aquella chiquilla no hacía sino corroborar la necesidad perentoria, urgente, de llevarlo a cabo. Levantándose, estiró la falda y la chaqueta, compuso la corbatita y se dirigió hacia la cancela del chalet. Encaramado en la colina que dominaba la espléndida bahía, desde él se adivinaban preciosas vistas, aunque la alta tapia cubierta de hiedra que lo rodeaba solo dejara ver las piedras mamposteras de aire indiano y el tejado montañés. Junto a la cancela, escrito en azulejos, podía leerse: «San Quintín». En efecto: Julia estaba ante la puerta de la famosa residencia de verano del insigne escritor don Benito Pérez Galdós, así que tiró de la cadenita con decisión, y en el interior, una campana sonó.

Antes de continuar su peripecia, habría que puntualizar algunos aspectos determinantes de nuestra Julia. Hija natural de Juan Barba Trebuchet, bravo militar caído a manos de los sanguinarios

derviches en el sitio de Jartum, nunca conoció al autor de sus días. Julia, habida de unos amores fortuitos, apresurados y por ello mismo, apasionados, no tenía entonces más que cuatro tiernos años. Finalizó su vida desasosegada el belicoso Barba decapitado junto a su jefe, el general británico Gordon, víctimas ambos de los seguidores del *Mahdi*, después de combatir en mil refriegas como soldado de fortuna. Buena parte de los afanes inquietos de su progenie se debían a la sangre de aquel indomable, quien no le dejó en herencia más que una nariz altiva y un coraje de hoplita.

La no-esposa de Barba, Agripina, mujer también de armas tomar, hija menor de un bodeguero y curtidor de pellejos de vino natural de Villarramiel de Campos —donde la copla dice que «todos son pellejeros, hasta el cura también»—, había esperado en vano el regreso de quien le diera palabra de matrimonio, hasta que apareció en su vida Segismundo Doncel, sargento ya retirado que había trabado con Juan Barba una gran amistad de cuartel. Esa era la razón por la cual, tras la muerte de su amigo, se presentó en la casa de la seudoviuda: tenía el encargo del finado de, si le pasaba algo, Dios no lo quiera, llevar sus escasos efectos personales a la amada que esperaba en la lejana patria. Eso hizo Doncel: entregar a Agripina cuatro cachivaches, *souvenirs* de las andanzas planetarias del hombre que la perdió, junto a una carta muy sentida y plagada de faltas de ortografía. Tuvo el buen tino de no mencionar que al soldado Barba lo habían enterrado en las arenas egipcias partido en dos mitades, aunque pronto se dio cuenta de que Agripina no era una mujer fácilmente impresionable, amén de adornada con otras muchas prendas. Poco tardó en declararle su amor y casó doña Agripina aunque tarde, cuando ya andaba cargada con una niñita de corta edad y señalada por las buenas gentes de Palencia.

Propietario de una pequeña herencia bien administrada, pensionista del ejército y tan viajado como el finado Barba, don Segismundo tenía en muy poco las convenciones de la época en lo que se refiere a los valores —o falta de ellos— femeninos, y consideraba que el bello sexo superaba en capacidades a cualquier varón. «Es difícil encontrar una mujer tonta de remate. La más estúpida de ellas da sopas con hondas a un hombre imbécil e incluso a muchos sujetos inteligentes», decía siempre a sus contertulios del café. Habría convivido con una apache

arrancacabelleras o una etíope antropófaga para demostrarlo, pues adoraba a las mujeres por encima de todo; es más, ninguna le parecía insulsa, malvada, cargante, fea o vieja, gorda o flaca, antes al contrario: a todas encontraba una virtud y un rasgo de belleza, un «aquel» encantador y subyugante. Derivado de ello, no le parecían censurables los pecados por, para, entre, hacia, hasta, sobre, tras el bello sexo, mostrando una gran manga ancha respecto de estas flaquezas. Tanta, que hasta había dado su apellido a la niña Julia, a partir de entonces y para siempre, Julia Doncel. Como tales tolerancias no eran compartidas por la mayoría de sus contemporáneos y menos en una ciudad pequeña, resolvió trasladarse con su recién adquirida parentela a Madrid, capital mucho menos censora que la gazmoña ciudad castellana y lugar más acorde para poner en práctica sus aficiones, harto de batallar por esos mundos de Dios, de sangre y de muertes inútiles, de la compañía hombruna y el ambiente cuartelero, dispuesto a crear el hogar más feliz y bien avenido que se pudiera imaginar. Y así fue. El piso de seis balcones en chaflán sito en la calle de la Batalla de Alburquerque, barrio de Chamberí, no lejos del centro —ni de sus amados cafetines—, pero tranquilo y discreto, se convirtió en un remanso de alegre convivencia y allí fue donde Julia se crio felizmente.

Don Segis, esto era casi legendario, tenía un don natural para hacer sentir como reinas a todas las mujeres de su casa y también a las de las ajenas. Siempre de buen humor, sonriente, dispuesto a hacer pequeños regalitos, a dar besos y pellizcos y gastar cuchufletas, zalamero como un faldero y resalado como solo un madrileño castizo puede serlo, tenía a su gineceo en palmitas. Pero tal felicidad se cimentaba sobre un pequeño secreto: durante un tiempo, los señores de Doncel y su sirvienta Puri habían convivido en pacífico triunvirato. O complaciente trío. Puri era sumisa y un poco tontorrona, con algo bovino en sus ojos de largas pestañas y en la enorme delantera, digna de un ama de cría o de una vaca también pasiega. Cuando regresó a la aldea originaria para matrimoniar con un quesero, se despidió entre lágrimas de su vida triangular y no fue menos la pena del matrimonio Doncel. Aunque tal tristeza no fue valladar para que, sin tardanza, fuera sustituida por Lisandra, extremeña gritona en la cocina y en la cama, y cuando

esta casó con un viajante, por Mariví, morena cordobesa de fina estampa, a quien a veces ayudaba en las labores caseras una joven prima suya llamada Josefa, nueva incorporación que dio al piso chamberilero categoría de serrallo.

Aquellas prácticas, asumidísimas de puertas adentro, nada discretas, dejaron una marca indeleble en la joven Julia. Lejos de ejercer en ella una tolerancia comprensiva o una inclinación a la lascivia —como predican algunos intransigentes Savonarolas— se proclamó en la joven un rechazo casi irracional a las relaciones íntimas entre hombres y mujeres. No les concedía a estas ningún mérito salvo el del sofocamiento de unas necesidades perentorias de índole bajísima, casi animalescas. De ahí coligió que la naturaleza masculina resultaba poco o nada interesante, por no decir soez o primitiva. Su indiferencia —cuando no abierto desprecio— hacia el sexo opuesto era inversamente proporcional a la fascinación que el universo femenino ocasionaba en su padre putativo. Con una sola excepción: Julia no quitaba mérito alguno a don Segis, a quien adoraba y llamaba «papitín» (un tal doctor Freud, en la lejana Viena, podría haberse interesado por su caso). La joven, a su vez, era perfectamente correspondida por el antiguo mílite, quien, además de sentir un cariño sincero por aquella hijita que no se le parecía, se había preocupado mucho por su bienestar y educación, dispuesto a convertirla en un dechado de modernidad, liberada de yugos patriarcales. (Respecto a la posible contradicción entre estas ideas y sus prácticas de concubinato, el bueno de don Segis no reflexionó jamás). La madre, doña Agripina, nada tuvo que opinar al respecto, pues solía asumir como propias todas y cada una de las decisiones del salvador de su honra y prez, por no hablar de su economía doméstica, administrada por Doncel con mano de hierro a diferencia de Barba, quien jamás había aportado al hogar más que la ruina de un embarazo no deseado.

Gracias al empeño de don Segismundo, estudió Julia en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, centro laico creado durante la Primera República de 1870 para formar institutrices, mecanógrafas, maestras y bibliotecarias. La institución creció en ambición hasta llegar a ser un centro de referencia seguidor del modelo inglés de educación femenina: el edificio de la calle de San Mateo se encontraba perfectamente equipado con grandes aulas

bien iluminadas, biblioteca, laboratorio, salas de música y canto, sala de arte y pintura y hasta gimnasio. Julia destacó pronto como excelente alumna, sobre todo en las ciencias, y don Segis exhibía orgulloso sus matrículas de honor en biología y química como logros de su confianza en las infinitas capacidades femeninas, mientras que doña Agripina empezaba a preocuparse. Aunque nunca manifestaba discrepancias con su cónyuge, este tema la soliviantaba y en secreto lamentaba que Julia, a pesar de tener la piel blanca, los rasgos regulares, el talle esbelto y una exuberante cabellera castaña, terminara convertida en una de esas marisabidillas como las que frecuentaban la institución. Por mucho talle esbelto ni mata de pelo que luciera jamás encontraría marido, ya que la mujer con talento siempre es de naturaleza indócil y nada ahuyenta más a un hombre —ni siquiera la fealdad— que una esposa exhibiendo mayor inteligencia que su posible marido.

Ajeno a estas minucias, don Segis acudía a charlas y conferencias en la Asociación de Enseñanza para la Mujer, entonces convertida en importante punto de encuentro cultural, para luego poder decirles a sus contertulios del café:

—Ayer en el colegio de Julita estuvimos escuchando a Giner de los Ríos. Y el martes que viene da una conferencia Unamuno… ¿O era Blasco Ibáñez, el valenciano? Son tantas las personalidades que acuden a la institución. ¡Lo mejor de lo mejor, señores míos!

—Me han dicho que allí va a exponer Benlliure… —dijo uno de los más ilustrados compañeros de partida de don Segis.

—Sí, y Sorolla es un habitual. ¿Les he dicho que la niña se sabe de memoria media taxonomía de Linneo? La *Animalia*, en latín por supuesto, de corrido. Tiene a sus profesores pasmados. ¡Es un cráneo privilegiado!

Lo cierto es que Julia, además de la pasión por la zoología, llevaba impreso en el alma el espíritu de la institución: la independencia femenina bajo el prisma del trabajo, el orden moral y el compromiso con su sexo. Con este abono, no tardaron en florecer en ella las nuevas ideas llegadas de Europa: la mujer no era un ser intelectualmente inferior y su participación en la sociedad debía ser activa y visible. Ilustres señoras como Dolors Monserdá, María Goyri o Emilia Pardo Bazán comenzaban a utilizar una nueva palabra: «feminismo». Estas pioneras también reclamaban aquello

que daba sentido a la vida de cualquier ciudadano que por tal se tuviera: el derecho al voto.

Acudían a las aulas del caserón de la calle San Mateo muchachas de una clase media liberal y algunas hijas de políticos republicanos, como Nieves Pi, hija de Pi y Margall, y María Pérez, hija natural de Pérez Galdós, habida con la modelo de pintores Lorenza Cobián. La pobre Lorenza —dicen que inspiración de la eterna Fortunata— había terminado sus días trastornada, ahorcándose en los calabozos del Gobierno Civil después de haber intentado arrojarse a las vías de la estación de Príncipe Pío. Queriendo dar a la hija la instrucción que la madre analfabeta nunca tuvo, don Benito —solterón impenitente— hizo que la niña estudiara en la prestigiosa Asociación. Entre Julia y María, quizás unidas por el origen incierto, surgió una gran amistad que aún duraba. Mari, ya casada, era la autora de la carta de recomendación que le permitiría a Julita llevar a cabo su plan. Porque esta tenía un plan. Desde que cumpliera diecinueve años, para llevar a cabo su proyecto, ahorraba los modestos sueldos ganados como telefonista y profesora de taquigrafía y mecanografía en las Escuelas de Adultas, rehusando la ayuda consentidora de su papitín. Las pretensiones de la señorita Doncel no solo eran ambiciosas, sino que partían de una mente cartesiana a la par que idealista y habían sido pergeñadas con pulcritud minuciosa. En este plan había de jugar un papel capital la Gloria Nacional, esa en la que se ciscaba con tanto gracejo aquella tal Rosarito.

¿Dónde dice usted que ha sido el atentado?

Tras la puerta cerrada se oían voces airadas. Las estatuas de sal esperaban afuera, en la antecámara cubierta de tapices y llena de corrientes de aire, sumidas en la incredulidad y la estupefacción.

—Las noticias son preocupantes, no cabe duda…

—Lamentable, lamentable…

—¿Sarajevo? ¿Por dónde cae Sarajevo?

—Con tanto terrorista ningún príncipe se va a atrever a salir a la calle para ser aclamado por su pueblo.

—Y menos en coche descubierto.

—¿Se sabe si han sido anarquistas?

—Mano dura con esos anarquistas. ¡Eso es lo que hace falta!

—No dramaticemos, el embajador dice que está todo controlado y los criminales, detenidos.

—¿Nuestro embajador o el de ellos?

Consejeros, edecanes, jefes de Casa, diplomáticos, asesores, toda la caterva de inútiles descubría su ineptitud y su verdadera índole: paraguas en día soleado que desaparecía con las primeras gotas de lluvia. Ahora acumulaban las frases de rigor, como en los pésames. Un escéptico aventuró:

—Pero ¿es seguro que ha fallecido?

El cable llegado de París no dejaba lugar a dudas y eso que había llegado con retraso debido a que en un domingo veraniego ni un solo funcionario de ningún país se encontraba en su despacho, oficina o ministerio: la noticia se había sabido antes por los periódicos que a través de las embajadas. Lo cierto es que el suceso no podía desencadenar más que las reacciones habituales de condena y después, represión de los movimientos obreros —de todos ellos, aunque no fueran anarquistas—, ya que los tranquilos europeos se habían acostumbrado al más largo periodo de paz (exceptuando guerras coloniales y demás minucias) habido en la

historia del viejo continente. Nadie podía sospechar que se avecinaba una barbarie nunca conocida entre las naciones de Europa; antes hubieran preferido creer en brujas o fantasmas. Esta fe ciega en el progreso y la razón resultaría del todo errada, pero en aquel verano de 1914, el mundo vivía en una atmósfera maravillosamente despreocupada.

—Y, ¿dónde dice usted que ha sido el atentado?

El consejero de Su Majestad carraspeó: su fuerte no era la geografía sino la agricultura y, dentro de esta materia, el comercio de fruta y aceite; así que todos aquellos líos de las potencias imperiales le venían grandes, limitándose a repetir lo que dijera el ministro de turno. Además, se revolvía incómodo: le habían llamado de urgencia mientras asistía a un partido de polo con unas señoritas muy monas, sin darle tiempo a ponerse el traje adecuado para una recepción con el Monarca. Miró al preguntón, irritado por su impertinencia y contestó:

—¡Vaya usted a saber!

Fuera del Palacio recién estrenado, no muy lejos, los ciudadanos, pasmados, leían lo ocurrido en la Prensa y comentaban el suceso por lo bajo, para no asustar a las señoras que paseaban cerca, cobijadas del sol bajo las sombrillas. Tal ignorancia no podía durar mucho tiempo: como los quioscos del paseo y la avenida habían agotado ejemplares, la gente se arremolinaba compartiendo los periódicos llegados de Madrid. Los más cercanos a las posturas oficiales del Gobierno de don Eduardo Dato leían *La Época* o *La «Corres» (La Correspondencia de España)* mientras que los partidarios de Romanones, la oposición, agitaban el *Diario Universal*, y los que ni sí ni no, *La Gaceta*. Por otro lado, unos pocos compradores de *El Liberal* y *El Heraldo* se mostraban reacios a exhibir la mercancía que les delataba como republicanos y liberalotes. Y, por supuesto, no había nadie que mostrara *El Socialista* porque entonces los socialistas no veraneaban. Pero la prensa, aparte de mucha opinión, proporcionaba poca información, así que triunfaba, como ocurre siempre en estos casos, la rumorología.

—Dicen que el Rey ha vuelto a Madrid.

—Pues yo sé de buena tinta que la Reina ha encargado unas misas en la catedral por el alma del difunto.

—Pues habrá que ir. Está mal decirlo pero ese funeral, si asisten los Reyes y la Corte, va a causar sensación. ¡Como ver a Caruso!

—Pero el finado, ¿era católico?

—Pues ahora que lo dice…

En la muy concurrida terraza del Hotel Lisboa, Anatolio pasaba las hojas de una *Gaceta* que le había prestado el camarero, comentando el infausto hecho con otros veraneantes. Sisita y Merche merendaban chocolate con picatostes.

—¡Vaya escandalera se ha formado…! Al fin y al cabo, este no era ni rey —espetó Sisita con la boca llena.

No le faltaba razón. Aunque la prensa augurara grandes males, como era su obligación, la verdad es que la cosa caía tan lejos que nadie podía sentirse muy concernido. La población mundial andaba escarmentada de tantas acciones anarquistas, sobre todo magnicidios. Algunos cínicos consideraban estas acciones una espita a la bullente olla de desafío que se fraguaba entre la clase trabajadora, y que en realidad perjudicaban no a la mayoría pacífica ni al sistema (para eso estaban las dinastías: «a rey muerto, rey puesto»), sino a los propios movimientos obreros, divididos y perseguidos ferozmente por las policías de los estados.

El reinado del terror anarco había comenzado con el asesinato del zar Alejandro II en 1881; en España el primer ilustre caído bajo la furia revolucionaria fue el presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas, allá por 1897, al que seguiría al año siguiente la emperatriz de Austria, la famosa Sissí. También el rey de Italia, Humberto I, en 1900; el rey de Portugal con su heredero en 1908, y hacía solo dos años había sido asesinado el presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas. El propio Alfonso XIII salió vivo de milagro cuando, en el día de su boda, Mateo Morral tiró una bomba escondida en un ramo de flores al paso de su coche. Hubo veintiséis muertos, unos cuantos más que en el atentado del Liceo, allá por 1893. La muerte de un desconocido extranjero en un país lejano podía provocar mucha agitación política en el entorno del Gobierno y entre los periodistas, ávidos siempre de desastres que vender, pero para la gente común y corriente aquel atentado, sencillamente, era otro más.

—No, no es un atentado más —dijo León doblando uno de los muchos diarios esparcidos sobre la mesa y dejando caer la ceniza de

uno de sus cigarrillos egipcios de los llamados Dimitrinos en el cenicero de alabastro en forma de sílfide.

—Ya sabes que no me interesan esos horrores…

Reclinada sobre un diván, Tórtola Valencia posaba apenas cubierta por un mantón de Manila de colores y flecos acariciantes.

—No era mi intención deprimirte, pero me gusta estar informado.

—Pues no sé de qué te puede servir eso, la verdad.

—Me temo que no podrás vivir siempre dentro de tu preciosa burbuja, querida.

La mordacidad de León a veces resultaba de lo más insoportable.

—Lo contrario es sobrevivir y eso no merece la pena —contestó ella.

En el salón del palacete de estilo neomorisco alquilado a un magnate del azúcar cubano, la luz de la tarde veraniega entraba por los grandes ventanales iluminando a la mujer tumbada y a los tres hombres que la acompañaban. Brillaban también los azulejos sevillanos que decoraban los techos, lanzando destellos de califatos inventados.

—Tórtola tiene razón, León, querido. ¿Te has fijado en que los periódicos dejan un pringue imposible en los dedos? —dijo Álvaro.

—Es la tinta.

—Yo lo encuentro metafórico: date cuenta de que las novelas no manchan los dedos y también están impresas con tinta. De ahí se deduce que la realidad es sucia e insoportable y, en cambio, la ficción, perfecta y maravillosa. Sobre todo la frívola. He aquí una muestra.

Álvaro Retana le lanzó un librito, que León cogió al vuelo.

—¿El último?

—*Oui, monsieur*.

León leyó en voz alta:

—*Paquita, deliciosa y absurda*. ¡Buen título! Resulta muy prometedor. Artemio Precioso debe de estar ganando un dineral, porque últimamente estáis muy prolíficos en el tráfico de drogas literarias…

—No me quejo: es la remuneración justa para un sencillo trabajador. No como otros, que nunca han dado ni golpe —soltó Retana.

León hizo un elegante gesto de impotencia.

—Alvarito, no riñas con León. —Tórtola pronunciaba el nombre con una leve inflexión británica: «Líon».

—No te muevas, Tórtola. Espera: el brazo estaba más arriba… Álvaro, ¿puedes colocar de nuevo el mantón? —El afamado pintor Juan Luis Abadía salió de detrás del caballete. En el lienzo descansaba una Tórtola a medio hacer.

—¡Soy vuestra esclava! —se quejó Retana.

—Porque te necesitamos: no podemos dar un paso sin ti —dijo el aristócrata, con un tono tan gachó que Álvaro no pudo por menos que echarse a reír.

—Ay, León…, el rey de la selva. Así consigues todo lo que quieres, ¿verdad, truhán?

El joven Alvarito se acercó a Tórtola para colocar con gracia y picardía la tela, tapando solo lo que había que tapar. O descubrir.

—Estás fenomenal: una belleza de esfinge.

Una belleza vista en su espléndida desnudez y que, a pesar de ello, no parecía conmover a ninguno de los tres hombres presentes en la sala.

—La esfinge era un monstruo que devoraba a quienes no resolvían sus acertijos, ¿recuerdas? —dijo León.

—Por eso lo digo, cariño —contestó Álvaro.

Tórtola entornó los ojos verdes y sus largas pestañas abanicaron la broma. Como el propio Rey, ella también disfrutaba de su corte: allí tenía a tres ministros plenipotenciarios. El primero, Alvarito Retana, inseparable cómplice profesional y personal de la artista a pesar de su juventud era ya un renombrado escenógrafo, figurinista, letrista de cuplés y escritor de novelas de las llamadas «galantes», tan talentoso como para haber renovado y modernizado el «género frívolo» hasta convertirlo en popular y ser uno de los escritores mejor pagados del país. Ávida recolectora de talentos, Tórtola lo había atraído a su círculo convirtiéndolo, además de amigo íntimo, en uno de sus más estrechos colaboradores. Con su cara de niño bueno, pelo engominado, ojos subrayados, cejas depiladas y la boca perfilada con carmín de Persia, era el verdadero ideólogo, el Pablo de Tarso del Evangelio de la Sicalipsis.

En cambio, Abadía tenía ya casi cuarenta años y había pasado por todo tipo de vicisitudes —como cualquier artista— desde que

ganara el Premio Nacional de Bellas Artes con apenas dieciocho años. Tras cotizarse al alza durante un tiempo, cuando dejó al fin de ser considerado un «niño prodigio» y un «prometedor artista», su obra cayó en el olvido costándole mucho salir adelante, hasta que, viviendo ya como un personaje de *La Bohème*, su talento llamó la atención de Tórtola. Con solo tres retratos suyos —eso sí, siguiendo los últimos cánones estéticos— había vuelto a colocarse en la cresta de la ola.

Quizás el más importante de los tres hombres que rodeaban a la diva, su valido, fuera León de Velasco, marqués de Argüeso, aunque los expertos en el Gobierno de Tórtola decían que pronto pasaría a ser cesado o que el propio dimitiría. De momento, ella lo mantenía en el puesto, pero se avecinaba una crisis de Gobierno, de eso todos los «tortólogos» estaban seguros.

—¿Lo conociste?

—¿A quién?

—Al archiduque —aclaró el marqués.

—Qué empeñado estás… No, no le conocí.

—Pensé que…

—Ya sé lo que pensaste: conocido un archiduque, conocidos todos —se quejó Tórtola.

—A ver, déjame el diario… Ya me ha picado la pulga de la curiosidad… ¿Hay foto? —dijo Álvaro.

León pasó a Retana un periódico cualquiera y este lo cogió con escrúpulo y dos dedos de impecable manicura francesa. A toda página, el diario fechado el 29 de julio de 1914, titulaba: «Asesinato del archiduque heredero y su esposa en Sarajevo», y dejaba claro que los asesinos habían sido detenidos después del crimen, también que algunos espectadores de la comitiva de recepción habían resultado heridos por una bomba. Respecto a la autoría, se hablaba de separatistas serbios. Luego se sabría que los conspiradores habrían lanzado una primera bomba que no llegó a su objetivo, y que fue casi una hora más tarde cuando el joven de 19 años Gavrilo Princip consiguió disparar sobre el heredero y su esposa aprovechando una serie de desafortunadas coincidencias y la inoperancia de los organizadores de la visita, así como de la guardia del propio archiduque.

La ilustración de huecograbado mostraba a Francisco Fernando,

príncipe imperial de Austria, príncipe real de Hungría y Bohemia, sobrino del ya anciano emperador Francisco José I y heredero de la corona del Imperio Austro-Húngaro, cayendo abatido sobre el regazo de su esposa en un automóvil descapotable. Una imagen francamente dramática. Abadía le echó un vistazo por encima y pensó que se trataba de un trabajo de trazo apresurado y perspectiva equivocada, pero como conocía bien al compañero empobrecido que ponía su arte al servicio del periódico, no dijo nada.

—Sarajevo… ¿Dónde estará eso? Bueno, da igual… Qué archiduque tan vulgar, no hay más que verlo con ese rostro abotargado y ese percherón de mujer al lado. Algunas, por mucho que se pongan un Doucet o un Paquin, siguen pareciendo ilustres fregonas. La etiqueta austriaca tenía sentido con el emperador Carlos… Ahora ya no viene a cuento.

—¡Siempre serás un españolazo! —dijo León.

—Pero del Renacimiento; lo que ha venido después es un fastidio —contestó Álvaro, y siguió ejerciendo de «eco de sociedad» leyendo en alto.

—«El archiduque iba vestido con uniforme de gala de general de caballería, con tricornio de terciopelo negro con penacho de plumas de buitre verde». Fíjate, Tórtola, en el vestuario… Ni en el Folies Bergère llevan tanta pluma… ¡Qué poca clase, qué falta de distinción! ¡Desde que finiquitaron a Sissi, estos austriacos no han levantado cabeza! En realidad, desde la muerte del pobre Luis II de Baviera: ese sí que entendía.

—Pues los arreos militares entusiasman al pueblo. Tú dales una buena parada con una banda y oficiales de caballería caracoleando, y oye, tan contentos —opinó Abadía.

—¡Yo sé mejor que nadie lo que le gusta al pueblo! Mi éxito lo confirma: desde la modistilla hasta el señorito, todos me leen. El pueblo está cambiando… Lo veréis. ¿No ha sido el pueblo el que ha acabado con este archipámpano? Os digo que ese Imperio tiene los días contados, por brutal, ordinario y caduco. Los nobles están para adornar el mundo: deben ser perfectamente bellos y deliciosamente inútiles, como tú, León. Si lo afean, es mejor eliminarlos.

—Alvarito, qué cosas tienes…

—No te hagas la escandalizada, Tórtola: ya conoces mis

simpatías.

—Sí… De sobra sabemos que tonteas con los anarquistas, ¿verdad, León? —contestó la bailarina.

—Es una más de las muchas provocaciones de nuestro Álvaro. Si no fuera como es, no le querríamos tanto —zanjó el marqués.

Un reloj panzudo dio la hora haciendo resonar su gong en todo el chalet.

—*My God!* ¡Pero si es tardísimo!

A veces Tórtola dejaba de ser monarca constitucional y se proclamaba autoritaria y absoluta. Dejó caer el mantón y, completamente desnuda, comenzó a dar órdenes.

—¡Fuera todos! Tengo que ensayar. ¡Susanna! Pero ¿dónde se ha metido esta mujer?

La doncella italiana apareció de no se sabe dónde para cubrir a su señora con una bata de seda damascena.

—Tórtola, así no acabaremos nunca… —se quejó el pintor, mientras recogía sus bártulos.

—Mañana, Abadía, mañana… Tú te debes a tu arte y yo al mío. ¿Y Curro? ¿No ha llegado aún?

En la puerta del salón apareció Curro con su porte de bailaor andaluz y su moreno de verde luna, sonriendo con una blancura que hacía apartar la vista, y saludó con donaire a los tres hombres que salían. Casi cada día, la diva ensayaba sus danzas mientras él tocaba la guitarra, el piano, una sartén o cualquier otro cacharro, del cual podía sacar música en vez de ruido, tanto era el oído musical del tal Curro. Lo cierto es que Tórtola dependía mucho más de Currillo Muñoz de lo que le hubiera gustado reconocer: aunque siempre firmaba en solitario sus coreografías, era con él con quien las diseñaba y corregía, a pesar de mantenerle en la sombra como un simple colaborador más. En cuestiones autorales la bailarina era inflexible, pues la publicidad de sus números se basaban en una suerte de autodidactismo que vendía como inventiva propia: a Tórtola le gustaba decir que su estrellato había surgido de sí misma, sin intervención de mortal alguno, como un milagro pagano.

—¡Qué malaje es ese tal Curro, no lo soporto! —espetó Alvarito al pasar por delante de un arriate del que arrancó cruelmente una rosa de Alejandría para ponérsela en la solapa. Salían los tres del jardín del palacete de su amiga.

—¿Por qué? ¿No estaréis de uñas por algún chulito?

—¡Quiá! ¡Más quisiera! No sé, me da mala espina…

Las filias y fobias de Retana cambiaban con más rapidez de la que tardaba en pintarse la raya del ojo, así que León no hizo caso. Tampoco de la invitación de Abadía, presto a la juerga que preparaban otros artistas del pincel en la casa de uno de ellos, y se excusó diciendo que tenía el compromiso de visitar a su anciana tía María Carlota —Memé en la intimidad—, la acaudalada condesa de Brañavieja y duquesa-viuda de Híjar. Con el chistecito cínico de que pretendía heredarla, se despidió haciendo reír a sus dos acompañantes, dispuestos a creer cualquier cosa con tal de que no fuera buena.

—¡Nos vemos esta noche en el Dragón! —dijo Retana a modo de epílogo.

Bombas son blasones

El comienzo de la tarde caía con el plomo húmedo de finales de junio, y León resistió la tentación de quitarse la leve chaqueta de lino holandés un tanto pegajosa por el sudor, como hacían los veraneantes, que se quedaban en mangas de camisa cuando el calor apretaba. Pero él no podía hacerlo porque era un caballero. Aunque la calle estaba desierta, un caballero lo es siempre, aunque no haya nadie presente para comprobarlo. Lo cierto es que esta condición tenía más inconvenientes de los que el vulgo sospechaba.

León de Velasco y Acevedo-Echagüe, marqués de Argüeso y conde de Allendelagua, cuyo linaje aparecía en el *Codex Emilianensis* del siglo X glosando las victorias del primero de su nombre en la batalla de Guadalete, era el último heredero varón de una raza tan antigua o quizá más que el país que pisaba, como dejaba bien clara la divisa familiar: «Antes que Dios fuera Dios y los peñascos, peñascos; los Quirós eran Quirós y los Velascos, Velascos». Esa vejez hereditaria, aquella sangre vetusta, pesaba en León como un peñasco, sí. Por tanto, y en honor a los ilustres antepasados que tenían el privilegio de permanecer cubiertos ante los reyes Austrias, desestimó quitarse la chaqueta, conformándose con abanicarse un poco con el sombrero mientras bajaba la calle bordeada de chalets y hotelitos rodeados de jardines: era la hora de la siesta y no se oía a un alma, si exceptuamos las pequeñas ánimas de los insectos zumbantes. Sin saber por qué, el marqués recordó a la muchachita aquella, la del sombrero volandero y aspecto de institutriz, y pensó en sus rizos rebeldes agitados por la brisa y sus maneras tan poco corrientes; aquel gesto encantador de morderse el labio inferior como si quisiera acallar algo como un suspiro provocado por una caricia… El calor se acentuó haciéndose un hueco ya no fuera, sino dentro de su cuerpo, así que desechó el

pensamiento, tan agradable y poco oportuno.

Bajó una cuesta sombreada de altos plátanos y de pronto la brisa del mar sopló un nordeste frío que contrastaba con las calles situadas a sotavento y recalentadas por el sol, entre chalets aristocráticos y caserones de nuevos ricos. Al menos allí, todo estaba cerca. El paseo bajo el sol terminó al llegar cerca de la puerta de servicio del Hotel Lisboa. Tuvo la precaución de mirar con disimulo para comprobar si alguien le seguía, y después entró con confianza, como si lo hiciera en su propia casa: incluso guiñó el ojo a una doncellita a quien le sentaba la cofia de maravilla. Al llegar al tercer piso miró a izquierda y a derecha comprobando que el pasillo estaba vacío, y sacó una llave del bolsillo: la de la habitación número 35. Abrió la puerta y se introdujo en el cuarto con olor a cerrado y sumido en las sombras de las cortinas echadas y la persiana a media asta: antes de que León acostumbrara los ojos a la oscuridad la figura que esperaba sentada en un sillón, habló.

—*Mister marquis… We have a problem. Our man has disappeared*[1].

El resto de la conversación transcurrió en el idioma de Shakespeare y además tuvo carácter confidencial, por eso su contenido se desvelará más tarde.

No lejos de allí, pero tampoco muy cerca, Rafael esperaba la vuelta de su cómplice. De vez en cuando, Tomás iba a la ciudad, se suponía que para hacer compras o encargos, pero también para encontrarse con un misterioso enlace a quien Rafael no conocía. Era el procedimiento normal, y no preguntaba sobre él. Solo obedecía las órdenes recibidas en Madrid, también las que le diera el propio Tomás: no había salido de la casita ni de los márgenes de la finca desde que llegó. Mataba el aburrimiento y el nerviosismo ayudando en las faenas del campo, aunque Tomás le había aclarado que no estaba obligado a trabajar en ellas. Pero Rafael no estaba acostumbrado a la inacción, y sin trabajo físico se sentía como un león enjaulado. Aprendió a segar con el largo dalle y a atropar la hierba para las vacas, incluso ordeñarlas, pero esto último no se le daba bien; la única vez que casi vio esbozar una sonrisa a Tomás fue cuando una de las vacas —la *Mora*, que era negra y mala— se le revolvió tirándolo del banqueto y derramando la leche que llenaba el cubo de cinc. Hasta se puso a limpiar la casucha: con un

lampazo y mucho jabón de sosa dejó las paredes y los suelos como los chorros del oro. Buscaba cualquier cosa que le entretuviera y le hiciera olvidar la verdadera razón de su estancia allí; a pesar de la adustez de su compañero, los peores momentos llegaban cuando se quedaba sin nada que hacer, a solas con sus pensamientos, todos funestos. Así que cuando vio la figura de Tomás destacarse por encima de la línea del prado, sintió alivio.

—¿Sabes leer?

Rafael asintió y Tomás le alargó un periódico. El atentado en Sarajevo ocupaba la primera plana.

—¿Es cosa nuestra?

—No, hombre… Separatistas serbios. Aunque algunos dicen que es cosa de la Mano Negra.

—La Mano Negra no existe: es un invento de la Guardia Civil para reprimir al pueblo y hacer propaganda contra el movimiento obrero.

—A mí no tienes que echarme responsos de cura, que no creo en Dios. Lo que pasa es que esos tíos se llaman a sí mismos Mano Negra. Casualidades.

—¿Y entonces? —preguntó Rafael.

—Hay que esperar. La cosa se ha jodido.

—Pero esto no puede afectar al plan… Ha ocurrido a miles de kilómetros de aquí.

—El Rey ha vuelto a Madrid.

—Entonces, ¿se anula todo? —Rafael no podía dar crédito a lo que oía.

—De momento se retrasa la operación hasta que las cosas se calmen y tus jefes den el visto bueno. Tendrás que aguardar sus órdenes —contestó Tomás.

—¿Y tú?

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

«Tus jefes», había dicho. Estaba claro que colaboraba con el movimiento sin pertenecer a él. Tampoco esperaba órdenes de nadie: Tomás era el verdadero anarquista. El viejo se sentó en el poyete junto a la puerta de su casa a liarse un cigarro de picadura, sumido de nuevo en el silencio.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Rafael.

—Mis razones tengo. Pero son cosa mía.

Lo dijo con sencillez y sin atisbo de desconfianza, mientras le tendía la bolsa del tabaco, así que Rafael respetó su silencio. Y, de pronto, allí sentado junto a un desconocido silencioso, sintió cómo la incertidumbre se cernía sobre él cubriéndolo todo con una negrura angustiosa. Había aceptado su condena, tenía fecha y hora; sabía que no era probable la huida, a pesar de lo elaborado del plan. De hecho, lo menos consistente era lo que debía hacer una vez llevada a cabo la acción. Rafael se había convencido de que lo atraparían, de que iría a parar a la cárcel y después sería ejecutado; pero ahora, cuando ya había aceptado su destino, le decían que no, que debía esperar… y para la espera no estaba preparado. Se puso pálido y se mareó. Ni dos pasos dio y ya había vomitado sobre la hierba. Con los ojos llorosos, se levantó temiendo a Tomás, sintiendo de antemano su desprecio ante aquella muestra de debilidad.

—Tranquilo, hombre. Siéntate —dijo Tomás.

—El tabaco. Me ha sentado mal.

—Ya.

Fue al interior de la casa mientras Rafael se sentaba de nuevo en el poyete, con la boca seca y agria. Tomás regresó con dos vasos y un caneco.

—Es orujo de Potes.

Rafael bebió el aguardiente de un trago. Le templaba el cuerpo y el corazón a medida que el líquido áspero y cálido le arañaba la garganta.

—No es miedo… Es otra cosa.

Tomás también bebió hasta el fondo de su vaso. Algo parecido a un suspiro salió de su interior como una excrecencia.

—Te preguntas por qué os ayudo.

Hizo un gesto con la cabeza señalando al interior de la casita.

—Por él.

Rafael tardó en entenderlo, pero al fin se dio cuenta de que hablaba de aquella foto colgada de un clavo, del cuarto vacío, de la soledad, de la ropa de un fantasma que había en el armario, de su hijo.

—Vuestras ideas no me importan; pero si fuera más joven iría con vosotros, o con cualquiera que se atreviera. Quiero pagarles con la misma moneda a quienes me lo mataron.

—¿Quién fue? ¿La policía?

—No hizo falta. Se lo llevaron a la guerra y no volvió. Del rey abajo, todos ellos lo mataron. Y con él, a muchos otros.

Rafael no supo qué decir. Tampoco hacía falta más. Se acabaron los cigarros en silencio. Otra vez sintió la humedad de la brisa que venía del mar.

—Voy a dar un paseo.

Al asentir, Tomás pareció compartir su necesidad de andar, de salir, de respirar; no le avisó de que tuviera cuidado con que no le viese nadie, como hacía otras veces. O quizás eso le pareció a su huésped. Echó a andar sin mirar atrás.

Rafael también era un soldado: el último soldado de una guerra, pero no de una guerra lejana como aquella en la que había perdido la vida el hijo de Tomás, sino de otra que había empezado siglos atrás, hacía tanto tiempo que nadie la recordaba ya; nadie salvo don Francisco, el maestro. Don Francisco Rubio decía que su tierra era rica, que allí se podría vivir bien, sin estrecheces, pero que los beneficios que daba aquella tierra no estaban bien repartidos por culpa de los políticos. Ellos hacían y deshacían las leyes para proteger a los suyos, a los poderosos; como un tal Mendizábal: allá por el 1836, había dejado escrito y ordenado que las fincas habían de ser para los terratenientes. Quitándoselas a los antiguos campesinos, quienes pasaron a ser jornaleros de los dueños. Eso decía don Francisco y él lo creía. A golpe de decretos se convirtió la tierra de todos en latifundios para los caciques, una y otra vez; en 1855 con la desamortización civil de Pascual Madoz, en la que se sacaron a subasta las tierras municipales y las comunales, otra vez en beneficio de los pocos y en perjuicio de los muchos. Los campesinos, entonces, se quedaron sin nada.

—Esos políticos de Madrid, Rafael, nos robaron la tierra. Y con ella el futuro a generaciones y generaciones de hombres, de mujeres, de españoles, de andaluces —decía el maestro, que le enseñaba todas estas cosas entre cuentas, mapas y abecedarios.

Rafael le escuchaba admirado. Nadie decía estas cosas, nadie las contaba: sabía que eran un secreto y que debía guardarlo con su vida sin que don Francisco se lo pidiera. Sin tener conciencia de ello y con apenas doce años, ya había entrado en la clandestinidad.

—Siempre son los mismos nombres, repetidos desde hace siglos:

siempre los mismos.

Como el marqués de Villamejor, don Ignacio de Figueroa, dueño de toda la tierra desde allí hasta Extremadura, decían, y de todo lo que en ella había; las tierras y las minas, enriquecido aún más con contratos de extracción y exportación de plomo con el Estado. Figueroa había sido político en las filas del partido moderado y luego del conservador, seis veces diputado y dos senador, también alcalde, con intereses fabriles, inmobiliarios y financieros en Extremadura, Almería, Guadalajara y Cartagena, donde era propietario de la fábrica de Santa Lucía para desplatar plomos. Y no, no lo había ganado con el sudor de su frente. Ni siquiera conocía la tierra que tan rico le hacía porque vivía en Madrid y solo pasaba por ella en tiempos de elecciones, para pedir el voto pueblo por pueblo. Su hijo era el conde de Romanones, mano derecha del Rey y de quien se rumoreaba que sería el próximo presidente del Gobierno. Lo decían todos los periódicos, hasta *Solidaridad Obrera*; la «*Soli*» anarquista. Pero aquello, en realidad, no le interesaba. El anarquismo para Rafael no tenía que ver con la política ni con partidos, movimientos o facciones. Era la ideología del Hombre; nada más, ni nada menos. Una voz que le hablaba de una responsabilidad para con la humanidad entera. A duras penas comprendía aquellas discusiones eternas vertidas en las publicaciones libertarias; ¿qué más daba lo que hubiera dicho Bakunin o quien fuera sobre tal o cual aspecto de la producción? Aquellos dimes y diretes no llevaban más que a divisiones internas que minaban la confianza de los de su clase, politiquerías sin sentido para la gente corriente. Lo único que interesaba al campesino era si subía el precio del aceite: de ello se lucrarían los patronos mientras pueblos enteros, los que vareaban las aceitunas y las deshojaban y lavaban, los que las llevaban a la almazara para molerlas, los que prensaban la pasta convirtiéndola en aceite, serían quienes pasarían hambre al no poder comprar ni una botella de ese mismo aceite para dar de comer a sus hijos. Y si el precio caía, también quedarían en la miseria, porque los dueños bajarían el jornal para obtener más beneficio. Tanto papel gastado para explicar algo tan sencillo… ¿Tan difícil era de entender?

Caminaba campo a través con la hierba crecida, húmeda, mojándole el bajo de los pantalones; el lecho blando de la tierra

cedía en cada pisada. Sintió el deseo de volver a ser un niño y tirarse sobre aquella alfombra verde y suave para mirar las nubes ovejunas, pero siguió andando, sin darse cuenta, sin pensar adónde, hasta dónde. Una fila de árboles que no conocía marcaba un camino: allí no había olivares y esto le resultaba extraño. «¿Qué comerá aquí la gente si no hay más que hierba?» Rafael se había criado con pan y aceite: casi nunca había otra cosa y por eso recuerda la primera vez que comió una naranja. Bonita y redonda, brilla en las manos de su madre y, al pelarla, el juguito sale de dentro saltando, salpicando. Y el sabor: un dulzor agrio y fresco a la vez. Era un niño. Muy poco tiempo después, tuvo que ir a las minas.

Al dejar atrás las lomas con sus subidas y bajadas, la brisa se transformó en un viento que le pareció helado: el calor que le arrebolaba desapareció de pronto y sintió un escalofrío. Estaba muy cerca, podía oírlo: seguro que llevaba un rato acompañándole pero no se había dado cuenta por estar sumido en sus pensamientos y porque empezaba como un rumor lejano pero insistente, como si oyera el caer de la grava en una cantera o escuchase el sonido de su propio corazón. Pero no; este era distinto, más fuerte y a la vez más blando. Las gaviotas, sobre su cabeza, chillaron. Olía a sal, a algas, a arena, a vida marina escondida en la orilla: aromas desconocidos que emborrachaban. Estaba ya muy cerca; el rumor era ya un golpe hondo que inundaba el aire. Guiándose por su sonido corrió hacia el acantilado.

Allí estaba. Nunca hubiera podido imaginar algo tan inabarcable, tan misterioso ni tan bello, y a la vez aterrador. Incluso ahora, a plena luz del día, cuando las olas se deslizaban sobre las rocas con una cadencia musical, le pareció que aquella inmensidad ocultaba una amenaza terrible y real, como si en cualquier momento pudiera levantarse y alcanzarle para arrastrarle hacia la rocalla y despedazarle, hundiéndole en lo más profundo, llenando de agua su boca, su nariz, su estómago, sus pulmones: ahogándole. Estuvo mucho tiempo frente a la bestia, tumbado sobre la tierra caliente, observándola, dejándose llenar los ojos con aquel azul inacabable extendido como una piel gigantesca, levemente ondulada, hasta que tuvo que cerrarlos, colmados.

¿Se había quedado dormido? Creyó que soñaba cuando aquella cosa surgió de las profundidades marinas: primero una especie de

larga antena, y bajo ella un animal brillante, enorme, que empujó rizos blancos hacia la superficie. Hipnotizado por la aparición, sin saber si aquello era una de esas ballenas de las que había oído hablar, vio unos seres humanos brotar de su lomo: parecían muy atareados en botar una pequeña lancha. Entonces comprendió que lo que había visto era un submarino.

El muerto desconocido y la carta al Rey

El comisario nadaba entre papeles, carpetas y archivadores; apurado, sudaba a mares y de cuando en cuando se dirigía a voces a la puerta para increpar a algún subordinado. La presencia del hombre vestido de negro, quieto en mitad del despacho, silencioso e impenetrable, había logrado ponerle aún más nervioso, aunque intentaba disimularlo en un cierto victimismo cómplice.

—Como le iba diciendo estamos sobrepasados… Perdone… No recuerdo su nombre.

—Agente Especial Palomo.

—Disculpe, Palomo: tiene que entender que esta es una ciudad pequeña, tranquila… Nuestro trabajo no es más que pura rutina: aquí no hay más que una delincuencia, digamos, residual: reyertas en el barrio de pescadores causadas por el abuso del vino, contrabando, algún hurto, carteristas que son casi de la familia. Y putas, muchas putas, claro, como todo puerto de mar… Lo normal. Ahora me viene el Ministerio con todo esto de los terroristas y no sé qué de un atentado… Y, la verdad, no estamos preparados.

—Esa es la razón por la que me envían.

—¡Y yo se lo agradezco, a usted y a la superioridad! Pero es que carecemos de efectivos para esta contingencia, ¿entiende? Ahora me pedirá hombres para realizar las investigaciones pertinentes y arrestar a los sospechosos de haberlos, ¿no es así? Y de dónde los saco, yo… ¿eh? ¡No puedo pintarlos!

—No se preocupe, señor comisario. Estoy acostumbrado a trabajar solo —dijo Palomo, sin variar aquella expresión de esfinge.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Cómo se va a enfrentar a una célula anarquista usted solo?

—Seguimos varias pistas y esta es, sencillamente, una de ellas. No significa que sea la correcta. Nuestros informantes nos han avisado de que pudiera haber intenciones de aprovechar la

coyuntura internacional para realizar atentados en el entorno del Rey.

—Aquí de anarquismo, nada de nada. Algún socialista hay, pero son tranquilos y se limitan a mitinear, todo por lo legal… Esos vendrán de fuera.

—Los confidentes dicen que todo parte de Madrid. Sería una pequeña partida, un grupúsculo «volante» muy poco articulado.

—Ya… de Madrid, claro. Me había usted alarmado. Ha sido un día de perros y encima este bochorno… Esta surada trae lluvia, ya lo verá: el viento sur nunca pasa sed, como decimos aquí.

Fue el comisario a abrir la ventana y una corriente de aire sureña hizo revolotear algunos papeles que cayeron a los pies de Palomo, quien los recogió.

—No querría causarle ningún trastorno, señor comisario. Al contrario —dijo volviéndolos a poner sobre la mesa. El tono seguía siendo neutral. Demasiado. El comisario Sánchez quiso dar un golpe de efecto, por ver si sorprendía al agente enviado de Madrid.

—Es que además está el asunto del muerto que encontraron anoche. Justo antes de que usted llegara.

Los ojos fijos y como muertos del polizonte parecieron animarse con una chispa de vida.

—Por no hablar de lo del submarino, que tiene espantados a todos los pescadores de la zona y a un par de bañistas. ¡Han venido a preguntar hasta periodistas! ¡Periodistas! Por si fuera poco, se han personado aquí un gerifalte del Ministerio de la Guerra y un enviado de la Armada pidiendo explicaciones en un tono que… se puede usted imaginar. ¡Maldita la hora en que vino aquí la Corte!

—Hábleme del muerto —dijo Palomo.

—Dudo de que pueda tener relación con el terrorismo. —Sánchez se hacía de rogar.

Era esta una información candente y debía tener cuidado con ella. Pero, al fin y al cabo, el agente especial había sido enviado de la capital. Allá ellos.

—Quién sabe… —insistió Palomo.

—Lo encontró flotando en una poza de la bajamar un abuelo que iba con los nietos buscando fósiles, imagine la impresión. Como llevaba uniforme de marinero pensamos que era un ahogado, el típico accidente o suicidio. Entonces, aparecieron los alemanes. No

sé cómo se enteraron, pero a los cinco minutos de llegar el señor juez a levantar el cadáver estaban ya allí, apostados.

El agente había escuchado todo esto con una pétrea impasibilidad que contrastaba con la cara enrojecida y sudorosa de su interlocutor, pero al llegar a este detalle arqueó las cejas convirtiéndolas en circunflejas. Sánchez sintió una cierta complacencia: había logrado sorprender a su interlocutor. Un poco.

—Sí, sí, como lo oye. No sabe usted cómo se ha puesto la ciudad de extranjeros, anda por aquí hasta un príncipe turco con su harén… No hay una habitación de hotel ni una casa que no se haya alquilado en toda la ciudad. Bueno, a lo que iba… Se presentó un agregado de la embajada o algo parecido, un tal Von Krohn, afirmando que el hombre era ciudadano alemán y que ellos se harían cargo del cadáver y de sus pertenencias: el muerto llevaba uniforme de la Marina Imperial. Lo cierto que en su cartera encontramos varios documentos, incluyendo dos pasaportes a nombres diferentes, pero Von Krohn se lo llevó todo. Era evidente que no era compatriota nuestro, así que le pasamos el muerto al germano —se veía que tenía mucho mando; como para haber hecho otra cosa— y no hemos vuelto a saber de él. ¡Y menos mal! Empezar una investigación por homicidio… la guinda del pastel.

—¿Homicidio?

—Ah, ¿no se lo he dicho? De ahogado, nada: al tío le habían pegado cuatro tiros: tres heridas leves y una mortal de necesidad.

No le pareció al enviado de Madrid que aquello tuviera nada que ver con su pesquisa, y cuando salió, el comisario sintió haberse quitado un peso de encima: ¡que el tal Palomo se ocupara de los dichosos anarquistas! ¿No era el tipo más avezado en esas lides, según el Ministerio? Pues que apechugara. Ursicinio Palomo, se llamaba. Con ese nombre, seguro que llega lejos, le dijo el comisario —que se apellidaba Sánchez Sánchez— a su amigo Rubín, cuando se reunió con él para tomar el aperitivo. El aperitivo nunca se perdonaba en la ciudad provinciana. Pasara lo que pasara.

—«Acotación: La propia Guillermina abre la puerta y, sorprendida, encuentra allí al boticario, quien le lleva el bote de arsénico. Boticario: —No he dejado de pensar en usted durante toda la noche…»

Escribió la palabra «arsénico».

—¿Arsénico?

—Mmmm… Habíamos dicho que veneno, ¿no?

—Pero hacerle suicidarse con arsénico se parece demasiado a… —dijo Julia, sin terminar de escribir.

Sonaron unos golpecitos en la puerta acristalada y Galdós dijo un «¡Adelante!» cargado de alegría, encantado con la interrupción: cada vez tenía menos ganas de escribir. Julia pensó: «A este paso no acabaremos nunca». El melodrama teatral sobre una aristócrata madrileña que, harta de su vida frívola, compra una fábrica textil para que la dirijan los obreros, empezaba a parecerse al tapiz de Penélope: el escritor le daba tantas vueltas, hacía y deshacía tanto hilo argumental, que todos los días tenían que empezar la obra casi desde cero.

Rubín entró en el gabinete de amplios ventanales de vidrios coloreados, altísimos anaqueles de esmerada ebanistería repletos de libros, paredes cubiertas de óleos, grabados y la maqueta de un galeón colgando del techo; saludó a Julia, saltó por encima del corpachón de *Hamlet*, el pastor alemán, y se sentó en un sillón de terciopelo rojo apartando a *Gilda*, la gata tricolor, que bufó mostrando su desacuerdo: ese sillón le pertenecía. Así que Julia guardó sus cuadernos, como si hubieran tocado la alarma de la fábrica textil avisando a los obreros de que el día de trabajo había terminado por hoy.

—¡Qué bochorno…! Es este maldito viento sur. En cuanto pare, lloverá, se lo aseguro a ustedes. —Era una tradición norteña comenzar cualquier conversación hablando del tiempo atmosférico. Rayaba la obsesión y Rubín, como buen santanderino conservador, no iba a desmerecer la tradición.

El guarda cincuentón era la conexión con el mundo de Galdós, quien apenas salía de San Quintín si no era para un compromiso, viaje o excursión. Pequeño, mal hecho y renegrido, Rubín parecía un duende; por eso don Benito le llamaba «Puck», como el trasgo bribón al servicio de Oberón. Conocía a todo el mundo y todo el mundo le conocía a él, no había chisme o noticia del cual no fuera partícipe desde su cómoda canonjía como guarda en la finca real, un destino tranquilo y funcionarial muy envidiado por la Gloria Nacional, siempre entrampado hasta las cejas y nadando en hipotecas, también la de San Quintín. «Ojalá hubiese sido

funcionario y no prolífico autor, siempre a la cuarta pregunta. Ya lo dijo Cervantes antes de morir: “Estoy muy sin dineros”. Y no aprendemos. ¡Maldita vocación!», solía decir.

—Esto le va a interesar, Galdós: he tomado el aperitivo con el comisario Sánchez, y… ¡la cosa está que arde! —soltó Rubín a bocajarro.

Como a todos los escritores, al canario le encantaban las historias policiales y la crónica negra: allí podía encontrar preciosísimas hebras narrativas que, bien hilvanadas, resultaran un buen argumento.

—Cuente, cuente… —dijo el escritor.

—¿Me quedo, don Benito? —Julia cerró su cuaderno: la duquesa fabril tendría que esperar hasta mañana para saber si el amor trágico con uno de sus obreros se resolvía o si la buena sociedad le impulsaba a cometer suicidio.

—Sí, querida, no nos prives de tu compañía… Es casi la hora de merendar y Melitona ha hecho tarta de limón. Y puede que luego sigamos con lo nuestro un ratito, si no te parece mal. Diga, usted, Rubín: me tiene en ascuas…

—Han mandado de Madrid a un agente especialista en cazar anarquistas. Sánchez dice que es una tontada más de la Superioridad; le parece realmente algo improbable que intenten atentar aquí, pero ya se sabe que si viene del Ministerio, todo es posible.

—¿Tiene algo que ver con el asesinato del Archiduque en Sarajevo?

—Pues sí y no. Aquello no ha sido obra de ácratas, sino de independentistas. Pero la cuestión es que en la policía andan nerviosos, presionados por el Gobierno, que, como todo el mundo sabe, tiene los días contados… Pero eso no es lo único que tiene al comisario en un sinvivir. Hace unos días apareció un marinero alemán muerto en la playa de Somo.

Hizo una pausa dramática para encender un purito canario de los que tenía en una caja de plata el escritor. Puck se servía con confianza.

—¡Pero siga, hombre de Dios!

Hasta Julia contenía el aliento.

—Le habían pegado unos tiros. El forense, que además es

pescador aficionado, está seguro de que le dispararon en el puerto. Luego debió de caer desde la machina a la bahía, ya herido de muerte, y la corriente hizo el resto. Por eso lo encontraron en la playa del otro lado. Un asesinato de libro.

—Lo nunca visto: esta ciudad siempre ha sido segura, mil veces más tranquila que Madrid. No te alarmes, Julita, pero creo que no deberías ir sola hasta la pensión.

—Cogeré el tranvía, don Benito. La parada está solo a unos metros de aquí.

—Creo que será mejor que mandemos a por un coche para que te lleve hasta el centro. Pero siga usted, Rubín, porque… ¿no acabará ahí la cosa?

—Pues no, no acaba aquí. Prepárense: ha sido avistado cerca de la costa un submarino.

—¿Un submarino? Eso sí que no lo creo… Eso tiene toda la pinta de un episodio de histerismo de masas debido a los sucesos europeos. No puede ser verdad —dijo el escritor.

—Pues Sánchez asegura que el cónsul de…

Una voz potente, bien entonada y de tenor, llegó alta y clara desde el jardín y entró en el salón por entre las ventanas entornadas, interrumpiendo la perorata de Rubín.

También la gente del pueblo
tiene su corazoncito
y lágrimas en los ojos
y celos mal reprimidos,
Bigornia del herrador
es este corazón mío.
Cuantos más golpes le dan…

—Este don Pablo y su afición a la zarzuela… Dice que así se le aclara la voz para los mítines. Tendremos que dejar para más tarde su crónica policial, Rubín.

—Les gustará oírla, se lo aseguro. Y es una primicia: directamente de la fuente interesada.

La puerta del salón se abrió de par en par y don Ramón entró como una tromba. En realidad, como le era habitual.

—¡Eztoy del honrado cajizta hazta los peloz! ¡Aquí no ze puede

trabajar! ¡Uzted me prometió paz y tranquilidad, y ahora me encuentro reducido al eztado de público forzoso, o mejor dicho forzado, como en galera!

—Cálmese: voy a pedir ahora que nos traigan la merienda. ¿Le apetece tarta de limón? —Don Benito era muy goloso y en la casa siempre se podía contar con dulces y postres «de cucharita», como decía él.

—Le aseguro que las tartas de Melitona son la envidia de la ciudad. Más de una vez algún invitado a esta misma casa ha intentado contratarla a espaldas de su anfitrión, ¿verdad? —añadió Rubín.

—Verdad, verdad… Alimentando áspides en mi seno; se dicen amigos y luego me la quieren hurtar. —Rio Galdós.

—El pecado de la gula puede llevar a desmanes tan gordos como el de la lujuria. —Rubín era un moralista.

Don Ramón aún refunfuñaba.

—Y después de merendar vamos a lanzar un pequeño globo aerostático de aire caliente: nos trajeron una nueva vela de París esta mañana —añadió Galdós, muy aficionado a la aeronáutica casera. Los vecinos de la quinta ya estaban acostumbrados a ver caer en sus jardines los globos fallidos del insigne escritor.

La perspectiva de la tarta de limón y del lanzamiento del globo pareció calmar la ira de don Ramón, a pesar de que el «honrado cajista» seguía lanzando gorgoritos en el jardín.

—Ezo, denle tarta, a ver zi ze calla. O mejor: lo zubimos al globo a ver zi llega hasta Zanzíbar y les da un mitin a los bantúes antropófagos. Eztos zocializtas ziempre dando la lata…

—Voy a avisar a don Pablo para que venga a merendar —dijo Julia, aguantando la risa; y salió en pos del cantante aficionado.

Julia no podía evitarlo: don Ramón le hacía muchísima gracia, aunque a veces resultara insoportable con su dandismo estrafalario, sus salidas de tono y sus desplantes. Siempre se mostraba exigente e imperativo; con su larga barba de chivo y sin la mano amputada, teatral, hiperbólico, parecía un rey de la antigüedad depuesto y en el exilio.

A pesar de lo que decían las malas lenguas, el gallego y el canario se apreciaban y mucho: Galdós le había acogido en su casa de veraneo para que terminara una función sobre las guerras

carlistas y empezara un proyecto literario que Valle llamaba «Ruedo Ibérico»; una serie de novelas históricas sobre el siglo XIX español.

—Si consigue llevarla a cabo, puede llegar a ser mucho mejor que mis «Episodios Nacionales» —decía Galdós—, admirado siempre del talento aunque fuera ajeno, cuando le avisaban del carácter arbitrario del autor de las «Sonatas». Por otro lado, cuando don Ramón estaba de buen humor, se convertía en el alma de todas las reuniones con su verbo florido —también ceceante— contando anécdotas y cotilleos del teatro y de los actores o improvisando situaciones en las que interpretaba a los más variados personajes: entonces resultaba la compañía más divertida y agradable que imaginarse pueda.

Después de avisar a don Pablo, que era tímido con las señoras y solo perdía el pudor cuando cantaba, Julia salió del gabinete de trabajo del escritor y cruzó un cuarto pequeño con vitrinas tras las que se apilaban obras, traducciones y manuscritos originales. Dejó atrás el comedor de nogal, cerró la puerta abierta del estudio de dibujo y pintura —don Benito tenía pavor a las traicioneras corrientes de aire—, decorado con retratos dedicados, fotografías, bronces y armas antiguas y llegó hasta la cocina, situada junto una galería que daba a la huerta, para ordenar la merienda a la paciente Melitona, siempre bien provista de condumios y preparada para cualquier contingencia.

San Quintín era conocida en toda España como un epicentro de literatos, poetas, artistas e intelectuales. La generosidad de don Benito acogía desde escritores desarrapados hasta eminencias científicas y políticos famosos —como el propio Pablo Iglesias, de paso hacia un *mitin* en Asturias—, igual que hacía con cualquier pajarito, gato o perro perdido que se encontraba, así que el chalet encaramado a la colina sobre el Cantábrico parecía una especie de zoológico humano, además de animal.

«Esta casa mía tiene este año cuatro nidos de golondrinas, uno más que el año pasado. En mayo, los malditos pintores que estaban pintando la casa, derribaron dos de los antiguos nidos. Las pobres avecillas tan buenas, leales y consecuentes, no huyeron de este lugar. ¿No es extraordinario?», había contado a Julia nada más conocerla, mientras le daba la bienvenida y le enseñaba el jardín y el alero de las golondrinas. Como le mostró su dueño, la quinta

disponía de sótano, planta baja y dos alturas. Sobre el tejado, dos claraboyas, veleta en forma de unicornio, un pararrayos y un panel con dos leones rampantes y el lema «Plus Ultra», con fondo azul. En un ángulo de la terraza, la bandera española. En la parte de atrás, una pequeña huerta. Delante de la fachada principal, el jardín, con pozo y aljibe. La entrada señorial daba al norte y la de servicio, orientada al sur, miraba al paseo por donde circulaba el tranvía que llegaba al Sardinero.

Apenas una semana después de llegar, Julia ya se había hecho imprescindible para los habitantes de San Quintín incluyendo al perro, a la gata y a Melitona en sus inconquistables reinos gastronómicos. La cocinera se había empeñado en cebarla como a una ternera: era su manera de aceptarla en el ecosistema galdosiano. Pero no eran los postres de Meli, por muy apetitosos que resultaran, la razón que la había traído hasta allí ni tampoco el reconocido prestigio intelectual del retiro veraniego del escritor. Julia había elegido San Quintín como el «centro de operaciones» de su ambicioso plan con la connivencia de María, aquella hija natural a quien el célebre escritor no solía mencionar. Solo el día en el cual Julia se había presentado en la quinta con la carta de recomendación firmada por su amiga, se atrevió el escritor a preguntar por esa joven que había alejado de su vida.

—Está bien, pero preocupada por su salud, don Benito. Sabe que necesita ayuda y por eso me pidió que viniera.

—Tengo que escribirle para agradecerle que te enviara —había dicho, enternecido.

A partir de entonces tuteó a Julia, arguyendo que era para él como otra hija. Buena conocedora de las debilidades de su progenitor, Mari sabía de su afán por rodearse de jovencitas, mejor guapas, que pusieran risas a su alrededor y le dieran mimos cuando presumía de achacoso. La verdad es que el hombre tenía ya setenta y un años acosados por las migrañas y «quebrantos musculares», que le llevaban a tomar periódicamente las aguas en el balneario de Puente Viesgo. Pero lo peor era la ceguera: ya no podía escribir a pesar de los tratamientos con colirios, yoduros y agua boricada. En cuanto llegó, Julia pasó a convertirse en la mano derecha del novelista: organizaba su agenda, le hacía recados y encargos y escribía al dictado no solo cartas o artículos, también sus obras

literarias. Pasaba allí casi todo el tiempo. Al salir de la atmósfera personalísima de San Quintín, daba un paseo hasta la playa para luego regresar a dormir a la pensión de doña Úrsula, lugar que cada día que pasaba le parecía más lóbrego, deseando despertarse y volver a la casa del ciego literato, donde nunca se aburría. Todo ello sin olvidar su objetivo principal y la verdadera razón por la que allí se encontraba: hallar la forma de servir a su causa.

Don Benito, aunque no viera «un cura en un montón de sal» —como decían los pejinos del puerto—, sí que era un hombre sagaz y ciertas indiscreciones terminaron de abonar sus sospechas: tenía bajo su techo a una convencida defensora de los derechos femeninos. Ya se conocía el paño; al fin y al cabo, en tiempos tuvo algo más que una amistad con la Pardo Bazán, inspiradora de la señorita Doncel, como ella misma había confesado en un arrebato de sinceridad.

—Y ahora que ya nos tenemos confianza, querida Julia, creo que es tiempo de que tengamos una charla y me cuentes la verdadera razón de tu presencia aquí. Porque, hija, esto de presentarte por las bravas, para hacerme compañía, no se lo traga ni el más pintado. Tú has venido hasta Santander por algo… Si al menos sufrieras la fiebre de la literatura… Pero no, porque de querer ser escritora, nada, ¿verdad? ¿Acaso andas buscando a un caballero veraneante con el que has tenido algo más que palabras?

¿Por qué todo el universo de una mujer tenía que girar en torno a un hombre, amoríos o despechos? ¡Como si una señorita no pudiera interesarse por nada más! Julia, un tanto ofendida por estas suposiciones, confesó su ideario sufragista, así como sus planes de llegar hasta el rey Alfonso para reclamar el derecho al voto. Costara lo que costara. Y si había utilizado la amistad de Mari para llegar hasta San Quintín, era porque ella estaba de acuerdo con su plan.

—¡Vaya nido de sufragistas se me ha puesto debajo del alero! —dijo el escritor, un poco asustado por las pretensiones de la feminista. Intentó hacerle entrar en razón—: Querida Julia: eso que pretendes no puede hacerse así como así.

—Lo sé. Hasta ahora todos los intentos del grupo que hemos formado las mujeres en la Asociación de la Enseñanza para la Mujer han fracasado. El Gobierno se ha negado a escuchar a doña Emilia Pardo Bazán, ya sabrá usted de su interés por el asunto…

El canario asintió, incómodo: no estaba por la labor de entrar a hablar de la Bazán, con quien había roto relaciones hacía años después de que ella le pusiera una cornamenta estupenda con el editor Lázaro Galdiano… Julia continuaba su encendido discurso.

—… ¡Todo en vano! Y si a ella le está vetado hablar, imagínese a las demás. Por eso yo pretendo acercarme al Rey y hacerme oír. Aquí será más fácil, en Madrid es imposible llevar a cabo acciones directas: así es como lo hacen las compañeras británicas.

—Pero es que en Inglaterra hay un amplio apoyo femenino a esta causa, mientras que aquí casi todas las señoras son de mantilla y misa diaria y no hacen más que obedecer al confesor de turno. Y tanto allí como aquí, a poco que des un mal paso te pueden detener y meter en la cárcel por alterar el orden público. Es pronto para esas reivindicaciones, Julia; hace falta más instrucción, tiempo… —intentó argüir el escritor.

—¡Tiempo, siempre tiempo! ¡Si seguimos esperando nunca llegará ese momento! Y, ¿quién sabe cuántas compañeras, opinando lo mismo, callan, temerosas del qué dirán? ¿Cuántas desconocen que sus anhelos son compartidos? ¿Cuántas ignoran que no están solas, que muchas otras sentimos y sufrimos junto a ellas? Todas reclamamos lo mismo, que no es otra cosa que justicia. Y si el precio a pagar es pasar dos noches en un calabozo, lo pagaré con gusto.

—Me siento responsable de lo que pueda ocurrirte, entiéndelo —se quejó Galdós.

—Soy mayor de edad: en febrero cumplí los veintiuno.

—Bueno, bueno… Déjame que lo piense… —Y terminó ahí la conversación.

Julia temía que todas sus palabras cayeran en saco roto. Pero no fue así. Esa tarde, cuando todos habían dado buena cuenta de la tarta cítrica de Melitona, después de irse Rubín y mientras don Pablo preparaba su discurso en el estudio del primer piso, don Benito la llamó a capítulo y tuvo una larga charla con ella.

—Siempre he sido un defensor de los derechos de las mujeres, así que he decidido ayudarte en lo que buenamente pueda. Cuenta con ello. Y me he permitido contarle tu plan a don Ramón —dijo con tono de conspirador de opereta.

A decir verdad, la ambición de Julia divertía enormemente a

don Benito, siempre dispuesto a participar en cualquier tipo de intriga, reivindicación o manifestación. Más ahora, cuando se encontraba más viejo y aburrido de lo que declaraba. Además, el asunto había tocado en su corazón de viejo anticlerical: aquello, en el fondo, había de chinchar a los curas y eso le encantaba.

—No sé si soy feminizta, pero soy carlizta: cuente conmigo para todo lo que zea moleztar a un nieto de Isabel II.

Un tradicionalista que había apoyado a los independentistas cubanos: verdadera contradicción en cuerpo y alma, siempre, don Ramón.

—Debemos ser discretos: es conveniente no decírselo a nadie más. Tampoco a don Pablo: algunos socialistas no son muy proclives a esto del sufragio femenino. Además, podríamos ponerle en un aprieto; siempre está en el punto de mira de la policía y no se le puede relacionar con nada que pueda interpretarse como un desafío al Gobierno o a la Monarquía.

—Porque la idea es llegar al propio Rey y ponerle en la mano la petición. Pero no a ningún secretario, tiene que ser al mismo Rey —insistió Julia.

—Pero no te hagas ilusiones. Está bueno Alfonso, más con lo del lío europeo, como para interesarse por ciertas reivindicaciones… Además yo ya no tengo mando en plaza. Romanones… Ese sí que nos hubiera venido de perilla, porque es el que realmente gobierna las regias voluntades. Antes me honraba con sus visitas, pero esto de la influencia es algo muy caprichoso y endeble: un día parece que a todo el mundo le interesa tu opinión y al siguiente te insinúan que ha llegado la hora de la jubilación. Estaba yo pensando… A quien te conviene conocer es al marqués de Argüeso: hay que ponerse en contacto con él.

—¡Eze es un perillán! —espetó Valle.

—No hagas caso de don Ramón; perillanes somos todos los hombres, él el primero. ¡Pues no fue quien se inventó al marqués más perverso después del divino Sade…!

—Bradomín no ez perverzo… sino feo, católico y sentimental.

—Bueno, eso es más bien discutible. Hablemos, sin embargo, del otro marqués… Es íntimo de Alfonso. Creció junto a él, en Palacio, con otros seis jóvenes aristócratas elegidos entre las mejores familias del reino para acompañar al Rey Niño. Formaban un

batallón infantil en un remedo de escuela militar, con maestros que también eran instructores militares, con el fin de educarles en el estricto modelo prusiano. Al fin y al cabo la Reina madre es austriaca. Pero con tanta disciplina y rigor en la juventud, no me extraña que hayan salido un poco… revoltosos.

—No es un secreto que el Rey es un juerguista impenitente y el marqués, un botarate. —A veces, extrañamente, el escritor manco olvidaba su ceceo.

Galdós carraspeó, incómodo.

—Esas son cosas que no interesan a nadie, y menos a una señorita.

El sempiterno solterón era muy celoso de su intimidad, así que no era extraño que se pusiera a la defensiva en cuanto se mencionaban inmoralidades. Como un relámpago pasó por la mente de Julia el recuerdo de aquella Rosarito a la que se había llevado la policía el mismo día en que llegó a San Quintín. Por supuesto, no dijo nada; ni entonces ni ahora.

—Lo dicho: habría que tantearle, porque él nos llevaría directamente hasta el Rey. Conozco a Velasco y, a pesar de su apariencia frívola, es un hombre culto, sensible y muy leído.

—Sería el primer noble ezpañol en serlo —sentenció don Ramón, recuperando de golpe su decir particular.

—¿Velasco? ¿Así se llama el señor marqués?

—León de Velasco, marqués de Argüeso. De una estirpe más antigua que la del propio Borbón. De buena planta, viajado, políglota… Y liberal en todo.

Julia se puso colorada como un pimiento morrón; por suerte, ninguno de sus interlocutores llegó a notarlo. No podían saber que había conocido de la manera más fortuita al tal Velasco el mismo día de su llegada a la ciudad, cuando le había prestado un alfiler muy valioso para sujetar un sombrero levantisco. Y mucho menos que, al día siguiente, Julia se había presentado en la recepción del Gran Hotel para dejar a nombre de Velasco un paquetito que contenía esa prenda tan personal sin dejar nota ni dar ninguna explicación. Mientras cavilaba sobre la conveniencia o no de contarle a Galdós que conocía, aunque fuera de manera superficial, a ese hombre tan importante, los dos escritores seguían a lo suyo.

—Hay que ponerse a ello cuanto antes… Pero lo primero es

redactar la carta, y para eso nos tienes a nosotros, querida Julia.

—Es un honor… Tengo unos borradores, ¿quieren leerlos?

—No, no hace falta. Tantos años de escritura creo que avalarán tu confianza.

—Ah, ezto me recuerda cuando escribí otra miziva, no para un rey, sino para el Maharajá de Kapurtala… pero claro, aquello era una carta de amor. ¿Les he hablado de Anita Delgado? Yo la convertí en princeza…

Los dos próceres, codo con codo, dejaron de hacerle caso, inmersos en la redacción de su petición, discutiendo sobre su contenido y la mejor forma de expresarlo. Julia les observaba complacida, como se mira a dos niños que juegan peleándose por el mismo juguete.

Esa noche, en la pensión, escribiría a María, con la que compartía las mismas ideas de liberación femenina, ponderando la enorme ayuda que le había proporcionado su padre. Sabía que la hija aún guardaba un poco de rencor a su progenitor por el abandono sufrido y nada le hacía más feliz que tender un puente de cariño y comprensión entre los dos. «Gracias a él, conseguiremos en España el voto para la mujer. Estoy segura», terminaba diciendo. Cerró el sobre y se acercó a la ventana. Como profetizara Rubín, había parado el viento y sobre el mundo comenzaba a llover.

La revolución sexual traerá la rebelión de las masas

En Santander a 2 de Julio de 1914

Comparecen ante el comisario jefe d. Luis Ángel Sánchez Sánchez, los inspectores d. Adolfo Martín Casas y d. Antonio San Emeterio Gutiérrez a los efectos de informar de los siguientes extremos:

Que siendo las 12.45 horas del día 1 de julio y estando de guardia los inspectores Martín y San Emeterio en el barrio portuario de La Fuente de la Sirena, se personaron en la taberna llamada del Marinero, interviniendo como fuerza pública ante el tumulto causado en tal lugar como consecuencia de la presencia de un grupo de seis personas en total que, vistiendo ropas llamativas y equívocas, y al parecer, a causa de la ingesta de bebidas alcohólicas y otras sustancias (puede que cocaína y éter) llegaron al local con ánimo de provocar a los allí reunidos al grito de «Nos vamos a lanzar a la vorágine» y otras frases del mismo cariz, que fueron interpretadas como impertinentes. Uno de los testigos, Pedro Gómez Fernández, marinero y natural de Pedreña, afirma que: «Vinieron esas señoritas a reírse de los probes».

(En el documento esta palabra está tachada y al lado se ha corregido escribiendo «pobres»).

Se confirma que hubo insultos por parte de los clientes habituales de la taberna tales como

«Mariquones», «Banda de apios», «Pisanderas» y «Zorrones», lo que dio lugar a que uno de los sujetos pasara, según los testigos, a la agresión. Hubo intercambio de puñetazos y golpes sin más consecuencia que algunos rasguños y heridas superficiales y solo una inciso-contusa de pronóstico leve, provocada por el golpe de un taburete de madera. No se esgrimieron armas blancas ni de ningún otro tipo. Tras acabar con la reyerta la actuación policial, procedieron a disculparse el grupo de presuntos provocadores. Uno de ellos, que responde en su cédula por Álvaro Retana Ramírez de Arellano, interpelado por el inspector Martín respecto al motivo de su presencia allí, afirma que «Nos habían dicho que en esta tasca se daban unas magníficas souper». Preguntado por esta última cuestión pareciéndole relevante al inspector Martín, señala que la palabra «souper» significa «cena» en francés.

Finalmente, se procedió al cierre del local dispersándose los presentes. No se realizaron detenciones.

—¿Cómo que no se realizaron detenciones? —dijo Sánchez, agitando el papel en el que estaba escrito el informe policial delante de las jetas de sus subordinados.

Los dos autores se miraron.

—Había dos damas allí presentes, señor comisario, una de ellas…

—¿Damas? ¿Donde Cioli? ¡Serían mariscadoras borrachas!

—Las había, señor comisario, y una de ellas era una famosa artista. Afirmó que todos sus acompañantes eran caballeros y que en modo alguno su intención había sido ofender a las gentes trabajadoras allí reunidas. Insistió en que todo había sido un desgraciado malentendido y que ella misma pagaría los destrozos, que lo dejáramos correr, que más nos convenía, porque…

Aquí el inspector susurró un nombre al oído atento de su

superior.

—Ah. Siendo así… no hay más que decir. Una de las damas era…

—Carmen Tórtola Valencia, señor comisario. Y la otra, la esposa del embajador francés.

—Acabáramos. ¡Como si no tuviéramos suficiente lío para que ahora vengan a montar gresca señoronas de alto copete, bayaderas, lechuguinos y otros representantes del gamberrismo intelectual! ¡Maldito sea el día en que mis paisanos regalaron un palacio al Rey!

Y tiró el papel encima de la mesa.

Unas horas antes de todo esto, después de haber visto el mar por vez primera y, por si fuera poco, un submarino, Rafael deambulaba por los alrededores del lugar de moda que llamaban el Sardinero, incapaz de volver a casa de Tomás. Eran demasiadas las impresiones extrañas vividas durante las últimas horas, y el joven anarquista paseaba sus confusos pensamientos sin ver ni oír a la gente que le rodeaba. Su largo paseo lo había llevado a la zona de hoteles, alejándolo de los parajes despoblados, hasta que tuvo que salir de su ensimismamiento: no tenía ni idea de dónde se encontraba ni mucho menos de cómo había llegado hasta allí. Miró a su alrededor y distinguió la parte trasera de una hilera de edificios entre los árboles y frente a él, sobre un rectángulo brillante de verdores, a dos muchachas recogiendo la ropa blanca colgada de unos tendederos.

—Date prisa que se está nublando. Con este viento gallego más pronto que tarde se pone a llover.

—¿Has visto a ese chico? Ese… Lleva ahí un rato. ¡Qué guapo!

—¿Qué hace? Parece perdido.

—Será de fuera.

—Pues no tiene pinta de veraneante —dijo Marisol, que si sabía de algo era de veraneantes: llevaba trabajando para ellos desde los trece años.

—No… Más bien de pobretón.

La cesta de la ropa limpia pesaba lo suyo. Tirando de riñones, Marisol la levantó y se la cargó en la cadera.

—Oye tú; que viene para acá… —dijo Tinita.

—Quita, no mires.

El muchacho se abrió paso entre las sábanas puestas a secar,

desplegadas como velas blancas.

—Eso pesa mucho para ti.

—No… ¡Qué va!

Tina soltó una risilla desde detrás de las sábanas colgadas y Marisol hizo como que no la oía. Él cogió la cesta: podía llevarla con un solo brazo. Marisol sonrió al desconocido. Era muy moreno, y su pelo, de tan negro, relucía al sol como el de los caballos buenos. Tenía unos ojos de miel que la miraban muy serios. No era como esos otros que le decían requiebros groseros creyéndolos bonitos.

—¿Adónde la llevo?

—A esa casa grande.

—Sí que es grande.

—Es que es un hotel. El Hotel Lisboa.

—¿Trabajas allí?

No podía dejar de mirar aquellos ojos tan grandes rodeados de pestañas negras, la nariz fina con la punta un poco curva, la boca perfecta… ¡Qué dientes tan blancos!

—Sí, bueno, no… Trabajo en una pensión, en el centro. Aquí vengo a ayudar de vez en cuando. De refuerzo.

Bajó los ojos. «Si sigo mirándole así, se va a dar cuenta… ¡Qué vergüenza!»

—Me llamo Marisol, ¿y tú? —dijo.

—Rafael.

Más tarde, Rafael la recordaría entre los blancos relucientes de las sábanas como un ángel entre las nubes del cielo. Tan extasiado estaba, que ni siquiera se dio cuenta de que junto a la puerta de servicio del hotel se cruzaban con un caballero con el sombrero calado que salía por donde no le correspondía.

El breve tiempo transcurrido desde que Rafael encontró y acompañó a Marisol, y en el que apenas hablaron pero se miraron mucho, concluyó con una despedida en la cual la joven dejó claro que, siendo como era Rafael un recién llegado que no conocía a nadie —como él mismo explicara—, podrían verse el jueves, su único día libre, para ir a pasar el día en la playa y disfrutar de los baños de ola, cosa que debía de ser muy buena, puesto que era la razón por la cual la gente viajaba hasta la bonita ciudad norteña. Lo dijo un poco cohibida, temerosa de que el chico pensara que era

una desvergonzada, pero al andaluz le pareció muy bien, dijo que sí a todo, aún en las nubes, y cuando Marisol desapareció en el interior de las tripas hoteleras, estuvo aún un rato mirando la puerta vacía, como un pasmarote. Incapaz de volver a la triste casa donde tenía su refugio, se puso de nuevo a caminar, con la diferencia de que ahora sus pensamientos eran mucho más alegres que aquellos con los que había llegado.

De pronto se sintió de nuevo joven, lleno de fuerza y vitalidad, como antes de que todo hubiera empezado. Aquella recobrada energía alejó de sí la pesada sombra del deber y, a pesar de ser consciente de ello, no encontró nada incorrecto en su comportamiento. Ilusionado, pensaba en aquel encuentro del jueves mientras admiraba la extraña luz color de plata que hacía brillar los colores de la hierba y de los árboles, del mar cercado en la bahía y hasta las fachadas de las casas y los rótulos de las tiendas. Comenzaba a atardecer, el viento había traído nubes negras que embadurnaban el cielo por el oeste y, sin embargo, aún se veían las montañas coronadas de sol. A lo lejos, donde el ojo de la bahía se perdía en el mar, vio un rayo verde estrellarse contra la línea del horizonte.

La sonrisa iluminaba el rostro de diosa reflejado en el espejo cuando León entró en la habitación para darle un beso en el hombro desnudo, penetrando en el reflejo. Tórtola, a quien encantaban las joyas extravagantes y llamativas, se probaba unos pendientes de esmeraldas que combinaban extraordinariamente bien con sus ojos glaucos. Buen conocedor de los entresijos femeniles, León comprendió que la sonrisa perfecta perdida en el fondo del azogue no era para él.

—¿Buenas noticias?

—¡Las mejores!

El marqués se recostó en el diván colocado en medio de la estancia, cruzando con elegancia las largas piernas; sacó la pitillera de oro y encendió uno de sus dimitrinos egipcios. Brilló entre los dedos el platino del encendedor junto al sello con las armas de los Velasco. Tórtola esperó a que dijera algo, pero él permanecía en silencio.

—¿No vas a preguntarme nada?

—¿Para qué? Estoy seguro de que me lo vas a contar.

—¡Voy a actuar ante el Rey! Será en Palacio: un espectáculo privado. —Ella le miraba a través del espejo, en el que podía ver, recortada, la figura alejada del caballero.

—Juro que no he tenido nada que ver…

—Ya lo sé, tonto. Es cosa de Freire.

El representante de Tórtola era un zorro viejo y se las sabía todas, reconoció León. Después de la cancelación de Amberes y las únicamente tres actuaciones de Londres, Tórtola había montado en cólera, culpando del desastroso comienzo de su gira mundial a Freire y amenazándolo con el despido fulminante. Un golpe de mano, como este de llevar a la artista ante la Corte, era justo lo que necesitaba para aplacar a aquella tigresa.

—No te hagas ilusiones respecto a los emolumentos. Alfonso no es lo que se dice un monarca generoso —dijo él, displicente.

—Los reyes grandes hacen regalos pequeños. Son los reyes pequeños quienes hacen grandes regalos.

Sobre el escote de alabastro, brillaba una gargantilla a juego con los pendientes. Tórtola afirmaba que era obra del mismo joyero que engarzó la famosa «esmeralda Maximiliano». No resultaba descabellado creer que las piedras procedían de las minas de Muzo, aquellas por cuyos tesoros fue torturado Cuauhtémoc, el último rey azteca, a manos de Hernán Cortés. León sabía que la alhaja había sido un regalo del archiduque Francisco José de Baviera y por tanto la historia aquella podía ser verosímil; al fin y al cabo, Maximiliano I, emperador de México —quien fuera fusilado por los republicanos de Benito Juárez—, era tío del príncipe «admirador» de Tórtola. Además de regalarle aquella joya, el archiduque convirtió a la bailarina desconocida en una celebridad.

—Pero se trata de una publicidad espléndida: estarán allí los embajadores de medio mundo. Hay que salir a celebrarlo… ¡Quiero bañarme en champán!

Discreta como una esclava romana, Susanna, la doncella, se quedó parada en el límite del sanctasanctórum para anunciar que una señorita buscaba a don León.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho, *signore*. Dice que solo hablará con *il signore*.

—Hazla pasar, Susanna —dijo Tórtola, mirando significativamente a su actual amante, quien se encogió de hombros

en un gesto de inocencia absoluta.
Vencidos todos los escrúpulos a causa de la necesidad —esa feroz diosa que los griegos llamaban Ananké—, imbuida de nobles propósitos, convencida de que actuaba según una lógica «de guerra» en la cual sentía caminar a la Victoria Alada junto a ella (era mujer, así que tenía que estar de su parte), Julia Doncel decidió seguir el consejo que el famoso escritor le diera y presentarse *motu proprio* ante aquella llave con forma de hombre llamada León de Velasco. Bien sabía donde se alojaba, así que fue de nuevo al Gran Hotel y esperó en el *hall* a que un botones llamara al huésped. Pero fue grande su decepción cuando ante ella no apareció el marqués, sino un hombre de unos cincuenta años que le pareció hosco y desmesurado como un castillo medieval: se trataba de su *valet*, como él mismo se presentó. Ceremonioso, informó a Julia de la ausencia de su señor, así como de la posibilidad de dejar un mensaje para él. Pero Julia no se había armado de valor para nada y temía que si dilataba aquello terminaría por flaquear, así que insistió: ¿Dónde podía encontrar al marqués? Debía entregarle el mensaje en propia mano. Aquí Salvador, el mayordomo, dudó. Por alguna extraña razón, su amo recibía mensajes a cualquier hora del día —a veces de la noche— de las más variadas personas y le tenía dicho que atendiera atentamente tanto a los portadores como a sus mensajes, pues podían ser de vital importancia. Salvador temía que esto tuviera algo que ver con corredores de apuestas, ruletas, hipódromos o algo peor, aunque no acertaba a pensar que podía ser peor que el vicio del juego con lo que tenía de estafa y derroche, así que no tuvo más remedio que informar a la señorita de dónde se encontraba su señor. Este pasaría la tarde en la quinta La Maravilla. Lo que no dijo, aunque lo sabía bien, es que era el lugar donde se hospedaba la famosa bailarina culpable de sus desvelos. Y allí estaba Julia, dentro del chalet modernista de torres puntiagudas y balcones de Verona, esperando en un pequeño *hall*, sintiendo bajo los pies una alfombra mullida y persa, cuando regresó la doncella.

—*Prego, signora*…

Abrió la puerta y Julia pasó al interior de la habitación. Una aparición maravillosamente hermosa surgió ante ella, envuelta en una *déshabillé* de encaje color marfil. Julia, por primera vez en la vida, sintió lo que siente cualquier mujer cuando, al encontrarse

con otra, de un solo vistazo, comprueba que su vestido es más barato, su pelo no va peinado a la ultimísima moda y que jamás será tan guapa como esa otra que le extendía cariñosamente las dos manos, como si fuera una vieja amiga.

—Querida, ¡qué placer encontrarla en mi casa! Soy Tórtola.

Su par de besos fueron roces de mariposas. Julia apenas acertó a decir un «encantada» balbuceante, cuando vio al marqués de pie en mitad de la estancia.

—La señorita Doncel, Julia… —dijo Velasco. Estaba sorprendido, y eso no escapó al ojo avizor de la bailarina.

—Buenas tardes… Yo… Es decir… ¡Perdón! —Acababa de darse cuenta de que se encontraba en un *boudoir* grande como un salón, con un tocador de espejo relumbrante, divanes y mesitas; un lugar en el que, junto a un biombo de laca con motivos japoneses, se mostraba impúdica, majestuosamente adornada con blandos almohadones coloridos de seda y el cabecero negro cuajado de figuras retorcidas bajo el dosel dorado, una cama. Enorme, para más señas; una cama cuyo destino no era el descanso ni el sueño reparador, sino un lecho voluptuoso construido como un templo que albergara desordenadas lascivias. Así parecía anunciarlo la figura que presidía el cabecero: un Cupido con formas de adolescente y una sonrisa picarona más propia de un fauno que de un querubín.

León acudió en ayuda de Julia.

—Creo que tiene un mensaje para mí, ¿no es verdad? Perdónanos, Tórtola: puede ser importante. ¿Me acompaña? —E invitó a Julia a salir.

Tórtola sonrió con la inocencia de un gato que se acaba de comer un pajarito.

—Espero volver a verla pronto, señorita Doncel. Quiero decir… Julia, ¿verdad? Realmente encantadora, querido León… Encantadora.

En silencio, el marqués condujo a la visitante hasta un pequeño saloncito coqueto y femenino hasta en el más mínimo detalle, y le indicó que tomara asiento. Estaba serio, no como el día en que se encontraron.

—Pensé que no la volvería a ver, señorita. Y más después de que devolviera de una manera tan apresurada y anónima el préstamo

que le hice. —Señaló el alfiler pinchado en su corbata: era el mismo que pusiera a Julia en su sombrero—. ¿A qué se debe esta extraordinaria visita?

No sonaba burlón, sino obsequioso. Todas las palabras que Julia llevaba preparadas y ensayadas se escondieron en un rincón de su cerebro, sin atreverse a salir. En vez de ese discurso, tiró de algo tan español como la recomendación.

—Me envía don Benito Pérez Galdós. —Sabía que aquel nombre abría muchas puertas. Ahora necesitaba abrir la del marqués—. Dice que usted es la persona indicada, la única que… que puede ayudarme.

—Bueno, es un honor. Puede usted contar conmigo. Claro que, esta vez, no tendré que atrapar ningún sombrero, ¿verdad?

Sonrió, y una sensación de calidez y seguridad invadió a Julia, quien se envalentonó.

—No. Se trata de atrapar al Rey.

La sonrisa se congeló y la mirada gris ya no pareció irónica ni aburrida ni teñida de un elegante desinterés: penetraba en la mujer con una agudeza tal que Julia sintió un estilete escarbando en lo más hondo de sus pensamientos. Pero esto fue solo durante una fracción de segundo: el marqués ofrecía ya su habitual sonrisa de dandi burlón.

Aunque Julia aún no lo sabía, había logrado ver, siquiera durante un instante, el verdadero rostro de quien se esconde tras una máscara. León de Velasco recuperó su tono elegante, desapegado y con un punto de displicencia; o eso le pareció a ella.

—No me diga… ¿Es usted anarquista? —preguntó el marqués.

—¿Le preocupa?

—En modo alguno.

—Soy una modesta luchadora por los derechos de la mujer. —Esto lo dijo con orgullo, levantando la barbilla heredada del mercenario Juan Barba.

—¿Cuáles? —preguntó Velasco.

—Todos, por supuesto —dijo ella.

—Pero habrá alguno en particular…

—El derecho al voto.

—Ah… una sufragista. Las conozco: he vivido muchos años en Londres. No sabía que hubiera feministas en España; he debido de

estar en el extranjero demasiado tiempo, me temo. Hablemos de ello, me resulta un tema muy interesante… fascinante, incluso. He estado juzgando mal las capacidades de modernización de este país. ¿Será usted tan amable de explicarme su ideario?

—¿Ahora?

Estaban sentados frente a frente en dos butaquitas de vivos colores junto a una lámpara cuyo pie —ahora se daba cuenta— representaba a un joven atleta helénico completamente desnudo que sostenía la pantalla de seda como si fuera una antorcha olímpica. Lucía también unos atributos de bronce muy poco idealizados. La sufragista se quedó en blanco.

—Estará en contra de la supremacía del varón en la sociedad, supongo —dijo el marqués.

Julia no había conversado sobre estos temas con ningún desconocido. De hecho, eran cuestiones que no salían de las charlas en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y de su grupo —totalmente femenino— de discusión.

—Bueno… Sí. Creo que, en el futuro, se extinguirá.

—¿El varón?

—No, la supremacía. —Julia no era irónica. Y no podía dejar de mirar de reojo la entrepierna del atleta de la lámpara.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señorita Doncel.

—Me extrañaría. Al fin y al cabo, usted es… un hombre.

—Sí, eso creo. Pero estoy dispuesto a renunciar a mi supremacía. Aunque no crea que lo digo por cortesía: es que un mundo lleno de mujeres a las que obedecer me parece una utopía maravillosa. He nacido para ser su esclavo.

—¿Está usted… flirteando?

—Creo que sí. Perdóneme.

—No es necesario que lo haga.

—Es la costumbre, le ruego que lo olvide.

Julia sopesó si marcharse en ese momento con gesto de dignidad herida, pero se dijo a sí misma que tenía que soportar a aquel individuo si quería llevar a cabo sus fines. Y parecía receptivo. Demasiado receptivo, incluso. León se levantó de la butaca y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Hace un día precioso, ¿por qué no damos un paseo? Permítame acompañarla y así podremos continuar esta

interesantísima charla.

—Yo… sí, claro. Pero ¿y su… amiga? —Julia miraba la mano pero no se levantaba.

—¿Tórtola? Es una mujer muy ocupada y no nos echará de menos.

Julia puso los dedos sobre la mano ofrecida y al contacto sintió un calambrazo acompañado del sonido de un leve *crac*. Ambos retiraron las manos a toda prisa y hasta Velasco pareció sorprendido por el violento traspaso de electrones.

—¡Es usted eléctrica, señorita Doncel! Cuando llegue hasta el Rey, porque llegará, estoy seguro, intente no fulminarlo.

Al fin Julia sonrió, tímida; descubría el encanto que tienen para las mujeres los hombres a quienes otros hombres con menos predicamento entre las señoras, acusan de frivolidad.

Tórtola, desde el piso superior del palacete, levantó la cortina tras el mirador falsamente veronés y los vio salir del jardín para perderse calle abajo, juntos.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la tasca aquella; también la de las frascas de vino trasegadas. Después del encuentro con Marisol, Rafael había buscado la compañía humana, encontrándola en la taberna humosa y renegrida. Ya no quería ocultarse sino participar de la vida como si fuera un hombre más y no un animal perseguido. Hasta aquellos desconocidos que bebían y jugaban al dominó, con sus camisas azul Mahón, sus boinas y sus rostros encallecidos, que hablaban con un acento más duro aún, le resultaron afables; incluso el dueño, al que todos llamaban Cioli, un viejo de edad indecible que con la impavidez de un escollo gastado por las olas y el viento, mostraba por la camisa abierta y arremangada, el pecho y los brazos cubiertos de tatuajes de lobo de mar.

Rafael permanecía sentado en un rincón, atendido de vez en cuando por el roqueño patrono como un simple espectador de las conversaciones cotidianas y las ocupaciones de quienes le rodeaban, sintiendo el alivio de pertenecer a una comunidad, aunque fuera la de la taberna, como un bálsamo reparador.

Entre vapores etílicos y olor a fritanga, pudo ver al grupito irrumpiendo en el figón. Los parroquianos callaron mientras aquellos intrusos se desparramaban por el tugurio en un remolino

alegre y tarambana. Brillaron en la oscuridad grasienta de mugre los aderezos de perlas y los gemelos de rubíes, las corbatas de seda y las boas de plumas, las risas y las voces chillonas rindiendo culto a unas saturnales de vía estrecha. Cuando uno de los caballeretes se dirigió al tabernero con ademanes risueños y juguetones, el silencio de los clientes habituales tornó en murmullo desaprobatorio y las miradas sorprendidas se volvieron torvas, dejaron incluso de admirar a las dos hembras que acompañaban a los barbilindos: hasta su belleza intempestiva les ofendía. Los forasteros, inadvertidos de la impresión que causaban o tal vez despreciándola, redoblaron sus jacarandosas gracias.

—Ese kraken dice que sirven asadurilla guisada y bocartes fritos, pan y vino. Igualito, igualito, que la Pastelería Molinero de la Gran Vía —dijo Álvaro Retana, al volver del mostrador hacia la mesa donde se sentaban las señoras.

—Trae lo que sea… ¡Estoy famélica! —contestó Tórtola.

—Ya os avisé que en casa de los duques de La Solana pasaríamos más hambre que en el sitio de Numancia. ¡Qué tacañería de recepción, válgame el Cielo! —soltó viperino Retana.

—Mon cher ami, avec le désir de célébrer vous aviez… **[2]**

Dominique —Minnie, para los amigos— enroscó los brazos blancos alrededor de los hombros de Tórtola y la besó suavemente en los labios. El contraste de las dos bellezas, tan distintas, ofrecía una imagen subyugadora: el pintor Abadía ya imaginaba un óleo que jugara con ese beso entre la hermosura morena y de ojos verdes de la bailarina y la rubísima de la francesita, quien había tomado más éter de la cuenta y, lánguida, descansaba ahora la cabeza dorada sobre el regazo de su amiga.

—Álvaro… Allí al fondo. Una maravilla —señaló Manolo Castilla con un gesto cómplice ensayado.

—¡Qué ven mis ojos! ¡Esa divinidad, en un tugurio como este! —dijo Álvaro.

—Es el pueblo, hijo. Como el pueblo no hay nada. Acabamos de encontrar, sorpresivamente, un rostro renacentista, un Lorenzaccio… ¡Qué hechuras, qué ojos agarenos! —dijo Manolo Castilla sujetándose el *monocle* con cuidado de no arruinarse los polvos Moresca, que le dejaban en el cutis un rubor anaranjado de gitana del Sacromonte a juego con el fuego de los labios.

—Apetitoso como el bocadillo de jamón del ambigú del Royalti.

—¿El cinematógrafo de la calle Génova?

—El mismo. Te lo recomiendo: además del jamón, hay una *cachonderìe*… —contestó Retana.

Los dos se acercaron hasta el mostrador donde había quedado el pintor Abadía, quien, menos escrupuloso, ya estaba bebiendo el vinazo del lugar.

—Abadía, ¿has visto a ese gachó? Es justo lo que andabas buscando. Tu Paris… Ya lo estoy viendo entre las tres diosas. ¿O era Aquiles? Hijo, ya no me acuerdo. ¡Uy se va a dar cuenta! No mires tan descarado…

—La verdad, tiene un rostro con fuerza. Y algo más… Como una sombra de pesadumbre que le hace interesante.

—¡Qué cosas decís los hombres muy hombres: eso es un guayabo y santas pascuas! —sentenció Castilla, que del tema sabía un rato largo.

—Ya no tienes excusa para acabar el cuadro. Es tan guapo que te sirve de Apolo —dijo Tórtola desde la mesa, mientras acariciaba la cabeza del ángel drogado. Abadía se acercó a ellas.

—Mujer, es una convención que Apolo sea griego y rubio, y este parece primo de Almanzor.

—Qué tontería… ¿Es que a Apolo le sacaron fotos? Anda, dile algo… Siempre te quejas de la falta de modelos masculinos y de lo feos que son los españoles. —Tórtola sonreía, maligna.

Alvarito Retana y Castilla pusieron el grito en el cielo y negaron la mayor esgrimida, supuestamente, por el pintor.

—¡Feos lo serán tú y tu irrefragable virilidad: ordinario, más que ordinario…! —Y hacían como que le pegaban cachetitos. Los murmullos de la concurrencia aumentaron, pero los *happy few* no querían darse cuenta.

—¡Yo voy y le digo algo! Me declaro rendido admirador y le beso las plantas. Quitándole antes las alpargatas, claro… —dijo Álvaro, mirando con descaro a la belleza arrabalera.

—¡Quita, acelerada, cocainómana! ¡Tómate una tila! —Manolo apartó a empujones a Alvarito, picado porque había sido el primero en ver a la beldad y reclamaba por ello cierto derecho de tanteo y retracto.

—¡Nada de tila, que la noche promete! ¡Nos vamos a lanzar a la

vorágine! Tórtola, vamos al Dragón a ver a la Tortuosa, que siempre canta mi cuplé *La tirana del Trípoli*. —Álvaro tomó prestada la boa de plumas de su amiga y se puso a hacer cucamonas en una fantástica imitación de la citada artista, una de las Reinas transformadas que actuaban en el Dragón, cantando su propia letra:

Con mi trípili, trípili, trípili…
Esta cancioncita se canta y se baila.
¡Ay, mi chiquilla, ay, mi tirana,
tú me has robado el alma!
¡Ay, mi chispera, baila con gracia
que tú eres mi tirana!

Aquella imitación de la imitación fue la gota de champán que rebosó el basto vaso de aguardiente de la concurrencia: los insultos llovieron sobre los escandalosos con la violencia de un pedrisco. Alguien se levantó y arrebató la boa de plumas a Álvaro tirándola sobre la francesa, que soltó un improperio en gabacho muy poco aristocrático. Otro aprovechó para empujar por la espalda a Manolo Castilla, quien cayó sobre la mesa con estrépito de vidrio roto, arrojando sobre el vestido de Tórtola los vasos llenos de vino. El pintor Abadía se encaró con un paisano agarrándole de las solapas; Minnie chillaba; Tórtola exigía al dueño que pusiera orden en su negocio, cuando un puño salió directo hacia la cara maquillada de Retana, quien apenas pudo esquivarlo: empujado, cayó de rodillas entre tres hombrones que comenzaron a zarandearlo.

Una figura se interpuso entre él y los agresores.

—Tres hombres hechos y derechos contra un muchacho… es de cobardes.

Los asaltantes tuvieron un momento de duda, pero fue muy corto: se lanzaron a una hacia el defensor, quien los mantuvo a raya a base de puñetazos, patadas y empujones hasta que alguien le alcanzó en la cabeza con un taburete.

Lo último que vio Rafael antes de perder la consciencia fue el rostro borroso de Alvarito al caer entre sus brazos.

Todo lo que sea ameno y frívolo

En poco tiempo se había convertido en un personaje habitual: José Juan Reyes acudía todas las noches al Dragón y desplegaba su encanto. Saludaba a todo el mundo, bebía despacio, entablaba conversación y cuando se acariciaba el bigote, hacía suspirar a más de una —y de uno—. Nunca hablaba de sí mismo, preguntaba mucho y escuchaba atento las respuestas: eso le hacía aún más interesante.

Eran muchos los rumores que corrían por el *cabaret* a la velocidad de la última locomotora inglesa, y el mexicano no iba a librarse de ser pasto de ellos. Se decía que Reyes andaba a la busca de una dama; la identidad de la interfecta era un misterio, así como su relación con el extranjero y las razones de la búsqueda. ¿Un viejo amor perdido? ¿Una amante casada, quizá? ¿Su propia esposa infiel, quien habría huido con un enamorado? Entonces Reyes estaría esperándoles para dar cumplida cuenta de su venganza pistola en mano, como mandan los cánones estereotipados del arrebato azteca. Todo esto, la verdad sea dicha, no casaba demasiado bien con su apariencia simpática.

En este momento, José Juan departía con Pepe Rocamora. Un periodista refitolero y audaz, un verdadero mentidero que lo sabía todo de todos, y que cuando no lo sabía, lo inventaba haciendo uso de una imaginación fecunda. José Juan le invitaba a una copa tras otra y Rocamora, a cambio, hablaba y hablaba.

—Está la cosa revuelta, querido compadre. Sé de buena tinta que han avistado submarinos por la costa y hoy aquí tenemos hasta a la policía.

Reyes se hizo el falso asustado.

—¡Qué me dice, amigo Rocamora!

—Ese del rincón, con pinta de cuervo desplumado y que no bebe más que gaseosa, ¿lo ve? Es uno de la Secreta. Nadie se acerca a él,

como si fuera un apestado.

—Quizá sea un aficionado a los cuplés, como usted y yo…

—Lo dudo. Ha venido de Madrid buscando anarquistas.

—¿Anarquistas en el Dragón?

El plumífero sonrió y señaló con disimulo los reservados del piso superior. Reyes siguió con la mirada la dirección de aquel dedo.

—Querrán dar un disgusto a algún pez gordo. Viene a este tugurio gente de mucho ringo rango.

Las persianas venecianas aparecían cerradas.

—Lo otro, puede ser verdad o no… —continuó diciendo Rocamora—. El Gobierno anda mosqueado y da palos de ciego, más ahora que puede estallar una guerra. Nadie sabe de qué lado se puede poner España.

—Debería ponerse siempre del mismo lado: de sí misma —dijo Reyes.

—Querido amigo, eso es un imposible: aquí llevamos poniéndonos del lado equivocado desde 1808 —contestó el plumilla, que era un afrancesado.

—En cualquier caso, si el hombre piensa quedarse ahí a ver con qué criminal se topa… eso hace lo que el viento a Juárez. Mucho más interesante que su aburrido policía me parece ese otro hombre, el que acaba de entrar. —Hizo un gesto hacia un individuo alto, con un parche en el ojo y una cicatriz en la mejilla. Entraba con dos tipos con pinta de militares de paisano y una jovencita agitanada colgándole del brazo.

—Ese es otra cosa… Firma como Juan Corona, pero es oírle hablar con un acento germánico que tumba y percatarse de que se trata de Hans von Krohn, todo uno. Un hacha de la sutileza. Y un mal bicho. Estos sí que deberían preocupar al Gobierno y no los obreros desesperados… —Además de volteriano, Rocamora era simpatizante del pensamiento socialista—. Trabaja para la embajada alemana de tapadillo y en Madrid va de periódico en periódico soltando cuartos para que la prensa escriba a favor del Káiser y de sus pretensiones. Si está en la ciudad es porque aquí debe de haber algo importante para la *Kaiserliche Marine*. Me pregunto si tendrá algo que ver con el marinero muerto encontrado en la playa. Ah, ¿no lo sabe? Era alemán. Es todo lo que he podido averiguar, eso y que no era un ahogado, como dijo la policía. Por lo

visto se lo cargaron a tiros…

El mexicano miraba a la gitana, y no parecía escucharle.

—Ella es rechula…

—¿Le gusta la chica? Responde al gracioso nombre de Rosarito y es mujer «horizontal». Puta, dicho en cristiano. De hecho, ese gaznápiro de gorra calada que hace como que no la conoce, allí, tras la mesa de los rusos, es Genaro, su chulo. ¡Qué lista, Rosarito: ha cazado a Von Krohn como *michet*! ¡Si lo hace bien, retira a su Genaro!

Rocamora, como todos los periodistas, tenía la vanidad de hacer alarde de lo que sabía de manera pródiga. Y más cuando, como ahora, andaba algo bebido. Reyes siguió con los ojos las evoluciones de Rosarito, quien, tras hacerle algunas zalemas al alemán, se levantó de la mesa y cruzó el salón con garbo para perderse por una puerta lateral. Al poco rato, el sujeto llamado Genaro la siguió.

—Discúlpeme: he de salir un momento, pero volveré —se excusó Reyes.

Pepe Rocamora levantó la copa de coñac en un gesto de borracho amable, y el mexicano se dirigió al fondo del salón.

Después de echar un vistazo previsor hacia el chota señalado por Rocamora y tras comprobar la ausencia del monstruoso portero que guardaba el *cabaret*, pasó junto a la barra de Pío, el barman, intercambiando un guiño con él. Reyes sabía ganarse la confianza de sus semejantes: este don le abría puertas que para cualquier otro mortal hubieran permanecido cerradas a cal y canto. En el largo corredor que conducía hasta los camerinos se cruzó con la mujer que cuidaba de los aseos de las glorias dragonescas por unas pocas y caritativas monedas, y siguió el pasillo de luces agonizantes hasta casi chocar con la Antequerana.

—Virgen de los Remedios, bendita seas por responder a mis plegarias: ¡este sí que es un hombre de verdad! —dijo la vestal travestida. El «hombre de verdad» se puso un dedo sobre los labios y fue suficiente para que la Antequerana susurrara cómplice—: Yo hago lo que tú digas, moreno.

Y le lanzó un beso que José Juan no vio, puesto que ya se había escurrido —era ágil y no muy corpulento— por una puerta lateral que desembocaba en la callejuela colindante con los muros del colegio de curas, hasta encontrar bajo un farolillo de luz agónica a

la tal Rosarito y a su proxeneta, inadvertidos y de palique. José Juan quedó apostado en el recodo oscuro a donde no llegaban los débiles destellos del farolejo.

La gitana tendía una cartera rectangular y encuerada.

—Me lo he metido en la enagua, y como el tío va borracho, ni se ha percatao… Estos germanotes sobraos no saben empinar el codo.

—¿Seguro que no se ha dao cuenta? —dijo Genaro, echando la zarpa a la cartera.

—Te digo que no. Hay papeles, cartas, qué sé yo, pero con sellos de esos de mucho copete, con águilas y todo.

Genaro echó un vistazo a la presa.

—¿Y dinero?

—No… El único dinero que hay es el mío, y bien me lo he ganao.

La coima sacó del escote unos billetes enrollados y a su chulo le faltó tiempo para hacerlos desaparecer en los bolsillos del pantalón.

—Esto tiene que valer algo… —dijo Genaro echando un vistazo a los documentos—. Están en germano, a lo que parece.

—Llévalos donde Aniceto y que te diga, pero deshazte de ello rápido, que puede ser peligroso. Este tío esaborío es muy *chorré*. Lo quiero perder de vista, que tiene muchas sombras en la mano.

—Tú lo pierdes de vista cuando yo te diga. Y a callar.

—Genaro, te digo que me da miedo…

—No te rajes ahora: cuando Aniceto me diga lo que valen estos papeles, te prometo que le das boleto. Pero no antes, que el gachó puede resultar una mina.

Tras escuchar este coloquio, el inadvertido mexicano se introdujo aún más en las sombras: no era cuestión de que aquellos malafachas supieran todavía de sus intenciones. Desde que llegara de América había cosechado fracaso tras fracaso, pero el tiempo pasado vigilando a Von Krohn no había sido gastado en balde. José Juan recordó su frase favorita: «*Audentes fortuna iuvat*». La fortuna le sonreía, contenta por su audacia.

Durante el largo paseo, la conversación trató sobre la emancipación de la mujer, el empeño en obtener el favor real, sus idealistas convicciones, amén de la estancia en San Quintín junto a la Gloria Nacional y su trabajo como secretaria. Julia no tuvo reparo alguno en hacer todas estas confesiones ante la mirada amable de su

acompañante, quien, con su silencio, parecía alentarla a hablar, a contar de sí misma. De pronto, Julia se dio cuenta de que había acaparado la conversación y ahora aquel hombre sabía mucho de ella. En cambio, ella apenas sabía nada de él.

—Pero estoy hablando demasiado, señor marqués…

—León, por favor: León.

—Todo esto le parecerá una locura o un capricho.

—En modo alguno: me divierte.

—Para mí no es ningún juego, sino algo muy serio.

—Lo sé, lo sé… He debido de explicarme mal, excúseme. Comparto sus ideas, aunque no sea capaz de expresarlas con su elocuencia.

León de Velasco sabía que don Benito era perspicaz, pero le sorprendía que hubiera averiguado su simpatía por ciertos idearios digamos, liberales —en el sentido clásico del término—, puesto que solo habían charlado de literatura y teatro en contadas ocasiones. «¿Hasta dónde habrá llegado a ver el escritor medio ciego?» Quizá su disfraz no era tan bueno como creía. Y ahora le enviaba aquella perita en dulce… El carcamal tenía buen gusto, eso había que reconocerlo.

—Lo cierto es que estoy del todo de acuerdo en que la mujer debe obtener los mismos derechos que el hombre. Incluso algunos más, estoy por afirmar. Julia, ¿me permite llamarla así? —Continuó hablando sin esperar al protocolario permiso—. Para que pueda llevar a cabo su objetivo estoy dispuesto a hacer todo lo que considere oportuno. Pero he de confesarle que mi trato con el Rey ya no es el de antes. Nos hemos distanciado desde que Romanones ha ganado influencia sobre él, gracias a sus negocios y su fortuna. A Alfonso le gusta mucho el dinero, incluso más que… que cualquier otra cosa. Por si fuera poco, con la actual situación internacional y política, no es fácil encontrarle con el ánimo disponible a las peticiones.

Julia frunció el ceño: no iba a rendirse así como así. El marqués encontró encantador el gesto de niña obcecada.

—No me mire de esa manera… ¿Acaso quiere fulminarme? No se preocupe; haremos lo imposible y le prometo que esa carta llegará a las manos de quien desea.

Se sintió un estafador cuando desapareció el ceño y ella le

sonrió. ¡Parecía tan fácil de contentar!

Lo comprendió mejor al dejarla a la puerta de la pensión de doña Úrsula y echar un vistazo a la casa, que le pareció sucia, sórdida, la fachada renegrida de humedad y descuido. La armadura de cinismo se disolvió, y en su fuero interno lamentó que una mujer con la educación e inteligencia de Julia Doncel se viera reducida a habitar una morada como aquella mientras muchas mujeres estúpidas y vanas —a quienes tan bien conocía— disfrutaban de existencias de lujo y derroche. Pero la señorita Doncel no parecía darse cuenta de su situación, ni mucho menos avergonzarse a causa de ella: hasta le había contado, en el colmo de la inocencia y con un punto de orgullo, que ella misma se pagaba el hospedaje con el dinero obtenido de su propio trabajo, insistiendo en que no dependía de nadie para su manutención. Esta sorprendente declaración de independencia le granjeó la admiración de alguien que casi había olvidado lo que suponía hacer tal cosa.

Tras despedirse educadamente en el cochambroso portal y acordar un próximo encuentro en casa de Galdós, Julia desapareció en el interior de la madriguera de doña Úrsula. Ya en la soledad de un cuarto que olía a polvo y a repollo cocido, empezaba a arrepentirse de su parloteo: tanto había hablado de sí misma y de su ambicioso plan que de seguro él —empezaba a llamarlo «él» en su pensamiento— la creería una aburrida, una cargante… Acongojada por este pensamiento, no se dio cuenta de que, al igual que cualquier mujer vulgar y corriente —mujeres empeñadas en cazar a un sujeto con posibles, víctimas ignorantes de la tiranía patriarcal—, ella también deseaba causar buena impresión a un joven caballero.

Mientras bajaba hacia la calle principal para tomar un coche que le llevase de regreso al hotel, León analizó lo sucedido de forma metódica y reflexiva, como solía hacer, a pesar de las apariencias. Si en el pasado llevó una existencia atolondrada fue por comodidad, no por falta de inteligencia ni de coraje. Bien es cierto que esa fama adquirida durante los años de descarrío —épocas de juergas de todo tipo, canallas y postineras, compartidas con un grupito de calaveras entre los que destacaba de forma activa el actual monarca— le había producido cierta, digamos, cobertura para las actividades que ahora le ocupaban, pero también un hartazgo y una sensación de

vacío que no había sabido llenar más que con una nueva vida de sobresalto y riesgo, aunque esta vez fuese por una causa (tal vez) justa y (eso sí) del todo incómoda.

Harto de las mujeres de mundo y de sus vidas insustanciales, por no hablar de sus intenciones —cuando menos aviesas—, el marqués de Argüeso se dejó caer en los brazos de Tórtola un poco por obligación y un mucho por la novedad que suponía la compañía de alguien fuera de lo común. Tórtola era única. Un misterio arrollador, una mujer que de verdad se había inventado a sí misma, con la que era imposible aburrirse, siempre viajando por medio mundo, y cuya camarilla, con su pléyade de poetas, músicos y pintores siempre de fiesta resultaba de lo más divertido… hasta que terminaba por agotar.

Ya no soportaba la convivencia con una diva egocéntrica, fantasiosa, caprichosa, rodeada de aduladores y que, como la mayoría de los artistas, estaba capacitada únicamente para interesarse por sí misma. En cambio, Julia… Julia era todo lo contrario. Y no solo por su frescura juvenil: había muchas mujeres jóvenes y guapas en el mundo, quizá demasiadas, pero nunca había conocido a nadie parecido a ella y eso resultaba un regalo para un hambriento de novedades como León. No, no conocía a nadie tan lleno de ilusiones —él las había perdido todas en el curso de sus viajes—, nadie como ella, tan empeñada en cambiar el mundo con un idealismo arrebatado y una inocencia virginal. Nadie con su elocuencia, su rebeldía, su pasión… Fantaseó con ese ardor empleado en otras lides menos ideológicas. Todo en Julia le parecía, en verdad, encantador.

Pero, por supuesto, tampoco había que exagerar; no pensaba ni por lo más remoto ayudar a esa señorita en su alocado intento de torcer la voluntad de los tiempos. Presentarle al Rey… ¡qué locura! Sin embargo, la situación tenía su aquel y la excusa del complot sufragista le venía como anillo al dedo para hacer lo que se había propuesto desde el mismo día en que la señorita Doncel apareció detrás del sombrerito volandero: la preciosa inocente era, en sí misma, un objeto de seducción tan fácil que el juego le pareció algo falto de *fair play*, y notó clavársele en el orgullo una espinita de culpabilidad, que no tardó en arrancar.

Al abrir los ojos le pareció flotar sobre un planeta desconocido

iluminado por un sol nuevo y dulce. Tras la celosía, brillaban la luz y el rumor de un jardín florido de rosas alegrado por pájaros cantarines. En la habitación, la atmósfera era tan apacible y su cuerpo desnudo se encontraba tan a gusto bajo las sábanas suaves y sobre el colchón mullido que le pareció estar en las nubes y, si hubiera sido creyente, en el mismo Cielo.

Hasta que la puerta se abrió: dos completos desconocidos, un hombre y una mujer, rodearon la cama. Rafael se hundió en ella tapándose con la colcha hasta el mentón.

—¡La Bella Durmiente ha despertado! —dijo él.

—Sin necesidad de ningún beso —dijo ella.

—Pues qué pena…

La mujer, un ángel de hermosura, le puso la mano fresca sobre la frente.

—Ya no tienes fiebre. Gracias a los desvelos de Álvaro, que lo sepas —dijo el serafín de ojos verdes y melena negra.

—¡Chico, qué preocupados nos has tenido! El médico ha dicho que podías sufrir conmoción cerebral: esos brutos te dieron un buen golpe —añadió el llamado Álvaro.

Sintió un pinchazo doloroso en la base del cráneo. En la espesa neblina del cerebro de Rafael, aún más embotado por la sorpresa, se fue abriendo paso el recuerdo de los últimos acontecimientos, de forma entrecortada, agolpados y sin sentido: la máquina submarina emergiendo de las aguas, las frascas de vino, un escándalo de ruido y de voces, el rostro de una jovencita rodeada de sábanas blancas tendidas al sol, un dolor agudo, el suelo sucio de una taberna. Y un agujero negro.

—¿Dónde estoy?

—En el chalet de Tórtola Valencia, querido. Eres un hombre con suerte. Un privilegiado de la Diosa Fortuna… —El muchacho también se sentó en la cama—. Yo soy Álvaro y tú, mi héroe.

—No sé qué ha pasado… —Fue a levantarse pero recordó que estaba en cueros. Y que dos desconocidos estaban sentados en su cama, uno a cada lado. Quedó quieto y callado como un muerto.

—Pues que no te íbamos a dejar tirado en aquel tugurio. No hubiera sido de buenos cristianos. Y menos con el escándalo que se formó y la llegada de la policía —dijo Tórtola.

—¿Policía?

Aquí sí que Rafael se sintió desfallecer. Todo este suceso podía dar al traste con su plan.

—Nada, los despachamos en un santiamén, ¿verdad, Tórtola? Mucho ruido para muy poca cosa —dijo Álvaro.

—Querido, aún estás confuso. Llevas muchas horas dormido y en ayunas. ¿Tienes hambre? —preguntó ella.

El aludido descubrió entonces que tenía un enorme vacío en el estómago. Muerto de vergüenza, asintió.

—Cuando puedas levantarte, ven al salón: allí te espera un piscolabis. Ya hablaremos cuando te repongas. Vamos, Álvaro… —dijo la mujer, acostumbrada a ordenar y ser obedecida. Rafael se subordinó a ella, inconscientemente agradecido por no tener que pensar.

—Pero es que yo quería… —intentó rebelarse Álvaro, pero fue arrastrado por Tórtola hacia la puerta. Estaban a punto de salir cuando el convaleciente dijo, desde la cama:

—Gracias… señores. Rafael Márquez nunca fue un desagradecido.

Las dos figuritas sonrieron y lo dejaron solo. Rafael decidió levantarse: tenía que averiguar hasta qué punto se encontraba en peligro de ser descubierto. Por si fuera poco, Tomás se preguntaría dónde se había metido, quizá lo imaginara detenido. No encontró su ropa por ninguna parte, pero sí un albornoz rosáceo y blando, con una «A» y una «R» bordadas con hilo dorado en el bolsillo. Se lo puso y salió de la habitación. Caminó por un pasillo con las paredes cubiertas de cuadros —nunca había visto tantos ni tan raros, ni con tantos hombres y mujeres desnudos— sintiendo la suavidad de las alfombras en los pies descalzos. El rumor esponjoso de las voces bien timbradas, agradables, le condujo hasta una puerta entreabierta.

—Pero si aquí estás divinamente…

—Echo de menos el Teatro Lara, el circo Price, el Royalti y el Parisian… Si me quedo es por ti, querida Tórtola.

—Ahora tienes otro motivo para quedarte… más interesante que yo.

—No seas mala. Me tienes aquí porque soy «mascoto» y doy buena suerte. Y para amenizar decamerones. Sin mí naufragaríais todos en un piélago de aburrimiento.

Rafael escuchó por la puerta entreabierta estas extrañas frases, sin entender una palabra. Entró en el comedor descalzo y tapado a duras penas con el albornoz, que, como pertenecía al tal Álvaro, le quedaba pequeño —él era más alto y fuerte—, y encontró a las apariciones sentadas a la mesa delante de unos platos suculentos. Sus tripas protestaron con un quejido acuoso.

—Pasa, pasa… Rafael. Siéntate y come algo.

—Hasta tu nombre es seráfico.

Ya no escuchó más: se lanzó hacia los bollos suizos, la mantequilla, el jamón y los huevos revueltos mientras sus protectores le observaban complacidos y en silencio, como quien mira a un cachorrillo hambriento recogido de la calle meter el morro y las patas en un plato de leche. Mientras Rafael mordía los bollos y deglutía los huevos, Álvaro dio la vuelta a su plato de Limoges y allí dispuso con cuidado y una cucharita de plata el polvo blanco salido de un mínimo frasco de cristal tallado. Luego, aspiró con un fino tubo de oro el polvillo derramado sobre la porcelana. Sin dejar de comer a dos carrillos, Rafael admiraba estas evoluciones como quien presencia un espectáculo de magia.

—Tienes la cabeza llena de fantasías porque te ha dado por la cocaína. —Rio Tórtola.

Álvaro podía comprar cocaína en cualquier farmacia o droguería. Convertida en remedio para todo, estaba de moda: hasta había un perfume llamado Cocaína en Flor. También un jarabe para la tos de heroína marca Bayer y pastillas Bonald «cinamo-benzoicas con heroína» para combatir la confusión aguda, la depresión y la neurastenia, vendidas en cajas al módico precio de dos pesetas.

—Mis fantasías me dan de comer… Y no me afees la conducta, que ya casi es la hora de tu pipa de opio —dijo Alvarito, acariciándose la nariz pequeña y griega.

—No compares; es una planta natural, como el té o el tabaco… Y yo soy tan vegetariana como una gacela.

Rafael se quedó con la boca abierta llena del exquisito jamón cortado en finas y untuosas lascas.

—Sí, querido Rafael: eso significa que no como carne, ni pescado, ni pollo —dijo Tórtola.

—¿Jamón tampoco? —insistió Rafael, atragantado.

—¡Tampoco! —Y los dos amigos tuvieron un ataque de risa casi

histérico repitiendo «¡Jamón tampoco!», «¡Jamón tampoco!» como si fuera un chiste divertidísimo. Las carcajadas dejaron a Rafael aún más estupefacto: había que darse el piro de aquella casa de locos en cuanto acabara la pitanza y encontrara unos pantalones.

Seguían riendo cuando entró otro hombre en la estancia, pero este tampoco parecía estar en su sano juicio: una larga melena le caía por los hombros y vestía un mandilón adornado con manchas de todos los colores, como si un pelotón le hubiera fusilado con pintura. Se acercó hasta el desprevenido Rafael observándole con mirada inquisitiva y, sin que pudiera evitarlo, el sujeto le agarró la barbilla poniéndole el perfil a contraluz.

—Es nuestro Paris.

Las dos locas rientes palmotearon felices.

—Me presentaré: mi nombre es Juan Luis Abadía, artista.

Rafael fue a levantarse para saludar como le habían enseñado, pero entonces se le abrió el minúsculo albornoz y tuvo que utilizar las dos manos para cerrarlo. Tórtola sonrió mirando a otro lado, compasiva, pero Alvarito clavó el ojo avizor en aquellas entretelas, suspirando por lo que atesoraban. Abadía ni siquiera se apercibió, aburrido como estaba de ver desnudeces. Le interesaban otras cosas.

—¿Se lo has dicho, Tórtola? —inquirió.

La interpelada negó con un dedito engarzado de brillantes.

—Nos gustaría que nos hiciera un gran favor, querido Rafael —dijo ella, mimosa, revoloteando alrededor.

—Cuente con ello, señora. Ya he dicho que no soy un desagradecido.

—¿Le interesaría a usted trabajar como modelo?

—¿Modelo? ¿Modelo de qué?

—De pintores, querido.

Rafael seguía con su mirada oscura al hombre de la bata con manchurrones coloridos, que era quien había hecho la oferta.

—Y, ¿qué se gana con eso?

—Dinero. Pero si no se cree capaz de llevar a cabo un trabajo como este…

El reto picó a Rafael. Desde niño había trabajado en el olivar, de minero, afilador, picapedrero, albañil, operario mecánico, tornero o cualquier otra faena que saliera para ganarse un jornal sin que nadie le llamara holgazán ni tuviera queja de su labor. Al menos

hasta convertirse a los ideales libertarios. ¿Qué sabían estos pomposos presumidos de trabajar como una mula de sol a sol?

—Yo soy capaz de hacer lo que cualquier otro hombre. Y aún más.

Cuando León entró en el salón de la quinta La Maravilla, encontró a Abadía muy ocupado. La pared del fondo había sido cubierta con una enorme sábana. Todas las ventanas que daban al jardín estaban abiertas, descorridas las cortinas y recogidos los visillos. La luz del mediodía entraba a raudales en la habitación. Los muebles habían sido retirados y ahora el espacio aparecía diáfano, salvo por un par de taburetes de distintas alturas y dos columnas de escayola de un metro y medio cada una. El pintor colocaba una cámara fotográfica en su trípode.

—Voy a terminar mi *Juicio de Paris* —le dijo, alegre, a León.

—¿El cuadro que empezaste en Roma? Pensaba que lo habías dado por imposible. Demasiado grande, demasiado complicado…

—He encontrado lo que faltaba.

Alvarito irrumpió en la sala convertida en estudio con la cara radiante de felicidad.

—Aquí está nuestro Paris, en sintética *toilette*.

El aludido, vestido únicamente con una breve toalla enrollada a la cintura, hizo una entrada digna de un Leónidas por la majestad de su porte, pero también por la espartana indumentaria. Sí, se sentía ridículo, pero había comprometido su palabra ante aquellos lechuguinos aunque todo aquello le pareciera propio de un carnaval. Había meditado bien y en ese lugar era imposible que le relacionaran con cualquier actividad subversiva: estaba rodeado de una florida representación del depravado capitalismo contra el cual se había rebelado. Allí mismo, les demostraría a esos burgueses pervertidos que sus artimañas no servían de nada; su dignidad de hombre del pueblo estaba por encima de todo. Aunque así vestido o mejor dicho, desvestido, fuera difícil.

—¡Estás divino, Rafael! Y eso que vas muy tapado… Juan Luis, ¿no quedaría mejor como Adán antes del escandalazo de la hoja de parra?

La verdad es que la tal dignidad se le achantaba un poco con los requiebros de Retana. «Si me toca, juro por mi vida que le meto una hostia», pensó. Maricas no había visto nunca ninguno, para él eran

casi seres mitológicos. Aunque sabía que existían: bujarrón, apio, mariposón, mariquita, sarasa… De haber nacido alguno en su pueblo a la primera señal de amaneramiento el mismo padre lo hubiera arrojado al pilón, contento de deshacerse del engendro. Pero nunca se había dado el caso: eso era imposible entre gente honrada y sencilla; tal aberración era un vicio de señoritos. La prueba irrefutable de ello era el caballerete amanerado y con carita de nena que tenía delante. Otro caballero, este recién llegado, le observaba entre divertido e irónico, apoyado en el respaldo de una de las butacas arrumbadas al fondo, aunque este, de andrógino no tenía nada.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Rafael, muy serio.

—Obedecer mis indicaciones —dijo Abadía—. Y estar lo más quieto posible.

—¿Me van a pagar por no hacer nada? Eso no es honrado…

—Vaya, vuestro Paris tiene escrúpulos de hombre íntegro. No sé si da el personaje: el troyano siempre me pareció un tarambana… —ironizó el marqués.

—¡Pues este es un Héctor! Anoche, en una taberna acudió en mi rescate al atacarme unos bestias. Se armó una tremolina hasta que apareció este héroe y se enfrentó a ellos como un león.

El héroe del pueblo no decía nada y miraba el decorado sin saber qué hacer. Retana se dio cuenta y acudió en su ayuda.

—Mira, querido Rafael, tú tienes que hacer la pose que te indique Abadía mientras yo te fotografío. Tu imagen, luego, la pintará al óleo. Esta es la fase previa… pero muy importante, y tú, imprescindible.

Sin tanta explicación, el pintor estaba ya colocándolo delante de la sábana, indicando el taburete donde poner el pie, cómo estirar el brazo y cómo apoyar la mano en una columna.

—¡Qué curva praxiteliana! ¿No es de admirar, León? —dijo Álvaro.

—Mucho, sí.

—Déjate de curvas, Álvaro: la luz es perfecta, no hay tiempo que perder… ¿Y la manzana? ¡No puede haber un Paris sin manzana! —Abadía se desesperaba por cualquier minucia.

León se acercó al frutero colocado en una repisa entre los muebles apartados. Plátanos, peras, ciruelas… No había manzanas.

—¿Te vale un limón? —preguntó a Abadía.

—Si no hay más remedio…

Velasco lanzó el limón hacia Rafael, quien lo cogió al vuelo. Los dos hombres, al mirarse el uno al otro, se reconocieron en el secreto: intuiciones parejas avisaban de que el otro escondía algo. León apartó la mirada y Rafael hizo lo mismo.

—¿Dónde está Tórtola? —preguntó el marqués.

—En la salita turca: ha venido Rocamora para hacerle una *interviú*.

El marqués de Argüeso dejó al pintor con su obra y a Paris con su rendido admirador y condujo sus pasos hacia la coqueta sala del segundo piso. Allí, armado con cuaderno y estilográfica, Pepe Rocamora tomaba notas sentado frente a Tórtola. Recostada en una otomana, la diva fumaba un cigarrillo ensartado en una larga boquilla de marfil. Flotaban sobre su cabeza las volutas de humo hasta deshacerse, lentas, en el aire quieto.

—La cualidad que más estima en el hombre es… —preguntaba en ese momento Rocamora.

—La energía, el carácter. —La bailarina respondía sin dudar, casi como si leyera un guion teatral. Quizás había respondido antes a preguntas semejantes o quizás era que su naturaleza fuera de una intuición e inteligencia superlativas.

Sin interrumpir la entrevista, León le sonrió desde el umbral y ella correspondió levantando la mano con un movimiento lánguido. Pepe Rocamora y el marqués se conocían bien: intercambiaron un breve saludo silencioso, con uno de esos gestos elegantes que los caballeros aprenden siendo niños.

—¿Y en la mujer?

—El talento.

—Su artista preferido.

—Goya. Actúo bajo su terrible mirada.

—¿Dónde prefiere vivir?

—Entre mi público culto.

—Su concepto de la felicidad.

—Absoluta, no existe. Relativa, quizá.

—¿Cuál es su libro de cabecera?

—El evangelio de Buda.

—El héroe de la vida real que más le interesa es…

—Pancho Villa.

—Su aversión particular.

—El corsé: nunca lo he utilizado. Me parece una cárcel de los encantos femeninos.

—Su lema preferido.

—Luchar y vencer.

Rocamora terminaba de escribir con letra indescifrable.

—Un placer, como siempre, departir con una gran artista como usted, Tórtola. Nuestros lectores rabian por saber más de su vida… —dijo el afamado periodista.

—Yo no tengo más vida que mi arte, dígaselo a los lectores. Ahora mismo tengo que ensayar mi actuación ante el Rey.

—Seguro que causará sensación: he oído que Su Majestad es un gran admirador.

—Sí, eso me han dicho a mí también —dejó caer ella, como si no le importara nada.

Rocamora tenía prisa: con la natural distinción de un cortesano, León se ofreció a acompañar hasta la puerta al periodista y Tórtola se lo agradeció con un beso lanzado al aire.

En el *hall*, Rocamora y el marqués encontraron a Curro Muñoz, quien llegaba a la casa en ese instante. El bailarín saludaba a los dos caballeros con una breve inclinación de cabeza, siempre silencioso, cuando Álvaro asomó la cabeza desde el salón cercano al *hall* para lanzar un dardo contra aquel sujeto que le caía tan antipático, y alzó la voz para decirle a Rocamora:

—¡Oye, Pepe! Antes de que marches voy a darte una primicia para que la publiques; estoy escribiendo una nueva novelita que se titulará *Currito el ansioso: accidentada historia de un gomoso pervertido*.

Lo dijo bien alto, para que Curro lo oyera. La aversión era mutua: el aludido hizo un gesto de desdén y se perdió hacia el interior de la casa con paso elástico, jacarandoso y flamenco.

—¿Otro de tus panfletos salaces, Álvaro? —preguntó el periodista. Álvaro Retana era un filón: a los lectores les encantaban sus aventuras.

—De eso nada, monada: obra magna del noble género de la novela sugestiva, deliciosa y sicalíptica. Mi interés: todo lo que sea ameno y frívolo.

—Así nunca te darán un sillón en la Academia, Retana.

—No me interesa la gloria, sí el dinero.

—Te prometo una *interviú* cuando me des el notición de que te casas. El reportaje de la boda de Álvaro Retana: ¡eso sí que se vende en Madrid como rosquillas!

—No me tientes… Tengo muchas enamoradas que morirían por que las llevara a la vicaría. Pero ahora todo mi interés está puesto en un Paris, no en una Venus. —Y se dio la vuelta con tal gracia que pareció que levantaba con el pie los volantes de una bata de cola.

Rocamora salió de la casa muy contento con su entrevista bajo el brazo —los asuntos tortolescos se vendían muy bien— y el marqués subió de nuevo las escaleras. En la salita turca, Tórtola revisaba su correo desflorando sobres con un pequeño abrecartas de plata. Por la ferocidad con que los rasgaba, León se dio cuenta de que los cariños prodigados delante del periodista eran ficticios. Sabía que aquella mujer jamás le haría una escena de celos, pero también que no soportaba verse relegada.

—Ayer estuve esperándote en casa de los duques de La Solana. —Tórtola hablaba suavemente, con un tono tan sinuoso como su mirada.

—Lo siento, tuve que solucionar unos asuntos. Además, sabes que no los aguanto. Él es medio bobo: se nota que ha sido ministro.

—¿Esos asuntos tienen nombre de mujer? ¿Un nombre de origen romano para más señas?

—Tórtola… te equivocas. La señorita Doncel desea que le ayude a contactar con algunas personas. Eso es todo.

No quería contarle la verdad, de seguro se entrometería. Además, no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto: si había rechazado las propuestas de matrimonio con cada una de las mil damitas con las que su madre y sus tías habían intentado emparejarle era, precisamente, por ser incapaz de mantener una relación en la que tuviera que dar explicaciones por su forma de vivir. Debió ponerse más serio de lo que Tórtola estaba acostumbrada; eso obligó a la artista a emprender otra estrategia.

—Me gusta… Tiene algo… especial.

León no contestó: era una trampa. ¿O quizá no? Tórtola necesitaba rodearse de objetos bellos, pues la belleza y el talento eran su alimento: los coleccionaba. También necesitaba sentirse

deseada, le gustaba gustar, ser admirada, adorada sin distinción por todo ser viviente, y eso incluía ejemplares de ambos géneros, en un diluvio de sensualidades que no hacía distingos. «La bailarina de los pies desnudos», como la llamaba la prensa, la artista amiga de la Pavlova, de Isadora Duncan, de Diaghilev y de Nijinski, admirada por Gabriele d'Annunzio, por el príncipe de Gales y cantada por Rubén Darío, tenía fama de ser una depredadora sexual. León no desconocía nada de ello, como tampoco ignoraba los actuales devaneos de Tórtola con Dominique, la esposa del embajador francés. Para la famosa bailarina, el marqués de Argüeso, con un catálogo de seducciones tanto o más amplio que el suyo, no era solamente un amante: era también un rival con quien le gustaba competir. Con su temperamento excesivo, desmesurado, Tórtola disfrutaba jugando y apostando ya fuera en la ruleta, en el hipódromo o en las carreras de galgos. Las personas también podían ser tratadas como caballos, naipes o figuras de ajedrez en una partida que solía terminar entre las sábanas.

—Quiero conocer mejor a Julia. He pensado en invitarla a un pícnic.

La pieza blanca abría la partida. De pronto, desde alguna parte de la casa, llegó el sonido africano, primitivo, de unos bongos. Era Curro, que ensayaba un ritmo exótico.

Lo sicalíptico

—¿A ti te interesa hacer negocio?

Paca dijo esto con los brazos en jarras, ocupando el vano de la puerta. Era una mujer corpulenta, de modales hombrunos pero con una finísima voz de pito que contrastaba con su aspecto de ogro. Asmática, al respirar hacía un ruido como de máquina de vapor averiada, pero eso no la tornaba débil o comprensiva; lo único que podía enternecerle era que le pusieran en la zarpa un machacante; hasta parecía que se le aliviaba la afección. Como Paca, Rosarito solo se movía por el parné. Y por Genaro, de quien estaba perdidamente enamorada sin que ella misma supiera por qué, ya que la trataba mal y tenía pinta de tísico.

La gitanilla —que en realidad era medio paya— se vio reducida por el corpachón, pero no se achantó.

—Poco es para negocio… —insistió.

—A ver si te crees más lista de lo que eres. Lo tomas o lo dejas, que tengo cola de otras como tú, deseandito que las llame. Porque es un trabajo cómodo, por lo fino.

Rosarito puso cara incrédula.

—Qué sí, mujer… Tómalo como una inversión, que si les gustas te llaman para más «sesiones», como dice el tipo —insistió la mujerona, dueña de la supuesta fonda pegada pared con pared al *cabaret* de El Dragón en donde alquilaba habitaciones por horas: una solución muy cómoda para los amoríos ocasionales que surgieran en el café-cantante, de los que se lucraba cual planta saprofita. También corría joyas y otras cosas de las que nunca preguntaba el origen.

—¿Y solo me harán fotos?

—Eso dicen. Quieren el numerito contigo sola y luego con la Isidra.

—¿Y nada más? Raro parece.

—Los caballeros se pirran por las estampas cochinas. Hasta las coleccionan. Es la moda de la sicalipsis, tontorrona.

—¡Vaya palabreja! ¿Eso no será alguna cosa contagiosa?

A Rosarito le mosqueaba el parentesco del término con algunas enfermedades de las llamadas innombrables.

—¡Que no, alma de cántaro!

Aceptó a sabiendas de que la propia Paca se llevaría la parte del león. Pero en peores plazas había toreado y con la llegada de los veraneantes crecía la demanda, sí, pero también la oferta: llegaban chicas nuevas de todas partes y los precios en la lonja de la carne habían caído en picado, al punto de haber hasta peleas por apañar un cliente. Esa era la razón de que hubiera consentido tener tratos con el alemán aquel, a quien le gustaban las cosas raras. Cuanto antes se lo quitara de encima, mejor…

Siguió a Paca y a sus resoplidos desvencijados hasta la puerta de una de las habitaciones más grandes y mejor amuebladas, la que la patrona reservaba a los mejores clientes; Rosarito lo sabía porque había lucido palmito en ella muchas veces. Allí esperaba un hombre vestido como para ir de excursión, apostado detrás de un cacharro enorme: debía de ser una cámara fotográfica de las de lujo. También había colocado unas luces que daban mucho calor. Mientras el sujeto traficaba susurros con la Paca en un rincón, Rosarito saludó a la Isidra, una madrileña pelirroja, que, sentada en la cama y envuelta en una batita raída, comía un bocadillo de sardinas en aceite. Generosa, le ofreció un mordisco, pero Rosarito lo rechazó.

—¿Tú crees que este gachó es de fiar? —preguntó a la pelirroja, en voz baja, echando una mirada desconfiada alrededor.

—Chica, qué quieres que te diga… No está una para ponerse quisquillosa —contestó la Isi.

—¿Te han hecho fotos antes?

—En este plan, no. Y no es por nada, pero me gustaría quedarme con una de recuerdo. Vestida, claro. Para poder regalársela a mi abuela.

—A mí también me gustaría. Aunque mejor con mi Genaro.

El apaño pareció cerrado y Paca salió entre resuellos, dejando solo al fulano con las dos fulanas. Rosarito comenzó a quitarse la

ropa con profesionalidad, la Isidra dejó el bocadillo en un cajón de la mesilla de noche y se limpió los morros grasientos con la manga de la bata.

—Bueno, amiguitas: vamos a empezar por unos besos y unas caricias. Y que se note interés, ¿eh? Que ya me conozco el paño y vais enseguida al grano para acabar antes —dijo el hombre.

—Oiga usté…, aluego, nos dará un retrato de regalo, ¿no? —preguntó Rosarito.

—¿Un retrato?

—¿Pues no va a echarnos unas placas? Por un par más no se va a gastar el cacharro, digo yo.

—No, hija, no…, nada de fotos. Esto, señoritas, es el Cinematógrafo.

Los cinco duros de plata le pesaban en el bolsillo, y al chocar entre ellos cantaban una canción alegre. Esta circunstancia capitalista, máxime cuando la soldada cantarina había sido ganada con maniobras ajenas al sudor de su frente, no parecía desagradar del todo al digno anarquista. Esta vez las tornas habían cambiado, consideraba, y los explotadores habían resultado explotados en una especie de justicia distributiva de naturaleza perversa más que violenta. Jamás había ganado tanto dinero en apenas unas horas de trabajo. ¿Trabajo? Rafael nunca hubiera pensado que quitarse la ropa y dejar que le hicieran unas cuantas fotografías y unos rápidos bocetos a carboncillo supusiera una ganancia tan disparatada. Como peón nunca le habían pagado más de una peseta y media al día, y eso por trabajar doce horas de sol a sol. Todo era muy extraño: el trabajo productivo resultaba ruinoso, mientras que por no hacer nada había ganado más dinero que en toda su vida. «Este capitalismo es un sistema de locos», se dijo. «Cuanto antes acabemos con él, mejor». Pero mientras no llegara la muerte de la plutocracia había que apechugar con el régimen instituido, así que prometió al pintor volver pronto, ya que este necesitaba más bocetos antes de dar por finalizada su obra.

Ya vestido de persona y en la puerta del chalet La Maravilla, tuvo que resistir las insinuantes invitaciones de Álvaro Retana tentándole con cenas, bailes, actuaciones de *cabaret* y todo tipo de deleites.

—No te escaparás, querido Rafael —dijo Retana, ofreciéndole un

pitillo, que rechazó—. Acabas de entrar en el círculo de los elegidos en concepto de Alto Representante de la Belleza Popular…

Pero el elegido se mostró firme e incorruptible y abandonó la casa con sus veinticinco pesetas sonando en el bolsillo. Solo pensaba en la perspectiva de encontrarse con Marisol y poder invitarla a merendar con las ganancias obtenidas exhibiendo su figura. «¿Seré guapo? ¿Le gustaré a ella?» Nunca antes había pensado en tales cosas. Así reflexionaba mientras volvía a la guarida de Tomás, tomando las debidas precauciones. Tenía el deber de dar cuenta a su encubridor sobre sus andanzas, así como de la excelente coartada que se había agenciado: en el caso de que la policía encontrara sospechosa su presencia, identidad o actitud, sus empleadores, personajes de postín, responderían por él. Ya había comprobado tras el incidente de la taberna hasta qué punto la palanca de la influencia podía convertir ese brazo de la ley, tan riguroso con los desfavorecidos, en una suave caricia para con los privilegiados.

Al llegar a la casucha de la colina encontró al viejo esperando su vuelta, en el mismo lugar en donde lo había dejado. Tallaba un grueso trozo de madera dándole vueltas en las manos, como acariciándolo. Durante el día y medio en que anduvo desaparecido, Tomás no le supuso detenido, ni mucho menos huido o desertor de su deber. Consideraba lógica la reacción del muchacho: un valiente también puede tener momentos de flaqueza, pues ¿no lloró Jesucristo lágrimas de sangre en Getsemaní al saber que su Padre mandaba crucificarlo? Rafael no era creyente y la comparación le pareció un tanto exagerada. Además, la idea de la crucifixión le provocó un escalofrío. Pero era cierto que había encontrado un alivio a su angustia en aquella escapada, y no solo eso: como le contó a Tomás, su encuentro con aquellos artistas enloquecidos podía salir rentable, y no solo en términos económicos.

—Lo mejor es que sigas yendo por allí, no sea que al faltar levantes sospechas —dijo el viejo, mientras cortaba trozos de madera verde, fragante. Saltaban los tajos al suelo—. ¿Y cuál es el trabajo que dices que te encargan?

Lo cierto era que esta parte de la historia el campesino no lograba entenderla del todo, sobre todo por la versión parcial y censurada que relatara Rafael. Ahora que había salido de aquella férula contaminada empezaba a encontrarlo todo cada vez más

disparatado, así que extirpó el hecho de haber posado como su madre lo trajo al mundo, pues para el anciano representaría una concesión intolerable. Pero lo que desapareció por completo de su relato fue el encuentro con Marisol.

Por la noche, tumbado en el camastro desvencijado que perteneciera al hijo muerto de su anfitrión, tan diferente de aquel otro donde despertara esa misma mañana, bajo las luces titilantes de las estrellas que se colaban por la ventana abierta, tuvo una sensación de cálida confianza en el futuro. No pudo ponerle nombre, pero era algo muy parecido a eso que todo el mundo llama esperanza.

Como muchos otros veraneantes, Anatolio había escapado de la implacable férula femenina —Sisita y Merche quedaron con un palmo de narices, rezongando su abandono— con la excusa de no faltar a la tertulia del Café Suizo, en el paseo de Pereda. El Suizo era un café coqueto y provinciano que remedaba aquellos otros de la capital de España, meca de las tertulias. En los cafés más famosos, como el Fornos, el Colonial, el Lyon o la Botillería de Pombo, los artistas, periodistas, poetas, dramaturgos y escritores se habían hecho dueños y señores. En estos aquelarres intelectuales se invocaba al Macho Cabrío del éxito fragoroso, la fortuna veloz y la subsiguiente fama, así como la genuflexión de la crítica y el reconocimiento —en vida, si era póstumo no valía— de los iguales. Por alguno de aquellos tesoros o por todos juntos —la ambición humana no tiene límites— cualquiera de los convocantes hubiera vendido su alma al Príncipe de las Tinieblas. Mientras, entretenían su ocio desvirgando la «flor natural» de algún premio de ayuntamiento, corregían sus obras de teatro, criticaban al Gobierno o, más mundanos, apuñalaban con saña la obra de un ausente culpable de obtener algo de lo que ellos carecían, que a veces no era nada más que un agujero donde dormir y un mendrugo que echarse a las fauces. Otras veces pasaban de la retórica a la acción para llegar a las manos, y los más encopetados enviaban a sus padrinos por un quítame allá unos versos o una crítica de periódico, aunque luego casi nadie quisiera terminar sus días en un duelo a pistola como Pushkin o Lérmontov: eso estaba bien para los rusos, que con sus ardores de honor caldeaban la fría estepa. El resto de clientes llegaban atraídos por aquellos adalides del parloteo y la inacción —

vicios tan españoles— para presenciar sus cuitas como si estuvieran en los toros o en el teatro, y poder decir: «Yo estuve allí».

A pesar de la hora tempranera, el café estaba casi abarrotado de clientela: mucho bigote retorcido y mucho jipi-japa sobre las mesas. Anatolio saludó a sus contertulios y se dispuso a disfrutar de la compañía viril y la conversación de altura, aunque, tímido, prefería escuchar a opinar. Eso sí, permanecía muy atento intentando no perder ripio. En una de las mesas centrales un nuevo rostro llamó su atención: el de un joven muy elegante rodeado de una multitud de admiradores. Él hablaba; los demás asentían y reían.

—¿Quién es ese jovencito tan elocuente? —preguntó.

—Ah, ese es Álvaro Retana, el escritor. Dicen que pertenece a la tertulia modernista de El Gato Negro.

Sito en la madrileña calle del Príncipe, El Gato Negro era célebre porque por allí pasaban todos los autores, artistas y actores más a la moda. Al fondo del café había un «postizo» que por las noches se abría y comunicaba directamente con el *foyer* del colindante Teatro de la Comedia.

—Pero ¿dejan entrar a modernistas en el Suizo? ¿Qué será lo próximo? ¿Anarquistas? ¿Teatreros? ¡Esto es intolerable! Pienso presentar una queja a la dirección.

Don Mauro, adalid de las más recias virtudes hispanas, consideraba el modernismo como el súmmum de los males primiseculares.

—¿Qué tiene usted contra ellos?

—Qué inocencia la suya, don Antonio… Esos melenudos convierten todo lo que tocan en un circo, una mascarada. Son unos decadentes. ¡Unos sicalípticos!

—Hombre… ya salió. Qué manía les ha entrado con la sicalipsis —dijo don Antonio, que era un descreído—. Encuentra uno la tal palabreja hasta en la sopa. A saber de dónde habrá salido.

—¿De dónde va a salir? Pues de alguna tertulia de intelectuales y bohemios, parida por uno de esos gaznápiros inspirados por el tintorro. O arrebatados por alguna droga, ¡son tan fáciles de conseguir!

Don Severiano, que era farmacéutico, intentó desviar la atención de las acusaciones sobre su negocio con una nota culta, pues era aficionado a la etimología, además de a los *cabarets* y a los

burdeles.

—Pues fuera quien fuese, algo sabía de lenguas muertas, pues «sica», en griego clásico significa higo, y «lipsis» acción de untar o frotar. Según una traducción más libre, provendría de «sykon», que significa vulva, y «áleipsis», excitación.

Dejó mudos al resto de contertulios.

—¡Cuánto sabe usted, don Severiano…! —dijo admirado Anatolio, a quien todos los demás tomaban por simple y toleraban por su generosidad para invitar y repartir puros habanos.

—El gachó acuñó la ocurrencia envolviéndola en sutil ordinariez. Repugnante, como todo lo que sale de esos caletres —insistió don Mauro.

—Lo que es seguro es que el tipo era un guasón. —Don Antonio también lo era.

—Y lo rijoso resulta siempre garante de éxito, como ya sabían en el licencioso siglo XVIII —añadió don Severiano, muy ufano—. La sicalipsis es un impulso liberador, todo un logro de la ciencia.

—¿De la ciencia?

—De la ciencia suprema: la del impulso innovador de la sociedad.

—¡Tonterías!

—Pues después de tanta ñoñería romántica y tanta farfolla decimonónica como vivimos en nuestra juventud, a mí esto de la sicalipsis no me parece mal —dijo don Antonio, con una sonrisa pícara.

—¡A ver si va a salirnos usted modernista! —Don Mauro lo fulminó con la mirada.

—No discutan, amigos míos; mejor hablemos de cosas menos polémicas, como la guerra europea. ¿Creen ustedes que el Rey nos meterá en ella o no? —terció Anatolio.

Llegó cargado con una maleta enorme y pesada, sudoroso y extenuado por el esfuerzo, pero a la hora señalada. Las campanas cercanas de la catedral comenzaron a dar las doce en ese momento, sobresaltándole. Alzado sobre un promontorio, el complejo catedralicio descendía vertiginoso hacia el mar, hasta finiquitarse a sí mismo en un violento tajo a la corteza terrestre.

Alguien con gran conocimiento de los mecanismos del disimulo había elegido el lugar para el intercambio secreto: una pequeña

calleja peatonal hincada entre los muros de la mole gótica, barroca y neoclásica, y el solar donde se levantaban de su tumba los restos del viejo fuerte de San Felipe. Si durante el día apenas la transitaban algunos curas de camino al obispado, por la noche solo algún gato cazador se atrevía a pisarla: a estas horas, aparecía desierta. El hombre, cansado, tuvo que sentarse en la maleta, se despojó de la gorra inglesa de cheviot para secar el sudor de la frente y la cara con un enorme pañuelo de hilo y, al hacerlo, el blanco destacó en la negrura de las horas intempestivas como una bandera de rendición. Era el mismo hombre que horas antes estuviera en la pensión de Paca haciendo tratos con Isidra y Rosarito: ellas en cueros vivos y él dándole a la manivela de la cámara cinematográfica.

Un airecillo húmedo y frío exhalado por la bahía le recorrió el cuerpo en un repeluzno de fantasma, agarrándosele a la garganta: «A ver si no se retrasan… Entre la sudorina y el relente, solo falta que coja unas anginas…» Su hermano gemelo había fallecido de garrotillo cuando él contaba apenas ocho años, y aquella sofocación mortal había quedado impresa en su memoria con la forma incierta y terrorífica de los monstruos infantiles. Estaba subiéndose las solapas de la chaqueta para protegerse el cuello de la peligrosa laringotraqueobronquitis asesina de niños, cuando oyó las risas femeninas acercándose por la esquina más gótica de la catedral. Las dos chavalas, poco envueltas en mantones de Manila y del brazo, caminaban descuidadas del entorno lúgubre, hablando de sus cosas de mozuelas a todo pulmón. Baños las maldijo en su interior: no era cuestión de alertar a la policía ni a cualquier curioso de las andanzas que los tres se traían.

—Vaya cara, Baños, alégrela un poco… ¡Cualquiera diría que va usted de funeral! —dijo la Isi, con su gracejo chulapo.

—Bajad la voz, suripantas, que estos clientes son asustadizos.

Las otras reían como locas, achispadas de cazalla para matar el relente.

Un trote regular y discreto se adelantó a su aparición resonando en los adoquines: aunque los automóviles ya eran una presencia habitual en la ciudad provinciana, convivían con los coches y los carros tirados por equinos, aún tracción más barata que el lujoso caballo de vapor, además de menos ruidoso. El simón se detuvo en

la boca de la calle, y el hombre de la gorra de cheviot cargó con la maleta y fue a su encuentro acompañado por las dos jovencitas. El cochero saltó del pescante.

—Buenas noches, señor Baños… y la compañía.

El aludido asintió. No quería dar palique al individuo aquel: su cara picada de viruelas y el bulto adivinado bajo el sobaco con sospechosa forma de arma de fuego no le inspiraban confianza, precisamente. Pero el jefe para quienes ambos trabajaban pagaba demasiado bien como para ponerse exquisito. De hecho, Baños cogió el sobre que el otro le tendía intentando no mirarle la cara torva y alanceada.

—Está buena la mercancía… —dijo el tiparraco antes de coger el pesado maletón, observando cuidadosamente a las dos mujeres, que se mantenían un poco aparte, cuchicheando entre ellas.

—Ahí va todo. Y le recuerdo que debe ser tratado con cuidado. Es material inflamable —aconsejó Baños.

—Desde luego… ¡Nunca mejor dicho…!

La carcajada del matón rebotó en las piedras seculares y en el ánimo de Baños, pero contagió a las dos putas. Después de cargar el maletón en el pescante del coche y con un gesto de mayoral, el individuo invitó a Isidra y a Rosarito a subir al coche. Al abrir la portezuela, el hacedor de películas pornográficas pudo entrever dos figuras que recibían a las chicas con alborozo, aunque permanecieran embutidas en el interior oscuro del coche: la oronda y bigotuda pertenecía, sin lugar a dudas, al conde de Romanones; de la otra, aún más hundida en la panza negra del simón, apenas se distinguía la silueta. Pero ese perfil resultaba perfectamente reconocible por estar grabado en todas las monedas de curso legal.

Vida ociosa, muerte anticipada

Los *sportsmen* se reunían a tempranas horas de la mañana en un prado verde. Había costado lo suyo encontrar una hectárea llana entre tantos terrenos abruptos siempre tendentes al desnivel. El *field* había sido cedido, finalmente, por un destacado anglófilo convencido de que la raza británica era muy superior a la suya propia. Tampoco resultó tarea sencilla reunir a los once jugadores, pero como el *foot-ball* tenía cada vez más predicamento, la voz se corrió entre la buena sociedad y algunos otros *gentlemen* —porque la condición es que todos fueran caballeros— decidieron unirse al empeño aunque nada supieran de tal deporte, siguiendo el clásico principio «*mens sana in corpore sano*».

Los campesinos que apacentaban su ganado en los prados colindantes, ignorantes de los beneficios de la práctica deportiva, observaban cómo corrían aquellos locos en paños menores, deslomándose detrás de un balón al que daban puntapiés hasta meterlo entre tres palos. Tras el primer asombro, se preguntaban con socarronería hasta dónde podía llegar la estupidez de las clases pudientes. Ajenos a tan distinguido público, escaso pero selecto —como diría un cronista de sociedad—, los señoritingos corretones se dejaban la piel en el campo y sudaban la camiseta preparándose para el próximo partido contra un equipo vizcaíno con fama de leñero.

Cuando el marqués de Argüeso llegó al *field*, el equipo del Racing —o tal vez el Athletic; aún no habían decidido el nombre, pero de seguro mostraría raigambre anglosajona— ensayaba un rápido ataque por la banda. En las postrimerías de la supuesta área rival, el delantero centro —señor Gutiérrez Cossío— tuvo a bien disparar la pelota de cuero con su potente pierna izquierda con el fin de conseguir un *goal*, pero desgraciadamente el esférico salió

por la imaginaria línea de *corner* con gran fuerza, amenazando con colarse en un vecino pajar, si no fuera porque Velasco logró interceptarlo con gran pericia. El *referee* improvisado, *mister* Clayton, entrenador del equipo y agregado de la embajada británica, se acercó hasta el recién llegado y recogió la pelota, lanzándola de nuevo hacia los esforzados *sportsmen*.

—Parece que van mejorando —dijo León.

—Nada, no se moleste en darme ánimos… ¡Nos van a dar una paliza! Veo que recibió mi mensaje… —dijo el inglés bajando la voz.

Mister Clayton era el hombre con quien el marqués tenía aquellos extraños cónclaves en el Hotel Lisboa.

—Hay que encontrar cuanto antes esos papeles perdidos: no lo hemos sabido hasta ahora, pero ya puedo confirmar que en ellos se encuentra la… clave. La desaparición de nuestro enlace ha provocado una circunstancia de lo más enojosa. Todo está sucediendo más deprisa de lo que creíamos.

Ambos parecían encontrarse muy interesados en las evoluciones de los *futbollers*, pero sus gritos de ánimo encubrían una conversación secreta. La información reservada suele ser más valiosa que las rodillas de un delantero centro.

—A la vista de los acontecimientos, los planes han de cambiar. Sus informes son decepcionantes. ¡¡¡No deje que se escape don Arturo, señor Pérez!!! ¡¡Le recuerdo que usted es defensa!!

León siguió con la mirada las evoluciones sobre el césped, mientras respondía.

—No he sido capaz de encontrar ni un solo indicio de culpabilidad. Ni en ella ni en ninguno de los de su entorno y le aseguro que he estudiado a fondo la cuestión. Es verdad que hay una… digamos, «conexión» con el embajador francés, pero la señora de Pontmercy es incapaz de interesarse por los asuntos de su marido. Ninguno de los amigos de Tórtola presenta un perfil ideológico, las cuestiones políticas no les interesan lo más mínimo y carecen por completo de ningún tipo de convicción, simpatía o solidaridad por una idea elevada que no sea la del Arte. Por otro lado, muestran un gusto enfermizo por el exhibicionismo. De hecho, creo que se trata de la gente más expuesta a la opinión ajena que conozco, una opinión que, desde luego, no les importa en absoluto.

—Descartaríamos entonces el chantaje…

—Están demasiado encantados con esa imagen de depravados y disolutos que cultivan con dedicación; una imagen artística, podríamos decir, con la cual pretenden escandalizar a la sociedad burguesa. Lo que en otros ambientes sería motivo de vergüenza y deshonor, entre ellos es motivo de chanza, cuando no de orgullo. Lo único que podría moverles de verdad sería una fuerte suma de dinero y por lo que he podido comprobar, los dineros con que recompensa el Almirantazgo son una limosna en comparación con los emolumentos de estos artistas. Son ricos, más que usted y que yo.

Clayton estaba de acuerdo con el español, pero esa velada crítica de la afamada tacañería de quienes regían la sede de Whitehall no fue de su agrado, precisamente. Máxime viniendo de un extranjero. Y de la raza latina, además.

—Creo que el único factor que faltaba por explorar es el del aburrimiento.

—¿Aburrimiento? —Clayton, quien hablaba un español fluido, arrastraba, sin embargo, las consonantes fuertes con mucho acento.

Dado que se encontraban en un lugar despejado y las personas más cercanas se hallaban a muchos metros y muy ocupadas en correr detrás de un balón, *mister* Clayton encontraba más elegante hablar en castellano al español, como una muestra de cosmopolitismo —su familia provenía de militares destinados en la India— y deferencia hacia la población local. De todas maneras, León hubiera preferido conversar en inglés; su perfecta dicción educada en Cambridge era muy superior a la del capitán: el marqués había detectado cierto acento plebeyo en su interlocutor, cuya abuela era una irlandesa de Galway.

—El aburrimiento es la única amenaza que les hace temblar. Creo que alguno de ellos sería capaz de convertirse en espía, terrorista o traidor a su patria por el solo hecho de considerarlo divertido o emocionante.

Los ojos fieramente azules del capitán Clayton se posaron sobre su amigo y colaborador.

—¿No es ese su caso, *mister marquis*?

Velasco no contestó inmediatamente: sacó uno de sus cigarrillos egipcios de la pitillera de oro y le ofreció uno al inglés —quien lo

rechazó— para prenderlo con la llama azul perfecta del encendedor de platino regalado por Tórtola. Aspiró el humo paladeándolo con deleite, dejándolo jugar en su interior, y luego contestó.

—Puede que lo fuera hasta ayer mismo. Pero no a partir de hoy.

El capitán de fragata y jefe de la Inteligencia Británica en el norte de España sonrió: había sido él en persona quien captara a León de Velasco y por ello mismo tenía confianza en sus méritos, fueran cuales fuesen las razones íntimas que para apoyar su causa tuviera el frívolo marqués. Los *playboys* siempre habían resultado unos excelentes informadores, pensaba Clayton, y este lo era en grado superlativo. Como relataban sus documentos clasificados, el marqués de Argüeso, de intachable estirpe, había crecido junto al rey Alfonso XIII y siguiendo la tradición familiar, tuvo formación militar —esto le hacía particularmente valioso—. Demasiado inquieto, en cuanto pudo salió de su país para estudiar en Cambridge poesía isabelina, con predilección por los sonetos de Shakespeare y el teatro de Marlowe —esto no le hacía en absoluto valioso—. Viajando por medio mundo, gastó a manos llenas una pequeña herencia hasta recalar, sin apoyo familiar y pobre a pesar de sus apellidos, en su originaria Madrid. Durante un tiempo había aprovechado sus muchas virtudes para vivir de sus amantes, la mayoría casadas de gran fortuna, y en la actualidad sobrevivía con una modesta renta férreamente administrada por una tía abuela, estipendio completado con los regalos de la penúltima amante. Su exquisita educación y maneras aristocráticas, sus excelentes relaciones, que incluían a la familia real española y las mejores casas de Europa —todos los salones se le abrían a pesar de su mala fama—, junto con una apariencia elegante y evidente atractivo para las féminas, lo convertían en un aliado muy útil.

—Sin embargo, usted sabe tan bien como yo que las casualidades no existen. Lo ocurrido en Roma y en París no puede ser olvidado.

Velasco sabía bien a qué se refería el inglés: había leído los informes que vinculaban el asesinato de un informante y el robo de unos documentos comprometedores, así como extraños sabotajes y filtraciones, a la fecha y el lugar de varias actuaciones de Tórtola durante su gira europea. Esta fatal sincronía había puesto a la diva en el punto de mira del espionaje británico.

—No lo olvido.

—Bien… Seguiremos en contacto. La próxima vez, nos veremos en el Dragón.

También el inglés gustaba del ambiente promiscuo del *cabaret*. Había sido educado en la hipocresía de la época victoriana; por eso, y por moverse profesionalmente en el terreno de la doblez, se sentía como pez en el agua en aquel templo de la ambigüedad.

León sintió cierta envidia al verle alejarse con una carrera atlética y flexible a pesar de que ya no era joven y lucía una cabellera de plata: el capitán exhibía, con su porte y energía juveniles, no solo las virtudes de la práctica deportiva continuada, también la confianza y seguridad propias de un súbdito de la corona británica, la potencia más poderosa del mundo conocido. Hasta aquel momento.

Brillaron a las luces de las candilejas los brazos blancos al resbalar los volantes coloridos sobre la piel; la falda se abría oportunamente, enseñando la pierna juguetona envuelta en seda y los pies pequeños, de muñeca. La beldad cantaba acompañada por un títere vestido de militar que bailaba al compás de la música con el tirar de los hilos. Alguien del público se atrevió a decir en alto que el muñeco se parecía al Borbón y la cantante, a Romanones.

Entre los paisanos y los militares
me salen a diario novios a millares.
Como monigotes vienen tras de mí
y a todos los hago que bailen así.
Cata catapún, catapún, pun, candela.
¡*Alza p'arriba, Polichinela*!
Cata catapún, catapún, catapún,
¡como los muñecos en el pim, pam, pum!

El Bello Polín imitaba a la perfección a la Fornarina, y con el maquillaje y la peluca el parecido resultaba asombroso. El respetable aplaudía a rabiar su actuación, pero en toda ocasión surge un discrepante.

—¡A todos los maricas así, los mandaba yo a Fernando Poo!

—Pero ¿cree usted que cabrían todos allí?

Con la contestación, Álvaro hizo reír a sus acompañantes y el

crítico desapareció, corrido.

—El Dragón aprieta sus anillos alrededor de las infortunadas víctimas de Su Majestad el Vicio y no todos son capaces de soportar su abrazo —añadió Retana, lanzando un beso a Polín.

—Solo los hombres que no están seguros de su masculinidad atacan a transformistas, travestidos y homosexuales —zanjó el marqués.

Los habituales del clan de Tórtola ocupaban siempre la misma mesa, situada casi en el centro del club. La diva atraía todas las miradas, pero ella bebía su champán *rosé* atenta nada más al arte de Polín Valera. Dueño de una historia rocambolesca, el muchacho rubio y lindo era hijo de un magistrado de Valencia, quien, harto de sus devaneos, ordenó la detención de su propio vástago, aún menor de edad. Pero Polín huyó disfrazado de mujer y apareció en Berlín, donde ganó el primer premio de un concurso de belleza femenina. Al descubrirse su verdadera condición, se armó un buen escándalo: gracias a él fue contratado en el Kit Kat, un salón de variedades de mucho prestigio, descubriendo allí su vocación transformadora. Este verano amenizaba las noches del Dragón exhibiendo categoría de estrella transformada, jaleado por un público bien dispuesto al exceso y a la diversión.

León vio venir hacia su mesa a Pepe Rocamora acompañado de un hombre a quien no conocía, portador de una sonrisa deslumbrante y que solo parecía tener ojos para Tórtola.

—Querida Tórtola: le presento a don José Juan Reyes, recién llegado de México.

El aludido ya se inclinaba para besar la mano de Tórtola.

—Es un honor conocer a tan grande y bella artista. Solo por ello merecía venir desde tan lejos.

León, atento a otros asuntos, vio de lejos al capitán Clayton conversando con un camarada. En ese momento entraba en el local un hombre vestido de negro al que no conocía, pero con irrefutable aspecto de policía: su presencia desentonaba no solo por el lóbrego vestuario, también porque no parecía estar divirtiéndose.

El Bello Polín terminó su actuación entre aplausos y muchos espectadores se levantaron para ovacionarle, también Tórtola. Tras salir Polín del escenario, el periodista continuó la ronda de presentaciones: además de Velasco, Retana y el pintor Abadía, se

encontraba entre el grupo el silencioso Curro Muñoz. No solía acompañar a Tórtola pero, por alguna extraña razón, tras su ensayo diario había acudido con ella a El Dragón sin importarle los dardos de Retana. Nunca se quedaba en un lugar mucho tiempo, así que al poco se excusó y desapareció. Álvaro, que ya pegaba hebra con el guapo mexicano, fue abordado por una seguidora de su carrera artística: era de lo más sensible a cualquier halago, así que la atendió con exquisita paciencia a pesar de que la mujer llevaba unas copas de más; reía y reía con carcajadas achampanadas. Abadía también se excusó: tenía una cita. Tras el consabido intercambio de frases corteses con el recién llegado, León y Rocamora fueron a la barra y la bailarina invitó a Reyes a tomar asiento a su lado.

—Quizás el año próximo actúe en México. Si se calman las cosas allí, claro —dijo ella.

—Mi querida señora…

—Tórtola; siempre Tórtola, por favor.

—No puedo dejar de animarla a visitar mi país, Tórtola. Y será un gran placer para mí acompañarla y mostrárselo.

—¿No será peligroso? —dijo Tórtola, coqueta y con doble intención.

—Me temo que México se encuentra inmerso en una terrible guerra civil y en ella las mujeres entran también en batalla, aun a pie, cogidas a la silla del caballo de su hombre. Enfrentadas a las bombas y a las balas de las ametralladoras, plantan cara a la muerte con un coraje mayor que el de cualquier soldado. Me recuerda usted a una de esas muchachas; se llamaba Adelita y era muy valiente.

Dijo esto mientras se atusaba el bigote y le destellaban los ojos carboníferos.

—Yo soy una gran admiradora de Pancho Villa, ¿sabe?

Al mexicano le brilló la sonrisa alba, feroz.

—Ah, ¿sí?

—Ignoro si compartirá usted mi opinión, pero me parece un gran hombre desde que lo vi protagonizar una película. Era estupenda… Y el director, nada más y nada menos que David W. Griffith… ¿No la ha visto usted?

—Pues no, y lo lamento. Y eso que me gusta mucho el cinematógrafo.

—A mí me encantaría trabajar con Griffith. Ir a Hollywood… Se reirá de mí: es tan *cliché*…

—¡Hasta a mí me gustaría ir allá! ¿Me ve como galán haciendo *westerns*?

Hizo un gesto de pistolero del Lejano Oeste, usando los dedos como pistolas. León observaba desde lejos como el mexicano hacía reír a su amante.

—¿Quién es? —preguntó a Rocamora.

—Se sabe poco de él… Dice que es un sencillo industrial que ha venido a Europa huyendo de la guerra en su país, aunque todo envuelto en un halo de misterio. Además, ya ves su éxito con las señoras… Le van a sacar hasta coplas. Cuidado: tenía mucho interés en conocer a Tórtola.

—¿Un admirador?

—Lo dudo. Demasiado listo para eso.

Un grito. Polín apareció de nuevo en el escenario con la peluca deshecha y el rímel corrido por las lágrimas. Tambaleante, abrazó al maestro de ceremonias, quien en ese preciso instante se disponía a presentar a otro artista. El bullicio de la sala desapareció. Alguien alzó la voz para que todo el mundo lo oyera:

—El vestido… ¡¡Es sangre!!

Un malicioso hizo el chiste procaz:

—Le habrá venido la regla…

Otras artistas salieron de entre cajas para consolar a Polín, a quien entre sollozos y mocos pudo oírsele decir:

—Está muerta… Está muerta…

Hubo gritos e histerismos. Las venecianas de los reservados temblaron, algunos de sus ocupantes bajaron por las escaleras de servicio, creyéndolas secretas y encontrándolas atestadas de gente alarmada. Los camareros, Perico, el portero, y el gerente de la sala pedían calma a la concurrencia estupefacta, pero enseguida se corrió la voz: algo ocurría en el callejón trasero del *cabaret*. Como una marea humana, todos se dirigieron hacia allí agolpándose, pisándose y dándose codazos. A fuerza de empujones León pudo parapetar a Tórtola, mientras Álvaro se colgaba del brazo de Rocamora y, acompañados por Reyes, fueron todos hacia la llamada «salida de artistas», que no era otra cosa que el callejón junto a la tapia del colegio de curas.

Tirada en un charco de sangre había una mujer. No se le veía la cara. La Antequerana se desmayó muy oportunamente en los brazos del mexicano.

—Llévense a las señoras… —avisó alguien.

Tórtola no quiso irse ni taparse los ojos como hicieron otras. Uno de los camareros y Perico, el inmenso portero, fueron hacia el cadáver con el propósito de retirarlo de la vista del público.

—¡No se acerquen!

Un hombre vestido de negro dio un paso al frente acompañando la orden: fue suficiente para detener a los espontáneos y la gente le abrió paso, obediente, dejando a la Autoridad hacerse cargo de la situación. El agente Ursicinio Palomo se acercó al cuerpo ensangrentado y, con cuidado, le dio la vuelta. Apartó el pelo caído sobre la cara.

Era Rosarito.

Fondo de reptiles

Paca mostraba a los policías una resistencia hermética y calcárea; de bivalvo. No era su primer interrogatorio.

—Será mejor que cantes lo que sepas, Paca.

La madama era antigua conocida de los inspectores: nunca había redadas en la pensión porque ningún polizonte rechazaba el lustroso género ofrecido gratis a cambio de impunidad para su negocio de trata de blancas. Se decía que la tal Paca no era más que un testaferro de los verdaderos propietarios del burdel, gente desconocida e intocable. Pero alguien había cometido un asesinato a cuatro pasos de allí y la relación de la finada con el lugar estaba más que certificada. Habían acabado los conchabeos.

—Que la tal Rosario Fernández ejercía la prostitución en este lupanar es un hecho probado.

Ursicinio Palomo hubiera preferido ocuparse de asuntos menos triviales: el asesinato de una puta era algo tan corriente que sentía malgastado su talento. Pero como era él quien había descubierto el cadáver, Sánchez le había pedido que dirigiera la investigación y resolviera el caso a toda prisa. Un lugar como el *cabaret* de El Dragón, tan frecuentado por miembros del Gobierno, de la oposición y de diplomáticos extranjeros, debía ser protegido debidamente: si no daban con el asesino con prontitud se arriesgaba a tener a los perros de la superioridad mordiéndole la culera.

—Eso que dice… Una se limita a dar habitación a quien la paga. Lo que ocurra detrás de la puerta, a mí me tiene sin cuidao.

—Pues vete haciendo memoria, Paca, si no quieres que te chapemos el local —apretó las tuercas San Emeterio.

—¿Cuándo vio a Rosario por última vez?

El agente Palomo dirigía el interrogatorio.

—Antes de anoche. Vino a… a hacer un trabajo especial. —Se mordió los labios.

—¿Cómo de especial?

—Una de esas películas, como las llaman. El hombre pagaba bien. No le conocía; era la primera vez que aparecía por aquí. Se quedó con Rosarito y la Isidra, y me fui.

—Que busquen a la tal Isidra —ordenó Palomo—. ¿Cómo se llamaba el hombre?

—Baños. Eso dijo… Espere un poco.

Fue hacia un secreter y de la pechera inmensa extrajo una llavecita minúscula con la que abrió uno de los muchos cajones para sacar de su interior una tarjeta que tendió al pasma.

—«Royal Films». «Producciones de cinematógrafo» —leyó Palomo.

—Pues va a ser verdad —señaló Martín.

Pero el agente especial no se dio por satisfecho.

—Sabemos que la chica tenía chulo: un tal Genaro. Dinos qué sabes de él.

—El Genaro nunca para por aquí. No me cae bien.

—¿Por qué no?

—No me gustan los hombres que viven de las mujeres.

—La competencia, ¿verdad, Paca?

La aludida no se molestó en contestar. El policía continuó interrogando.

—¿Quiénes eran los clientes habituales de Rosario?

—A saber… Mil y un fulanos…

—Nombres.

—Aquí no dan sus nombres, señor —resopló la asmática.

—Lo que recuerde. Su aspecto, su cara.

—Había uno que… por lo visto es famoso.

—¿Quién?

—Un escritor que dicen de mucho lustre. Ella se quejaba de que no le pagaba como debía, de ser un cuentista. Tiene una casona en el Sardinero.

El agente Palomo apuntaba, concienzudo, en su libreta.

Sonaban las notas de un piano dentro de la casa, pero la pareja no oía nada; ni siquiera la campana de la entrada.

—Encontré al secretario de Su Majestad en la mesa del bacará del casino, y me contó que es posible que acuda a presidir las regatas que se celebran la próxima semana. Ese es un momento

idóneo. Por otro lado, es muy aficionado al polo: seguro que tiene ganas de montar. Cuando el Rey participa en el juego, el protocolo se relaja.

León de Velasco estaba sentado junto a la señorita Doncel en el banco de azulejos valencianos del jardín de San Quintín. Frente a ellos, un pino con horquilla de la que colgaba una hamaca, hortensias, madroños, un álamo y un laurel. A los pies de este laurel enterraba Galdós a sus perros.

—Y yo le acompañaría a usted… León.

—Sí, Julia: es la única manera. Se confeccionan unas listas de invitados y se exigen los datos de la cédula. Pero todo es mera etiqueta y casi no hay guardias porque todos los invitados pertenecen al círculo de la Corte. Usted se limitará a acercarse a él para hacerle su petición con manifiesto incluido. Yo estaré siempre cerca, no se preocupe.

—Sabrán que usted es mi acompañante y yo… No quiero ponerle en un compromiso —dijo ella.

—No ocurrirá nada. Además, el compromiso que he adquirido con usted es más firme que el que tengo con la realeza. —Suavemente, le cogió la mano. Julia intentó apartarla, pero él la apretó más firmemente—. Sin quererlo, acaso sin pensarlo, ha lanzado usted sus redes y me temo que he terminado atrapado.

Julia intentó mirar hacia otro lado, ruborizada, pero la mirada verde tenía un poder hipnótico.

—Nada puede hacer ya para impedirlo, me tiene en sus manos.

Pero era él quien le sujetaba las manos y ella no tenía fuerza para soltarlas.

—Yo…

—No, no hace falta que diga nada, solo escúcheme: me creerá frívolo si le digo que desde el primer día que la vi sentí en mi alma como una chispa… Es usted eléctrica, sí. Me ha galvanizado. La chispa ha crecido hasta convertirse en una hoguera.

La mano la soltó, pero para posarse sobre su cintura.

—… Hoguera no, incendio, que solo usted puede apagar…

La presión de la mano era más fuerte. La atraía hacia el cuerpo cercano: podía sentir su calor, también el rostro, la respiración, sus labios.

—… con esa boca hecha para…

Los labios. Julia ya cerraba los ojos incapaz de moverse, de pensar, cuando en ese momento apareció Rubín, la sombra galdosiana, interrumpiendo el cortejo.

—¿Pueden venir a la sala? Ha ocurrido algo.

Julia se levantó como un resorte, aún ofuscada, y con el gesto mecánico y nervioso de estirarse la chaqueta en un intento de recomponerse, siguió a Rubín. León no tuvo más remedio que acompañarlos. «¡Maldito Rubín!… Ya la tenía, la tenía… La próxima vez no se me escapa», pensó. «¡Y qué guapa que está cuando se pone colorada, la condenada!»

Tres minutos después, todos los habitantes de San Quintín, incluyendo al servicio y los visitantes ocasionales, se encontraron reunidos en el salón junto al piano ahora silencioso. León había sido invitado a marcharse, pero rehusó hacerlo. *Hamlet* gruñía a los dos extraños, quienes se habían presentado como policías aunque vistieran de paisano.

—Saquen de aquí a ese perro —ordenó el que parecía el jefe.

Julia cogió del collar al pastor alemán y este se dejó llevar hasta el jardín, tranquilizado por la mano amiga.

—¿No nos va a decir a qué se debe esta intromisión? —se quejó Rubín.

—Espere a que regrese la señorita y se lo aclararé.

Al volver, Julia fue invitada a sentarse en silencio junto a los demás. El policía, que se presentó como el agente Palomo, comenzó su indagación.

—¿Son todos ustedes los habitantes de la casa? ¿Falta alguien?

Galdós y Rubín se alegraron de que el amigo Iglesias hubiera partido ya para su mitin asturiano. Al socialista no le convenía nada tener problemas con la policía: seguía cada uno de sus pasos pese a ser diputado a Cortes, o precisamente a causa de ello. Por no hablar de la prensa conservadora, deseosa de perjudicarlo como fuera: esgrimiendo cualquier minucia le acusarían de tener peores intenciones que Garayo *el Sacamantecas*.

—Falta don Ramón del Valle-Inclán, que está pasando unos días fuera, invitado por una amiga.

El agente Palomo consignaba en su libreta el dato.

—Valle… ¿cómo ha dicho que es el segundo nombre?

—Inclán.

Era evidente que Palomo no era aficionado a la literatura. Tampoco había reconocido el nombre de Galdós cuando los agentes le hablaron de la importancia de aquel señor. Es más, mostró cierta suspicacia: si alguno de esos personajotes creía estar por encima de la Ley, él les aplicaría la más rigurosa.

Sin más preámbulos, considerando que, a estas alturas, a los allí reunidos les rondaría en el ánimo la incertidumbre, desazón muy conveniente para sus propósitos, soltó la bomba.

—Señor Pérez-Galdós, hemos venido en comisión de investigación por el asesinato de Rosario Fernández.

Clavó unos ojos de azor en las reacciones de los presentes, pero ninguno dio señales de conmoción, sino más bien de extrañeza.

—¿Quién es esa señora? Porque ninguno aquí la conocemos —dijo Rubín cada vez más exasperado.

—Rosario Fernández —repitió—. También conocida como Rosarito *la Gitanilla*.

Ahora sí que fue evidente que al menos para dos personas el nombre resultó familiar. Una de ellas fue don Benito, que se quitó los lentes y suspiró. La otra fue Julia, que soltó un pequeño grito reprimido en vano. No había olvidado el nombre de la chica que la insultó ante los muros de San Quintín el mismo día que llegó allí. Hasta había tenido pesadillas con ella: la imagen de la mujer golpeada por los policías la atormentaba y aún más no poder haber hecho nada por ella. El agente Palomo tomó nota.

—Me gustaría hacerles algunas preguntas a ustedes dos. Los demás pueden marcharse.

—Si lo permite, me gustaría quedarme a acompañar a la señorita —dijo León muy serio.

—¿Es usted su novio o su pariente?

—No —contestó León. Este hombre estaba logrando ponerle furioso. Hacía mucho tiempo que no sentía deseos de golpear a alguien, pero ahora reprimió las ganas de darle un puñetazo. Rubín parecía estar en el mismo estado. Farfullaba quejas y no sé qué de hablar con su amigo el comisario Sánchez, quien, por supuesto, nada debía de saber de todo esto, pues de conocer los pormenores le haría al tal Palomo entrar en vereda y de qué manera, ya que todo esto era una vergüenza y un atropello. El arrebato, las amenazas y la exhibición de influencias no hicieron mella en la

actitud del agente, quien era, en verdad, incorruptible.

—Cálmese, Rubín… —decía Galdós.

—¡Esto es un atropello! —insistía aquel.

San Emeterio consiguió hacerle salir con buenas razones. Él sí que temía la ira de Sánchez; al fin y al cabo el «agente especial» habría sido enviado por el Ministerio, pero más pronto que tarde se volvería a Madrid dejándolo a él a los pies de los caballos, es decir: a merced de las represalias de su superior.

—¿Puedo salir un momento? No me encuentro bien.

—Ya veo que la noticia le ha causado impresión. Vaya, vaya fuera, a ver si se le pasa. Mientras, usted y yo hablaremos, señor Galdós.

—La acompaño —dijo Velasco, con autoridad. El polizonte no contestó.

Sentada en el banco del jardín, Julia se echó a llorar. Eran unas lágrimas mansas, caían sin que las sintiera del todo. *Hamlet* había apoyado la cabeza en su rodilla y la miraba con ojos de perro triste y compasivo. De pie, un poco apartado, León no preguntó nada, solo le tendió su pañuelo. Al cogerlo, Julia volvió los ojos empañados hacia él y acarició su mano sin querer. El breve contacto fue muy distinto del que el mismo León forzara apenas unos momentos antes. Al avezado seductor le dio un vuelco el estómago, y con él, vino un fogonazo de recuerdo.

Tiene ocho años, está en la finca de sus tíos. León, el más pequeño, el más travieso, ha trepado a un árbol de la finca. Está muy alto. Mira abajo. Sus primos gritan que no siga subiendo, pero no les hace caso. Trepa más y más, casi llega a la copa del árbol. Una rama cede, resbala y cae con él al suelo. Grita de dolor. Corre hacia el niño su prima Luisa Fernanda: tiene catorce años y tirabuzones castaños sujetos con un lazo. Ve su falda blanca flotar junto a él. Con un pañuelo también blanco, ella limpia la sangre infantil de las manos arañadas y llenas de astillas, de la cara golpeada. Él no se queja. Ella, entonces, inclina la cabeza rizada y con una suave caricia, le besa en cada una de las heridas.

Durante toda la adolescencia estuvo enamorado de su prima y lloró amargamente cuando se casó con un estúpido y acaudalado registrador de la propiedad: hasta tuvo la loca idea de retarlo a duelo y partirle el corazón de un balazo lo mismo que él había

partido el suyo. Más tarde Luisa Fernanda se convertiría en una aburrida madre de familia y el tiempo borraría su recuerdo haciéndole olvidar todo lo que por ella había sentido. Pero ahora aquella misma sensación de la niñez, tan honda, tan real, regresaba para instalarse en algún sitio de su alma que hasta entonces había permanecido cerrado. Se sintió feliz y a la vez angustiosamente atrapado. Julia secaba sus lágrimas con el pañuelo que lleva bordadas sus iniciales: «L. V.»

—Es absurdo, no la conocía. Solo la vi una vez. En la puerta de esta casa. La policía se la llevaba… No hice nada… Pero quizá pude…

Calló buscando que fuera él quien le dijera que estaba equivocada, que la muerte de aquella chiquilla era inevitable. León se sentó en el banco, a su lado, y le estrechó la mano para que ella sintiera su calor, su presencia. No tenía otra intención. Tampoco respuesta.

El interrogatorio a Galdós demostró al agente Palomo la breve y superficial relación que el escritor había tenido con la finada. Sí, era verdad que había utilizado sus servicios. También lo era que la muchacha había escandalizado a las puertas de la finca —a causa de una pequeña discrepancia en cuanto a sus emolumentos— ni menos cierto que por ello había sido detenida. La noche del asesinato Galdós se encontraba en San Quintín con un buen número de invitados que darían testimonio de la imposibilidad de que aquel anciano casi ciego estuviera a la misma hora en el lugar del suceso: hasta el inflexible Palomo reconocía haber seguido una pista falsa.

No tuvo Galdós que rogar mucho por su discreción; pues entre caballeros no era motivo de escándalo acudir a las profesionales del oficio más viejo del mundo.

Respecto a la señorita Doncel, una breve conversación con ella, siempre delante del marqués de Velasco quien miraba iracundo al policía bastó para descartar cualquier sospecha. Ni siquiera conocía a la muerta y dio pruebas continuadas de la veracidad de su declaración. Si había lamentado la muerte de una simple putilla de manera tan aparatosa, lo más seguro es que se debiera a esos asuntos de la fisiología femenina que convertían a aquellos ejemplares humanos en seres sentimentales y débiles, reflexionó el policía al salir de San Quintín.

El agente Palomo llevaba muy a gala su soltería; nunca había sentido siquiera la necesidad de relacionarse con el bello sexo. Su vida ascética se parecía más a la de un monje-soldado como los del Medievo, que a la de un hombre de su época. Dedicado por entero a su trabajo policial, despreciaba el ocio como una pérdida de tiempo: cualquier música le resultaba confusa y perturbadora —la afición por la ópera y la zarzuela le parecía propio de espíritus inclinados a la molicie—, jamás leía otra cosa que no fueran periódicos o documentos oficiales, ni acudía al teatro ni mucho menos a ese invento diabólico del cine. La compañía humana le resultaba irritante, así que carecía de amigos; hasta sus compañeros de trabajo rehuían su presencia y únicamente era apreciado por sus superiores, a quienes admiraba su intachable comportamiento y puntilloso cumplimiento del deber. Por eso, y a pesar de su juventud, había ascendido rápidamente. La naturaleza fría, analítica, de Ursicinio Palomo, era cultivada con una férrea disciplina, como moldeada en el mismo troquel que aquel otro azote de delincuentes fruto de la imaginación de Víctor Hugo. Por eso, al conocerlo Galdós, siempre picado por las pulgas de las metáforas y las asociaciones de ideas, había susurrado para sus adentros literarios: «Javert». De haber podido leer las mentes, el policía no hubiera entendido a quién se refería, pues ya hemos dicho que abominaba de las invenciones librescas.

—¿Buscamos a Baños, señor? —preguntó el inspector San Emeterio al salir de la villa de San Quintín.

—¿El del cine? Sí; mejor no descartar nada. Pero a quien hay que encontrar como sea es al tal Genaro —ordenó.

Lo más seguro es que, tras una escena de celos con disputa de dineros por medio, al mantenido se le fuera la mano con su coima. Lo habitual: por experiencia sabía que tras el crimen casi siempre se escondía el mercado del vicio o el de la necesidad; nada envilece más que la miseria. Pero había perdido mucho tiempo con aquella minucia y debía volver sin demora a su verdadero asunto. Así que no fue a la comisaría, sino que, tras encargar a San Emeterio que diera parte al comisario Sánchez, se dirigió a la otra punta de la ciudad: tenía una cita.

El lugar del encuentro no estaba mal elegido, pensó. Tuvo que volver unas cuantas veces sobre sus pasos hasta dar con la grúa de

piedra donde se había citado. Era fácil esconderse o escabullirse en un sitio como ese, con las vías del tren pasando muy cerca de los almacenes y los silos, entre grúas, pasarelas y los tinglados del puerto donde descargaban las mercancías. Casi no había actividad y solo de vez en cuando aparecían algunos estibadores o aprovisionadores de buques indiferentes a la actividad ajena; a nadie parecía importarle lo que hacían los otros. A la sombra de la grúa encontró a su hombre: encogido sobre sí mismo, las manos hundidas en los bolsillos, el cigarro chupado colgándole de la comisura de los labios y la gorra marinera tapándole los ojos.

Prescindieron de la cortesía.

—Soy el agente Palomo.

—Ya…

—¿Tienes algo para mí?

Conocía bien a estos desesperados a quienes usaba como colaboradores necesarios, en su mayoría acuciados por las deudas, el vicio o el paro crónico, cuando no a la busca de algún tipo de venganza personal. Era forzoso tratar con aquellos ejemplares capaces de vender a su madre por las cuatro perras del fondo de reptiles del Ministerio. Ellos no lo sabían —era obligado que siguieran ignorantes—, pero su concurso era fundamental en este tipo de investigaciones: solo un verdadero paria podía dar cuenta cabal de otros como él. El agente especial no era hombre escrupuloso y no temía mancharse con el fango sustancial a su actividad policial, así que, llevado de su mucho celo, pactaba con estos canallas como otros expedían informes en los despachos: no lo tenía por más ingrato.

Como el fulano no decía nada y seguía mirándose la punta sucia de las botas, Palomo marcó el terreno de la transacción.

—Di lo que sepas.

—Yo no haría esto si no me viera obligao… No soy un chivato, señor policía.

—Por mucho que llores no vas a sacar ni un céntimo más. Habla.

El humillado bajó más la cerviz, tosió y lanzó al mar la colilla con un golpe del dedo anular.

—Ha llegao uno de abajo, de Andalucía, dicen que con la intención de tocar los cojones a base de bien, con perdón.

—¿Uno solo? ¿Y qué se sabe de él?

—Que es joven y arrojao, sin familia, de los que nada tienen que perder.

Tragó saliva; tenía la boca pastosa, seca.

—Y que se esconde con alguien de aquí, un viejo que tiene vacas. Sin ideas políticas: algunos no confían en él.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Palomo supo que decía la verdad nada más ver negar a los ojos acuosos, tristes. Extrajo un sobre de la chaqueta y se lo tendió.

—Gobernación te paga lo mismo que a tu colega en Madrid, no te quejarás… Avísame si averiguas algo más. De la misma forma, con discreción, y no te arrepentirás.

Las manos temblorosas de alcohólico cogieron el sobre y ya desaparecía en el pingajo con el que se tapaba cuando Palomo recordó algo:

—Una cosa más… ¿Sabes algo de una puta que mataron anoche en el *cabaret* del Dragón?

—¿Una muerta? No, no… Yo no quiero saber nada de eso…

—Olvídalo.

Pero no debió de ser muy convincente: aterrorizado, el chivato desapareció con habilidades roedoras por entre los tinglados y en segundos el policía se encontró solo bajo la grúa ociosa.

Muy cerca del selecto barrio de chalets, casonas y lujosas fincas de recreo que Palomo había dejado atrás hacía ya rato, ocurría un extraño suceso mucho más relacionado con el desdeñado caso de la putilla de lo que el agente de policía hubiera podido imaginar. *Mister* Clayton, quien departía con otros miembros consulares en la terraza del Suizo, recibió una misiva anónima de manos de un camarero. Cuando abrió el sobre cerrado, descubrió un sencillo mensaje: «Lo que busca está en nuestro poder y tiene un precio. Si está interesado en recuperarlo acuda al Dragón mañana por la noche».

Esto ocurría al día siguiente en que fuera encontrado el cadáver de Rosarito, noche en la que un paisano que pescaba calamares cerca de la costa, interrumpió su afición para observar atentamente cómo un resplandor perdido en el mar se encendía y apagaba a intervalos regulares. El pescador sacó un cuadernillo y a la luz de la

lámpara de carburo que usaba para atraer a los peces a sus anzuelos, anotó una serie de signos correspondientes con las señales lumínicas. Después remó hasta la orilla donde esperaba un hombre a quien entregó sus anotaciones. El receptor subió a un carro cargado de cajones de pescado y se dirigió a la ciudad.

Amanecía cuando el hombre descargó su mercancía en el mercado y, solapadamente, dejó la nota dentro de la canasta —de la que asomaba la cara de una fresquísima merluza— colgada del brazo de una madrugadora parroquiana. Él continuó la faena y ella siguió su camino sin mediar palabra. La mujer atravesó el alboroto de la ciudad que despertaba hasta llegar a uno de los mejores edificios del paseo de Pereda y entró por la puerta de servicio. Subió al segundo piso y llamó a la puerta. Un extranjero alto y pelirrojo recibió de la mujer el mensaje oculto en la canasta bajo la merluza, las zanahorias y las cebollas de la compra, y con él, se acercó hasta uno de los escritorios repartidos por la oficina para entregarlo a uno de los trabajadores allí ocupados: en el consulado de Gran Bretaña, a pesar de la temprana hora, había ya una inusitada actividad.

Tras descifrar el oloroso mensaje y copiarlo en un papel, el oficinista se levantó, cruzó la oficina llena de gente y llamó a la puerta de un despacho.

—*Come in.*

Entró en el despacho y tendió al capitán Clayton el papel escrito. Era una información muy valiosa: el próximo 17 de julio, Inglaterra movilizaría una escuadra en Portsmouth. La guerra estaba en marcha.

El ectoplasma bélico

Los asistentes forman un círculo con la médium sentada en un sillón. En el centro del círculo, una trompeta de aluminio decorada con puntos luminosos. Nadie sabe qué significa el objeto relumbrante. La mujer del sillón murmura entre dientes una letanía o una oración, mientras los demás esperan. Termina, hace un gesto breve y las luces de la sala se apagan. Solo queda una luz cenital muy tenue, que cae sobre la trompeta haciéndola brillar lo suficiente como para reflejar una luz difusa y distorsionada sobre el rostro de la médium, quien tiene los ojos cerrados y la cabeza caída hacia atrás. Abre la boca apenas para decir alto y claro dos palabras.

—*Un attimo* **[3]** .

Aparece de la nada otra voz. Ya no tiene acento italiano.

—Nicanor Peláez.

La nueva voz no parece salir de la mujer de mediana edad, de rasgos primitivos y bovinos. Los asistentes se miran unos a otros intentando penetrar en el arcano.

—Mi padre… —musita un hombre de aspecto grisáceo y funcionarial.

La médium —o su espíritu o su ectoplasma o todos ellos juntos — habla a los presentes con otra voz distinta a las anteriores: esta es gutural, sobrecogedora, y no sale de su boca, sino de sus mismas entrañas.

—Hijo mío… desecha esas ideas que pretenden llevar a nuestro país a la destrucción. ¡El dedo del dolor os señalará el camino de la verdad!

Francisco Peláez reconoció a su padre no solo por el nombre, también, aunque no lo dijera, por la retórica conminatoria de aquellas palabras: recordó al magistrado severísimo, amigo de las sentencias de pena capital y de propinar palizas a sus vástagos.

Algunos de los convocados sintieron entonces palmadas en los hombros o en la cara, incluso creyeron entrever figuras saliendo de la oscuridad. Hubo suspiros, ayes, una risilla nerviosa y alguien chistó mandando callar. Volvía la médium a su voz de mujer.

—Los muertos se agolpan… ¡¡Hay demasiadas voces!! ¡¡No habléis todos a la vez!! ¡¡¡Callad!!!

Tras aquella orden, la manifestación de espíritus pareció reprimida y disuelta.

—Habla, Nicanor…

La voz judicial respondía.

—Veo sangre, devastación y destrucción. Brotarán de la tierra millones de muertos. Los ejércitos se convertirán en espectros, mutilados y enmudecidos. Los vivos desfilarán acompañados de música y los muertos también desfilarán. ¿Acaso no veis sus rostros? Llegará pronto y todos lo verán.

El silencio podía cortarse con un cuchillo.

—¡Ahora levanto a mi médium! —dijo la voz hombruna.

El sillón donde la vidente estaba sentada empezó a moverse como si alguien o algo lo empujara hacia los lados, y al poco, se elevó en el aire. Primero unos pocos centímetros, luego volvió a bajar como para coger impulso y subir más y más, hasta que, ante el asombro de los presentes, quedó flotando sobre sus cabezas. La mujer volante, pero sedente, comenzó a agitarse, a respirar de forma entrecortada y después a gemir como si el espíritu que la mantenía en vilo se retorciera en su interior provocándole un gran dolor. Luego de tanto espasmo y retortijón, pareció relajarse y el sillón bajó suavemente. Aterrizó sobre el suelo de tarima de roble, primero sobre las dos patas traseras con ruido de madera golpeada (*toc*) y después las dos delanteras (otro *toc*).

Las luces se encendieron de pronto, los invitados a la sesión de espiritismo se miraron estupefactos y soltaron rápidamente las manos sudadas o heladas que aún enlazaban. La fama de Eusapia Palladino, la médium de moda, había reunido a varias personas de lo más dispares: la bailarina Tórtola Valencia; don Ramón del Valle-Inclán; Dominique —alias *Mimí*— y su marido, el embajador francés; el periodista Pepe Rocamora; el subsecretario señor Peláez —quien estaba pálido como una sábana y temblaba—; un general garibaldino desde que, a la temprana edad de dieciocho años,

acompañara en la batalla del Gianicolo al Gran Héroe; un diplomático ruso seguidor de la secta de los Flagelantes —como Rasputín—, y la anfitriona, la condesa de Fuentevilla, una dama de lo más respetable que en vez de entretenerse haciendo *petit point* se había obsesionado con el espiritismo.

Doña Clara Asunción Micaela, viuda sin descendencia, había vivido toda su vida bajo el dominio de su señor marido desde que la casaran con él a los dieciséis años hasta cumplir las cincuenta primaveras, cuando al conde de Fuentevilla le dio un síncope durante una novena. Ahora él miraba sin ver a los invitados desde la pared del salón principal de su palacete de veraneo, en un retrato muy conseguido que le daba el aspecto severo de un caballero del Greco, mientras sus despojos esperaban la resurrección de la carne bajo las losas de la catedral de Segovia —previo donativo de un par de millones.

Hombre profundamente religioso, cofrade mayor y protector de un sinfín de parroquias, rodeado siempre por una corte de obispos, curas y canónigos, se tenía por un santo en vida. Los maledicentes decían que por las noches se flagelaba, dormía en un ataúd como los cartujos y que nunca había tocado ni un pelo a su esposa, ni siquiera en la noche de bodas, tanto era el temor que le inspiraba el pecado de la concupiscencia: esa y no otra sería la razón por la cual la casa de Fuentevilla carecía de heredero. El título iría a parar a manos de un sobrino lejano pero no su fortuna, que doña Clara se estaba encargando de dilapidar.

La condesa descubrió con la viudez un sinfín de diversiones caras que sustituyeron a los rosarios y a las novenas, y adquirió cierta fama de dama *à la mode* dentro de la buena sociedad que le cosquilleaba la vanidad. Primero fueron los trapitos de las casas de moda parisinas, luego el juego —empezó por el *bridge* y terminó en la ruleta— y ahora le sorbía el seso el espiritismo. Ningún vidente había logrado que doña Clara comunicara con el marido muerto a pesar de sus muchos intentos, aunque de conseguirlo seguro que el fantasma del conde le cantaría las cuarenta a la atolondrada de su señora por frívola y derrochona, pero mucho más por estas prácticas esotéricas que la Iglesia católica condenaba con el fuego eterno. Mientras tanto, la condesa disfrutaba de su libertad recién conseguida, de su fortuna y de la buena compañía de artistas,

políticos y periodistas, que daban lustre a su casa, ahora vacía de canónigos y arzobispos.

—Queridos amigos, pueden todos salir al jardín donde está preparado el… el refrigerio —dijo la condesa.

—No se puede ser más cursi —susurró Rocamora, cruel, al oído de Tórtola, con quien ya hacía buenas migas.

Rocamora era invitado a todas las reuniones sociales cuyos organizadores pretendían darse relumbrón en las páginas de sociedad, y la condesa no quería ser menos.

—Y mira a Peláez: la aparición paterna le ha dejado hecho cisco. De esta lo ingresan en el psiquiátrico de Carabanchel.

Tórtola, aguantando la risa, huyó de la lengua malévola del periodista para trabar conversación con Valle-Inclán, a quien conocía y admiraba. La estimación era mutua: Valle intentaba organizar una actuación de la bailarina en el Ateneo de Madrid, de momento sin éxito: los dinosáuricos socios se negaban a abrir las puertas al pujante poder femenino, como se habían resistido al ingreso de Emilia Pardo Bazán, quien casi había tenido que tirar esas puertas abajo para ser la primera mujer admitida como socia, hacía menos de diez años.

—Don Ramón… ¿por qué las profecías son siempre tan terribles? —preguntó Tórtola.

—Porque para que las hiztorias nos interezen han de tener conflicto, querida; y nada mejor para hacer crecer el conflicto que una amenaza. Recuerda que el conflicto ez teatral, y solo en lo teatral anida la Verdad.

Tórtola hurtaba la mirada de *Monsieur* de Pontmercy, quien la desnudaba con los ojos y le hacía señas obscenas sin recato alguno. El embajador le parecía un engreído: se creía guapo y estaba convencido de que todas las mujeres sobre la faz de la Tierra se encontraban disponibles para cuando él quisiera hacer uso de ellas. Y Mimí, casada con semejante idiota… Ella también la miraba, pero disimulaba charlando con la condesa.

—¿Te ha gustado la Palladino? Eztuvo casada con un mago ambulante: ese hombre debía de ser un verdadero genio —preguntaba Valle, que aparentaba no seguir la situación.

—Mucho. Reconozco que padezco el vicio de la truculencia… —dijo Tórtola, con un suspiro.

—Muy *à la mode* —contestó el escritor—. Pero las *séances* de espiritismo no son cosa novedosa: ya Isabel II, siendo reina, dizfrutó de una de estas sesiones en su palacio de Aranjuez. ¡Si ya hubo un congreso ezpiritizta en Barcelona en 1888! Yo fui: resultó divertidízimo. Y ahí empecé a interesarme por la teozofía.

El espiritismo constituía el no va más de la modernidad ilustrada y curiosa. Escritores, artistas, librepensadores, científicos heterodoxos, protopsicólogos, masones, reformistas morales, anarquistas, teósofos, sufragistas, curanderos, líderes religiosos, viudas y estafadores encontraban en el espiritismo una respuesta al terrorífico vacío de la muerte o una interesante pantomima. Incluso un negocio muy lucrativo.

—Al fin y al cabo, no es más que espectáculo y yo soy una espectadora caníbal, necesitada siempre de nuevas experiencias.

—Como correzponde al espíritu de todo artista que se precie, querida mía.

—En Londres hace furor, ¿sabe? Los videntes han salido de los salones aristocráticos y de las sesiones de *table-turning* para abarrotar teatros.

Apariciones, trances, ectoplasmas, levitaciones y escritura automática resultaban una puesta en escena del inconsciente colectivo —Carl Gustav Jung llevaba ya varios años hurgando en las mentes europeas—, donde las líneas entre ficción, realidad y representación, se borraban, diluidas como en un «fundido encadenado», ese tipo de efecto fílmico que empezaba a emplearse en el cinematógrafo, artefacto de indiscutible naturaleza fantasmagórica.

La condesa sonreía a sus invitados desde la altura que daba albergar a la gran Eusapia Palladino, quien, tras la sesión y sin apenas hablar, se retiró agotada por tanto zarandeo fantasmal, como corresponde a una verdadera celebridad del esoterismo. En realidad, se había enterado de que un compatriota se hallaba entre los asistentes a la sesión y no era cuestión de ponérselo fácil a quien pudiera indagar en su pasado de vendedora ambulante de brevas en los alrededores del puerto de Livorno. Como todos los videntes, tenía mucho más que esconder que mostrar.

En el jardín de la residencia de verano de los duques de Fuentevilla, el alto funcionario Peláez, derrengado en un sillón, con

los nervios aún alterados, había pedido un coñac, que le trajeron de inmediato. Pronto el ruso se hizo con la botella de líquido espirituoso y comenzó a servirse una copa tras otra aunque no se encontrara tan impresionado. Los demás revoloteaban alrededor del subsecretario, curiosos por saber más acerca de la presencia espiritual aparecida, pero él se negaba a soltar prenda. El sucedido espiritista fue perdiendo fuelle y las conversaciones se atomizaron. Los camareros sirvieron un vino de las propiedades de la familia que a todos pareció peleón, pero que ponderaron mucho a la anfitriona.

En un rincón del jardín, el embajador Pontmercy susurraba al oído de Tórtola cosas nada espirituales. Era evidente que Mimí le había contado su *affaire* con la bailarina, y el marido ardía en deseos de participar en el juego de su mujercita: el discurso era una exaltación del *ménage à trois*. Pero Tórtola le daba largas tan largas como las manos del francés. Al ruso alcohólico se le había subido rápidamente el coñac a la cabeza y se propasaba con todas las señoras, incluida la dueña de la casa, que gritó cuando intentó sentarla en sus rodillas.

Valle departía con Rocamora y con don Maurizio Lanzillotta, el militar italiano.

—Tiene usted ante sí a un garibaldino convencido. ¡Qué vizión la del Héroe de los Dos Mundos! Le envidio a usted, don Maurizio, el honor de haber servido a ese gran hombre. Aunque se dice que en la batalla del Gianicolo los *bersaglieri* de Manara recibieron órdenes contradictorias de Garibaldi y por eso perdieron un tiempo preziozo para el asalto…

—*Non ricordo* —aducía el italiano, quien no reconocería jamás un error de Garibaldi.

—Fernando de Aragón ya sabía que la colina del Janículo era la llave para atacar o defender Roma… Por ezo el Católico compró el terreno en la cúzpide de la colina con la excusa de hacerle una iglesia a san Pedro, pero no daba puntada sin hilo, el aragonés. Aún sigue siendo territorio español y allí se enclava, además del perfectísimo Templeto de Bramante, una Academia para artiztaz. Un lugar inspirador… ¡quizás algún día lo visite!

Salió Tórtola desde detrás de un seto: el francés la perseguía por el jardín como un fauno a una ninfa en un fresco renacentista. Los

tres hombres, sentados en las cómodas butacas de bambú cubiertas de cojines bordados con las armas de la Casa de Fuentevilla, disfrutaban del ambiente agradable y de la escena, apurando unos sorbetes de limón para quitar el sabor del tintorro. La tarde caía pesada y torpe, sin decidirse a marcharse del todo. El hombre y la mujer desaparecieron detrás de otro seto.

—Tórtola, la embajadora y su cornudo marido andan en litigios —dijo Valle.

—¿Creen que alguien declarará la guerra? —preguntó Rocamora, socarrón.

—Me temo que será en breve… —contestó el escritor, atusándose la barba de chivo con su única mano.

—*Tutto* por culpa de la *Germania* —dijo Lanzillotta, quien prefería llevar la conversación hacia un territorio sin cotilleos. Era un caballero a la vieja usanza, elegante y tan coqueto que aunque sufría de gota, siempre llevaba los más estrechos y mejores botines. Por supuesto, italianos.

—«Europa perdió una amante y ganó un amo». Esto lo dijo un periodista inglés, tras la guerra franco-prusiana. Me parece una síntesis brillante del problema actual, ¿no están de acuerdo? —Rocamora se servía más refresco. Caía bien a todo el mundo, incluso a Valle, quien rechazaba colaborar en prensa diciendo que el periodismo avillanaba el estilo. Y el espíritu.

—El rencor y la humillación habidos en Europa tras aquella guerra que Francia perdió en 1871 ha invadido la memoria del continente como unos invisibles tentáculos, demostrando la inutilidad de las líneas divisorias, esas estúpidas fronteras que los hombres trazan en el tiempo. El pretérito volverá para materializarse como las sustancias que emanan de los cuerpos de los espiritistas, los ectoplasmas —dijo don Ramón, con su elocuencia habitual y su ceceo caprichoso, que iba y venía.

—Pero el nuevo siglo se abre paso con fuerza arrolladora —contestó Rocamora—. Asistimos a un espectacular desarrollo nunca visto, la ciencia desentraña un misterio tras otro, ferrocarriles y trasatlánticos cruzan sin cesar los países y los mares; hay telégrafo, teléfono, electricidad, automóviles, aeroplanos, zepelines, la gente se traslada en bicicleta y pasa las tardes en el cine. ¡Es el progreso, señores!

—Sí, mucho adelanto y lo que ustedes quieran: bajo la piel de estas modernidades se gestan incontables conflictos. *Purtroppo* [4], estoy de acuerdo con don Ramón: Europa camina por una cuerda floja tensada por el peso del siglo pasado.

Pesimista y nostálgico, el italiano era un furibundo partidario de las óperas de Verdi, así que todo lo veía de forma trágica. Quizá por eso vivía en España desde hacía años, país mucho más trágico que Italia. Rocamora asintió y llevó el agua a su molino.

—Yo también creo que tantas quiebras y bancarrotas suponen para algunos amasar inmensas fortunas industriales y bancarias, que en algunos países usan en armarse hasta los dientes, don Maurizio. Y luego está la corrupción y los escándalos como el caso Dreyfus en Francia.

—Eso debería recordárzelo a ese tarambana de embajador a ver si se le bajan los humos… —dijo Valle.

—¿Es antisemita?

—No le quepa duda.

Echaron un vistazo hacia el lado del jardín donde, un momento antes, el diplomático acosaba a Tórtola. Su bella esposa estaba yendo hacia allí.

—Pues ¿y el Zar en Rusia? Ese es el peor. Fíjense, fíjense en el ejemplar que nos ha mandado. —El italiano señalaba al beodo ruso, que se había quedado dormido y roncaba en una tumbona debajo de un árbol. La señora de la casa iba y venía mirándolo sin saber qué hacer, como pollo sin cabeza. Se acercó a la mesa.

—¿Qué tal lo pasan? —preguntó la condesa.

—Divinamente.

—No podía ser de otra manera, en la morada de una dama tan encantadora —dijo el italiano, florido.

—¿Y de qué hablan tan animados?

—De la guerra —dijo Valle.

—¿Nos acompaña? —preguntó Pepe Rocamora, entre cortés y malévolo.

—Eeeh… No, no… Les dejo hablando de sus cosas… bélicas —dijo la condesa con una sonrisa falsa y púdica, desapareciendo en el interior de la casa: los asuntos complicados le daban dolor de cabeza. El ruso soltó un ronquido de oso siberiano.

—Sí, eztán dormidos esos rusos: quizá les dezpierten los

bolcheviques.

—Y en todas partes los anarquistas piensan también que es mejor cortar por lo sano —dijo Lanzillotta.

—Eso no es lo peor: el militarismo está tan de moda como el espiritismo. Muchos europeos reclaman la guerra como una manera de recuperar las viejas esencias, una forma de sacrificio común… Están convencidos de que la decadencia moral e intelectual amenaza el continente y reivindican el enfrentamiento como un medio para afianzar la civilización y, sobre todo, la identidad de los pueblos. Esa es una puerta que una vez abierta resulta difícil de cerrar y sus consecuencias son imprevisibles. Ahí tienen a ese idiota de historiador francés, Renan, que ha llegado a escribir que Jesucristo era un peligroso anarquista y a afirmar que la guerra es un «golpe de látigo que impide a un país adormecerse, despertándolo de su natural apatía». Pues muchos le siguen como a un profeta, lo crean o no.

Rocamora sabía bien de lo que hablaba: para Europa ya no había marcha atrás. La Triple Alianza entre Alemania y Austria-Hungría pugnaba contra el otro gran bloque; la Triple Entente de Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso, extraños aliados ante la ambición germana de convertirse en imperio. La Alemania unificada por Prusia era la única potencia que no había conseguido convertirse en imperio colonial y reclamaba su trozo de pastel planetario: las aspiraciones germanas se cernían sobre el inmenso territorio británico —ciento cuarenta y ocho veces más grande que su metrópoli isleña— sobre el Imperio Belga, el de los Países Bajos y el Imperio Francés.

La enorme Rusia del Zar junto con el Imperio Británico y Francia dominaban más de la mitad del Globo terráqueo, así que la pujante Alemania se armaba para conseguir lo que creía que por derecho le pertenecía. El fantasma de la guerra, ese ectoplasma aterrador, había sido convocado por unos irresponsables médiums.

—¿Y la *Spagna*? ¿Qué creen que hará? —preguntó el italiano.

—Hombre… Despojada de los restos imperiales de Cuba y Filipinas, después de que los norteamericanos nos destrozaran la escuadra, no pintamos gran cosa, la verdad. Piense usted que la carrera armamentística se centra en el control del mar. Este es un país con un ejército desprestigiado, una guerra estancada en sus

últimas colonias marroquíes y en bancarrota.

El italiano asentía.

—Pero es evidente que el Gobierno español se debate entre apoyar a alguno de los dos bloques mundiales enfrentados o mantenerse al margen del inevitable conflicto.

—Y esa decizión debe tomarla el gobierno de un hombre: Alfonso XIII —añadió Valle—. Las uniones entre las casas reinantes han tejido estos lazos sanguíneos a lo largo de centurias, convirtiendo cualquier conflicto europeo en un lío de familia, real, pero familia al fin. La Reina es nieta de la reina Victoria I y sobrina del rey inglés Eduardo VII, prima del káiser Guillermo y del zar Nicolás, ambos también nietos de la longeva reina Victoria. Sin embargo, la reina madre María Cristina de Habsburgo-Lorena es prima segunda de Francizco José, el emperador de Austria-Hungría desde hace la friolera de setenta años y sobreviviente de dos herederos, el último azezinado en Sarajevo. Todas viejízimas dinastías, aunque les gana de calle la del sultán otomano, Mehmet V, en el poder desde 1517. —A Valle le apasionaban las genealogías reales y también hacer ostentación de su prodigiosa memoria para los datos.

Comenzaba a anochecer, los rostros de los tres hombres se difuminaban en las sombras de la hora bruja. En una esquina del jardín, silencioso, sin hacer caso de nada ni de nadie, perdida la mirada en el vacío y en el recuerdo de los correazos de su fallecido progenitor, tremoroso como una hoja otoñal, el todavía espantado Peláez, quien había permanecido alejado de los demás desde que finalizara la sesión de espiritismo, reflexionaba. Hasta entonces había militado en el bando francófilo de Romanones y sido ferviente partidario de la guerra, pero por culpa de su experiencia espiritista acababa de convertirse en un adalid de la neutralidad. Ni por todo el oro del mundo —ni siquiera el de Romanones— se atrevería a llevarle la contraria a su padre.

Balbuceó una excusa ante la anfitriona, y sin despedirse de nadie más salió de la casa por la puerta de servicio, prometiéndose a sí mismo no volver a pisar un salón espiritista en toda su vida. El escritor, el periodista y el militar siguieron de cháchara sin dar cuenta de su desaparición.

—Aquí lo importante es que bajo los lustrosos uniformes

exhibidos en las paradas militares que tanto encandilan a las multitudes no hay más que personalidades caprichosas, ineptas y desfasadas. Y, sobre todo, tiránicas —sentenció Rocamora sin ocultar sus filias y sin que sus dos acompañantes le quitaran la razón.

—Yo salvaría al inglés: ese sí que es habilidoso [5] —dijo Lanzillotta.

—Las modernas democracias y repúblicas señalan el camino hacia el futuro, no lo duden. Los relojes de todos estos reyes y emperadores marcan ya su decadencia y su final. Esto lo digo en *petit comité*, claro está… Porque me costaría el puesto en el periódico.

Los tres rieron hasta que un alboroto salido del jardín les interrumpió: Mimí y su marido discutían a voces —francesas— mientras que Tórtola intentaba inútilmente poner paz entre ellos. Resonó en el jardín el eco de una bofetada que la embajadora estampó en el rostro de su marido.

—¿Lo ven? ¡Declaración de guerra! —dijo Rocamora.

El Cuarto Estado va a la playa

Creaba expectación entre el gentío.

Al fin y al cabo, aquel armatoste era la máquina maravillosa con la que se fabricaban películas. El día había amanecido radiante tras varios días lluviosos o nublados, y los veraneantes reptaban por el paisaje como caracoles salidos de sus cubiles húmedos, dejando un rastro brillante de trajes claros y coloridos bajo la luz del estío. Luz perfecta: el cineasta rebosaba satisfacción. Desde la baranda del paseo marítimo podía hacer una panorámica que mostrara la belleza de las playas del Sardinero y la airosa Caseta Real de Baños, con el Palacio —también Real— de la Magdalena al fondo. Las imágenes playeras y veraniegas siempre «vendían», sobre todo si el lugar mostraba la presencia de la Corona y el entusiasmo de las gentes por su rey, y mucho más si se alcanzaba a vislumbrar alguna bella vistiendo uno de esos encantadores bañadores de punto que soliviantaban las curvas femeninas. Le quitarían la película de las manos. El ayudante cargó el chasis, limpió el objetivo a conciencia y dispersó a los curiosos. Todo estaba preparado: el peliculero se dio la vuelta a la gorra de cheviot y empuñó la manivela dispuesto a rodar.

—¡Acción! —se dijo a sí mismo.

Sonrió al reconocer el familiar canturreo del motor en su oído acompañando la imagen plateada. El ojo mecánico registraba el bullicio playero, las casetas y toldos a rayas, los perfectos rizos blancos sobre las olas, las banderolas del pabellón real ondeando al viento. Algunos bañistas, avisados de la presencia de la cámara, agitaban las manos y saludaban, sonrientes, dando a la estampa un aire despreocupado y feliz, hasta que todo se fue a negro en un corte brusco.

—Pero ¿qué…?

Baños levantó la cabeza: dos hombres le rodeaban y uno de ellos

se había colocado justo delante del objetivo.

—Oiga usted, no se ponga ahí… Nunca, nunca delante del objetivo, ¿entiende?

El sujeto no le hizo caso; se limitó a mirarle con frialdad.

—¿Es usted Ramón Baños?

—Sí, eso es…

—Policía. Acompáñenos, haga el favor.

—Pero esto… ¿qué significa?

—Venga con nosotros sin alborotar.

—Pero yo… estoy trabajando. Y no puedo dejar aquí este material: es muy valioso… —La primera idea de Baños no fue ponerse a salvo él, sino a su cámara.

—Su acompañante se hará cargo de todo, ¿no es así, chaval?

El chico que Ramón Baños había reclutado tragó saliva y asintió. Un corro de gente se apiñaba ya en torno al detenido y sus captores. Baños se caló la gorra y acompañó, cabizbajo y silencioso, a los agentes del orden, que dispersaron a los curiosos. Pronto el suceso se deshizo entre la gente inadvertida que siguió disfrutando del día de playa y retozando en el océano con los baños de ola.

Recomendado por los médicos dadas sus propiedades salutíferas —con éxitos sorprendentes en la cura del reumatismo, las escrófulas, el raquitismo y las afecciones nerviosas— en poco tiempo, bañarse en el mar se había convertido en una actividad de ocio tan burguesa como popular. Desde hacía décadas, los habitantes del interior con posibles huían de los calores mesetarios para arribar a las costas con furor de horda conquistadora. El impulso definitivo vino, sin duda, de la realeza: en 1861 la reina Isabel II pasa el verano con su familia en Santander y pone en el mapa de la moda a la ciudad cantábrica. Cuando una década después Amadeo de Saboya —el breve rey italiano— inaugura aquí la temporada estival, ya proliferan los nuevos hoteles y los balnearios de mar. El consistorio decide aportar su granito de arena para embellecer el lugar: planta diez mil tamarises, dando a la ciudad una peculiar silueta africana.

Ante el descubrimiento de los innumerables beneficios que reportaban los baños de ola, en especial para la salud de las arcas municipales, el mismo Ayuntamiento decidió invertir —siempre junto a los más acaudalados prebostes del lugar como Pombo,

Luengas o Junco— en la construcción de balnearios: hasta cuatro de ellos solamente en las playas sardineras. Las modernísimas instalaciones ofrecían a los veraneantes solárium, baños flotantes, servicio de bañeros, alquiler de tumbonas, casetas para cambiarse y toldos para protegerse del sol, restaurante y quiosco de periódicos.

Claro que no todo el mundo podía o quería pagar las tres pesetas diarias que daban acceso a estos elegantes complejos, ni tampoco someterse a la segmentación entre hombres y mujeres obligatoria en estos decentes lugares. A pocos metros de la lona que separaba la playa en dos mitades, junto al promontorio de Piquío, jóvenes de ambos sexos disfrutaban de los aires marítimos sin ningún tipo de control oficial, pero vigilados desde la atalayada terraza del balneario por severos centinelas encarnados en señoras vestidas de los pies a la cabeza y armadas con sombrillas para proteger sus blancuras de los proletarios rayos solares que, manifestando un peligroso igualitarismo, brillan igual para todos.

—Anatolio, ¿has visto qué juventud tan desmandada? Esos policías deberían llevárselos a todos detenidos por atentado contra el decoro —dijo Merche.

—A mí, a lo que se me alcanza, no me parece mal. —Distraído, siguió enfrascado en el periódico.

Las noticias de Europa eran preocupantes y Anatolio, germanófilo convencido por el mero hecho de tener invertido un capitalito en ferrocarriles alemanes, estaba muy ocupado en vigilar los devenires de sus acciones en Bolsa, ese mercado tan sensible a las turbaciones como una recién desposada en la noche de bodas.

Parapetada bajo la sombrilla y sus azules anteojos de sol, Sisita observaba a los musculosos muchachotes que ejercían de bañeros. Suspiró, deseando que llegara la hora de su prescrito baño: bajaría a la playa con su monísimo trajecito parisino y agarraría muy fuerte la maroma, mostrándose temerosa de las aguas procelosas del Cantábrico —«¡Oh, Dios mío, me ahogo…! ¡Huy, qué miedo!»— para que la rescataran los fornidos brazos del bañero rubio y trigueño, ese mismo, el de la camiseta a rayas a punto de reventar, de tan ancho y fuerte como era su pecho varonil. Imaginando la escena, la acometieron unos calores de fragua de Vulcano.

—¡Qué calor hace! Voy a pedir un mantecado.

Y levantó la mano lánguida para pedir que el camarero de

etiqueta le trajese el helado.

Entre esa mocedad díscola a la que reclamaban desde lo alto más decoro, se encontraba Rafael. Era jueves, el día de libranza de Marisol y del ramillete de amiguitas —doncellas y niñeras de casa «bien»— que la acompañaban.

El muchacho estaba un tanto desilusionado: Marisol había acudido a la cita con un nutrido grupo de chillonas carabinas que no le hablaban, sino que le miraban como si fuera un raro espécimen de casa de fieras, para después echar a reír como posesas. Más cuando le vieron salir de la caseta enfundado en un traje de baño de lana pasado de moda que había encontrado en el armario del hijo de Tomás. Por si esto fuera poco, le venía pequeño: a la incomodidad del dichoso pantalón clavándole las costuras por todas partes y los picores de la lana había que añadir la vergüenza de ver cómo apretaba y acentuaba sus atributos masculinos. Pero Marisol —a quien el corto vestidito playero sentaba divinamente— solo le miraba a los ojos, arrobada, así que consideró bien pagado el sacrificio. Aunque no hubiera manera de quedarse a solas con ella, rodeados como estaban por aquella camarilla de fisgonas.

Rafael deseó sentarse a su lado y cogerle la mano, hablarle o mejor no, porque no sabía qué decir; se conformaría con mirarle la cara tan dulce y dejarse llevar. Que hablase ella: seguro que todas sus palabras serían alegres, limpias, inocentes, mucho más que cualquiera que él pudiera decir. Pues, ¿qué le podría contar si no mentiras o vaguedades? Antes de salir, Tomás le había avisado de que el Rey había vuelto a la ciudad dispuesto a continuar su veraneo a pesar de la coyuntura internacional: el plan continuaba. No contestó. ¿Coyuntura internacional? ¡Qué le importaba a él todo eso! La coyuntura le ignoraba, igual que él la ignoraba a ella. Solo quería mirarse en los ojos de Marisol. Pero ¿a qué engañarse? Era un extraño allí, entre gente despreocupada y ociosa, jóvenes llenos de planes, de futuro. No pertenecería a ese mundo jamás, aunque quisiera, aunque lo intentara.

Ella debió de notar cómo se le ensombrecía el ánimo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado?

Tuvo ganas de decirle que sí, pero no pudo. Y sonrió para ella.

—Vamos a bañarnos —dijo Marisol.

—No sé nadar.

—No importa… Yo tampoco. Mira: solo hay que agarrarse a la maroma que está enganchada al hierro de la roca esa y que llega hasta la boya que flota allí. ¿La ves? No tengas miedo, es muy seguro. Te vas metiendo poco a poco, hasta que notas cómo que se van los pies y empiezas a flotar. Tú quédate cerca de la maroma; yo voy contigo.

Al principio tuvo reparos: esa inmensidad de agua parecía dispuesta a tragarle, pero como no podía mostrarse cobarde ante Marisol entró en el océano con paso decidido, disimulando incluso cuando una ola le pasó por encima, y del susto tuvo que agarrarse a la maroma hasta dejarse marcas en las palmas a fuerza de apretar. El agua estaba muy fría y muy salada, la boca le ardía. Oía a Marisol darle ánimos: ella iba por delante y no tenía miedo al mar. Reía. El agua le llegaba por el pecho cuando las olas desaparecieron de improviso: solo rompían en la orilla. Como ella dijo, los pies se le despegaban de la arena suave del fondo, el cuerpo se ondulaba bajo el agua tranquila y ya no la sentía ni tan fría ni tan extraña, como si se hubiese vuelto líquido él también.

Tuvo ganas de soltar la maroma: primero una mano, luego la otra. El agua le llegaba a la barbilla, veía sus manos y sus pies moverse sin que él lo mandase. Dejó atrás a Marisol y miró hacia el frente: no tenía delante más que la línea azul del horizonte desleída con el cielo. Avanzó hacia esa línea poniéndose de puntillas; casi no hacía ya pie. La fuerza del agua le empujaba hacia arriba, levantándole el cuerpo, obligándole a dar brazadas como había visto hacer a los bañeros y supo que estaba nadando. Una enorme felicidad, extraña e inesperada, le invadió colándose por cada poro de su cuerpo, y tuvo ganas de gritar a todo pulmón. Pero se hundía otra vez y el agua volvió a entrarle en la boca: escupió y pataleó como pudo y flotó de nuevo.

No estaba lejos de la maroma, aunque le costó mucho alcanzarla. Marisol seguía agarrada a ella: la había pasado por debajo de los brazos mientras se daba impulso con las piernas, como en un columpio. Le miraba, divertida, sonriente, sin decir nada. La imitó y quedó colgando del cabo, mirando al fondo verde. Entonces rio. Primero muy flojo y después cada vez más fuerte, contagiando a la muchacha. Luego probó a subirse a la maroma, a colgarse de ella con las piernas, a forzar el balanceo obligando a

Marisol a agarrarse más fuerte. Metió la cabeza debajo del agua y abrió los ojos: no vio nada más que un vacío líquido y las piernas blancas de ella moviéndose como peces largos y lentos, rodeados de pequeñas burbujas como fantasmas minúsculos. Aguantó todo lo que pudo y al volver a la superficie aspiró el aire limpio llenándose los pulmones, como si toda la vida posible entrara en su cuerpo por primera vez. Hubiera seguido allí todo el día, toda la vida, si Marisol no le hubiera dicho que tenían que salir.

—Tienes los labios morados… No estás acostumbrado y vas a coger frío.

Le hizo mirarse los dedos.

—¿Ves qué arrugaditos? Llevas en el agua demasiado tiempo.

Salió chorreando y la brisa marina le hizo tiritar: el traje de lana se había convertido en una prenda informe que colgaba de su cuerpo como un globo desinflado, soltando chorros de agua.

Marisol le dijo que se tumbara sobre la arena caliente. La obedeció: estaba dispuesto a hacer todo lo que ella dijera. Nunca había pensado que existiera un placer tan elemental como aquel del baño en el mar hasta que, tumbado sobre la arena que se le pegaba al traje mojado y a la piel, sintió en su cuerpo la caricia del sol y de la tierra a la vez, como un abrazo cálido, como si el mundo entero le estrechara y le dijera en un susurro: todo está bien; tú también formas parte de nosotros.

A su lado, tumbado muy cerca, siente el cuerpo de Marisol. Tiene los ojos cerrados y las pestañas mojadas. Una gota de agua se desliza por la mejilla hacia la boca, una lengua rosada sale de entre los labios y atrapa la gota, lame el labio superior, la lengua vuelve a desaparecer entre los dientes pequeños y Rafael cierra los ojos también y se siente más vivo que nunca.

Así estuvieron, secándose al sol en silencio, como adormilados, hasta que les cayó encima la arena levantada por unos niños al correr a su alrededor. No se enfadaron, sino que rieron mirándose el uno al otro.

—¿Quieres un helado? —Rafael sentía ganas de gastar el dinero tan fácilmente ganado, de comer cosas dulces y dejarse llevar por sus impulsos.

La heladería del balneario tenía un puesto en el paseo. Dentro, los camareros servían los helados en copita; fuera, el mismo helado

se ofrecía en cucurucho y un poco más barato. Una larga fila de veraneantes esperaba el muy solicitado mantecado fabricado, como los sonetos, «a la itálica manera». Entre gritos de niños, regañinas de abuelas y niñeras y risas adolescentes, Rafael, como todos los demás, se puso a la cola acompañado por Marisol, después de que esta convenciera a sus amigas de la inocencia de la propuesta. «¿Un helado? Por un helado se empieza… Lo mismo le dijo un quinto a mi prima Dolores y ahora lleva al "helado" vestido de marinerito…» La maligna hizo reír a las demás, pero Marisol no hizo caso.

—Uno de chocolate y otro de vainilla —pidió Rafael, sintiéndose todo un capitán general cuando sacó el monedero para pagar aquel capricho, que, desde el primer lametón, le supo a ambrosía. Entre el bullicio se destacó una voz monótona y publicitaria.

—¡Parisién…! ¡Al rico parisién!

Distinguió el mandilón blanco del barquillero entre la gente.

—¿Y un barquillo? ¿Te apetece?

Estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana. Marisol asintió, siempre sonriente, y se acercaron hasta el barquillero para hacer una apuesta de veinte céntimos. El hombre soltó las correas de cuero con las que cargaba la barquillera a la espalda para depositarla en el suelo: era un bombo metálico pintado de rojo, con una brillante ruleta de bronce en la tapa que marcaba del 1 al 9. El juego incluía un aro con una manecilla y una lengüeta de cuero que había que impulsar en cada tirada. Marisol hizo la primera tirada, Rafael la segunda y ella de nuevo la tercera. *Clac, clac, clac*: la lengüeta se paraba en un número o en un cuadrado en blanco —pero todo estaba previsto y el comprador nunca perdía—; había que sumar los números de cada tirada: esa era la cantidad de barquillos conseguida. Los dos jóvenes tuvieron suerte y ya se alejaban llevando en una mano el helado y en la otra unas cuantas obleas tostadas en forma de vela, cuando una aparición surgió ante ellos.

—Hola, Rafael…

El helado le chorreó por la mano y goteó hasta el suelo.

—Hijo mío, no dices nada… ¿Y esta niña tan mona? Ay, Rafael, ¡qué malísimo eres!

Se presentó sin que fuera invitado a hacerlo: tampoco confiaba en que Rafael conociera las más elementales normas de la cortesía.

—Álvaro Retana; *enchanté, mademoiselle* —dijo,

descubriéndose.

Marisol miraba a Álvaro mesmerizada. No supo si hacer una reverencia, balbuceó algo y se puso colorada: ningún caballero se le había presentado jamás y menos en francés.

En verdad parecía un príncipe aquel jovencito apuesto, o mejor, un ángel embutido en el ceñido traje de seda «blanco novia», la corbata rosa malvavisco y el sombrero perfecto. Toda su figura refulgía al sol. Marisol se avergonzó de su traje de baño lleno de arena y el gorrito aplastado. Como Rafael seguía sin decir nada, Álvaro tomó la iniciativa.

—¡Qué buena pinta, el helado…! Me encanta la vainilla, ¿me lo dejas probar?

Marisol asintió —seguía alucinada—. Álvaro cogió con dos dedos el cucurucho y, sin dejar de clavar los ojos en Rafael, dio un lametón largo y profundo a la cúspide de la bola y luego se relamió la boca sin pintar, solo mañaneramente perfilada según los estrictos cánones de la moda del *maquillage* francés. Tenía la lengua rosada y los dientes pequeños y la boca coralina. Como Marisol.

—Estaba esperando el coche de Tórtola. Vamos de pícnic, en plan sencillito y a una playa menos atestada que esta: se ha puesto imposible… ¡Oh! ¡Acabo de tener una idea formidable! ¿Por qué no venís con nosotros?

Ni Rafael ni Marisol sabían lo que era un pícnic, pero a la muchacha aquella palabra le sonó a sinónimo de gloria celestial. Sonó la bocina de un auto.

—Mira: allí están.

Desde el coche descapotable, una señora saludó con la mano a Rafael y este tuvo que devolver el saludo. Era Tórtola, acompañada por Julia Doncel. Iban vestidas de color crema, a juego con el flamante automóvil pintado de un distinguido café con leche, igual que el uniforme del chófer. Si se hubiera atrevido a mirar a Marisol habría visto el rostro estupefacto, pero feliz, de la Cenicienta al ver aparecer la carroza que la llevaría al baile.

—A ver qué dice la dama. Querida… ¿cómo te llamas?

—Marisol.

—Querida Marisol, ¿quieres venir de excursión con nosotros?

—Yo… Yo es que no he montado nunca en automóvil.

—¿No? Pues a esto hay que ponerle remedio cuanto antes.

Querrás complacer a Marisol, ¿verdad, Rafael?

Los dos le miraban y esperaban. No podía resistir esas dos caritas de súplica.

—Bueno… —dijo Rafael.

Álvaro palmoteó, encantado.

—Id a coger algo de ropa seca, queridos: vais a coger un constipado. Aunque en traje de baño estáis cautivadores… Nosotros esperaremos en el coche, pero no tardéis.

Y se dirigió al automóvil sin esperar respuesta. El chófer, impecable en su uniforme de casaca y botas altas acharoladas, le abrió la portezuela para que pudiera acomodarse entre las señoras y formar parte de la estampa deliciosa que ofrecía el grupo de Tórtola.

Rafael se sintió obligado a dar alguna explicación a Marisol.

—Yo… bueno, apenas los conozco… Si no quieres, no tenemos por qué ir.

Pero entonces vio algo nuevo en su acompañante. Sin necesidad de decir nada, el gesto de veneración que Marisol rendía a Rafael suponía algo más que un simple interés hacia el joven amable y guapo; no, no era solamente eso —que lo era— sino mucho más: había aparecido en su vida un genio de la lámpara capaz de transportarla en alfombra mágica o en automóvil; un ser sobrenatural que vivía rodeado de las maravillas propias de un mundo desconocido y fascinador. Marisol acababa de convertir a Rafael en el centro de su universo.

Sherezade

Los tres miraban a la chiquilla que chapoteaba en la orilla.

—¿Diecisiete años? Pues aparenta menos… —dijo León volviendo a picar el bloque de hielo envuelto en tela de arpillera. Llenó la cubitera: el champán no podía perder su temperatura. Había llegado más tarde, disculpándose con una excusa cualquiera y creíble.

—Una monada. Pobre Álvaro, se había hecho ilusiones —lamentó Tórtola.

—Pero ¿no acaba de conocerla? —preguntó Julia.

—Me refiero a él. A Rafael. Aunque parezca frívolo, Alvarito no lo es en las cosas verdaderamente importantes, como el amor.

Julia, al oír esta revelación sobre los gustos amatorios de Retana, se bebió casi de un trago su copa de champán. Le había sorprendido la invitación, pero no había razón para negarse, aunque se encontraba un tanto incómoda sin saber por qué, o quizá sí: por la evidente intimidad que desprendía la relación entre la bailarina y Velasco. ¿Qué significaba? Su intuición le gritaba que estuviera alerta ante aquel hombre, pero también ante la mujer reclinada con infinita gracia sobre el montón de cojines, mordisqueando apenas un sándwich de pepino, vestida con un dos piezas veraniego casi transparente, dejando adivinar que no llevaba corsé. Y sin medias: Julia no podía dejar de admirar los pies desnudos de «la bailarina de los pies descalzos», sus dedos adornados de anillos, una pulsera en el tobillo izquierdo y las uñas pintadas de azul turquesa: aquellas pequeñas piedras de lapislázuli se movían como si tuvieran vida propia.

Sobre la hierba, junto a una playa abrupta a la que había que llegar dejando el automóvil arriba, en la carretera, montaron lo que parecía la jaima de un jeque árabe: sombrillas, cojines y sillitas de tijera, mantas bordadas, una mesita plegable y un mantel de tela

colorida y africana. El chófer cargó con las cestas de las viandas, la cubertería y la cristalería: los vasitos como de juguete se apilaban en su cesta con metódica perfección, igual que los cubiertos y los platos de porcelana decorados con una «T» enorme rodeada de cenefas doradas con formas fantasiosas de quimeras y dragones.

Cada vez que la diva se trasladaba, y por corto que fuera el recorrido, parecía ponerse en marcha una caravana de la ruta de la seda.

—La incomodidad me asusta —decía.

Solo el marqués podía entender el miedo de Tórtola. Había sido una niña sin nada allá en la lejana isla británica, una muchacha abandonada por sus padres en manos de un hombre muy rico. Cuando murió su protector puede que viviera en la calle, mendigando, hasta que un famoso pintor español diera con ella. Tampoco podía saberse si esto era cierto del todo. Seguía un vacío biográfico: ¿cómo había logrado convertirse en estrella rutilante? Una de las pocas personas que conocía algunos aspectos de su vida —aunque no todos, porque eso era imposible— era León de Velasco. Ella misma se había encargado de borrar su pasado para inventarse uno nuevo, como si su propia existencia fuera un decorado teatral en el que pudiera lucir como personaje protagonista en todo su esplendor.

Mientras los demás daban buena cuenta de los sándwiches, el pollo frío y el melón con jamón, sentada como un yogui con las piernas cruzadas, haciendo volar las palabras, Tórtola comenzó a contar una historia.

—Durante mi gira por la India, actué ante el maharajá de Jaipur en el Hawa Mahal, el antiguo *zenana* destinado al harem del príncipe y que todo el mundo llama el Palacio de los Vientos. Tuve un éxito descomunal y el maharajá me regaló un collar de perlas de siete vueltas. Entre el público había tres hermanos, hijos de un poderoso rajá. El mayor se llamaba Aadi, que significa «el Principio»; Fareed, «el Único», era el mediano; y Arundati, «el Fiel», el más joven. Los tres hermanos se enamoraron locamente de mí y los tres me ofrecieron matrimonio. Como ya imaginaréis, no tenía ganas de convertirme en esposa y menos en quinta concubina… Así que, por no desairarles, les dije que los tres eran igualmente bellos y virtuosos y que por eso mismo debía rechazarlos: no podía

decidirme por ninguno. Pero no se rindieron y creyeron que otorgaría mi mano a quien fuera el más generoso de los tres, demostrando así su grandísimo amor.

»Aadi, el mayor, me regaló una habitación de marfil. Las paredes, la cama, los muebles y la veranda del balcón eran filigranas talladas en colmillos de elefante. Aadi se había gastado la mitad de su fortuna para hacerme aquel regalo, pero yo no pude dormir en aquella cama. Pasé toda la noche llorando, pensando en los huesos de tantos elefantes como habían sido necesarios para crear aquella maravilla. Amo a los elefantes y matarlos me parece un pecado contra los dioses… En fin, que a la mañana siguiente fui a donde esperaba el feliz Aadi, convencido de que ya se había ganado mi mano, y le dije:

»—Si hubiera dormido en esa habitación, los espíritus de los elefantes que mataste me habrían perseguido en sueños por toda la eternidad. No quiero tu regalo y no te quiero a ti.

»—Tienes los ojos hermosos como flores de loto, pero tu pecho alberga el corazón de un tigre, mujer.

»Eso dijo Aadi, y se marchó muy ofendido. Yo estaba aliviada por haberme librado de él, pero entonces llegó Fareed, el segundo hermano. Como sabía lo que había ocurrido con Aadi y lo mucho que había llorado yo en la habitación de marfil, decidió regalarme el elefante más bello de la India; gastó tres cuartas partes de su fortuna en comprarlo a su dueño. Fareed mandó pintarlo a los mejores artistas con los más bellos colores y enjaezarlo con telas de terciopelo y de seda, todas bordadas en oro y plata y perlas de Ormuz: aquel elefante era un tesoro vestido con otro tesoro. Pero yo despedí a su *mahaout* y liberé al elefante; entonces este entró en un poblado y destruyó las chozas y pisoteó los sembrados.

»Fareed vino a preguntarme por qué había liberado al elefante.

»—Ningún animal es un esclavo y el elefante, que está emparentado con el dios Ganesha, mucho menos. No quiero tu regalo y no te quiero a ti.

»—Tu rostro es como el sol y la luna, pero tu alma es dura como la piel del cocodrilo, mujer.

»Y se marchó muy ofendido —y casi arruinado—. Creí que después de lo ocurrido con sus hermanos, el menor, Arundati, desistiría de hacerme ninguna proposición. Durante todo aquel

tiempo me había enviado cartas en las que declaraba su amor; cartas extrañas, a veces furiosas, otras veces tristes. Yo sabía que me había seguido por las calles, solo para poder verme aunque fuera de lejos. Sin embargo, se presentó ante mí: era muy bello, muy pálido y le brillaban los ojos de una forma extraña. Me cogió de la mano y sentí que su piel ardía igual que sus ojos.

»—Yo soy el más pobre de todos los hijos de mi padre: no puedo comprar regalos como los de mis hermanos. Pero te aseguro que voy a regalarte la joya más valiosa que tuvo nunca mujer alguna.

»Al día siguiente cayó muy enfermo de fiebre. La fiebre, en la India, es considerada una emanación de Shiva: la *shiva-yuará* tiene tres pies y tres cabezas y a su paso todo se consume convirtiéndose en cenizas. Al poco tiempo, Arundati murió. Yo me preparaba para partir de Jaipur, cuando llegó un mensajero del palacio del rajá con una carta y un estuche forrado de raso. Era la última carta que Arundati escribió antes de morir. Decía así: "A ti, bailarina española, que me has robado el corazón y llevado a la muerte: ningún hombre, de ningún lugar, de ningún tiempo, te hará jamás un regalo como el mío. Tienes entre tus manos la joya más valiosa, aquella que demostrará que de todos tus pretendientes el más valeroso, el más generoso de todos, el que más te ama, soy y seré siempre yo: Arundati, el Fiel".

»Abrí el estuche: era un collar. Un collar hecho con las vértebras de Arundati, cuya última voluntad antes de morir fue que los médicos de su padre extrajesen de su cuerpo aquellos huesos, los limpiaran, abrillantaran y engarzaran entre pequeños abalorios de cristal y piedras de colores. Tuvo razón: nunca, ni antes ni después, me han hecho un regalo tan valioso. Es mi mayor tesoro. Tanto es así que nunca viajo con él, lo guardo en una caja de seguridad de Basilea, en Suiza.

Velasco, que fumaba uno de sus dimitrinos egipcios apoyado en el tronco retorcido de un tamarís, deslizó una sonrisa reconociendo las habilidades de Tórtola: sus historias siempre eran magníficas. Rafael miró los huesos mondos del pollo asado y un estremecimiento se deslizó por sus propias vértebras. Marisol, que había bebido dos copitas de champán, se echó a llorar por la muerte del hijo del rajá, aunque no sabía qué cosa era esa ni falta que le hacía.

—Tórtola, ¡qué truculenta que eres! ¡Nos va a sentar mal el piscolabis! —soltó Alvarito.

—Pero todo esto… ¿es verdad? —preguntó Julia.

—¿Tú qué crees, cariño? —contestó Tórtola.

Ni antes ni después de la historia del pobre Arundati, Julia pudo comer algo: casi no probó el muslito de pollo ni los anglófilos emparedados de insípida cucurbitácea. Se sabía examinada o puesta a prueba en un examen silencioso donde poco importaban las palabras y sí los gestos, las reacciones o la ausencia de ellas.

Como si estuvieran de acuerdo en repartirse a los convidados, Julia había sido absorbida por Tórtola, mientras que Retana se ocupaba de aquella niña llamada Marisol y ese mozo bellísimo, pero sombrío, que respondía por Rafael, apartándolos como quien se lleva sus juguetes para no compartirlos. El artista había mostrado cierta curiosidad por Julia puesto que conocía el súbito interés de Tórtola por ella, pero prefería rodear de atenciones a Rafael y a su linda acompañante, a quien había logrado encandilar. La risa de Marisol llegaba hasta Julia como el sonido de las olas. Álvaro, Rafael y la chiquilla jugaban en la orilla como tres niños. Solo el marqués de Velasco parecía quedar al margen de los dos círculos. Julia supo al momento que estaba nervioso e inquieto aunque desplegara toda la cortesía afable de la que era capaz, que era mucha.

Ni Julia ni ninguno de los presentes podía imaginar que el mismo elegante y sofisticado marqués había pasado la noche en vela, embutido en ropas ordinarias de pescador, emboscado y vigilante, buscando, junto a otros dos agentes del Almirantazgo inglés, el secreto lugar donde se aprovisionaban los submarinos alemanes que proliferaban por el Cantábrico. Cada vez avistados con más frecuencia, en el momento en que se declarase la guerra, los submarinos harían peligrar el tránsito de los buques mercantes que se dirigían al canal de la Mancha y también a la propia armada británica, a punto de movilizarse.

—No tiene por qué venir con nosotros, no entra dentro de sus competencias —había dicho Clayton.

—¿Mis competencias se reducen a hacerle el amor a una diva de la danza? —dijo León.

—Espero que no, entonces no nos serviría usted de nada. En

cualquier caso, no parecen competencias muy molestas.

—Quiero dejarlo, Clayton. Ya le demostré que esa mujer no es una espía. Y no quiero seguir.

—¿Qué le ocurre?

—Es un asunto personal.

—¿Conflicto de intereses? No se habrá enamorado de ella y ahora se siente culpable… Tal falta de carácter no es propia de usted.

—He dicho que es personal.

—No puede abandonar ahora. Es cuestión de días que se declare la guerra: cada información, cada informador, cada sabotaje y cada acción son vitales. Tendrá que seguir haciéndole el amor a la diva.

—Siempre que ella quiera, como comprenderá.

—¿Es que sospecha algo? ¿O acaso ha perdido el interés por su persona, marqués?

—Nuestra amiga tiene el carácter voluble y creo que comienza a depositar sus afectos en otro lugar. Si es que no los ha depositado ya…

—¿Está seguro?

El capitán pareció francamente preocupado.

—Conozco a las mujeres.

—Aunque así fuera… No debe dejar de pertenecer a su círculo de confianza, ¿me entiende? Aunque tenga que pasar por cornudo, y se lo digo con todo el respeto por su situación de agente encubierto: nuestra patria le compensará con creces por este leal acto de servicio.

La patria… La patria del capitán Clayton. A veces creía que todo su amor por esa Gran Bretaña de su juventud no hacía sino cegarle ante la realidad de su propio país. Aunque, a estas alturas, quizá careciera de patria.

—Entonces déjeme ir a la misión de esta noche. Me lo debe.

El capitán Clayton tuvo que acceder. León necesitaba acción, una tarea o un propósito que le sacara de esa especie de aturdimiento que le invadía: desde hacía días no conciliaba el sueño, no disfrutaba de nada, ofuscado como estaba por cuestiones que ni siquiera podía entender. No se quitaba de la cabeza a Julia Doncel: era algo estúpido, una niñería, un capricho; eso se repetía sin cesar, pero ni él mismo lo creía. Había empezado a tener ideas

locas sobre ella, ideas que debía apartar cuanto antes.

Fue durante la tarde anterior. Había rechazado unas cuantas invitaciones sin saber por qué y estaba en su habitación del hotel, solo: era el día libre de Salvador. Allí estuvo dando vueltas como un tigre de la casa de fieras. Fumó como un descosido. Se asomó al balcón varias veces sin mirar el paisaje marítimo ni ver a los paseantes que inundaban la avenida. Manoseó varios libros de los que le llegaban periódicamente desde Londres y que Salvador dejaba dentro de sus cajas, negándose a tocarlos, como si fueran objetos peligrosos. León abrió uno al azar. Poesía.

Oh, the years we waste and the tears we waste
And the work of our head and hand
Belong to the woman who did not know
(*And now we know that she never could know*)
And did not understand! **[6]**

Repitió los versos varias veces, haciéndolos jugar en la mente y en la voz. Ella. Era ella. Julia. Pensó en el cuerpo de esa mujer, de todas las mujeres, como en un campo de batalla. Sin darse cuenta, dejó caer el libro al suelo y salió a toda prisa de la habitación de hotel, como si huyera: necesitaba a Clayton y perderse en su intriga de espías.

Era un alivio recibir órdenes. Y un arma: el contacto frío y pesado de la Ruby le tranquilizó, aunque hubiera preferido llevar su pistola M1911, mucho más manejable. Pronto su cuerpo recordó el entrenamiento militar, a medida que caminaba detrás de los dos oficiales —uno inglés, otro irlandés orangista— y seguía sus indicaciones: necesitaba cumplir escrupulosamente con un deber y nada le hubiera gustado más que tener que enfrentarse con ese Von Krohn… Pero su expedición había sido en vano: no lograron identificar ningún puesto de suministro de los submarinos enemigos a pesar de las indicaciones de los muchos informadores y espías a sueldo de Clayton.

Solo habían pasado unas horas de aquello y, sin embargo, le parecía haber aterrizado en otro planeta: el de la tramoya despreocupada y juguetona de Tórtola con sus cuentos y sus fabulosas mentiras. No debería haber ido a esa excursión; si lo

había hecho era porque la señorita Doncel estaría allí y quería verla. Había ido por ella.

Julia, sentada enfrente del marqués, intentaba no cruzar su mirada con él. Notaba el cuerpo blando y espumoso, tan sin fuerzas como su mente. El cuento terrible del collar de huesos humanos aparecía una y otra vez en los dientes blancos y salvajes de la bailarina. «Es el champán», pensó Julia, y cuando León fue a servirle otra copa de Bollinger, dijo:

—No, por favor, ya he bebido demasiado… No sé por qué… No me he dado cuenta… —Deseaba con toda el alma llegar a la orilla para mojarse la nuca, las manos y los pies. Quiso levantarse, pero las piernas no la sostuvieron—. Creo, creo que voy a tumbarme. No he debido… el champán…

Cayó entre los cojines, junto a la bailarina. Tuvo que cerrar los ojos porque la luz del sol le hacía daño: había perdido el sombrero, otra vez. Tórtola, tumbada a su lado, clavaba las pupilas verdes en ella, apoyada la cabeza graciosa en una sola mano. Acercó su rostro bello al de Julia, casi hablándole al oído.

—Querida Julia… Yo bebo *champagne* cuando estoy feliz y cuando estoy triste. A veces lo bebo cuando estoy sola. Cuando estoy acompañada lo considero obligatorio. Como con él si no tengo hambre y lo bebo cuando sí la tengo. En cualquier otro caso no lo bebo, a menos que tenga sed.

Tórtola sonreía con los labios húmedos. Y en ese instante, se inclinó sobre ella con la facilidad de un cuerpo enseñado, leve como una espiga flexible, y la besó. Julia dejó de respirar. Fue un beso largo y pudo sentir sus labios, su aliento, su lengua juguetona y el perfume del champán mezclado con el de su piel y el de su pelo; la melena suelta de Tórtola caía sobre ellas como una cortina o un telón. El beso duró hasta que Tórtola quiso: luego se levantó de un salto y las pulseras de sus brazos y sus pies tintinearon; corrió hacia la orilla y chapoteó en el agua salpicando a su alrededor.

León apuró la copa con la mirada puesta en el horizonte de la línea marina. Julia continuó tumbada; todo le daba vueltas. Incapaz de moverse, le ardían las mejillas: el primer beso de su vida había sido el que le diera una mujer, no un hombre. Y le había gustado; o no, no quería pensarlo. ¿Sería igual con León? Quería preguntarle por qué Tórtola había hecho… aquello. Pero no podía. Y estaba él.

¿Le habría molestado? ¿O quizá gustado? Era imposible saberlo: desde donde estaba no podía verle la cara, vuelta hacia el mar. Quiso decir algo, pero León se adelantó.

—¿Se encuentra mejor?

Esas palabras inofensivas la ofendieron profundamente y la embargó una enorme irritación contra León, contra Tórtola y todos los demás. Decidió dejarse llevar por este sentimiento violento que le impedía razonar pero aliviaba la confusión que sentía: era demasiado fuerte e intenso como para resistirlo.

—Todo esto es una burla, ¿verdad?

—Julia, no diga eso…

—Creía que era usted un caballero. Pero me equivoqué. Es usted un… un… embaucador. ¿Para qué me ha traído aquí? ¿Qué pretende con esta farsa?

Él callaba. «Si continúa sin decir nada, sin responder, monto un escándalo: le abofeteo, le araño la cara burlona… Ya lo creo que lo haré».

—No me confunda con otra persona. Yo soy yo y no tengo nada que ver con…

—Debe usted creerme muy tonta. O muy desahogada. Pero se equivoca: no soy del tipo de mujer que está acostumbrado a tratar.

La rabia le cerraba la garganta, le tensaba todos los músculos como si un cable de acero tirara de su cuerpo.

—Perdóneme. Pero lo juro que nada tengo que ver con esta excursión ni con su invitación —dijo León. La explicación sonó mal y tuvo que arrepentirse de ella al instante—. Si le he ofendido en algo, ofrezco mis más sinceras disculpas.

—Quiero irme. Dígale a… la anfitriona que he tenido que ausentarme porque no me encontraba bien. —Era verdad: la vista se le nublaba.

—La acompaño.

—No hace falta: el chófer me llevará.

—Insisto.

—Y yo insisto en rechazar su ofrecimiento. —Julia zanjó la conversación dándole la espalda, sin despedirse. Cogió su sombrerito siempre en fuga y su sombrilla, pero ni se puso el uno ni abrió la otra.

La vio alejarse con dificultad, hundiendo las botitas de tacón en

la arena. No podía engañarse por mucho que quisiera: León sabía que ni mil submarinos alemanes le importaban tanto como aquella muchacha un poco ridícula, inexperta y equivocada, que, dando traspiés, se alejaba sin mirar atrás.

Si Julia no hubiera estado tan turbada por el beso de Tórtola, tan trastornada por el alcohol y tan cegada por el amor, habría podido ser testigo de un suceso que hubiera aclarado sus recelos respecto del estado de la relación que tanto la preocupaba. Pero al marchar de manera intempestiva, no llegó a ver al jinete que se acercaba al grupo playero cabalgando por la orilla. La silueta se recortaba a contraluz y tuvieron que hacer visera con las manos para protegerse del sol de la tarde que les deslumbraba. Hasta León tuvo que admirar la estampa que formaba el experto jinete con su cabalgadura, que no era otro que aquel mexicano conocido como José Juan Reyes. Mucho más admiró a los presentes ver como Tórtola se levantaba de un salto y corría por la orilla al encuentro del caballista, tendiéndole los brazos para que se la llevara lejos subida a la grupa, al galope, como si fuese la princesa del cuento del caballo volador de *Las mil y una noches*.

¡Será por revoluciones!

«Será pronto». Eso había dicho y no podía quitárselo de la cabeza. «Será pronto». No había contestado, aún aturdido, desconcertado. Un infierno se cernía sobre él.

Tomás le había llevado al escondite de la cuadra; esa misma mañana el contacto le había entregado las armas: una pistola, munición y un par de granadas, la útil y la de repuesto.

—Ha costado traerlas desde el puerto, se han tomado muchas precauciones. El barco venía de Francia pero ellas vienen de más lejos, eso me han dicho.

No parecían tan amenazadoras sobre el lecho de paja, como si estuvieran dormidas.

—El plan aún no está cerrado, hay que esperar un último aviso; el día y la hora en que ese cabrón se ponga a tiro.

Colocó la tapa hecha de tablones sobre el agujero y llevó a la *Mora* hasta el pesebre. La vaca volvió a rumiar, perfecta encubridora de las armas escondidas.

El viejo estaba mucho más animado que los días pasados, como si la visión metálica de su venganza le diera nueva vida. No mostraba nerviosismo: su calma le aterró. Entonces sí que sintió miedo de verdad, un miedo cerval, físico, que le estrangulaba la voz y el estómago y le recorría con escalofríos el cuerpo, atenazándole los músculos, erizándole los pelos de la nuca. Hizo todo lo que pudo por disimular delante del cómplice y si este no se dio cuenta de su conmoción fue porque su propia euforia le cegaba.

Rafael dijo que no quería cenar; lo dejó allí solo, sentado a la mesa de la cocina sembrada de migas de pan, cortezas de queso y periódicos viejos, iluminado por un viejo farol de carburo, la luz amarilla tiñéndole la cara llena de arrugas, los ojos extraviados en algún recuerdo. Necesitaba perder de vista al viejo maligno; no

soportaba siquiera tenerlo cerca.

Cuando se echó sobre el catre del hijo muerto, tiritando en pleno verano, pensó que un fantasma le acompañaba. Estaba allí, en aquel cuarto polvoriento, mirándole por la ventana abierta con su cara pálida; podía atravesar las paredes, flotar sobre las escaleras e ir a sentarse abajo, en la cocina, junto al padre. Su única compañía. El espectro de la guerra pasada había sobrevolado el océano para atormentar a los que ocupasen aquella casa. Detrás del sueño del día de sol, de la playa, del amor, se ocultaba la pesadilla nocturna: aparecía sin solución de continuidad, en un corte cruel.

—¿Cuándo volveré a verte? —había preguntado Marisol sin vacilar, como si aquella pregunta fuera natural, lo que correspondía en ese momento, sin asomo de vergüenza ni coquetería.

Hasta llegar al barrio de pescadores, alegre y ruidoso, casi no hablaron. Todos los acontecimientos del día habían sido demasiado intensos, extraños y emocionantes, tanto que no se atrevían siquiera a mencionarlos, como si al hacerlo los pusieran en peligro, comprendiendo que era mejor callar aquello que no se podía explicar. Casi sin querer, se habían cogido de la mano, caminando así durante mucho rato. Ella soltó la mano al ver aparecer las primeras casas del barrio: si su tía la veía con un chico, de seguro se llevaba una paliza. Él no quería dejarla, dejar de mirar el sencillo vestidito playero, la cara limpia, el pelo despeinado, la piel tostada por el sol; dejar de sentir el calor de su mano en la suya, o su presencia, aunque no la mirara.

—Pronto —había respondido. Y en ese momento lo creía; estaba convencido de que sería así, de que nada ni nadie podría impedir encontrarse con ella de nuevo.

—Es que lo he pasado muy bien. Bueno, a veces han sido… raros. Tus amigos.

Estuvo a punto de contestar que no eran sus amigos, pero no lo hizo. De pronto sentía algo parecido a la simpatía, incluso afecto, hacia ese grupo de personas. No eran ejemplares ni castos ni virtuosos, pero su incandescencia irradiaba una luz contagiosa, su empeño por atrapar cada instante en su levedad mostraba una rebeldía que se parecía mucho a una promesa de vida, a una sublevación ante la muerte.

Recordó el momento en que se ofreció para llevar a cabo el

atentado como si fuera un sueño. Entonces le pareció que dejaba atrás una vida inútil; dijo que sí mientras sus compañeros le miraban con admiración, como si de pronto se hubiera convertido en alguien importante y necesario. Un héroe.

Ya no sabía si volvería a verla. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Chirriaron las puertas metálicas de los calabozos de la comisaría. Un poco antes, cuando le enteraron de la detención, el agente Palomo había dicho: «El círculo se cierra», pero ninguno de los presentes entendió sus palabras. No importaba, solía hablar para sí mismo.

Los dos casos que le ocupaban la mente habían emprendido, en el curso de unas horas, una dirección encaminada a su resolución. Respecto al más importante y tras las revelaciones de su confidente, no tardó en tomar medidas expeditivas: había enviado a agentes de paisano —para no levantar la malhechora liebre— a inspeccionar todas las alquerías con vacas de los alrededores de la ciudad. Eran muchas y no había suficientes efectivos, tal y como pronosticara el comisario Sánchez, así que él mismo colaboró en las tareas de búsqueda. Más que arduas, dado el carácter de los paisanos de la región, que le parecieron desabridos, muy poco colaboradores y del todo sospechosos. Tuvieron que explicar al urbanita que aquella actitud generalizada de resistencia a la autoridad no era debida a que ocultaran nada delictivo, sino a la peculiar idiosincrasia del carácter montañés.

Al llegar la noche interrumpieron la pesquisa, más que nada por la exposición que suponía para los policías: cualquier campesino podía pegarles unos tiros de escopeta al tomarlos por merodeadores. Era muy suya la gente aquella. A Palomo le parecieron incivilizados, pero se abstuvo de comentario alguno y mandó regresar a la comisaría, decidido a continuar al alba.

Respecto al segundo caso, ya tenía al presunto culpable, engrilletado, delante de él. Sus propios cómplices de andanzas lo habían delatado tras una breve presión policial: los jerarcas de los bajos fondos también son de índole conservadora, y temen las perturbaciones en su negocio. Un asesinato no resuelto ponía el aliento policial sobre sus actividades y tratos, así que otros proxenetas más situados decidieron que Genaro representaba una

molestia y un peligro para el comercio: ellos mismos acudieron a los cuerpos represores para dar cuenta del fugado. Lo atraparon en un tugurio de las afueras, esperando que todo pasara y confiado de sus cómplices, oculto en una casucha con una chiquilla de la que nadie sabía nada. Era una niña rubiaja que afirmaba haber cumplido los quince, pero los agentes que atraparon al maromo aseguraban que no llegaba a los doce años. Por lo visto les habían pillado *in fraganti* y uno de los polizontes, padre de una niña de la misma edad, le había dado una somanta de palos al menorero sin siquiera empezar el interrogatorio.

—¿Te gustan las tobilleras, Genaro? Quizá Rosarito te parecía ya vieja y por eso decidiste sacártela de encima —dijo el agente Palomo.

La cara de Genaro era una masa tumefacta: apenas podía abrir los ojos metidos dentro de dos bultos morados; le habían roto la nariz de una patada y le habían hecho saltar unos cuantos dientes. Sangraba como un gorrino en día de matanza.

—A ver, que venga alguien a limpiar esta mesa; aquí, el amigo, la está poniendo perdida…

Sánchez, presente en el interrogatorio, no tuvo más que hacer un gesto y al punto un guinda entrado en años apareció con un cubo y un trapo mugriento, con el que dio unas pasadas sobre la sangre que recordaron las de un mesonero limpiando una mesa de taberna.

—Es que sigue goteando, señor comisario.

—Anda, déjalo —dijo Sánchez.

El comisario tenía curiosidad por ver interrogar a Palomo, a ver si la fama ganada por el intachable policía era genuina o adulterada.

—Mira, Genaro; no me interesa saber por qué la mataste.

«Eso es ir al grano», pensó Sánchez.

—Está claro que huías cuando te atraparon. Con esa chiquilla.

Genaro hizo un esfuerzo por hablar a través de la sangre, de los morros partidos y los agujeros de los dientes. Resollaba como la máquina del tren subiendo el alto de Ontaneda, a buen seguro a causa de alguna costilla partida.

—Ella no tié que ver con ná.

—Ella… va a ir a un reformatorio de esos de monjas, para que la enderecen y la curen del vicio que ha cogido tan temprano. Ahí se

va a quedar hasta que las ranas críen pelo y a ella se le vuelva blanco lo que todavía no le ha crecido.

—No, no…

La angustia esputó más sangre sobre la mesa.

—Ah, ¿no quieres? Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Palomo puso un papel delante.

—Echa un garabato admitiendo que fuiste tú quien mató a la puta, y aquí paz y después gloria.

Genaro cogió torpemente el lápiz con dedos finos de tísico: le habían arrancado algunas uñas. Su interrogador permaneció impasible. Tardaba en firmar y unas gotas de sangre caían sobre la confesión.

—Cuidado, no la manches, hombre.

No firmó: la apartó como obedeciendo la orden.

—Yo no la maté. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Ahora me dirás que la querías.

—No, pero mis buenos dineros me arrendaba. Sí, salí de najas cuando me enteré… porque sabía lo que pasaría… esto. No hay justicia para el pobre.

—Hombre, Genaro; tú no vives mal. Y sin dar golpe.

—Yo no la maté. Hicimos un mal achaque y el cliente salió achapao.

—¿Quién era?

—Da igual, ni vosotros podéis echarle mano.

Palomo, aunque no se haya dicho hasta ahora, tenía un solo defecto: la curiosidad. Y aquella frase dicha por un guiñapo, por alguien que no tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo, le picó en el talón a este Aquiles.

—Cuenta.

—Al alemán ese… Uno de mucho mando, a quien llaman Juan Corona.

Al oír el nombre, Sánchez decidió dar carpetazo al asunto.

—Hala, Genaro, déjate de cuentos y firma de una puta vez.

—Un momento.

Palomo lo había visto en El Dragón, lo recordaba: una jeta tan siniestra no es de las que se olvidan.

—¿Qué le robasteis?

—Agente: le ordeno que abandone el interrogatorio. Esto no

puede llevarnos a nada.

—Habla, Genaro —dijo Palomo, ignorando la orden de Sánchez.

—Pues… unos papeles en germano con muchos sellos y otros con signos raros. Rosarito le tenía miedo, pero como el fulano era un aceitoso y pagaba bien, yo le dije que aguantara… Ella me avisó de que había que agachar los papeles y que al menda to cristo le tenía por áspero. Y yo no le hice caso. ¡Dita sea lá!

—¿Crees que el alemán mató a Rosarito?

—A ver… no era muy difícil que terminara por coscarse de quien le había chorao la cartera. Aunque al tipejo ese se le cayera en el suelo del coche, muy confiao y muy curda: Rosarito no era piquera, mu torpe pa eso. Le dije que por si un acaso se diera el piro y como estaba asustada, me hizo caso.

—Si tenía tanto miedo, ¿por qué volvió al Dragón?

—Ni puta idea, pero de ir por su gusto, nasti: iría engañada.

—Ya… ¿Y todo eso, por qué? Por unos papeles que no valen nada.

—Yo no he dicho eso.

—Ya. ¿Y dónde están ahora?

—Nos deshicimos de ellos.

—Explícate.

—Bueno… Los vendimos a un tipo. —Aquí Genaro dudó antes de cantar. Los ojos de acero del policía lo taladraban—. Un mexicano, creo, por el acento del gachó. En El Dragón. No dio su nombre, pero sí un dinero que me pareció bien, y aquí paz y después gloria.

Para desesperación de Sánchez, el agente cogió el papel de la confesión.

—Vamos a hacer una cosa, Genaro. De momento, vas a la Prevención y si se resuelve que has mentido, ten por seguro que la paliza que te has llevado va a ser poco en comparación con acabar en el garrote.

El detenido se encogió de hombros, desesperanzado.

—Llévenselo.

Los dos guardias arrastraron a Genaro, que no podía ni tenerse en pie, hasta la puerta. El comisario estalló.

—No puede hacer esto. Está fuera de su competencia.

—Usted mismo fue el que me endilgó el caso de la muerta para

que lo llevara a mi manera.

—Pues he cambiado de idea.

—Puede apartarme del caso, pero no impedirá que siga investigando: esto se ha complicado y puede que esté usted encubriendo un caso muy grave, que de solucionarse en la dirección inconveniente puede tener consecuencias nefastas para la superioridad, a quien voy a dar cuenta de todo.

El perro fiel era demasiado fiel. Sánchez estaba en un apuro, tanto si dejaba que continuara con el caso, como si se lo impedía. Al final decidió hacer lo que mejor sabía: la principal virtud que le adornaba y la razón de su plácida carrera y promoción personal consistía en no meterse en camisas de once varas y dejar que pasara lo que tenía que pasar, confiando en poder exculparse o cargar el muerto a algún subalterno si la cosa salía mal.

—Que me traigan a Baños —dijo Palomo al policía de la puerta.

Sánchez mandó salir a este y cerró la puerta de la sala de interrogatorios quedándose a solas con Palomo.

—Este es otro tema… más espinoso que el anterior.

—¿Más?

—Mucho más. Yo mismo firmé la puesta en libertad del peliculero, con mucha prisa, cierto es… Después de recibir una llamada. No me quedó más remedio. Donde hay patrón… —bajaba Sánchez la voz.

—La llamada de…

—Las más altas instancias.

—¿Cómo de altas?

—Sin que salga de aquí, y apelando a su discreción.

Palomo no respondió, no había por qué: el latoso comisario ya sabía de su acrisolado sentido del deber. Si le hacía esta confidencia era porque necesitaba pararle los pies de la misma manera que se los habían parado a él.

—En fin… del mismísimo conde de Romanones. —Esperó la reacción del agente, pero no la hubo—. Un hombre acostumbrado a ser obedecido de inmediato. Por supuesto no he querido saber más del asunto y me he librado de Baños y de la otra puta con mucho gusto —continuó.

—¿La llamada Isidra, la madrileña? Era una testigo clave, quizás la última persona que vio a Rosarito con vida.

—No me cabe la menor duda, pero no había caso… El señor conde insistió también en su inmediata puesta en libertad. Respecto a las razones de tanto interés, como comprenderá, he considerado más oportuno no preguntar nada, ni tan siquiera imaginarlo. Y le aconsejo que haga lo mismo… No se meta en líos y lleve sus pesquisas por otros derroteros. Si no quiere culpar a Genaro sin pruebas, no me parece mal. Por mí archivaría el caso: nadie va a echar en falta una puta más o menos y no me importa pasar por inepto si así evito meterme en el lodazal de los políticos. ¡Antes prefiero tratar con ese alemán del demonio que con Romanones! Todos estamos en sus manos: pronto será jefe de Gobierno; se lo digo yo: al tiempo…

A Palomo no le quedó más remedio que asumir, esta vez sí, las prudentes componendas del viejo polizonte.

Antes de acudir a su cita, el agregado militar tuvo buen cuidado de meter en la funda sobaquera al viejo amigo. El peso del Smith & Wesson bajo la chaqueta le proporcionaba una compañía que aliviaba la soledad inherente a sus actividades de espionaje. Ninguno de sus colaboradores conocía el plan de aquel encuentro con un hombre potencialmente peligroso, cuando menos un chantajista; en situaciones así no podía pedir ayuda a nadie; toda la responsabilidad y todo el riesgo recaían sobre sus hombros. Lo aceptaba, pero por eso prefería llevar consigo al fidelísimo revólver.

Justo cuando las campanadas de la torre de la catedral daban las doce de la noche, entró en el *cabaret* atestado de gente, como era habitual. Todavía no habían empezado las actuaciones más picantes y en el breve escenario solo tocaba el pianista. Como ignoraba el aspecto físico del convocante, se paseó por el local dejándose ver y después se dirigió a la barra, donde pidió al *barman* una ginebra —era verdad que tenía ciertas maneras delatoras de un origen rústico, como bien había notado Velasco—. No fue grande su sorpresa cuando el mismo camarero, muy discretamente, señaló que le esperaban en uno de los reservados del piso de arriba. El capitán Clayton apuró la copa de *gin* y, dejando una buena propina, cruzó el salón y subió las escaleras que conducían a los recónditos palcos usados por los más tímidos clientes de El Dragón.

En el pasillo oscurecido por una temblona lamparilla gastada, casi chocó con un bulto negro: una anciana vestida de luto

custodiaba el aseo de los artistas, una mendiga a quien la caridad del establecimiento permitía sobrevivir de aquella manera. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí Escolástica —ese era su nombre—; la sombra pertenecía a los entresijos dragoneros y salía y entraba por ellos con una presencia trágica de coro griego.

—Disculpe…

La vieja emitió un suspiro y siguió su lento caminar hacia los camerinos, mientras que Clayton fue hacia uno de los reservados. En cuanto abrió la puerta y lo vio, reconoció al hombre que le esperaba sentado en un sillón de peluche rojo, pieza de mobiliario que de poder contar sus cuitas sería inmediatamente censurada y suspendida de garantías constitucionales.

Sí, era uno de los clientes habituales del *cabaret*: José Juan Reyes se presentó con florida cortesía azteca, sin ocultar su nombre y con una brillante sonrisa perfectamente blanca en la cara morena, pero Clayton no se dejó embaucar ni por la retórica ni por la dentadura tan impúdicamente mostrada a los ojos victorianos del inglés. Tomó asiento rechazando el cigarro que el mexicano le ofrecía y dejó que este fuera el primero en hablar del asunto que les había traído hasta allí.

—Como sabe, se encuentran en mi poder unos documentos que resultan de vital importancia.

—¿Y de qué forma han llegado a su poder?

—No hace falta platicar más de la cuenta: a nadie importa cómo estos documentos han llegado a mis manos, así que no me extenderé sobre ello. De lo que sí estoy seguro es de que tienen mucho valor para el Almirantazgo inglés.

—¿Por qué cree que tendría algún interés en ellos?

—Porque está usted aquí. No crea que fue mi primera opción… Pensaba ofrecerlo a sus dueños pero no me ha parecido oportuno: no me gustan sus métodos.

—¿La chica?

—Exacto. Andar con ese alemán le ha costado muy caro.

—Todo el asunto es muy desagradable, le doy la razón. Esa información quema: no le recomiendo que pase mucho tiempo en sus manos.

—Pero no por ello le saldrá más barato, míster. Mis jefes saben que esto es un tesoro. No me permitirían malvenderlos y no debe de

extrañarle: lo mismo pasaría de ser usted quien estuviese en mi lugar.

—¿Saben sus jefes que este asunto es muy peligroso? No me gustaría estar en su pellejo, señor Reyes: los alemanes no aceptarán su pérdida así como así.

—Traigo pistola al cinto. Y con ella doy consejos.

Se abrió la chaqueta con un gesto elegante y breve, no era un matón. Brilló un revólver que a Clayton le pareció gemelo del suyo propio. Estaba claro que había que negociar.

—¿Qué quiere a cambio?

—Ya nos vamos entendiendo. No es dinero lo que busco: ese ya no vale más que para chupar y gastar con mujeres. Es otra cosa que, dado los tiempos que corren, tiene más valor que la plata.

Reyes esperó a ver el efecto que su tono causaba en el capitán inglés, pero una esfinge hubiera sido más expresiva.

—Lo que quiero son armas.

Al inglés se le agrió aún más el ceño.

—No tema: no serán utilizadas contra su ejército.

—Respecto a eso, no tengo competencias. Además, sería injustificable para mis mandos… Nosotros no podemos aliarnos con cualquiera: ni siquiera sé para quién trabaja.

—Creía que usted lo sabía todo.

Tras un momento de reflexión, Clayton comprendió.

—Mi Gobierno no apoya a revolucionarios.

—Ningún Gobierno lo hace, amigo. Vayan usted y su Gobierno a chingar a su madre.

Clayton tragó la bravata como pudo: necesitaba recuperar esa información. Ahora se trataba de conseguirla al menor coste posible.

—Los villistas amenazan los intereses de Gran Bretaña allá en América.

—Petroleros, ferrocarrileros, ya sé… Muchas empresas de su país comen del mío. Con todo, no son más que minucias que ni a usted ni a mí interesan. Nuestras cuestiones no tienen por qué trascender a esos a los que tanto fregamos, aquí y allí.

—Pero en la presente situación, nosotros no tenemos capacidad como para…

—¡No me embrome, mi cuate! En los últimos meses su país ha

hecho compra de armamento por valor de varios cientos de millones de libras a espaldas de sus propios aliados. Pero no se preocupe que no les vamos a chamaquear: nos conformamos con unas cuantas decenas de Lewis y Vickers. Madsen, no: se encasquillan… Y granadas Mark 1 con estabilizadores. También rifles Lee-Enfield.

Sabía de lo que hablaba. En su fuero interno, Clayton maldijo al mexicano como lo hubiera hecho su abuela irlandesa —«*Ahmadawan!*»—. Tal y como estaban las cosas, iba a necesitar mucho tiempo y esfuerzo para que le autorizaran a intercambiar información por armas. ¿Cómo considerarían sus superiores aquel amaño? Suponía implicarse en la guerra civil de un país lejano, un país lleno de indios, de papistas, un lugar extraño, enorme y demasiado cerca de los Estados Unidos.

El mexicano volvió a sonreír y eso le irritó aún más.

Fue el propio Felipe Ángeles, matemático, escritor y comandante de artillería del Batallón del Norte, quien recibió a Reyes. Recién llegado a Ciudad Juárez desde el otro lado del río Bravo, José Juan tuvo que reconocer su fracaso: los vendedores de armas norteamericanos pedían una fortuna por aquellos cañones que deseaba el comandante Ángeles. Este suspiró y lo invitó a acompañarle fuera del edificio que albergaba a los mandos. Toda Ciudad Juárez era un cuartel desde que fuera tomada por los villistas hacía solo unas semanas y el ímpetu de la victoria aún permanecía en el ambiente. Ángeles y Reyes se acercaron hasta un viejo ocupado en limpiar una ametralladora delante de ellos, en la misma calle.

—Así estamos, Reyes: fíjese en nuestra artillería. Estas ametralladoras las agarraron los caballistas a puro lazo.

Al viejo, un serrano de pellejo duro y oscuro como el cuero de una silla de montar, sentado en el suelo mientras limpiaba la ametralladora, le gustaba mucho hablar.

—Ya lo vido, mijo… A mi general le gustan las güenas armas y contimás estas coconas nuevesitas que compró el borracho de Huerta pa los darnos en la madre a los pelavacas. Ora hay que quitarle la sangre de los pelones, la sangre es muy mala pa los mecanismos… Los pega y los oxida. Tese sosiego y aprenda m'ijo, que hasta pelos y dientes he tenido que sacar de las cajas de

mecanismo…

Para más abundamiento y por si el comandante y el otro eran desconfiados, mostró las tripas de la máquina mortífera que la soldadesca llamaba «cocona».

—Lo que le dije… Y mientras los federales disparan cañones Schneider y Saint Chamond —dijo el comandante Ángeles.

—Canijas bombas. Lo hacen a uno pedacitos —farfulló el vejete entre las encías mondas mientras se alejaban.

La Bola, la revolución, rodaba ya con fuerza imparable y nada haría desistir a sus líderes; así que después de aquellos pocos días en Ciudad Juárez, José Juan Reyes fue enviado a una nueva misión: esta vez a Europa, en una decisión directa de Pancho Villa, *el Centauro del Norte*.

Desde 1912, Reyes era el hombre de Villa en las negociaciones con mercenarios y traficantes en el enorme ruedo de tratantes de armas. Pero nadie fiaba en la victoria del ejército revolucionario, menos cuando era conocida su falta de plata y su sobra de luchas internas. Además, con la amenaza de una guerra en Europa, los precios se habían puesto en las nubes, como había contado el enviado villista a Felipe Ángeles. Ni por similares convicciones había Reyes encontrado apoyo para su causa: le fallaron sus contactos italianos, armenios, suecos… La baza más fiable había sido la ofrecida por dos soldados del Ejército Republicano Irlandés que llevaban años combatiendo por la causa revolucionaria en México. Mallory y Quinn aseguraron que sus compañeros de lucha, allá en la lejana isla, ayudarían a conseguir las tan ansiadas armas y a Reyes le faltó tiempo para presentarse en Dublín. Pero tras meses de clima terrible y una aún más terrible dieta a base de puré de patata con tocino rancio y col, el asunto se fue al traste después de que los *Óglaigh na hÉireann* reconocieran el fracaso de las negociaciones secretas con el gobierno del Káiser, deseoso de atizar el polvorín irlandés para perjudicar los intereses de Gran Bretaña en el frente interior. Todo había quedado paralizado *sine die* a causa de la previsible conflagración mundial. Y tanto los irlandeses como los mexicanos se quedaron compuestos y sin armamento alemán.

De Dublín a Plymouth y de allí a España, el enviado mexicano recaló en la ciudad de veraneo norteña siguiendo al reguero de mercachifles de la guerra que zumbaban como moscones en torno a

los diplomáticos y políticos europeos allí reunidos. Empezaba a dar por perdida la partida cuando se cruzó en su camino ese tal Von Krohn o Juan Corona —Juan Charrasqueado le hubiera apodado Reyes—, que le había metido en el juego otra vez.

Mientras, al otro lado del mar, continuaba la lucha de los revolucionarios. Los recolectores de guayule, los peones de hacienda, los campesinos y maestros y pequeños comerciantes, idealistas o bandoleros seguían a sus líderes con fe ciega, como a santos y mártires. Esos hombres y sus mujeres, las soldaderas, habían conseguido grandes victorias solo con la fuerza de un valor a veces suicida, sin saber cuándo caerían, hasta dónde llegarían; con la esperanza de un mundo nuevo como bandera, por una vaga idea de justicia o por simple venganza. «La Revolución es un huracán, y el hombre que se entrega a ella ya no es hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval».

La prensa española contaba poco, tarde y mal lo que sucedía en la antigua colonia. Hacía pocos días que Reyes sabía de la victoria en Zacatecas: el 23 de junio la ciudad había caído en manos de la División del Norte y con ello se sellaba el destino del Gobierno de Victoriano Huerta y la victoria próxima de las fuerzas revolucionarias. «Todo va a cambiar», se dijo el siempre optimista José Juan Reyes, quien debiera haber sido médico como su padre y en cambio ahora buscaba los medios para arrebatarle la vida a sus semejantes. Llevaba meses fuera de su país y anhelaba regresar. A pesar de la importancia de su misión, hubiera querido estar en México aunque fuera armado solo de un machete.

A miles de kilómetros de los combates, José Juan, como sus compatriotas, también era una hoja arrebatada por el vendaval.

Por qué temerle a la muerte, si no le temo a la vida

Esta vez el encuentro entre Clayton y Velasco fue muy de mañana, en la hora en que solo se veía por los pasillos a las sirvientas del Hotel Lisboa, limpiando y preparando desayunos para una clientela fiel, compuesta por las familias de comerciantes o pequeños propietarios, que acudía una temporada sí, y otra también. Como si de una familia se tratase, todos ellos eran bien conocidos por su director, el buen anglófilo don Armando Casaseca, como se había encargado de comprobar el espionaje británico.

El capitán Clayton disponía como quería de aquellas habitaciones hoteleras con cargo al Almirantazgo, aunque si el marqués de Argüeso hubiera aceptado un puesto de centrocampista en el equipo de *foot-ball*, hubiera sido más fácil encubrir sus confidencias —además de contar con un excelente delantero centro—, pero este rechazó la invitación alegando una vieja lesión fruto de una desmedida y juvenil afición por la hípica. Clayton sospechaba que mentía y en realidad el aristocrático *sportsman* hacía tiempo que había perdido interés por los deportes de equipo y prefería jugar solo.

Era necesario poner al agente Bravo al corriente de las incidencias del espinoso asunto protagonizado por esos documentos secretos que ya pasaban por demasiadas manos. Si sus informes eran fiables —habían de serlo puesto que venían directamente de sir Joseph Blaine, jefe de los servicios secretos—, se trataba de los mismos documentos que costaran la vida a Green, el espía infiltrado en la Kaiserlische Marine encontrado muerto en la playa de Somo. También —menos estimable— la de una prostituta.

Clayton estaba seguro de que tanto su agente como la puta habían muerto a manos de los secuaces de Von Krohn, uno de los

elementos más activos del espionaje alemán, quien en ese momento estaría buscando los valiosísimos documentos perdidos y lamentando su afición a la juerga, que esta vez le había salido muy cara. Tales papeles descubrirían, al decir del Almirantazgo, los lugares de encuentro y las personas encargadas de abastecer a los submarinos alemanes en la costa cantábrica. Y no solo eso: el capitán estaba convencido de que revelaban la identidad de ese maldito espía a quien seguía la pista desde hacía meses a lo largo de Europa. El agente Green —su nombre en clave— debía de haberse cruzado con él en Viena y seguido sus pasos antes de que los alemanes lo descubrieran; era casi seguro que lo había identificado. Luego cometió algún desconocido error de consecuencias funestas.

—Nunca sabremos lo que pasó. Y eso que Green era uno de nuestros agentes más fiables, una pérdida irreemplazable: oficial de marina con una hoja militar brillante y perteneciente a la nobleza con más raigambre de Prusia, un hombre de una integridad y una honradez sobrecogedoras… Siempre caen los mejores, si me permite el tópico —dijo el inglés.

—Quizá la brillantez en la hoja de servicios y la integridad a toda prueba no sean garantes del éxito, capitán. Y por mi parte espero que así sea: los agentes menos honrados y escasamente íntegros tenemos más posibilidades de sobrevivir —contestó Velasco.

—Estoy de acuerdo con usted, y sir Joseph, nuestro director, también. Un hombre de espíritu demasiado elevado es capaz de cometer muchos errores por salvaguardar su honor o el de su ideal. Y eso no resulta en absoluto útil.

Ninguna de estas frases fueron proferidas con asomo de ironía: el capitán no ofendió a su agente ni este tomó su aseveración como una crítica, pues ambos eran ya hombres del siglo XX, un siglo insolente que arrumbaría la secular idea del honor decimonónico en el cuarto de los muebles viejos para abrazar la fe del utilitarismo.

Durante el resto de la entrevista, los dos hombres trataron un asunto principal: el análisis de la personalidad e intenciones de José Juan Reyes, así como de la viabilidad de aquel intercambio que proponía. El capitán necesitaba conocer todos los pasos del mexicano, a quien ya había visto en compañía de Carmen Tórtola Valencia. Las relaciones —íntimas, lo más seguro— entre el villista

y la bailarina no hacían más que embrollar aún más toda una maraña de coincidencias… Y ellos no creían en las coincidencias.

—No podemos dar por zanjada la búsqueda del espía que nos trae de cabeza desde hace meses. A pesar de su defensa de la inocencia de la bailarina, las evidencias del rastro de los sabotajes nos conducen a su círculo. Sea quien sea, resulta mucho más peligroso que Von Krohn, precisamente porque se oculta en el secreto —dijo el capitán.

Acordaron que Velasco adoptara el poco lustroso papel de amante despechado para exhibirse después como amigo generoso y comprensivo, alguien que siempre tuviera acceso al círculo de la diva. Todo ello con el fin de no perder de vista al tal Reyes, pero tampoco a Tórtola. Mientras tanto, Clayton buscaría la forma de conciliar la necesidad de recuperar la documentación perdida con el intolerable chantaje del revolucionario. Aceptarlo o no era una cuestión que no podía resolver sin el visto bueno de su jefe, y sir Joseph era un competente director, pero tenía un carácter de mil demonios. En resumen: estaba obligado a viajar a Londres para solventar una cuestión tan fastidiosa como la que esperaba al marqués.

—Así es el servicio a la Patria, *my friend*…

—Esperemos que esta servidumbre sea de algún provecho, capitán.

Tras despedirse con un breve gesto marcial, delator de su formación militar, el marqués salió de la habitación. El inglés aún permanecería en ella durante unos quince minutos con el fin de despistar a algún posible informador del enemigo. Siempre eran muy cuidadosos con las reglas recomendadas por el servicio secreto; ese era el motivo de que se citaran siempre a distintas horas, de que León entrara y saliera por la puerta de servicio mientras que Clayton lo hacía por la principal y, tanto a la llegada como a la partida, ambos utilizaran itinerarios diferentes y zigzagueantes. Todo estaba controlado. Todo, salvo los azares abstrusos con los que de vez en cuando el destino recuerda que somos juguetes de los dioses.

Como solía, León bajó las escaleras que conducían hacia las cocinas y almacenes del hotel, donde todo el mundo andaba muy ocupado a esas horas tan tempranas de la mañana. Nadie le vio. Al

abrir la puerta que conducía al patio y, de ahí, al trozo de prado situado a la espalda el edificio, se encontró de improviso con Rafael, el joven protegido de Álvaro Retana, y esa tobillerita que le acompañara a la playa, deshecha en lágrimas. ¿Era casualidad haberlo encontrado en diferentes sitios —el chalet de Tórtola, la playa, este hotel— en un brevísimo periodo de tiempo? Siempre le había parecido un sujeto del todo sospechoso: maneras y miradas furtivas como de animal agazapado, acosado y, a la vez, retador.

Todas las alarmas se le dispararon y en un acto reflejo echó mano a donde debería estar una pistola, maldiciendo al mismo tiempo no llevar ninguna arma encima. También lamentó la ausencia de Clayton: aún debía estar en la habitación haciendo tiempo. De todas formas, el inglés tomaría la precaución de salir del hotel por la puerta principal tal y como habían acordado, así que no podía esperar ayuda alguna por su parte. Desgranó estos pensamientos a velocidad de vértigo, mientras seguía con una mirada lacerante las evoluciones del hombre que tenía enfrente y que a su vez también le miraba con suspicacia, a la defensiva. Ninguno hablaba, sin duda esperaba que fuera el otro quien manifestara sus intenciones. Pero fue Marisol, quien, sorbiéndose los mocos, rompió la tensa situación.

—Señor Velasco… Perdone, no sabía… que estaba aquí. ¡Qué vergüenza! —Y volvió los ojos preciosos arrasados en lágrimas hacia él.

Fue entonces cuando León se dio cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo. «Una jovencita con el delantal del hotel y un cesto de lavandera. Un joven galán que la ronda. Celos. Una discusión de enamorados».

—Querida, ¿se encuentra bien? ¿Qué le ocurre? Permítame…

Tendió el pañuelo blanco y bordado con sus iniciales a la chica y luego se dirigió al supuesto novio. Ya no le parecía un individuo de aspecto peligroso, sino un chaval desesperado e infeliz, ignorante de la vastedad del universo femenino. Continuaba tan silencioso y cariacontecido como antes; casi sintió lástima por él.

—Me temo, señor, que debo reprenderle si ha sido usted quien ha causado estas lágrimas. ¿No le da vergüenza tratar tan cruelmente a un ángel como este?

Marisol, que intentaba secarse las lágrimas con el pañuelo

bordado con la «L» y la «V» —y las armas de los Velasco—, al oír aquellas palabras se descompuso del todo lanzándose a los brazos del marqués y hundiendo el rostro moqueante en la chaqueta de lino perfectamente planchada por Salvador, el ayuda de cámara.

—Yo… He intentado explicar… Pero no puedo hacer nada… No hay nada que hacer —dijo Rafael, con voz ronca.

Solo acertó a decir esto, murmuró otro poco más y sin acabar ninguna de las frases mal elegidas, dio media vuelta y, a paso rápido y sin mirar atrás, cruzó el jardín hasta la arboleda. Marisol temblaba, sin atreverse a mirar.

—¿Se ha ido?

León asintió.

—No… no puede ser… Tiene que volver.

Marisol se apartó del caballero y corrió hacia el prado donde las lavanderas tendían la ropa blanca del hotel, pero no vio a Rafael. Había desaparecido. Entonces las piernas se le doblaron y cayó, blanda, como ralentizada, sobre el césped mullido y recortado por los jardineros del hotelito. León miró alrededor: solo faltaba el curioso de turno… Pero una mujer en apuros necesitaba su ayuda, así que se inclinó sobre ella. Caída, respiraba con dificultad y mechones de pelo brillante se desparramaban sobre la hierba. Quizás era solo un mareo o un ahogo, pero algo tenía que hacer y no podía entrar con ella en el hotel sin exponerse a los comentarios malintencionados; además, había que preservar la condición de perfecto escondite del lugar.

Desmadejada, con la cara arrebolada, las lágrimas en las pestañas, el escote y los labios entreabiertos, Marisol le pareció de una belleza arrebatadora. El libertino encontró en su inocente soponcio cierta disposición a lo pecaminoso, asaltándole el acuciante deseo de beber de la fuente misma de aquella congoja.

Si hubiera sido más joven, o mejor, si Julia Doncel no se hubiera cruzado en su camino ni ocupara sus pensamientos de día y de noche —especialmente de noche— se habría aprovechado de la situación. Sabía por una larga, acreditada y estadística experiencia que no existe mejor momento para la seducción que aquel que encuentra al otro despechado, herido, lamentando haber sido injustamente tratado, cuando la pena y la ausencia se revuelven en el alma y la conmiseración hunde sus dientes terribles en el

corazón, más profundamente cuanto más ingenuo y principiante es el propietario de esa víscera traicionera. Obnubilada la razón por el dolor, la víctima llega a ver a quien antes despreció o ignoró como un alivio apresurado de su amargura. El victimario se cierne entonces sobre los rescoldos de un amor que aún abrasa, aprovechando que el objeto a seducir se halla vulnerable y despliega todas sus mañas de conquistador disfrazadas de conmiseración. Un clásico intemporal del que da cuenta la literatura perversa, dramática o jocosa.

Aquel don Juan que llevaba dentro León de Velasco había leído y había vivido mucho, pero esta vez no siguió las enseñanzas de sus licenciosos maestros dieciochescos y reprimió a tiempo el imperativo de perderse en la carne tan joven y tan pura, en el placer inmenso de descubrir nuevos territorios para regalarlos a Su Majestad el Deseo. Negándose a sí mismo, comenzó a fraguar en su ánimo una honda transformación, como si le hubiera llevado al arrepentimiento la visita de un espectro parecido al del Comendador. Pero el marqués no había dejado atrás su vida de calavera por miedo al infierno sino por otra razón muy distinta y esta, como bien sabían Tirso, Zorrilla y demás genios teatrales, no podía ser más que aquella del amor que abrasa y atormenta.

En el huerto de San Quintín crecían remolachas, patatas, tomates, berzas y pimientos. Julia, apoyada en la ventana de la cocina abierta de par en par, dio un sorbo al café espeso que casi ardía. Miraba cómo Melitona recogía verduras en la esquina más alejada del huerto. Tuvo envidia de la cocinera, de su mente y su cuerpo ocupados en menesteres sencillos: se agachaba para arrancar las patatas de la tierra, las limpiaba con cuidado e iba metiéndolas en el cesto que le colgaba del brazo. La imagen traslucía una armonía antigua y pacífica. Julia, en cambio, estaba agitada, nerviosa. Esa noche no había hecho más que dar vueltas en la cama honda y de colchón desvencijado de la pensión, en un duermevela que se le antojó la antesala del infierno; llegó a pensar que el día nunca llegaría. Algo desconocido le había arrebatado el sueño y la paz.

La mañana veraniega se desperezaba cargada de nubes grises, desapacible. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y rodeó con las dos manos la taza de porcelana para sentir el calor del café. Volvió a mirar por la ventana. ¿Cuántos años tenía Meli? ¿Sesenta? La

solterona que cuidaba de don Benito ya tenía el pelo tan blanco como el delantal, pero conservaba una voz dulce con la que cantaba en ese momento:

Ayer te vi que subías
por la alameda primera
luciendo la saya blanca
y el pañueluco de seda…
Dime dónde vas morena,
dime dónde vas salada,
dime dónde vas morena,
a las dos de la mañana.
Voy a la fuente de Cacho,
a beber un vaso de agua,
que me han dicho que es muy buena
beberla por la mañana.
Voy al jardín de Valencia,
a decirle al jardinero
que me dé una rosa blanca,
que en mi jardín no las tengo.
Dime dónde vas morena,
dime dónde vas salada,
dime dónde vas morena,
a las dos de la mañana.

Julia dejó la taza de café en el fregadero y ya salía de la cocina cuando vio cómo un hombre desconocido entraba en el huerto y hablaba con Melitona. No podía oír lo que decían, pero parecían conocerse bien. El hombre, un poco encorvado, tenía un aspecto bondadoso, amable, y sonrió al coger el cesto que Meli le entregó. Antes de irse, le dio dos besos en las mejillas y luego se alejó volviéndose un instante a saludar con la mano antes de marcharse cargado con el cesto de verduras.

La cocinera entró en la casa y entonces Julia vio algo increíble: Meli había rejuvenecido veinte años o más; se movía con una ligereza de muchacha, los ojos le brillaban y su rostro, borradas las arrugas, despedía luz. Ensimismada, se sorprendió al ver a Julia en

la cocina.

—Señorita…

—Perdona, Meli, pero no he podido evitar verlo: ¿quién era ese señor?

—Sí… es todo un señor, ¿verdad? —Se arreglaba el pelo con un gesto coqueto e inconsciente.

Julia no podía dejar de mirar a la mujer milagrosa.

—Es Emilio Carral —dijo con orgullo, como si el nombre fuera suficiente para explicarlo todo.

—¿Quién?

—Ah, claro… como es usted forastera… Pero aquí todo el mundo lo conoce. Es un hombre muy importante, ¿sabe? Siéntese un momento y le contaré… Porque quiere que le cuente, ¿verdad? —lo decía con una sonrisa pícara que la rejuvenecía aún más.

Claro que quería saber más.

—Era yo muy jovencita cuando entré a trabajar en la fábrica de jabón La Rosario. El dueño de la fábrica, que era aficionado a la música, me oyó cantar mientras trabajaba, y como patrocinaba coros, me recomendó al fundador de los Coros Montañeses. Ese era Emilio y así lo conocí, cantando. Entonces también era director del periódico *Adelante* y acababa de fundar la Escuela Laica. Hasta escribía obras de teatro, ya le digo que era muy importante. Aunque no lo crea, yo entonces era guapa y tenía muchos pretendientes, pero no quería saber nada de ninguno; para mí solo había un hombre: Emilio. Así le gusta que le llamen, sin el don. Fuimos novios. —Rio bajito, para sí—. ¡Hace ya tantos años que se le olvidan a una! Lo que no se olvida nunca es el momento en que una ha sido feliz, eso sí que no.

—¿Y qué pasó? —dijo Julia, intrigada.

—¡Qué va a pasar! Era yo muy niña y con la cabeza a pájaros. A esas edades no sabe una lo que quiere y lo que no. Justo cuando hay que tomar decisiones que nos marcan la vida entera. En fin, la verdad es que no me acuerdo de la razón, no sé si fui yo quien tuvo miedo o alguien metió cizaña, quizás un desencuentro, un malentendido… ¡Sabe Dios! Pero él se casó con otra. —Suspiró—. Mire, señorita… Ya que estamos de confidencias y como la veo mustia y tristona, perdone que le dé este consejo. No hay más vida que esta y por eso hay que vivirla. Mejor arriesgar y equivocarse

que quedarse toda la vida lamentando.

—¿Lamentando qué?

—El no haber amado.

Julia enrojeció hasta la raíz del pelo. Melitona siguió hablando como si nada.

—A Emilio ahora las cosas no le van bien, porque aunque sea honrado y trabaje de relojero está perseguido por culpa de la política. Es que es anarquista… Cada vez que viene el Rey se lo llevan al calabozo, diciendo que puede atentar contra Su Majestad. ¡Mi Emilio! Que no haría daño ni a una mosca. Y con todas esas bocas que alimentar… ¡Ocho hijos y veinte nietos! Eso sí, con unos nombres preciosos: Libertario, Marat, Lirio, Homero, Tenkia, Ondina… Su favorita es Coros Ceres, que también ha salido cantante. Ya le digo que como Emilio no hay ningún otro. De vez en cuando se pasa por aquí y como dinero no acepta porque es muy vergonzoso —la de veces que ha insistido don Benito para nada—, pues se lleva unos pimientos o unos tomates. Qué más podría hacer yo… Ay, si pudiera… En fin…

Se quedó callada, bajó la cabeza y se limpió una lágrima con el pico del delantal. La luz desapareció: había vuelto a ser una mujer vieja. Julia salía de la cocina cuando la oyó hablar sola.

—Hay que vivir, hay que vivir. Vivir.

No pudo Julia pensar en otra cosa durante todo el día. Una semana antes la historia de Meli le hubiera parecido banal, pero hoy le produjo algo parecido a una conmoción, como si estuviera conectada secretamente con ella. Intentó reflexionar sobre ello para no dejarse llevar por impresiones y sí por hechos, como hubiera hecho en una clase de biología. ¿Qué era aquel sentimiento que no conocía? ¿Por qué sentía todo su ser de manera diferente, como si cada poro de su piel tuviera mil ramificaciones nerviosas? ¿Qué significaba?

Caía sobre el centro del cabecero de la cama y allí recogía el dosel dorado con una mano extendida, plisándolo en destellos. Con la otra mano sujetaba la flecha, dirigida con intención hacia la cama y quienes la ocupaban. La escultura se alejaba de las habituales formas rollizas propias de una criatura, para representar un Cupido adolescente de ambiguas delgadeces, cabellos rizados y un rostro pícaro lleno de hoyuelos. El dios mozalbete sonreía, canalla y

cómplice, como si, a pesar de su juventud, conociera todos los secretos de las artes amatorias y vigilara con gesto de *voyeur* el cumplimiento de sus designios. Refulgía su piel de yeso blanco con las luces del día y brillaba la flecha dorada. El cabecero extendía unas alas de mariposa plagadas de figuras femeninas estilizadas, retorcidas en una orgía de cuerpos desnudos y melenas sueltas y túnicas y pliegues, al más puro estilo modernista.

Tórtola había traído la cama desde Londres. Allí tenía en propiedad un lindo apartamento con vistas a Hampton Court, el magnífico palacio que ocupara Enrique VIII y en el cual vagaba el espectro de Catalina Howard, la quinta reina, decapitada a causa de unos amoríos adúlteros. La bailarina relataba lo mucho que le gustaba recorrer, solitaria, las bellas salas del palacio renacentista con un propósito: encontrar al fantasma a quien muchos habitantes de Richmond upon Thames afirmaban haber visto en la figura de una dama con vestido largo y caperuza que atravesaba los corredores a paso rápido, como si huyera, profiriendo unos gritos de terror que helaban la sangre en las venas.

Siempre curiosa de lo sobrenatural y esotérico, Tórtola lamentaba no haber llegado a conocer a espíritu tan inquieto, pero sí defendía ante los más incrédulos la impresión anormal que solía producirse en la sala donde Catalina llamara a gritos a Enrique, a su rey, para que la perdonara: de pronto un aire frío, cortante como un cuchillo, estremecía al visitante, temeroso de que fuera el aliento helado de la enviada de ultratumba. Alvarito, entonces, solía regañarla por su gusto chabacano por las historias siniestras y la animaba a contar el cuento de la cama del Cupido: este sí que era sugerente y evocador, ya que, siempre según Tórtola, habría pertenecido al mismísimo Oscar Wilde.

Al parecer, el Divino Oscar habría encargado la construcción de un suntuoso lecho en París, durante su viaje de 1883. Después de innumerables retrasos, Wilde tuvo que regresar a Londres sin la cama, dejando encargado del envío a su amigo el poeta Paul Verlaine, una vez que los ebanistas terminaran aquella inacabable labor. En la correspondencia entre las dos celebridades, la dichosa cama se cita a menudo y Wilde lamenta haber pagado por anticipado a los incumplidores operarios. Parece que Verlaine, siempre en la más absoluta de las miserias, embaucó al inglés e hizo

suya la cama malvendiéndola a Claude Debussy, quien, inspirándose en ella —quizá tumbado—, compondría *La siesta de un fauno*. También misérrimo, Debussy vuelve a venderla, esta vez a Serguei Diaghilev, con quien había colaborado en distintos proyectos musicales. Fue el empresario ruso quien la cedió a Tórtola Valencia después de que ella se encaprichara de tan famoso lecho.

—¡Ay! Si se pudiera hacer una *interviú* a este tálamo… ¡Cuántas cosas nos contaría! —decía Álvaro, transido de admiración mitómana.

En este ilustre lecho despertó José Juan Reyes, después de una noche de pasión que nada tenía que envidiar a otras noches vividas por el fantástico mueble. Tórtola sacó la cabeza de entre las sábanas de seda y sorprendió a su amante absorto en la contemplación del Cupido de yeso, aquel guardián de placeres que miraba a sus presas con guasa.

—¿Te he contado la historia de esta cama? —dijo ella, reptando entre la seda y desperezándose como debería hacerlo la misma Afrodita antes de bañarse en su fuente de Beocia.

—Sí, anoche…

—Lo había olvidado: demasiado Bollinger. De hecho hay algunas cosas que no recuerdo…

—Espero que otras sí —dijo él.

Ambos rieron la salida pícara.

—Excelente *brut rosé*, por cierto. —El mexicano seguía observando el angelote situado sobre su cabeza.

José Juan Reyes podía ser un revolucionario, pero también era un caballero que sabía disfrutar de los placeres de la vida. No en vano su abuelo materno era un Gabiria, aunque este hubiera repudiado a su madre por casarse sin su consentimiento, en un rapto pactado, con Luis Carlos Reyes, un joven médico sin más fortuna que su oficio y sus principios.

Los Gabiria eran dueños de un enorme territorio en el estado de Morelos y siempre se consideraron más señores feudales que terratenientes, así que la afrenta sufrida por don Facundo Gabiria a manos de su única hija provocó la persecución de los dos impúdicos amantes, puesto que eso eran a los ojos del hacendado: que hubiera de por medio matrimonio y bendición de cura le parecía irrelevante; él, como el papa Sixto, mandaba más que Cristo. Reyes

y su joven esposa tuvieron que huir bien lejos de la ira mayestática del viejo Gabiria, y lejos de Morelos nacieron José Juan, Teresita y María de los Ángeles.

Solo una vez había visto el niño José Juan a su abuelo Facundo. Le pareció estar a los pies del Popocatépetl: aquella altura y la cabeza coronada de pelo blanco, el humo que salía de su pipa inglesa —nadie se había atrevido a mandarle dejar de fumar, de beber coñac o de andar con cuanta mujer apetecible se le cruzara— eran tan imponentes como la amenaza de un volcán. Había mandado llamar a quien era su nieto varón, y algunos tomaron aquello como un comienzo de reconciliación, pero el viejo siguió sin querer ver ni hablar a la hija repudiada ni al resto de su progenie. Echó un vistazo al niño y después le dijo a un peón:

—Toribio, trae un caballo al muchacho y enséñale hasta donde llegan las tierras de los Gabiria. Después te lo regresas a la casa.

Casi todo el día le llevó a José Juan Reyes recorrer los campos, plantaciones y alquerías que mostraban en todas partes una letra «G» enorme y solitaria. Ya anochecía cuando volvió a donde el viejo esperaba rodeado de toda su parentela; hijos, nueras y demás nietos callaban, conscientes de la solemnidad de la ocasión en la cual el supremo juez impartiría la justicia que había quedado en suspenso tras la ida de su hija favorita. Facundo Gabiria se levantó con esfuerzo de un enorme sillón frailuno, tallado en madera traída de España y claveteado de cordobanes rojos como un trono.

—Todo lo que has visto podría ser tuyo.

Los herederos temblaron en silencio.

—Y no lo será nunca por culpa de tu madre, una mala hija que desobedeció a su padre yéndose con un pelado. Díselo a esa perdida.

Doce años tenía José Juan y era delgado y leve como una pluma, pero se alzó todo lo que pudo, brillándole el orgullo en los ojos oscuros de los Gabiria, para contestar a su abuelo:

—Pues no le extrañe que yo, José Juan Reyes Gabiria, sea buen hijo y respete a mis padres y no tolere que nadie los afrente. Guárdese su tierra, abuelo, que yo no la quiero.

Y sin decir una palabra más, salió de la estancia y de la hacienda. Facundo echó una mirada fiera sobre sus hijos dóciles y mansos, sobre el resto de nietos, asustados por el terrible desplante

cometido por aquel insolente, imaginando que el abuelo mandaría a por él, quién sabe si para castigarlo a puro latigazo. Pero el viejo se dejó caer en el sillón diciendo:

—El único que merecía heredarme y tenía que ser hijo de ese pendejo. ¡Qué vida más perra, carajo!

Dicen que desde el suceso no volvió a abrir la boca ni para beber agua. A los tres días justos, Facundo Gabiria fue, sin que nadie lo advirtiera, hasta las cuadras de los caballos: una niñita, la hija de un peón, lo descubrió colgado de una viga.

José Juan iba para médico, como su padre, pero se cruzó en su camino la política y esta le echó a perder la carrera. El doctor Reyes no le reprochó nada: él mismo pertenecía al Partido Liberal Mexicano y leía a Kropotkin y a Malatesta, así que cuando su único hijo le confesó sus simpatías por la Revolución solo pudo brindar con él y decir: «¡Viva México!» La sangre caliente de los Gabiria y la rebeldía de los Reyes le bullía en las venas al joven José Juan, empujándolo a probarse en la batalla, pero algunos supieron ver en aquel joven decidido ese don que, sin restarle un ápice de coraje, hacía que todo el mundo le abriera las puertas de su casa y, de inmediato, confiara en él. Suponía una pieza más importante para jugar en el tablero de la guerra y pronto los mandos comenzaron a encargarle misiones delicadas, como buscar apoyos en los vecinos Estados Unidos.

En 1911 entró por segunda y última vez en la hacienda de los Gabiria: todos sus familiares habían huido antes de que las tropas de Emiliano Zapata, para muchos un bandolero, ocuparan y distribuyeran las tierras que con tanto empeño generaciones de Gabirias habían acumulado a fuerza de expolios. José Juan recorrió las salas vacías que nunca había pisado, solo recordaba la imponente escalera del vestíbulo. Los soldados la habían destrozado arrancando los peldaños y el pasamano para hacer fuegos delante de los que, al llegar la noche, bailaban y cantaban. Alguien del lugar, quizás un antiguo peón de la hacienda, había contado a Zapata que entre su gente había un Gabiria.

El caudillo era un campesino sagaz y ya había aprendido a no fiar en nadie, así que lo mandó llamar: tenía solo unos pocos años más que Reyes, pero a este le pareció un hombre muy viejo. Solo había visto cosa parecida en el rostro de los toreros: es el miedo,

que avejenta. Sin embargo, la gente decía que Zapata era un valiente, un corajudo, el hombre que moriría de pie en vez de vivir de rodillas. Lo adoraban. Pero él veía que Emiliano Zapata había abrazado a la Llorona y acariciado su espalda tenebrosa de árbol hueco, así que debía barruntar que el Tonatiuhichan, la «Casa del Sol» de los guerreros muertos en batalla, lo estaba esperando.

—¿Por qué piensa tanto? Venga, arrímese a platicar.

Reyes entendió que el líder se había fijado en él incluso antes de que le dijeran cómo se apellidaba, averiguando que no era como los demás. Ninguno de los dos lo era.

—Mi general, ya sabrá…

—¿El qué? ¿Que usted era uno de estos latifundistas? —Abarcó el aire con los dos brazos como si pudiera contener entre ellos toda la propiedad y el prestigio y los siglos de dominio de los Gabiria—. Antes de la revolución tenía yo hasta mi tierra volteada para sembrar… A estas horas andaría con mucha priesa, preparando la yunta para las siembras. Y míreme, no más: igualito a usted, uno que lo dejó todo para combatir la tiranía.

Lo decía con una sonrisa abierta, y Reyes se avergonzó de sí mismo.

—Yo no sacrifiqué nada, mi general… Esta hacienda era de mi abuelo Facundo, pero nada de esto me perteneció jamás.

El caudillo suspiró y se levantó del sillón medio quemado y destripado donde se había sentado: era el mismo que fuera como un trono para Facundo Gabiria aquel día en que recibió a su nieto José Juan.

—No piense tanto, Reyes. Es malo eso de comerse uno solo sus corajes. Solo somos instrumentos del destino…

Y con estas palabras oraculares, posó una mano sobre su hombro, una mano tosca de campesino que pesaba como siglos de injusticias. Luego Zapata le dejó atrás: tenía que ir con los suyos.

Todo aquello había pasado tan lejos de allí, que el tiempo también se había dilatado y parecía que sus recuerdos tuvieran cien años. Ahora estaba en aquella pequeña ciudad española atestada de gente que preparaba una guerra: podía olerlo en el ambiente, en las reuniones de los salones, en los conciliábulos del casino, en el secretismo de los *cabarets*, en la agitación de las altas esferas y el nerviosismo de los periódicos. Lo sabía, porque él había preparado

otra. Seguía mirando el Cupido sobre la cama estrambótica de Tórtola. ¿Por qué había recordado el día en que conoció a Zapata? Un brazo blanco apartó las sábanas y la cabeza rubia surgió acompañada de una risa argentina. Tórtola también rio y abrazó a Mimí. Se besaron en la boca sabiendo que él las miraba.

—No pienses tanto, José Juan… Ven… —dijo Tórtola, sin saber que hablaba con una voz del pasado.

Entre las dos arrastraron de nuevo al hombre bajo las sedas de la cama del Divino Oscar.

Un cielo en un infierno cabe

Hasta que decidió su marcha, don Ramón estuvo días paseando por el jardín de San Quintín mohíno y preocupado, la única mano a la espalda, la cabeza baja, las barbas de chivo sobre el pecho. El padre del marqués de Bradomín afirmaba sufrir de *spleen*, igual que su criatura. De pronto el ánimo se le ponía brumoso y frío como las costas gallegas pobladas de brujas celtas de donde provenía. Esa nostalgia de algo perdido o no vivido aún, solo podía apagarse con una huida; nuevos lugares, paisajes y paisanajes. A decir verdad, el primero en notarlo fue el pastor alemán, con la penetración prodigiosa de la intuición animal. *Hamlet* seguía a todas partes a don Ramón sin que este se diera cuenta siquiera. Finalmente, conmovido por esa presencia peluda cuyo silencio compartía mejor la tristeza que la mayoría de los seres racionales, Valle le compuso a su amigo un poema:

Nada le agrada tanto como dormir debajo de mis pies,
cuando se enoja y le largo de mí
vuelve sumiso a lamerme la mano.
Como sé que lo estima, se la entrego,
busca después mi mano cercenada,
y hocicando en la manga, da un gemido.
¡Llora por una mano que lamer, y yo lloro, señor,
porque quisiera darle una parte de mi humano ser!

Tras despedirse efusivamente de su anfitrión, de Rubín y de Julia —deseándole mucha suerte en su empresa proselitista—, marchó hacia un destino que seguramente él mismo desconocía. «Quizás a Madrid o a Galicia», dijo. Había recibido una carta de su esposa Josefina en la cual le pedía que volviera a casa, ya que su hijo

Joaquín estaba enfermo, aunque esto, el escritor, se guardó muy bien de decirlo.

Como el carácter de Valle era imprevisible y veleidoso, a nadie le pareció extraño su mutis. Julia sintió más que nadie su pérdida: las extravagancias de don Ramón la divertían, le permitían abandonar una melancolía que había intentado disimular pero que era del todo evidente para quienes la rodeaban. La dinámica y resuelta señorita Doncel ahora se pasaba las horas muertas triste, distraída; hasta incumplía o confundía los encargos de don Benito.

—A esta chica se le ha ido el santo al cielo —se quejó Galdós.

—El santo no, el marqués… —susurró Rubín.

Los dos lo habían averiguado sin necesidad de explicaciones. La fama de Velasco le condenaba de antemano.

—Si tenía que pasar…

—Pero ¿se sabe cómo ha sido? ¿Hasta dónde ha llegado, ese perillán? —decía Rubín, indignado y paternal.

Estaba subido en lo más alto de la escalera de la biblioteca, colocando unos nuevos volúmenes que le pasaba uno a uno, Galdós.

—Yo no quiero aventurar nada, pero hay muestras fidedignas de que él mantiene el interés —contestó el escritor.

Lo cierto es que no había pasado un solo día sin que el marqués de Argüeso hubiera enviado a San Quintín —incluso a la humilde pensión— notas, flores y preciosas cajas de bombones. Incluso se había hecho el encontradizo con el mismo Galdós una noche en el Ateneo; tras hablar de insustancialidades teatrales y políticas, pasó directamente a lo que le había traído hasta allí, que no era otra cosa que saber del estado de la señorita Doncel y asegurarse de que el insigne genio de las Letras le comunicase «sus saludos, junto con su más ferviente admiración».

—… Y de rondón coló un «espero que pronto volvamos a encontrarnos y, si es posible, en compañía de nuestra amiga común». Creo que pretendía que lo invitara a venir a San Quintín, pero dadas las presentes circunstancias no me pareció oportuno. Luego se fue con las de Valdivieso y el conde de La Laguna.

—¡Menudo gaznápiro! ¿Y usted, qué le dijo?

—Yo, pues qué le iba a decir… Lo normal. Además, él, a pesar de su elegancia tan correcta, me pareció nervioso, ansioso… A la legua se le nota que anda enamoriscado —cuchicheaba el insigne

escritor.

—O encaprichado, vaya usted a saber. Lo que no puede ser es que una señorita como Julia, que no es una de esas frivolonas con las que está acostumbrado a tratar, termine seducida como una boba por este don Juan. ¡Antes le canto las cuarenta! —contestaba Rubín, siempre fogoso.

—Pues yo creo que ha sido ella la que ha puesto tierra de por medio.

—Eso no se comprende sin que él la haya ofendido de alguna manera. Y conociendo al sujeto, lo más seguro es que haya faltado al sexto y que ella ya le haya pillado con las manos en la masa… de otra.

—Un poco rocambolesco, ¿no cree? Además, eso supondría alguna clase de compromiso. Y no consta en acta.

—¿Y por qué no va a constar? Ya sé que él es noble y ella del vulgo, pero no harían mala pareja. Al fin y al cabo si él sienta la cabeza y ella le quiere…

—Pero ¿usted se está oyendo? ¡Ha vuelto a leer esas infames novelitas de amor a mis espaldas, Rubín…!

En cuestión de amores, el canario era muy cauto: por experiencia de enamoradizo sabía que solo los amantes saben de veras lo que late dentro de sus corazones y, las más de las veces, ni siquiera ellos. También conocía bien, y en carne propia, la fuerza de las pasiones y de cómo arrastra la lujuria incluso a las almas más virtuosas, doblegando el juicio de los individuos más razonables. Aunque estos conocimientos no le hubieran servido de nada en su vida íntima, sus buenos cuartos le habían hecho ganar cuando los había puesto entre dos tapas y a la venta.

—Pues no sé qué tienen de malo… —rezongó Rubín.

Bajó muy digno de la escalera y fue hacia la ventana. Con rebeldía mal contenida, sacó la cabeza hacia el jardín.

—¡Julia! Qué hace ahí, mujer; venga, que Melitona va a traer la merienda.

Julia estaba en el jardín, sentada en el mismo banco donde una vez su tristeza por la muerte de la gitana Rosarito fue consolada por León.

—Ahora mismo voy.

Guardó el pañuelo en el bolsillo echando un vistazo a las

iniciales «L. V.», y se sintió culpable por ello. Quizá debía deshacerse de él… Pero devolvérselo, ni hablar. No había querido volver a encontrarse con León, ni darle a él la oportunidad de hacerlo. Sí, él era el culpable de que hubiera perdido su claridad de juicio, su presencia de ánimo. León la atraía como una luz peligrosa, desordenada, en la que se sentía abrasada como una frágil polilla. No, no podía permitirlo. Y, además, estaba Tórtola. ¿Cuál era el juego que se traía aquella pareja y qué pintaba ella en él? Aquella circunstancia triangular removía los recuerdos de un secreto infantil: el de aquellas irregulares relaciones establecidas por Segismundo Doncel con su esposa y las sucesivas maritornes que ocupaban a la vez cama y cocina. La desfachatez de Tórtola había tocado, sin saberlo, un lugar prohibido que permanecía enterrado en lo más profundo de su alma.

Ese leve toque tuvo las consecuencias de un terremoto, un seísmo más devastador por no ser Julia Doncel como las demás señoritas solteras, de las que se santiguaban o desmayaban por cualquier minucia y consideraban a las sufragistas unas mamarrachas, unas locas vociferantes peores que los anarquistas. Las mujeres que llevaban por bandera las ideas tradicionales —con sus hipocresías incorporadas— constituían un bastión muy difícil de tomar: con ellas no cabía labor proselitista, así que a ninguna pudo convencer sobre las bondades del derecho al voto —con los hombres no lo intentaba por no exponerse a la rechifla general—, un derecho que reivindicaba, en realidad una afirmación de la propia feminidad. Pero estas profundas cuestiones las más de las veces no llegaban a las entendederas de su auditorio: las damitas de buena familia salían del colegio de monjas donde habían aprendido las cuatro reglas, a aporrear un piano y a bordar, aleccionadas para luchar con uñas y dientes, sí, pero por hacer «una buena boda» y criar cachorros como los animalitos. Si no llegaba el buen partido, al menos que apareciera cualquiera con tal de que llevara pantalones, porque la desgraciada que se quedaba soltera se convertía en una apestada social, una fracasada a quien no le quedaba más remedio que hacer novenas y envidiar la felicidad ajena hasta morirse. Casi todas estas señoras consideraban que las ideas de Julia y de otras como ella solo podían traer hostilidad y disputas a los hogares de bien. O lo que era peor: el caos y el

desorden moral.

Tenía Julia una pequeña fotografía sobre la mesilla de noche de su habitación en la pensión de doña Úrsula. Era el retrato de una mujer de mediana edad pero con una expresión aún juvenil, bien vestida, que posaba muy seria. Desde el mismo día en que Julia Doncel llegara a la pensión, la patrona había registrado a conciencia los bártulos de la sospechosa joven que se atrevía a viajar sola, con el fin de hallar alguna prueba que le permitiese ponerla de patitas en la calle.

—Una joven como Dios manda no va por ahí sola, ni hace la guerra por su cuenta —decía para sus adentros doña Úrsula, siempre vigilante de la honorabilidad de su establecimiento.

Tras el chasco de no encontrar nada más que libros incomprensibles, recado de escribir y ropa muy modosita, se fijó en la fotografía: aficionada a los melodramas del Teatro Principal —no se perdía uno— decidió que había encontrado el retrato de una hermana muerta cuya pérdida había trastornado por completo a la pobre señorita Doncel. Desde entonces, la morsa agitaba sus bigotes con más benevolencia, sentándola a su lado en las pocas ocasiones en que Julia cenaba en la pensión, como especial deferencia. Porque doña Úrsula, como viuda de un capitán de la marina mercante era muy partidaria de los usos navales: incluso anotaba día a día las incidencias de la pensión en un cuaderno de bitácora.

La fotografía que tanta curiosidad había provocado en la vieja cotilla de doña Úrsula no correspondía a ningún familiar ni pariente: era un retrato de la sufragista Emily Davison. Brillantísima estudiante, había tenido que renunciar a continuar sus estudios al quedar huérfana de padre. Obligada a trabajar como institutriz y maestra de escuela, aún le quedó tiempo para ingresar en un colegio femenino de Oxford —en el curso oficial no permitían la entrada a las mujeres—, licenciándose con honores. Desde que comenzara sus actividades reivindicativas, fue detenida y encarcelada en muchas ocasiones, acusada de varios delitos, entre ellos intentar atacar al ministro de Hacienda, Lloyd George. Huelgas de hambre y una «caída» por una escalera en la cárcel de Holloway le dejaron secuelas, pero no le impidieron seguir en la lucha. Hasta que durante una manifestación en el hipódromo de Epson fue arrollada por un caballo y murió a causa de las heridas tres días

después. El caballo que la mató pertenecía al rey Jorge V. Julia había leído una y otra vez esta circunstancia anecdótica y tuvo una sensación de alumbramiento cuando se le ocurrió la idea, como si la propia Emily le hablara desde el más allá indicándole lo que debía hacer. Sí, ese era el camino y no otro. Julia llegaría hasta el Rey de España para hacer pública reivindicación del ideario que había llevado a Emily a la muerte. En la tumba de Emily se leía el lema «UPSM»: «Hechos, no palabras». Y desde entonces fue también el suyo.

Julia se levantó del banco de azulejos morunos y entró en la casa. En el salón, bajo la discreta pero atenta mirada de los dos señores, recorrió dos o tres veces la sala, se sentó al piano, se levantó, hojeó un libro y luego desordenó unos papeles que llevaban ordenados y clasificados desde hacía días. Ni don Benito ni Rubín se atrevieron a decir nada. Menos mal que Melitona entró en la sala.

—¿Se puede? —dijo la buena de Meli.

—¡Al fin! —contestó Rubín, como si hiciera un aparte en el teatro.

La cocinera dejó sobre la mesita una bandeja con churros y bizcochos de soletilla, la jarra de chocolate y las jícaras, el agua y el azucarillo para don Benito, que era muy goloso y se había acostumbrado a tomar el chocolate a la madrileña, tras muchas amanecidas en la chocolatería de San Ginés. Mientras que Rubín y Galdós se lanzaban como fieras a la ansiada merendola, Julia dijo:

—No, gracias; solo tomaré un té.

Meli se dispuso a dar un consejo con la autoridad que le daban los años pasados en aquella cocina sirviendo manjares a grandes y preclaras mentes: estaba convencida de estar contagiada por los efluvios que habían dejado por toda la casa, como si la sabiduría fuera un catarro.

—Señorita, sepa que así, comiendo mal, no se puede pensar con claridad: la debilidad no es buena consejera.

Satisfecha, observó cómo su consejo no caía en saco roto: Julia obedecía y cogía la taza de chocolate, incluso mojó en él un sutil bizcocho de soletilla. Era cierto, reconoció Julia: necesitaba pensar con claridad y coger fuerzas para enfrentar los posibles contratiempos de su misión. No podía dejarse llevar por

sentimientos que podrían calificarse de «románticos». Le costó hasta pensar en aquella palabra desagradable.
Hacía gala de un mutismo de cartujo salvo en los ensayos. Entonces, el individuo frío y distante se volcaba en el trabajo con pasión inusitada. Repasaba cada movimiento, cada gesto, obligándola a repetirlo una y otra vez, sin descanso, incluso cuando ella, agotada, suplicaba dejarlo. Si entonces fruncía el ceño o con una frase, le recordaba lo difícil que resultaba permanecer en el firmamento del estrellato, ella seguía bailando aunque le sangraran los pies.

Curro ejercía sobre Tórtola un poder que nadie tenía —aunque fuera del terreno profesional pasara a ser ignorado— y ni él mismo podía entrever la razón de ese dominio. Con su aire aflamencado, tan delgado y moreno, siempre con un gesto grave, casi dramático, Curro evocaba la figura del padre de la niña Carmen, un artista ambulante que la obligaba a bailar sin cesar en la calle, por unas monedas. Esos eran los recuerdos de su primera niñez: viajes continuos, incómodos, lugares infectos, países extraños, otros artistas paupérrimos que hablan mil lenguas distintas, y sueños inquietos en noches al raso. Para ese padre nunca hacía nada bien, mucho menos bailar; «¡Qué niña tan torpe!» «Carmencita no sirve para nada». «¿Estás cansada? ¡Arriba! ¡Aquí se trabaja o no se come!» Nunca tuvo una palabra de cariño o de admiración, siempre exigente, rígido, reclamando más esfuerzo, más trabajo, más y más. Deseaba tanto agradarle… Lo hubiera dado todo por una palabra de aprobación que nunca llegó. Siempre jurando, jamás satisfecho, refugiaba su frustración en el aguardiente, y si había bebido mucho, la pegaba igual que a la madre silenciosa, rendida. No debió de hacerse querer la pequeña Carmen pues, a pesar de sus empeños, no pudo evitar que sus padres la dejaran en manos de sir Thomas. Supo luego que con las buenas libras esterlinas que el caballero pagó por ella, compraron unos pasajes para México y a ella la dejaron en Londres; la última noticia que tuvo de su paradero es que habían llegado a trabajar en un local de Oaxaca, y nunca más volvió a saber de ellos.

Recordaba cuando sir Thomas la tomó de la mano —la niña aún con chorretes pringosos en la cara llorosa— y la llevó de aquel barrio gris y sucio a una casa enorme, con criados y una escalera que parecía llegar hasta el cielo. En medio de la habitación había

una caja de cristal como una urna con cerradura, y dentro de ella, lo más precioso que había visto jamás. La figura de una japonesa de rostro y manos de porcelana vestida con un kimono de mil colores, la cabellera negra —de pelo natural— sujeta en un moño adornado con agujas de cristal. La muñeca parecía moverse con sus pasos cortos, como sorprendida, en un gesto suave, de *geisha* complaciente, la cabeza agachada sobre el cuello grácil para mirar con unos ojos rasgados que parecían vivos. Sir Thomas le puso en la mano una llavecita diminuta de la que colgaba una borla de seda carmesí. Cogió esa llave y la apretó con fuerza. Ya no volvió a llorar.

Ella, la niña Carmen, era la muñeca de sir Thomas, su capricho de vejez. Fue generoso con sus antojos infantiles, pero también mandó que le enseñaran música, pintura, cinco idiomas y todo lo necesario para convertirla en una damita: «*my little lady*».

El objeto de lascivia del caballero que acudía todas las tardes a su club con elegancia impecable, siempre decoroso y digno, a veces era exhibido en teatros y paseos con el flaco disfraz de «sobrina lejana» o «hija de un pariente destinado en la India». Esto no escandalizaba a nadie: otros *gentlemen* mantenían dobles —y hasta triples— vidas sin menoscabo de su honorabilidad, siempre que aquellas prácticas no pasaran a ser públicas, por ejemplo, mediante una boda. A sir Thomas o cualquier otro le hubieran castigado al ostracismo social si hubiera osado desafiar a su clase casándose con su protegida, pero eso jamás pasó por su mente. Estaba totalmente a favor de aquel orden tan conveniente que trajo la moral victoriana: era, ante todo, un caballero.

La jovencísima Carmen lloró lágrimas verdaderas cuando murió el hombre que la compró: entonces comprendió que no tenía a nadie en el mundo. Porque si el vivo fue generoso, el muerto no le dejó nada: a efectos legales Carmencita no existía; los sobrinos y herederos pusieron de patitas en la calle a la muchacha cuando el cuerpo del finado todavía no estaba frío. La calle era lo que más temía y tuvo que volver a ella, pero ahora era fuerte: escaparía, era libre, nadie sería su dueño. Este era el secreto mejor guardado de Carmen Tórtola Valencia, aquel por el cual había inventado una biografía laberíntica en la que a veces hasta ella misma se perdía.

Hacía tiempo que sufría una pesadilla recurrente, que solo

espantaba con su pipa de opio. Estaba en una calle londinense cogida del brazo de un caballero a quien no veía la cara y, al pasar frente a un escaparate, se quedaba mirando unas zapatillas de *ballet* de rojo satén. Su acompañante le compraba las zapatillas y ella, feliz, se las calzaba y anudaba. Entonces bailaba. Bailaba sin cesar, en la calle, entre los automóviles y los tranvías, entre la gente que la ignoraba como si fuera invisible, sin poder parar, como si las zapatillas tuvieran voluntad propia y la llevasen a algún lugar que solo ellas sabían. Gritaba pidiendo ayuda, pero nadie podía verla ni oírla y continuaba danzando a través de una ciudad construida con retazos de otras, a veces París, a veces Londres o Madrid, hasta volverse en un lugar irreconocible, extraño y hostil del que deseaba escapar. Pero las zapatillas no la dejaban. Y entonces veía por fin su salvación: unas vías, una estación de tren; la única manera de librarse de aquella maldición; huir en aquel tren que se acercaba pitando y expulsando chorros de vapor. Tórtola intentaba llegar hasta él y subir cuando ya estaba en movimiento, con sus ruidos de máquina insensible: se acercaba cada vez más, estaba a punto de coger aquel tren en marcha… Entonces se daba cuenta de que las zapatillas no querían subir al tren: no lo permitirían; aquellos objetos malignos querían que el tren la arrollara y la arrastraban a esas vías donde moriría aplastada. Y se despertaba.

—No, así no… ¡Vamos, más arriba!, el brazo en lo alto como si fueras a alcanzar la luna. Así, otra vez… *Da capo*.

Tocaba el piano maravillosamente, y el arpa, el violín y la cítara, también cualquier instrumento de percusión aunque no lo hubiera visto antes. Cualquiera envidiaría la facilidad de Currillo para todo lo relacionado con la música, ya fuera como intérprete, coreógrafo o haciendo arreglos a las partituras, mejorándolas siempre. Con un sentido teatral exquisito, completo, sabía cómo integrar el vestuario y los decorados, el juego de luces y la puesta en escena de cada número. Tenía un don. Tórtola era cada vez más consciente de su dependencia de Curro y esto no le gustaba nada, pero también admitía que sus espectáculos habían logrado una perfección que antes ni se hubiera atrevido a soñar. Y había aprendido tanto con él… ¿Cómo podría prescindir de sus servicios?

A diferencia de la inmensa mayoría de los artistas, Curro Muñoz nunca hablaba de sí mismo o de sus logros, de sus giras ni de sus

éxitos. Por terceros sabía ella que había viajado por el mundo entero con mil compañías. Fue el mismo Diaghilev —otra vez— quien se lo recomendó: hacía más de una década había asistido a un espectáculo flamenco en San Petersburgo y tanto le impresionó aquel jovencísimo español que tuvo el buen tino de contratarlo para hacer una sustitución en sus *ballets* rusos. Curro viajó con su compañía —aprendió todo lo que pudo del gran Marius Petipa—, y después con muchas otras, por todo el mundo. Luego tuvo que abandonar la danza: aquellos andares juncales escondían, según él, una lesión en la cadera provocada por un demasiado forzado *tour en l'air*, aunque no mostrara cojera alguna. Ya había oído Tórtola que estas afecciones fantasmales, entre el deterioro físico y la manía obsesiva, eran comunes entre los bailarines. Tenía pavor a sufrirlas también.

—Cada baile es una historia, un cuento… Representación… Una máscara. Tú eres su intérprete y siempre debes permanecer al servicio de ese arte. Al salir al escenario te conviertes en la portadora de la máscara, la única persona a quien se le permite hablar, comunicar una idea que eleve el alma, que nos haga mejores. Nuestro arte es divino y tú, la sacerdotisa de esta religión, que ofrece su danza en forma de liturgia para que el público sepa que asiste a una manifestación de lo sagrado. Una catarsis teatral es como ir a comulgar, pero mejor… Eso es… Cuando las luces del teatro se enciendan todos deben quedar traspasados, transformados como por una Verdad Revelada.

Tórtola no sabía de dónde sacaba Currillo aquel discurso tan elevado. Nunca le había visto leer un libro, ni asistir a ninguna conferencia ni estudiar a otros bailarines: parecía que aquella sabiduría saliera de su boca inspirada directamente por los dioses paganos de la Antigüedad, por las danzas mágicas que inventaba para evocar a los espíritus bienhechores celebrando al Sol u honrando a los muertos. Aquellas ideas seudomísticas conectaban con la búsqueda espiritual de la bailarina y unieron a los dos artistas en una íntima comunión mucho más poderosa que la carnal. Tórtola convirtió a su ayudante en una suerte de Oráculo de la Danza y no daba un paso —literalmente— sin él. Pero a Curro esto no le parecía importante, como si viviese aislado en un mundo privativo, inaprensible y superior, donde nadie penetraba.

Aparte de sus logros como danzarín, nada se sabía de él, ni Tórtola ni los que trabajaban con él en el teatro. Nadie conocía los pormenores de su existencia, ni de dónde era ni dónde vivía ni cómo ni con quién. Se daban por hecho sus relaciones ambiguas con otros hombres y no porque se supiese de ninguna relación concreta, sino porque frecuentaba nocturnos establecimientos a los que acudía bizarrísima marinería y capitanas de caballería a la busca del «pecado estéril»; también por sus afectados aires de plumerío cañí. Pero eso tampoco parecía dejar ninguna huella en su entorno, ni en sus costumbres ni en sus estrictos horarios de trabajo.

—Todos somos seres teatrales, pero el público no lo sabe. En el momento en que subes a un escenario ya no eres tú, sino todos y cada uno de los personajes y todos y cada uno de los espectadores. Al bailar tienes que hacerte uno con el público, respirar a su compás, hacer latir los corazones como si fueran uno. Laten, están vivos. Y su silencio hablará como si fuera un grito, un alarido que te turba, que te eriza la piel: estamos aquí, dirán sin palabras, por ti, para ti… Y sentirás los aplausos como oleadas de amor que te elevan por encima de las cabezas de los mortales, un amor inmenso y poderoso como no hay ninguno sobre la Tierra. Ese amor es un salvoconducto, un pasaporte que te permite hacer lo que quieras, llevarlos contigo a donde tú quieras, haciéndoles creer por un momento que al verte ven por primera vez un río, una flor o una nube de tormenta, que sienten por primera vez el viento en su cara, que entienden palabras difusas o sutiles como «sublime», «misterioso» o «amor». Tú puedes hacer ese milagro, Tórtola.

Ella se alimentaba de estas prédicas, y aunque hubiera bailado durante horas ya no sentía agotamiento ni cansancio alguno.

—*Napuravari* aún necesita pulirse, lo sabes muy bien —dijo Curro.

Tórtola se había inspirado en el nombre de la diosa hindú de la fertilidad para este número, aunque la prensa y los aficionados lo bautizaron como *La danza de la serpiente* y la crítica se entusiasmó con aquella fantástica recreación. Lo había representado solo una vez, en el Theater an der Wien, el teatro construido en 1798 por Emmanuel Schikaneder —el masón libretista de *La flauta mágica* de Mozart— que durante el siglo pasado fuera meca de la opereta vienesa, con enorme éxito. Pero eso solo había sido un ensayo

general para el perfeccionista coreógrafo. La bayadera salía a un escenario sombrío —apenas salpicado con cambiantes luces verdes y doradas— envuelta en un vestido de lentejuelas en forma de escamas, tan ceñido que marcaba sus curvas cimbreantes, la cola de la falda enroscada en los pies ocultos; los brazos, la espalda y el escote desnudos, el pelo recogido en un tocado en forma de diadema caída sobre la frente, las manos adornadas con dos grandes sortijas de cristal verde que destellaban como si estuviesen vivas: eran los ojos de la serpiente.

En el salón vacío de muebles usado como sala de ensayo, la voz imperativa de Curro lo llenaba todo.

—Los brazos hacia arriba, más… Capaces de alcanzar las estrellas. Ahora detrás de la cabeza, hacia atrás. Todo el cuerpo debe estar empujado por los brazos y la cadera. Gira haciendo espirales, ondulaciones: siente cómo das vueltas…

La danza travestía a la bailarina en una cobra de la India con la cabeza levantada, sostenido el largo cuerpo sobre su propia cola, dispuesta a lanzarse sobre su presa para morderla y emponzoñarla con su veneno, pero el poder de la música extraña, cadenciosa, lenta y casi monocorde lograba hipnotizar a la serpiente, domeñándola. Tórtola ralentizaba los movimientos forzando cada músculo hasta la extenuación, en un esfuerzo físico y de concentración que la dejaban agotada.

—No, mal… Así no… La cabeza más alta, las piernas relajadas, equilibrando el peso. ¡Otra vez!

Llevaban más de dos horas y aquellos tres pasos le resultaban imposibles.

—No puedo hacerlo, Curro… No puedo. Será mejor cambiar el movimiento. Desde aquí no puedo tomar el *élancé*…

—¡No y no! Si te rindes volverás a ser una bailarina del montón. ¡Recuérdalo!

Lo intentó, pero las piernas le fallaron; cayó al suelo, agotada, y rompió a llorar. Curro podía ser implacable. Casi tanto como el mismo Arte, capaz de convertirse en el mayor de los tiranos, un amante siempre dispuesto a engañar, a burlarse de sus adoradores, a destrozarlos hundiéndolos en el fracaso.

—Mañana seguiremos… Y lo cogeremos desde aquí. Antes realiza los ejercicios de calentamiento que te he dicho. Al menos

durante un par de horas. Y nada de beber hoy. Ni una gota de vino. A partir de ahora, se acabaron los excesos: eso si quieres llegar a presentar el número ante el Rey y la Corte. Tú decides.

Tórtola, desde el suelo, asintió sin mirarlo, con los brazos sobre la cara. Caída sobre un costado, encogida sobre sí misma, parecía pequeña y frágil. Curro no se apiadó de ella: la dejó allí, vencida, y sin decir una palabra de aliento, salió de la casa.

En el jardín encontró al galante señor Reyes cargado con un gran ramo de flores, dispuesto a visitar a Tórtola. Ambos hombres se saludaron con un «Buenas tardes» y una imperceptible inclinación de cabeza, pero el mexicano recordó que ya había visto antes a aquel sujeto: reconoció su porte y sus andares elásticos de bailarín. Sí, estaba seguro y lo corroboró al mirarlo mientras se alejaba. Al llegar a la puerta acristalada de la finca, tiró de la cadenita y esperó. Al poco apareció la linda Susanna, la doncella de Tórtola, quien, sin abandonar su neutra sonrisa y para sorpresa de Reyes, le negó la entrada.

—La *signora* siente mucho no poder recibirle… Pero le agradece mucho el presente.

Y haciendo una graciosa reverencia, cogió el ramo de lirios y tulipanes y le cerró la puerta en plena cara. El asombro de José Juan no tuvo límites: no estaba acostumbrado a que ninguna mujer jugase con él de esa manera, porque eso, era evidente, es lo que había ocurrido. Por lo visto la diva se había cansado ya de él. Tres días y tres noches de ardorosos combates entre las sábanas de la extravagante cama de Tórtola, durante los cuales creía haber dejado el pabellón bien alto, tanto con ella como con la preciosa esposa del embajador francés —lo cual añadía un delicioso sabor al asunto— para que ahora se le despidiese de mala manera… Además, esto constituía un contratiempo de otra índole y esta ya no tocaba en su orgullo de varón ni en el estropicio hecho en su exigua bolsa de revolucionario por el alquiler del semental destinado a impresionar a la estrella con sus dotes de jinete. Meditabundo, Reyes dio media vuelta y salió del jardín dejando atrás el selecto barrio de chalets y mansiones. Encaminó sus pasos hacia el Casino y su bullicioso trasiego de veraneantes dispuestos a dejarse una pequeña fortuna en la mesa del bacará.

No advirtió que una sombra esquiva y flexible le seguía.

Abadía enrollaba sus telas, guardaba sus dibujos y empaquetaba los lienzos.

—No hay manera… Este cuadro está gafado. Esto es lo que pasa por trabajar con aficionados. ¿Cómo no has dado con él? No me trago que no sepas dónde se mete un fulano como este.

Álvaro Retana se encogió de hombros.

—Estos tunantes son de una informalidad exasperante. Le habrá parecido que ya me ha sacado lo suficiente para tres días de borrachera y con eso se da por satisfecho. Gentuza… —añadió Abadía, quejoso.

—No vienen al caso esas palabras tan gruesas, ya que no es el primer modelo que te deja plantado, querido. Ni la primera modelo. Como tú dices, son muchas las tunantas que han pasado por tus pinceles… y por más sitios de tu propiedad.

El pintor miró a Retana furibundo.

—Lo dejo, abandono… Seguiré con retratillos alimenticios. La de Riofrío quiere que pinte a su hija, una jovencita en la edad del pavo llena de granos. Le va a salir caro a la mamá. Y tú, Tórtola, ¿no dices nada?

La aludida, con el pelo aún húmedo envuelto en un turbante y el cuerpo en una bata japonesa, oloroso de un largo baño de sales, tumbada en la *chaise-longe*, respondió sin mucho interés, dolorida por los esforzados ensayos y por el rigor de su coreógrafo.

—Puede que le haya pasado algo al chico.

Álvaro la miró con una sombra de miedo.

—¿Tú crees?

—No me refiero a algo grave. Quizás haya tenido compromisos…

—¿Compromisos, ese pelagatos?

—Nada sabemos de los demás como para juzgarlos con tanta severidad, Abadía —zanjó la diva.

Picado, el pintor no contestó. Esa misma tarde cogería el tren para Madrid. No le apetecía volver a la capital en plena canícula, pero la de Riofrío era una viuda caprichosa y millonaria: esperaba sacarle un buen pico. Ya había perdido bastante tiempo con las locuras del grupito tortolesco; tenía que ir preparando la exposición de París que un importante galerista judío pensaba organizarle en otoño y andaba muy retrasado…

Abadía se despidió de sus compañeros, no sin antes soltar unas cuantas imprecaciones más contra la burguesía y su gusto filisteo para luego abundar en críticas acerbas contra los artistas falsarios y los marchantes aprovechados. Álvaro y Tórtola se guardaron muy bien de contradecirlo y aguantaron el chaparrón hasta que quedaron a solas.

—Ya se le pasará el berrinche, no tiene importancia. Me preocupa más el tuyo.

—Hija mía, vaya indirecta…

El escritor de novelitas frívolas estaba sentado al piano y de vez en cuando hacía sonar una tecla, intentando disimular su desasosiego sin conseguirlo. Dando impulso al taburete giratorio, dio una vuelta sobre sí mismo, y otra, y otra. Cuando se cansó de girar, le dijo a Tórtola:

—En fin… Quizá sea lo mejor: seguro que es un tunante, como dice Abadía.

—Aunque te hagas el cínico, sé que estás colado por el chico.

—¿Tú crees? Solo son lujurias hipotéticas. No me hace caso. Y eso que estoy suculento, apetitoso…

Ella lo conocía muy bien y podía ver lo que a otros ocultaba con sus bufonadas, con sus intrascendentes letras de cuplés, con sus maneras de títere afectado, con su huida hacia delante.

—No sufras, Álvaro.

—No, eso nunca.

Álvaro se sentó junto a Tórtola y cogiéndole la mano, se la llevó a los labios con infinito respeto.

—Eres una buena amiga, querida Carmencita.

—Ve a buscarlo. Vamos, ve.

El encanto de lo prohibido

Qué dolor. Cada lágrima de ella le clavaba un hierro al rojo, retorcido, que se hundía hasta perderse en su interior.

—Pronto me olvidarás.

Eso le había dicho, pero no lo creía. De hecho, le parecía insoportable, aterradora, la idea de que le olvidara. No había quedado más remedio que decir aquellas palabras que le abrasaban la boca. Había ido hasta allí para pronunciarlas, pero por eso mismo había tenido también que volver a verla, aunque no pudiera darle ninguna explicación, aunque le tomara por un desalmado. Y todo eso, habiendo desobedecido a Tomás.

El viejo rencoroso y solitario se había dado cuenta de que Rafael cada vez pasaba menos tiempo en la casa y, desde entonces, le escudriñaba con un celo de perro pastor, controlando sus idas y venidas. La excusa de que se pasaba las horas trabajando para unos artistas burgueses se acabó cuando los mandos de la Organización volvieron a poner en marcha la operación.

—Quítate de la cabeza el volver allí: hay que extremar las precauciones.

—Pero… Si me echan en falta puede que empiecen a preguntar…

—¿Los artistas? Esos van a lo suyo, siempre. Te han usado mientras les duró el capricho y ahora de seguro encuentran un repuesto para ti.

Pero no podía estar sin ver a Marisol. Y siguió viéndola. Tomás comenzó a desconfiar de él, lo vigilaba, ni un momento tenía sin sentir su mirada en la espalda. Hasta que un día se interpuso entre él y la puerta.

—Tú no vas a ninguna parte. ¿Qué va a hacer por ahí un chaval que no conoce a nadie?

Y tuvo que decirle la verdad por miedo a que le creyera un

delator. Había conocido a una chica. Solo eso… Muy joven. No sabía nada. No le había dicho nada.

—No vuelvas a verla. Estás arriesgando la misión, pero también la estás poniendo en peligro. A ella.

Sonaba una y otra vez, en su cabeza, como un golpe: «No vuelvas a verla…» Tomás le había abierto los ojos: si le cogían con ella… El propio Rafael, a quien esperaba ver cada día llena de ilusión, podía ser su perdición: la detención, la cárcel, la vergüenza y quizás algo peor. Terribles amenazas se cernían sobre ese ser inocente y todo por su culpa: la adoraba, pero no podía traerle más que desgracia. Prometió al viejo que no iría, que no la vería más, dándole la razón; había sido irresponsable y egoísta, no volvería a hacerlo… Lo dijo convencido, pero al poco sintió que nada de lo dicho era verdad, que tenía que verla, al menos una vez. Solo una. No iba a desaparecer de su vida sin más, como un perro sin dueño; no podía.

Durante el día, Tomás no le quitaba ojo de encima: su cómplice debía conocer mejor el alma humana de lo que aparentaba tras su laconismo coriáceo. Por la noche cerraba con llave la puerta de la habitación de Rafael.

—Para evitar tentaciones.

En el cuarto del muerto, entre las cuatro paredes encaladas, el armario desvencijado, la silla de enea, el catre con la colcha descolorida y repasada, Rafael se moría de angustia. Por la ventana abierta, escuchaba el lento compás del cuchillo dando tajos a la madera. Los tacos gruesos habían empezado a coger forma, pero Rafael no adivinaba de qué: tampoco lo preguntó, no parecía sino una manía más del viejo, incapaz de estar ocioso.

No lo pensó mucho: cuando cesó el golpetear de la madera y se apagó el farol fue hacia la ventana abierta y saltó. No notó el dolor durante el camino nocturno que recorrió para encontrarse con Marisol, aunque se había hecho daño en los tobillos y las rodillas al saltar los más de tres metros de altura que había desde la ventana de la casa de Tomás hasta el suelo. Tampoco sintió frío ni cansancio, ni el rocío veraniego pegándose a la piel, a la ropa. La hierba estaba alta y pequeñas flores mojadas se le adherían a las botas.

Cuando llegó al hotel donde ella trabajaba todavía era de noche:

se apostó entre los árboles que daban al prado en la trasera del edificio y esperó mientras el discurrir de las horas se le antojaba una cadena perpetua. Al fin amaneció y el hotel comenzó a despertar desplegando una gran actividad, con gente que entraba y salía con provisiones; el lechero, el panadero… Pero no ella. La impaciencia le consumía: ya no pensaba en otra cosa que en verla, todo lo demás había desaparecido de su mente, incluso el motivo de su presencia allí.

Cuando apareció en la puerta de servicio cargada con un cesto y empezó a recoger la ropa seca tendida, igual que el día en que la conoció, sintió un increíble deleite al poder observarla así, desde lejos, sin que ella supiera de su presencia. También tuvo miedo. Miedo de perderla para siempre. Ya se iba; caminaba hacia el patio que conducía al interior del edificio. «No, no te vayas… aún no». Salió de entre los árboles. «Estoy aquí, vamos, date la vuelta. Lo sabes, he venido por ti… Si te das la vuelta y me ves, es que me quieres». Entonces Marisol se detuvo. Y se volvió. Rafael tuvo deseos de gritar, pero no lo hizo. No recordaba nada de lo que le dijo. «Pronto me olvidarás». Sí que recordaba sus lágrimas, su gesto de sorpresa, la aparición de aquel caballero amigo de Tórtola que le reprendió por hacerla llorar, su impotencia y la huida. Huir, alejarse de la tentación de contar la verdad. Porque, ¿cómo podría entender ella nada de lo que ocurría si ni siquiera podía hacerlo él? Quizás era mejor así: que le creyera voluble y falso, mejor eso que enfrentarse con el miedo, el reproche. Ella pronunciando la terrible palabra: «asesino».

Durante lo que le parecieron horas caminó sin rumbo, sin saber qué hacer, con la cabeza embotada por la angustia y los pies arrastrados, como de plomo, como si pertenecieran a otro, a un muerto. No podía volver a casa de Tomás, ahora no; no soportaría sus recriminaciones. Y, entonces, sin darse cuenta, se encontró frente a la casa de Tórtola.

Poco después del amanecer, más o menos a la misma hora en la que Rafael se encontraba con Marisol, los agentes llegaban a la casa de la que había huido. No encontraron más que a un viejo hosco que vivía de cuidar las cuatro vacas que le pertenecían. No, no había visto a nadie. Sí, vivía solo. Era viudo y sin hijos. Antes de irse revolvieron todo, también el cuarto vacío, pero no la cuadra

destartalada: pasaron de largo, no querían mancharse de estiércol. Los policías se fueron con las manos vacías. Al verlos marchar, Tomás celebró que el muchacho le hubiera desobedecido sirviéndose un vaso de vino que le supo a juventud: «Se ha salvado por ir a ver a una moza». Como estaba solo y nadie podía verlo, rio.

Era temprano aún, y la suavidad del verano cantábrico acariciaba la mañana. El cielo azuleaba, aunque por el oeste un ejército de nubes amenazaba lluvia para la tarde: el tiempo allí era tan veleidoso como los caprichos de un amante. Pero al salir del chalet La Maravilla, Álvaro ni se fijó en el cielo traicionero: solo se detuvo bajo el porche reconociendo que no tenía ni la menor idea de cómo encontrar a Rafael. Y detestaba perder el tiempo: en un año publicaba diez libros, escribía sesenta canciones de éxito —letra y música— para las estrellas del cuplé y la copla, pintaba cientos de figurines y decorados… Era un hombre muy ocupado. Si hubiera sabido dónde hallarlo, hacía días que se le hubiera presentado y plantándose de hinojos ante él, le habría suplicado su vuelta. «Se me ha subido a la cabeza, he perdido el seso… Álvaro, debería darte vergüenza…», se reconvenía a sí mismo. Lo mejor era olvidarse de aquel Rafael de sus desvelos, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo.

Como bien afirmaba Tórtola, Retana no era frívolo en los asuntos que consideraba importantes, siempre fiel a la imagen que de sí mismo tenía, de su potencia artística, elevada a las máximas cotas gracias al amor. Cuando entregaba su corazón lo hacía con todas sus consecuencias… y hasta inconsecuencias. Como aquella de buscar al objeto idolatrado sin saber dónde vivía ni a qué se dedicaba. «Reflexiona, Álvaro…»

El acento andaluz le delataba como emigrante. Esas inflexiones dulces y encantadoras le subyugaban: el autor de novelitas decadentes era un rendido admirador del andalucismo en todas sus dimensiones. Por otro lado, Rafael no era un sirviente, eso estaba claro: demasiado orgulloso. ¿Quizás era pescador? ¿Trabajador en alguna fábrica? ¿Obrero? Lo más probable. ¿Frecuentaría lóbregos lugares tales como aquella taberna portuaria de infausto recuerdo? Volver allí sin el concurso de algunas sustancias psicotrópicas para enfrentarse a un vulgo municipal y espeso le producía escalofríos. Además, durante los breves momentos que pasó junto a él, Rafael

no mostraba rastro alguno de parecido con esos desclasados cuyo breve ocio consiste en pasar las horas muertas acodados a una barra de bar. El día de la reyerta acudía por primera vez a aquella tasca —venturoso día para Retana—, él mismo dijo que nunca antes había estado allí. ¿Mentía, acaso? No, era demasiado joven, demasiado ingenuo. Su belleza era casta y pura; su timidez, encantadora; sus ojos, misteriosos…

No había dado ni dos pasos por la calle arbolada y sinuosa cuando tuvo que dar gracias a esa diosa Fortuna que siempre le sonreía complaciente: ahí estaba Rafael, frente a él. El corazón se le paró y se le fue al estómago: esa sensación que roba el aliento y pone la vida entera en los ojos de otro. Pero se recompuso y disimuló bien, como siempre, más al ver la cara sufriente del muchacho. «Parece un Cristo de la Agonía de Salzillo…», pensó.

—Rafael… ¡Qué sorpresa tan agradable! Pero… ¿qué te ocurre, querido?

A Rafael la congoja se le había anudado en la garganta y no pudo hablar para decirle al lechuguino atildado de maneras floridas, al burgués corruptor e inmoral, que era la única persona sobre la faz de la Tierra que no le había juzgado ni sentenciado. Álvaro lo cogió del brazo y él se dejó llevar sin rechistar, sin fuerzas, de nuevo hacia la casa de la bailarina, pero no entraron en ella; fueron al jardín que rodeaba la mansión para sentarse en un rincón escondido bajo el magnolio de hojas centelleantes y grandes flores mantecosas. El chorrito del estanque, en el que nadaban tres carpas doradas, llenaba el aire con un rumor de azarbe nazarí.

—Iba a buscarte ahora… Aunque no tenía idea de dónde encontrarte —confesó Retana—. Nos temíamos que estuvieras metido en algún lío.

Como Rafael no contestaba, su acompañante siguió en su turno de palabra.

—Tanto Tórtola como yo, querido Rafael, te apreciamos y mucho. —No pasó de ahí, aunque el decorado fuera idóneo para poner una rodilla en tierra y una palabra de amor eterno en el aire —. Dime como puedo ayudarte. Porque parece obvio que tienes problemas.

Sonaba sincero, no había en su voz ni en su ademán ninguna de las afectaciones que tanto irritaban a Rafael. Sin reflexionar, sin

poder evitarlo, como si fuera un vómito, lo dijo.

—Soy anarquista.

Alvarito suspiró, aliviado.

—Bueno, querido: eso no es para tanto, lo mío es peor. Yo soy marica. Y también libertario, para más inri.

La verdad es que las inclinaciones de Álvaro no es que fueran una sorpresa; lo que Rafael no se esperaba —eso sí que no— es que compartiera su credo. Su asombro fue inmenso cuando escuchó lo que Álvaro tenía que opinar a este respecto.

—El anarquismo es algo connatural al ser racional que se define como tal: una necesidad. Una responsabilidad. Y la única forma de gobierno que puede tolerar un artista.

—Pero… tú eres un burgués… Quiero decir…

—Tienes toda la razón: soy una buena muestra de la raza de los privilegiados, pero, aun así, devoto de Nuestra Divina Señora la Revolución. No te sorprendas: si el paro y la marginación crearan revolucionarios, los gobiernos acabarían con el paro y la marginación. Los verdaderos subversivos siempre provienen de la clase pudiente: mírame a mí… Yo no he vivido ni tu hambre ni tu rabia, pero no me hace falta para comprenderlas. La diferencia entre los seres humanos se resume así: los muchos a quienes nada importa el sufrimiento ajeno y los menos que sienten el sufrimiento ajeno como propio. Pertenezco a ese reducido número de individuos cuya sensibilidad no les permite otra elección que la segunda. Pero no te confundas: no soy como las señoras beatas del ropero para niños pobres, que compran bula para sus pecados con el desprecio de la limosna, no… Yo aspiro a la creación de una conmoción, de una poesía viva en el grito de rabia que exige justicia.

Álvaro Retana hablaba con voz baja y grave pero con ardor, con una pasión verdadera y honda, no como si estuviera dando un mitin. Su único seguidor, le miraba alucinado.

—¿Por qué entonces te comportas como un muñeco, como una caricatura de mujer?

—No lo comprendes. Mi vida es mi obra: tengo que ser consecuente. Tú tienes tu forma de rebelarte ante lo terrible; ante un mundo injusto que tiene por amos a unos hombres crueles y egoístas que hacen infelices a tantos seres humanos sobre la faz de la Tierra, has elegido tu forma de rebelión. Pero yo tengo la mía…

¡Y habría que ver cuál de las dos es más eficaz! Como dijo un sabio, «¿qué sería de una revolución sin una general fornicación?». En cualquier caso, los dos somos unos parias, querido Rafael. Por eso debemos estar unidos.

Nunca había oído a nadie hablar así, ni siquiera a su maestro: Álvaro sí que debía de conocer todas las respuestas a esas preguntas que le hostigaban a todas horas.

—Si es verdad eso que dices… ¿hasta dónde llevarías ese… grito de rabia?

Álvaro, al fin y al cabo un maestro del lenguaje, pensó que esto no parecía una pregunta, sino una confesión. Poniéndole una mano en el hombro, preguntó en voz baja:

—¿A qué has venido, Rafael?

No podía escapar. Necesitaba decirlo. Quería decirlo.

—A atentar contra el Rey.

Fue un desahogo momentáneo; el poder verbalizarlo le dejó vacío como un pellejo inerte. Álvaro no tembló. Ni se sorprendió.

—No puedo respaldar el terror. Y no por escrúpulos cobardes o morales, créeme: sino porque es la misma arma que utilizan contra nosotros… contra ti. Las fuerzas represoras, en esto, siempre tienen las de ganar. No lo hagas, Rafael; será un sacrificio inútil que dará más alas a quienes son tus enemigos.

—Mis enemigos… y los tuyos.

—Sí, también. Pero yo los conozco, sé muy bien a quiénes me enfrento y cómo combatirlos. En cambio tú… tú no. ¿Cómo podrías vencerlos?

Rafael no podía responder a eso.

—¿Entiendes lo que quiero decir? Estás plantando batalla a un ejército del que no sabes nada, eso es como intentar matar a un fantasma… Antes siquiera de levantar una mano, comprobarás que propinas golpes al aire. Te han engañado. Esos planes están abocados al fracaso y mucho me temo que tus jefes si no lo saben, lo intuyen. Al menos los más inteligentes de entre ellos, que alguno habrá. Mandan al matadero a los jóvenes incautos —perdóname, querido, pero esto es una verdad como la catedral de Burgos— por motivos que nada tienen que ver con un verdadero espíritu libertario y sí con la crueldad de las ambiciones personales, la purga de las trifulcas internas o el vicio del sectarismo de salón.

A Rafael le daba vueltas la cabeza. El jardín se deshizo ante sus ojos, la cara de Álvaro se disolvió también y ante él surgió la imagen terrible del garrote vil. Y la de la muerte del padre. Era un niño pequeño, pero recordaba la puerta cerrada y tras ella el hombre que agonizaba entre terribles dolores, a gritos. Eso era lo único que recordaba del jornalero silencioso, obediente. El médico había dicho que no había nada que hacer: el cáncer se ceba con más saña en los individuos jóvenes. Pero le quedaba su madre, la mujer morena que pelaba una naranja y le metía en la boca los gajos frescos, ácidos.

No tuvo que hacer un gran esfuerzo para perder el respeto a lo establecido, a la propiedad, la patria, la Iglesia y el Estado. Le salió del corazón. Sin él saberlo, todo aquello comenzó mucho antes de que él se hiciera anarquista, cuando la panadera le negó el pan fiado a la madre de cuatro criaturas. Entonces María, la viuda del jornalero, asaltó la tahona. No fue la única, pero la cogieron de las primeras y estuvo meses en la cárcel hasta que llegó el día del juicio. No tenía más ideas que las que le plantaba en la cabeza la necesidad, pero aun así, la acusaron de anarquista. En su descargo, ella afirmó no saber lo que significaba la palabra aunque había oído hablar de unos que así se llamaban. No, no conocía a ninguno. Tampoco su fallecido marido le había hablado nunca de aquella gente aunque sabía leer y escribir, no como ella, que era analfabeta. Todas las mujeres que asaltaron la panadería fueron condenadas a una pena de cinco años de prisión. El suceso tuvo cierta notoriedad y la prensa andaluza escribió sobre él.

> «Es un castigo leve el aplicado a esas mujeres, de serlo, pues en su comportamiento violento se tornaron en ménades desatadas, que solo la fuerza policial fue capaz de reprimir. Que reforme las leyes si es necesario, hagan ustedes señores diputados su labor de legisladores: se hace necesario un escarmiento entre los revoltosos que crecen como la espuma en total impunidad, que llaman a la huelga, que se manifiestan delante de los ayuntamientos, que atracan comercios, que recorren las calles insultando a las gentes de bien, que, en resumen, ponen en peligro la paz social».
>
> *El Porvenir de Sevilla*, 17 de septiembre de 1896

Los hijos de María crecieron solos, con los mayores que podían

trabajar haciéndose cargo de los menores. Rafael, el más pequeño, pudo ir a la escuela, cuando la madre, a la que ya desconocía, salió de la cárcel. Ella estaba cambiada, decían los hermanos: ya no era la mujer triste con la cabeza baja. Acudía a mítines, participaba en protestas y en las organizaciones de las mujeres trabajadoras. Cuando le preguntaban si no había tenido suficiente con los años de encarcelamiento o le recriminaban que por acudir a aquellas reuniones descuidase a sus hijos, ella respondía: «Por ellos lo hago». Pero nada les contaba de lo que hacía cuando faltaba del hogar, como si así pudiera mantenerlos al margen, protegerlos de una amenaza invisible. Sin embargo, Rafael no iba a quedarse al margen: algo de la rabia callada de la madre había anidado en él y se hizo militante. Cuando detuvieron a don Francisco Rubio, su maestro, por «actividades subversivas», se presentó voluntario ante los camaradas: él llevaría a cabo aquello en lo que otros habían fracasado. No le dijo a su madre adónde iba, pero tampoco hacía falta.

—La lucha llama, la lucha no espera.

Eso fue lo último que le oyó Rafael antes de irse de la casa. Lo dijo en voz baja, como si rezara, mientras desmenuzaba el pan seco para hacer un gazpacho.

La voz de Álvaro trajo de nuevo el jardín y espantó el recuerdo.

—Yo te mostraré hasta qué punto todo lo que te he dicho es cierto. Luego, tú decides.

Primero de todo, lo llevó a adecentarse. El peluquero afeitó y cortó las greñas obreras al estilo moderno que lucía el propio Álvaro, mientras una bonita muchacha le hacía la manicura. Lo primero no le pareció mal, pero lo de la manicura le pareció una decadente muestra de falta de virilidad.

—Todos tus remilgos de proletario están de más aquí. Me has prometido que harías todo lo que fuera conveniente para nuestro propósito… —susurró Álvaro, mimoso y convincente.

Aún refunfuñó algo, pero volvió a poner la zarpa entre las preciosas manos de la manicura. Por supuesto, también había que vestirlo como es debido. Fueron a la sastrería de más lustre de la pequeña ciudad, cuyas corbatas y camisas no convencían del todo al elegante dandi.

—No, ese traje no… Esa solapa está un poco *demodé*. ¿Qué tal

el azul de Persia? Sí, ese…

El sastre asintió. Asentía a todas y cada una de las palabras de Retana como un muñeco autómata de esos que llevaban a la feria de la Patrona, pensó Rafael, mientras dejaba que lo vistiesen. Observaba: en la tienda todo era nuevo y olía a madera barnizada y encerada, a telas desempaquetadas, a limpio, a caro. Hasta el espejo parecía que había reflejado poco y estaba por estrenar.

—¡Qué lástima no tener tiempo para mandar hacerte un traje a medida! Tendremos que conformarnos con la ropa de confección, que obviamente, es de otra calidad. Claro que, con tu percha… Todo te sienta divinamente; podrías pasar por un príncipe húngaro.

Álvaro disfrutaba horrores eligiendo zapatos, corbatas, guantes… Rafael no podía entenderlo.

—¿Por qué le das tanta importancia?

—Esta es tu primera lección: nunca se puede ser demasiado educado ni ir demasiado arreglado. No la olvides.

—¿Hacia dónde carga el señor?

La primera vez en su vida que le llamaban señor. Tardó en responder al sastre y sonó desconfiado.

—¿Es a mí?

—A la izquierda, si mal no recuerdo —se adelantó Alvarito. El sastre continuó su trabajo con impasible actitud de escriba egipcio —. Y también nos llevaremos un frac.

—¿Frac? ¿Es que me vas a disfrazar de escarabajo pelotero? Voy a parecer un banquero explotador del pueblo, un aristócrata corruptor de menores, un…

—Calla. En el lugar a donde iremos esta *soirée* exigen etiqueta.

Corbata blanca, zapatos de charol, chaleco de piqué color perla…

—El frac envíelo hoy mismo a esta dirección —dijo Retana tendiéndole una tarjeta al sastre.

Rafael no podía reconocerse en el reflejo devuelto por el espejo: desde allí lo miraba un joven elegante, todo un ejemplo de la clase a la que detestaba. ¿Quién era ese otro hombre a quien no podía odiar? Álvaro se apartó un poco para contemplar su obra remedando a Buonarroti antes de decirle a su Moisés de mármol: «¿Por qué no me hablas?»

—¿Estoy bien? —Su obra sí que hablaba.

—Tienes una elegancia natural. Igualito que yo. Ahora vamos a poner la función al juicio del público.

Salieron a la calle para dejarse ver.

—El casino, el balneario, el club de polo… ¿Adónde quieres ir?

—Al cine.

—¿No preferirías algo menos común?

—Podrá ser común para ti: yo no he ido nunca.

—No te encrespes, querido Rafaelito; no estaba siendo irónico. En verdad creo que disfrutas de un gusto superlativo que comparto contigo: me entusiasma el cine. Y no solo por las oscuridades cómplices… Me parece increíble que ese nuevo arte popular —pues arte es, aunque muchos lo duden— no pueda ser disfrutado en cada pueblo, en cada aldea: sería una buena manera de sensibilizar a las masas. Creo que ya hay algunos rusos que me dan la razón… Son muy modernos estos rusos, la verdad.

—He oído hablar mucho del cine: algunos que van a la capital ven las películas y luego, al llegar al pueblo, cuentan las historias que han visto, así, de viva voz.

Rafael no explicó la censura que en los círculos anarquistas se hacía de este sencillo divertimento: un trabajador honrado no debía gastar sus escasos dineros en esos disparates burgueses, tenidos en peor consideración que el vicio del juego y a la par que el alcoholismo. Rafael calló ante sus correligionarios la mucha curiosidad que le producía aquel invento, pues de haberlo sabido los filósofos de la miseria, siempre vigilantes de la pureza de la Idea, le hubieran reconvenido por reaccionario.

Llegaron a la puerta del Salón Pradera en un santiamén. Una de las características de las pequeñas ciudades de provincia es que todo está a un paso, todo resulta conocido y cercano. La brevedad del espacio físico obliga al tiempo a compensar la carencia de lejanías con un discurrir más lento y la vida se encoge, como ahormándose a estas dimensiones. Pero los dos jóvenes foráneos no podían darse cuenta de ello. Álvaro enseñaba los afiches a su compañero.

—Hemos tenido suerte: ponen *La dama de las camelias* con Francesca Bertini, una grandísima actriz italiana. Ella sí que ha entendido que la interpretación cinematográfica es diferente a la teatral, más expresiva, y sin embargo alejada de esas caricatas que

exageran las emociones con gestos grandilocuentes. Vi la película en Madrid, pero no me importa repetir… Es magnífica.

Retana, amparado en la oscuridad cinéfila, miraba el rostro de su acompañante iluminado por los haces de luz plateada, los ojos sin pestañear fijos en la pantalla, subyugado por las imágenes. Aunque le costaba leer los cartelones, no le hicieron falta para comprender el argumento. Una mujer vestida de blanco se apoya en el regazo de su amante. Ambos están tumbados bajo las ramas de un árbol en un jardín frondoso, parecido al de la casa de Tórtola. Un beso. El mar. Los barcos. El sol. La cortesana ha abandonado su vida disoluta por amor, pero se ve obligada a abandonar a su amado por causa de los reclamos de su anciano padre —con un increíble parecido con Tomás—, quien apela para ello a un deber superior. Ella sufre por tener que mentir al amante, por tener que volver a venderse a un ricachón odioso, sin que él sepa de su sacrificio. Y al final la pena, la enfermedad y la muerte la separan de los brazos de su amado.

Rafael se reconoció en aquella sombra de mujer como no se había reconocido antes en el espejo. Entendió que toda vida puede ser resumida en un instante. Había pasado al otro lado del espejo.

Al salir del cine, el escritor galante percibió que su acompañante no quería —no podía— hablar de las sensaciones provocadas por aquel melodrama lacrimógeno. Respetuoso, guardó silencio. Rafael caminaba por la calle desconocida como un autómata, conmovido hasta el tuétano por los reflejos salidos de la nada oscura, con las imágenes silenciosas traspasadas de luz y el sonido del piano que las acompañaba aún golpeándole en el cerebro. Ninguno de los paisanos que contaban haber visto películas como una novedad curiosa había hecho justicia a este extraño milagro. Siempre recordaría la primera vez que fue al cine, y en el mismo instante de su muerte rememoraría la impresión causada al ver cómo dos imágenes pegadas con un simple trozo de celofán eran capaces de crear un reino de sombras que iluminaba el mundo.

—No es el pasado lo que nos domina, son las imágenes del pasado —dijo Álvaro, como si estuviese conectado con sus pensamientos.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba caminando a su lado, en silencio. ¿Quién era ese hombre que, a pesar de su juventud, de su

rostro aniñado, parecía saberlo todo? Él, en cambio, no sabía nada de nada… «Soy un ignorante», pensó Rafael, avergonzado. No como este señorito que ahora conocía su secreto y no le condenaba por ello. Su amigo. En medio de la confusión, sintió que alguien le había arrancado los ojos de cuajo para encajar otros nuevos, mejores, permitiéndole ver más allá de las apariencias, como si la realidad fuera algo escondido que no existiera hasta que alguien se proponía descubrirla. Solo había escuchado esa primera frase: «… son las imágenes del pasado», pero los labios de su amigo seguían moviéndose sin emitir ningún sonido; como si fuera el actor de una película. Hasta que la voz regresó.

—… porque yo soy lento para vestirme. Los perfeccionistas sufrimos nuestra condición como una enfermedad… Vamos con el tiempo justo: mejor tomamos un taxi: si no, no llegaremos a tiempo. ¡Menos mal que tengo en el Roma una habitación siempre lista! Es por si decido hacer vida fuera de casa de Tórtola: a veces me gusta tener cierta intimidad. Ya sabes… —Y se reía con una risa aguda, infantil.

Una habitación de hotel. Perfume, ajetreo, joyas, sirvientes que entran y salen, un calzador. «Me hacen daño los zapatos…» «No, no te quejes. No digas nada». Corbatas, gemelos, Álvaro que decide, que manda. Rafael se dejaba envolver por una realidad fragmentada, cada vez más alejado de sí mismo. Y, de pronto, sin saber cómo, se encontró junto a la pechera del frac de Álvaro brillando de diamantes y en un comedor de gala rodeado de gente, de camareros, de servicios de mesa a la francesa, de copas de champán dorado que burbujeaba como si riera… ¿De quién? ¿De él?

Los invitados se apretujan junto a las viandas: comen, beben, sonríen, hablan… ¿De qué podía tener miedo? ¿De aquella fauna de gomosos? ¿Qué podían hacerle? De un soplamocos tiraba cuatro al suelo. Pero otra cosa era mezclarse con ellos, hablar como ellos, comer como ellos… Era imposible que el hijo de un jornalero pasara por potentado.

—Tranquilo —dijo Álvaro—. Lo harás bien. La sociedad respeta, por encima de todo, el valor de la apariencia y los contactos: de lo primero vas sobrado y yo sigo siendo uno de ellos… aunque no sé hasta cuándo. En fin, querido Rafael: la verdad es que hace falta

muy poco tiempo para convertir en caballero a un descamisado, solo se necesita hacer creer a los demás que se tiene dinero, mostrar un poco de descaro y otro poco de mundo. Tú no hables, no sonrías mucho —es más interesante poner cara de aburrido— y no te separes de mí.

El baile de los condes de la Torrecilla era una de las veladas más esperadas del verano, obligado acudir a él si se quería encontrar a los personajes más influyentes, las damas más encopetadas, las grandes fortunas. Conseguir una invitación resultaba una tarea de titanes, aunque no para Retana. Y allí estaban, nadando entre una multitud elegante que atestaba el salón del palacete.

—… y el teñido de cabellera negro-descaro para tapar las canas es el diputado Juan Hinojosa de Cebreros, más conocido como Juanita *Sí-sí*…

—¿Sí-sí?

—Se ha ganado el apelativo por no decir nunca «no» a una proposición indecente. Y sé de lo que hablo… Mira cómo departe en compañía de las cabecitas huecas de Memé Escalona, Pilín Suárez de Cossío y Fuencis Pérez-Pombo… Niñas bien a la caza de un título o una fortuna que les permita seguir pasando los días en alegre cuchipanda. Sus mamás las exhiben cual muestrario de virgos en todo ágape de postín, aunque sé de buena tinta que al menos una de ellas regala su flor a cuanto profesor de *tennis* o *chauffer* de buena planta se le ponga en el moño, y otra tuvo que hacer el consabido viajecito para encubrir un desaguisado: dicen que en un pueblo de los alrededores matritenses hay una criatura de tres abriles criada como una campesina, ignorante del mucho copete de su mamá. Uy, ¡cómo te miran esas lobas! Vámonos rápido, antes de que te devoren como las bacantes a Penteo…

A Rafael le hubiera gustado entender algo de la jerga en la que hablaba su amigo. También le hubiera gustado comer algo, pero lograr tal cosa parecía un imposible. Era incapaz de identificar los manjares de entremeses coloridos y las mil salsas; las gelatinas temblorosas, transparentes envoltorios de verduras o forrando una pirámide de paté; las frutas tropicales tronchadas y cortadas en formas extravagantes; las tajadas dispuestas sobre los sorprendentes calientaplatos de porcelana, brillantes de salsa y apetitosa la cobertura de hojaldre del solomillo Wellington, llamado así en

honor del general inglés. Rafael no podía saberlo porque no conocía a tal sujeto ni había probado nunca el solomillo, al que no se acercó: le imponía demasiado.

Con la boca seca, bebió más champán: era fácil coger la copa de la bandeja que ofrecía el camarero; eso sí que sabía hacerlo. Paseó la mirada por encima de las mil cucharas y tenedores, de las fuentes de plata llenas de ponche, de compotas, de confituras; los platos de cristal con las pastas y los dulces; las bomboneras. Nunca había visto tanta comida junta y se admiró de que nadie alabase tal abundancia. Se le estaba subiendo a la cabeza el champán. Álvaro mordisqueaba una tartaleta de crema de marisco: hablaba y comía a la vez, pero de tal manera que nunca enseñaba la comida en la boca. Eso sí que a Rafael le pareció inalcanzable.

—¿Quieres pudín de salmón? Entonces pásate al burdeos blanco.

No tocó aquella cosa que parecía un flan; ¿era de verdad de pescado? ¡Qué bárbaro! Seguiría con el champán y sin probar bocado.

—Esa jamona del esquinazo, la que me hace ojitos, es doña Victoria Muñoz *la Morganática*. Es una Borbón: su bisabuela fue la última esposa de Fernando VII, María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, casada por lo morganático con su guardia de corps, el tal Muñoz, en cuanto el Narizotas estiró la pata. Victorita está forrada de billetes heredados de los tiempos de la abarraganada regia, quien bien se ocupó de esquilmar al país antes de que la pusieran de patitas en el exilio: se lo llevó todo a Suiza, claro. Una fortuna hecha a base de corruptelas en todos los negocios industriales de España, la compraventa de terrenos de los ferrocarriles y, cómo no, en la trata de esclavos. Y ese viejo frescales que se le acerca es Cesáreo Larreta, dueño de un imperio del carbón. Todo quisqui mata por ir a las fiestas que da en su finca de Toledo, aunque sea famoso por ordinario y despótico: le gusta humillar a los asistentes manoseando a sus parientas, incluso sacándose el miembro arrugado para orinar sobre ellos.

Rafael ahogó una arcada.

—Hombre, el tipo es repugnante, pero tampoco es para ponerse así…

—No es eso… Es que estoy un poco mareado…

—Ven al balcón que te dé el aire… ¡Oh! Ahí está nuestro

querido marqués de Argüeso con ese chismoso de Pepito Rocamora, el jefe del cuerpo diplomático y dos ejemplares de la dinastía financiera de nuestros días, los Duquesne y los Servera, cargaditos de millones salidos del erario público. ¡A saber lo qué hablará León con esos pelmas!

Este era el «gran mundo». Aquí se tomaban las decisiones que afectaban a millones de personas. Tantos como hubieran vendido su alma al diablo por compartir siquiera un minuto en él y Rafael estaba ya deseando salir de allí. Como Retana contaba, la barriada más lumpen de chabolas pordioseras parecía un convento cartujo en comparación con aquel chiscón de miserias terrenas.

—¿Quién es ese chico que está con Álvaro?

Maruchi Alvear interrogaba a León: una cara nueva nunca pasaba desapercibida a su ojo falconiforme. Pero León disimulaba muy bien y ni ella pudo notar la sorpresa que le causó encontrar de nuevo al mozo conocido en casa de Tórtola y que parecía tener el don de la ubicuidad. A él no podían engañarle los afeites.

—Un primo suyo, creo.

—¿De los Arellano de Córdoba? No me suena, lo conocería…

—Sí… Lo hubieras ojeado mejor que a las perdices de tu finca.

—¡Eres imposible! ¿Me lo presentas?

—Luego, chata, ahora tengo que hablar de cosas importantes.

—Anda, vete… ¡grosero!

León cruzó el salón saludando a unos y otros en un zigzag que encubría su verdadera dirección: la balconada donde se encontraban el impostor disfrazado y su mentor, Retana. Sin duda esta ocurrencia era obra suya.

—¿Qué tal pasan la velada, caballeros? Álvaro, ¿no me presentas a tu amigo?

—No seas impertinente, Leoncito —susurró el aludido, y con gran donaire y sin que nadie más que sus compañeros lo advirtieran, sacó su pequeño frasquito de cristal tallado y aspiró el polvillo blanco que con disimulo había colocado en el borde de su mano.

—Ignoro lo que te traes entre manos, pero estás jugando con fuego. En cuanto a usted, señor mío…

León calló. El runrún de voces y risas se había interrumpido de súbito. Algo quedó en suspenso, torcidos los cuellos duros y los

cuellos blancos al unísono hacia la puerta del fondo, cerrada hasta entonces tras las cortinas de terciopelo. Otro murmullo sustituyó al silencio, subió hasta el techo pintado de frescos, sobrevoló las cabezas engominadas, las diademas y *aigrettes* de plumas, rebotó en las paredes y volvió a caer sobre los presentes con el peso de la admiración pueril, el entusiasmo interesado, el arrobamiento servil. Dos lacayos retiraron las cortinas, abrieron las puertas.

—¡El Rey!

—El Rey está aquí…

—Don Alfonso…

El mismísimo Alfonso XIII pasó muy cerca de Rafael: distinguió su belfo prognato entre la gente: era más bajo que él y vestido de etiqueta no tenía nada de regio, más parecía un pollo de los que van a los *cabarets* y los tablaos flamencos. Uno de tantos. Pero ese hombre era el Rey. ¿Qué iba a hacer? ¿Intentar clavarle el cuchillo del paté? Absurdo. Álvaro observaba su reacción.

—¿Lo ves? No serviría de nada.

Un nutrido grupo de cortesanos rodeaba al Rey; los cuerpos engalanados asemejaban un muro imposible de traspasar: ya no pudo divisarlo. La música cubrió las conversaciones, dio comienzo el baile y las parejas comenzaron a dar vueltas a su alrededor, en círculos cada vez más rápidos, hasta convertirse en manchas borrosas. Rafael apartó la vista, dio tres pasos y se apoyó en el balcón, mareado, pálido. Álvaro susurraba en su oído con insistencia.

—¿No conoces la frase «A rey muerto, rey puesto»? Todo está previsto: si Alfonso XIII llegara a desaparecer, mañana mismo tendríamos un Alfonso XIV o, en su defecto, una dictadura militar. Así funciona el sistema, querido… El terrorismo anarquista está profundamente equivocado: matando gentona al por menor no se hacen las revoluciones, en todo caso, se fabrican mártires para una nueva religión. Antes de que el regio fiambre llegara al pudridero de El Escorial, la reacción ya se habría ensañado con los que no tienen armas, con quienes no pueden defenderse. Así una y otra vez, y mientras, nada cambia. Así no, Rafael, así no.

León observaba a los dos hombres asomados al balcón, sus espaldas oscuras, sus cabezas juntas. Intuía algún secreto, quizá peligroso.

—Llévatelo ya de aquí, Álvaro… ¿No ves que está bebido? No querrás que arme ningún alboroto, ¿verdad? Alguien puede ponerse a hacer preguntas y no te conviene con el Rey aquí…

Pudo aguantar hasta salir del palacio de los de la Torrecilla pero al llegar a la avenida umbría, Rafael vomitó litro y medio de carísimo Cristal Roederer. Los espasmos le sacudieron el cuerpo dejándolo sudoroso, agotado. Tuvo ganas de llorar al ver que se había manchado de salpicaduras el frac y los zapatos de charol.

—No te preocupes por eso… ¿Te encuentras mejor?

Intentaba respirar, pero el aire no le llegaba a los pulmones. Se arrancó la corbata blanca a tirones, necesitaba liberarse de ese nudo corredizo. Una nueva náusea le dejó sin aliento. Las piernas no le aguantaron, temblaba. Apoyó una mano en el tronco de un árbol para sujetarse, pero otra vez el mundo daba vueltas a su alrededor. Le pareció que el árbol caía sobre él como si fuera a aplastarle.

Quedó tumbado en el suelo. No había nadie en la calle y solo podía oírse el rumor de la brisa nocturna acariciando las hojas de los plátanos altísimos que, muy juntos y paralelos, como en formación militar, entrelazaban las copas formando un túnel vegetal rumoroso, móvil. Cerró los ojos. La oscuridad, la sensación de soledad y una nueva oleada de angustia le hicieron incorporarse y buscar como un loco a su alrededor.

—¡Álvaro!

—Aquí estoy.

—Tengo miedo… No me dejes solo…

Le cogió la mano. No recordaba mucho más; apenas podía ponerse en pie. Se apoyó en el hombro de su amigo: recordaba su abrazo, cómo le sostenía. Su calor, el calor humano; nunca creyó que fuera tan reconfortante.

—No quiero hacerlo…

—Lo sé.

—Yo no puedo hacerlo. No soy un… asesino. Solo soy un hombre como los demás. ¿Qué voy a hacer ahora? Me obligarán… Ella ya no está y yo no sé qué hacer…

Lloraba sin consuelo, como un niño, las lágrimas le quemaban la cara. La calle desapareció bajo sus pies convirtiéndose en una alfombra mullida. Si cerraba los ojos el suelo se movía como si estuviera en un barco. Volvía a marearse. ¿Dónde estaba?

—Álvaro, no me dejes solo…

El mundo mudaba en blando, suave, blanco. Un trozo de moldura en el techo y una luz tenue: una ventana. Ya no tenía puesta la ropa. Ahora todo estaba bien. Quizá se quedó amodorrado, no sabía cuánto tiempo. Y, de pronto, sintió una presencia, otro cuerpo a su lado, una respiración tranquila. Puso la mano en una cintura más pequeña que la suya. Algo que no conocía, que no había sentido nunca le embargó. Fue como si descubriera su propia carne gritando, palpitando ante otra, como si reclamara su existencia, como si alcanzarla fuera una condición imperativa, el mandato de seguir vivo.

Las largas pestañas, los dientes pequeños y blancos, los labios frescos, apetecibles, de Marisol. Su rostro dulce, su sonrisa. ¿Era su cuerpo el que había deseado tanto? Nunca lo hubiera creído. ¿Dónde estaba oculto ese deseo? ¿Por qué surgía ahora? Nada era lo que parecía. El mundo entero se volvía líquido. Su boca convertida en un beso. El beso se mueve por el cuello, el pecho, el vientre: cada trozo de su piel es un descubrimiento. El aire a su alrededor se hace espeso y cálido, como una lengua deslizándose sobre él. La caricia alcanza un centro que irradia un poder increíble, crece, se extiende, llega a su cerebro y luego estalla.

Era la primera vez que hacía el amor. Pero él no lo supo nunca.

Neutralidades que matan

Estaba seguro de que era el asesino de Rosarito. Ni siquiera ocultaba que iba armado: le abultaba la pistola bajo la chaqueta. Cuando el agente Palomo señaló al intérprete del consulado la irregularidad de que un civil se paseara con un arma, este le indicó que *Herr* Von Krohn estaba autorizado por su propio gobierno. Sí, el español. Sin necesidad de traducción, el aludido volvió a reírse con una carcajada desafiante, afilada, confirmando lo que Palomo sabía: que el fulano aquel entendía perfectamente el idioma de Cervantes. El alemán no contestó a ninguna de las preguntas del interrogatorio policial sino con desprecio, un desprecio que no iba solo dirigido a Palomo —un policía bajo, moreno, que no sabe idiomas, con un salario ridículo— sino mucho más allá. Sin apenas mirarle a través del estrafalario monóculo, dándole la espalda, fumando un cigarro fino y oscuro, vomitó unos monosílabos que sonaban a insulto. Al salir de allí, el resto de hombres altos, con el pelo rapado, impecablemente vestidos y afeitados, le dedicaron una mirada de asco, como si el español fuera una cucaracha.

Después de sentir en su carne la humillación más severa, con la cara enrojecida como abofeteada, un temblor incontrolable le invadió el cuerpo hasta llegar a las manos; casi no pudo soltar el nudo de la corbata; la rabia le estrangulaba. Sin querer, había descubierto que tras el asesinato de una pobre prostituta se escondía una traición a la patria, un ultraje que mancillaba el honor de todo un país, a su Rey y a su Ley. Porque Palomo había acudido al interrogatorio del alemán en calidad de representante de su nación, personificando el imperio de la Justicia y el Orden, al igual que el sacerdote encarnaba el imperio de Dios y de la Fe. Si el sacerdote resultaba ofendido, Dios también. Si Ursicinio Palomo caía, la Ley también.

Estos pensamientos le perturbaron hasta tal punto que, mientras

regresaba a la comisaría, tuvo que detenerse, tomar aire y sentarse en un banco del parque. Siempre había estado seguro de que todo criminal caía en manos de la Justicia de manera inexorable, antes o después, como si el mismo Júpiter Tonante fulminase con un rayo a quien osara poner en duda su poder. Ahí estaba Ursicinio Palomo para hacer efectiva esa voluntad, para convertirse en el brazo ejecutor de una idea superior. Así había sido hasta aquel instante, hasta recibir, como se recibe un puñetazo, la prueba de lo contrario. La Ley, la Justicia, convertidas en sombras chinescas que solo castigaban a los robaperas, a los desgraciados… a aquellos que, como Genaro, estaban predestinados a una vida miserable y a una muerte vergonzante. Si la Justicia solo podía alcanzarlos a ellos, su fe se tambaleaba, su dios moría a manos de aquel esbirro alemán. Cuando pudo recobrar el aliento y despejar su mente, se sorprendió a sí mismo deseando con fervor que Alemania perdiese la guerra y el desastre humillara a la nación de Von Krohn. Sánchez lo detuvo en las escaleras que conducían a la comisaría.

—Ah, Palomo… ¿Cómo ha ido el encuentro en el consulado? No le habrá sacado nada a ese personaje… ¿A qué no? Ya se lo dije. Acaban de llamar de Gobernación, insistiendo en que la embajada alemana presiona para que archivemos el asunto. Usted verá si quiere insistir en investigarlo sin tener una sola prueba.

La sonrisa suficiente de Sánchez lo mortificaba aún más; no ocultaba su intención de zaherir al agente enviado de Madrid.

—Por si fuera poco, la búsqueda de los terroristas que emprendió no ha dado ningún fruto. Las patrullas han buscado e interrogado a todos los vejestorios de las afueras sin encontrar pista alguna, en un gasto de recursos y personal inútil.

Le pareció que el rostro del comisario estaba más abotargado, más sudoroso, con un rictus más malévolo que nunca.

—El Rey ha vuelto por sorpresa. Así que acabo de ordenar la paralización de todas las pesquisas: necesitaremos todos los efectivos para protegerlo, con la dificultad que eso comporta: es sabido, también en Madrid supongo, que Su Majestad se empeña en salir con poca escolta y hacer lo que le da la real gana sin avisar a nadie. Y respecto a esos ineptos de la Guardia Real, que no saben más que lucir uniforme en paradas y desfiles, qué le voy a contar… Ahora iba a palacio… No a pedir explicaciones, pero sí a dejarme

sentir. ¡Estos de la capital me tienen frito!

Y sin decir nada más, dejó allí plantado al derrotado Palomo.

Sí, el Rey había regresado de improviso a Santander, sin la Reina, que permanecía en San Sebastián. Sin embargo, la prensa se hacía eco de la información oficial afirmando que la Familia Real al completo se había trasladado a la ciudad donostiarra para «estar más cerca de los acontecimientos», significara lo que significase tal cosa. Los más zumbones afirmaron que Alfonso XIII tenía miedo al calor de Madrid y por eso continuaba las vacaciones como si tal cosa mientras su Gobierno permanecía en la capital atento a los devenires de la actualidad mundial. Estuviera el monarca donde estuviese, los «acontecimientos» se sucedían a velocidad de vértigo.

El 23 de julio, Austria había hecho circular una nota entre las potencias reclamando que en 48 horas, el gobierno Serbio, a quien culpaba de encubrir el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, reprimiera la propaganda terrorista. Exigía, además, que dejara esta represión en manos de funcionarios del Imperio Austro-Húngaro. Esta pretensión caía en saco roto: los Balcanes suponían un semillero de discordia desde la lejana guerra de Crimea, desde el Tratado de Berlín de 1878 y, sobre todo, desde la crisis de Bosnia de 1908. El hambre de independencia nacional de los países balcánicos cercenaba el poderío de la Sublime Puerta turca y el imperio austriaco; el polvorín acababa de estallar.

El 24 de julio, sin esperar el plazo de Austria a Serbia tras la muerte del Archiduque, Rusia, aliada de Serbia, declara que no puede mantenerse al margen del conflicto.

Alemania, que se encuentra al borde de la ruina económica, hambrienta de mercados en los cuales vender su enorme producción, sabedora de que solo puede crecer a costa de Francia e Inglaterra, advierte a estos dos países aliados de Rusia que, si esta se moviliza, ella lo hará también. Gran Bretaña y Alemania son las dos únicas grandes potencias entre las cuales jamás se ha derramado una gota de sangre, pero el siglo XX ha irrumpido ya, haciendo añicos el pasado teñido de valses, de sombreros emplumados, de duelistas y de honores. Las declaraciones de los países en liza se suceden una tras otra, empujando a Europa hacia el delirio.

El 31 de julio, Rusia moviliza su ejército. Inmediatamente,

Austria se declara en «peligro de guerra» y pide a Rusia que suspenda la movilización general. Rusia no responde. Al día siguiente, el primero de agosto, da comienzo la movilización alemana. Francia, en secreto, ya había comenzado a hacerlo. El 3 de agosto, Alemania declara la guerra a Bélgica. El 4, Bélgica e Inglaterra declaran a su vez la guerra a Alemania. El 5, Austria declara la guerra a Rusia. El día 11, Francia e Inglaterra, aliadas de Rusia, declaran la guerra a Austria.

Día a día, casi cada hora, una nueva y alarmante noticia se cierne sobre los atónitos y enfebrecidos españoles, cada vez más divididos entre los aliadófilos partidarios de la Alianza o Entente entre Inglaterra, Francia, Rusia, Serbia y Bélgica, y los germanófilos que apoyan a Alemania, Austria-Hungría y Turquía.

Nadie sabe de qué lado está España y la sensación de incertidumbre cala en todos los ánimos manifestándose de una manera veraniega, juerguista, con las calles y terrazas pobladas de gente ansiosa por comentar los últimos sucesos mientras los teatros sacan el cartel de «no hay billetes» cada noche y los restaurantes se quedan sin reservas. Todo está a la venta, como si el miedo se aliviase con el trasiego de dinero, de objetos, de mercancías, de personas. Hay fiestas cada noche en los barrios altos, entre la gente más encopetada —con gran predilección por los bailes de máscaras— y entre el pueblo llano, con verbenas y bailes. Nunca los espectáculos frívolos tuvieron tanto éxito; triunfan las *vedettes* del cuplé, de la copla y de la sicalipsis. El champán francés corre por labios nuevos apenas estrenados en estos menesteres, salpicando los escotes y las barbas. Muchos se ponen un cuello duro y una corbata por primera vez en su vida, el carretero pasa a presentarse como «industrial del transporte» y el albañil, como «empresario de la construcción», desconcertando clases y jerarquías.

Las libras y los francos entran a raudales por el puerto de Bilbao y el de Barcelona; los especuladores y contrabandistas hacen fortunas especialmente a costa de Francia, y no solo gracias a los grandes negocios de armas, harina, pienso o forraje para caballerías o tela para uniformes: una verdadera caravana de mercaderes se adentra cada noche en territorio francés sorteando o sobornando a los aduaneros y a los gendarmes. Un saco de legumbres o de patatas, un hato de mantas vendido en Francia, en el mercado

negro, supone un negocio redondo: empujados por la histeria bélica, los precios suben como la espuma. Por cada saco de lentejas que pasan «al otro lado», las campesinas del norte de España exhiben sobre la saya una joya de oro.

Entre las clases menos prosaicas y más teorizantes, proliferan los estrategas de café. Amigos de toda la vida se dejan de saludar por ser uno germanófilo y el otro, aliadófilo; más de una vez los ejercicios retóricos pasan a mayores, se llega incluso a las manos y algún ciudadano de pro pasa la noche en comisaría.

—¿Dónde ha sido la bronca? Lo digo para no ir…

—En el café La Austriaca.

—Con ese nombre, ¡qué esperaba usted!

Ya había muchos que cuando alguien, en la tertulia, sacaba el tema a colación, decían: «¡No me hable usted de la guerra!» Aunque no se hubiera proclamado todavía, aunque no se hubiera disparado un solo tiro, su espíritu se había instalado en el corazón de Europa; el resto era mero trámite.

Desde la mañana, durante el desayuno, los veraneantes leen los muchos periódicos extendidos sobre la mesa, la tinta manchando los dedos y los manteles blancos y planchados del servicio de los hoteles, los lentes sobre la nariz desgranando los titulares a cinco columnas, mientras sus mujeres se aburren.

—No nos hacen ni caso.

—Qué quieres, les ha dado por esta moda de lo bélico…

—Jesús, ¡qué obsesión! Tanta política no puede ser buena. Va a darles a todos una indigestión.

Se organizan excursiones para cruzar la frontera hasta Bayona y asistir a la —posible— declaración de guerra a Alemania. En cada pueblo o ciudad de Francia las corporaciones municipales gastan miles de francos en preparación y compra de fuegos de artificio, guirnaldas y confeti para el tan esperado día.

—Pues pensaba ir a San Juan de Luz con mis cuñadas la semana que viene…

—¡Para entonces será tarde! Se sabe de buena tinta que la proclama oficial será este sábado. Se perderán ustedes todo el ambiente…

El nerviosismo prebélico se siente en la calle; proliferan las reyertas y los crímenes a causa de deudas y bancarrotas, también

los robos a pequeña escala, los allanamientos, los ataques de toda índole.

A las tantas de la madrugada, unos energúmenos apostados a la salida del *cabaret* de El Dragón propinan una paliza a uno de los habituales; los agresores escapan de la policía y la víctima es arrestada. Mientras se lo llevaban se le oía gritar:

—¡Yo soy muy tío y me gustan a rabiar las mujeres! ¡Yo no soy sospechoso! ¡Yo no soy loca! ¡Ahí está mi querida, que puede dar testimonio de lo hombre que soy!

Fue la primera borrachera de su vida. Las consecuencias de la desmesurada noche en la cual Álvaro Retana introdujo a Rafael en los entresijos de los placeres burgueses se traducían en un insoportable dolor de cabeza, sequedad en la boca, un malestar estomacal intenso acompañado de náuseas y, como no tardó en comprobar, una laguna en la memoria que dejaba cierto momento de su vida como una página en blanco.

No eran solo las consecuencias de la melopea. Acentuaba la sensación de confusión el despertar —otra vez— en un lugar desconocido. Su mente, educada desde siempre en la rutina espacial y temporal, acostumbrada a un equilibrio pequeño, reconocible, se rebelaba ahora ante tanta mudanza. El subversivo echaba de menos el orden: todos los lugares por los que había pasado en unas pocas semanas se le enredaban en el cerebro hasta concluir en un espacio vacío que se abría ante él después de haber visto al Rey, lo último que recordaba. Así se lo dijo al paciente Álvaro. Este, comprensivo, entendió muy bien que su amigo recordara a duras penas la noche anterior. Por descontado, no se le ocurrió hacer mención de lo ocurrido entre los dos: puede que no pudiera o quizá no quisiera hacer memoria, eso daba lo mismo. No era la primera vez que a Álvaro le ocurría algo así y representaba el menor de los males que traía el encaprichamiento con un no-ambiguo. Rafael pertenecería siempre a otra raza sexual por mucho deleite que le hubiera reportado una noche de amor con otro hombre, mejor dicho, con un hombre superior a la mayoría, como Álvaro.

Estaba ahí, perfectamente vestido, perfumado, engominado, maquillado levemente, y sonreía con un fulgor de carmín. En cambio, Rafael, despeinado, semidesnudo, se había puesto los pantalones del traje que le compró Álvaro, mientras que el frac,

hecho un guiñapo y oloroso de alcoholes y sustancias peores, fue retirado por el servicio de habitaciones. ¡Allí la vida parecía tan fácil! Por supuesto, aquello no era nada más que un espejismo, una fantasía que desaparecería muy pronto, de la misma manera silenciosa y subrepticia que los recuerdos de aquella noche.

De lo que sí que podía estar seguro Rafael era de la generosa compañía de Álvaro, de la realidad milagrosa y confortable de su coqueta habitación de hotel, de sus tabletas de aspirina, de su café, de su zumo de naranja. De su silencio compasivo. Hasta que la temida frase salió de la boca de fresa.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Los consejos del amigo habían acompañado la borrachera pero no se habían diluido en ella. Era lo único que recordaba con claridad. La decisión ya estaba tomada, creía, incluso antes de confesárselo todo. Había dejado de ser el convencido que llegó en el vagón de tercera del tren atestado, el terrorista que planeaba un asesinato. Entonces Rafael vio frente a sí la cama revuelta. Un temor, una interrogación, un sueño placentero, algo que no se atrevía a preguntar apareció de repente, en un fulgor breve, intenso, y desapareció al pronto. El espejo estaba roto, pero ¿qué reflejaban sus fragmentos?

Justo cuando acababa de tomar la decisión de salir de su inacción y volver a su misión propagandística, Julia Doncel se topó con el dios de la guerra. Ya no se hablaba de nada más, no había otro interés que el conflicto bélico. Y no solo ocupaba titulares, también los ateneos, las asociaciones culturales o cualquier lugar donde llevar a cabo un mitin o una simple conferencia, todos dedicados a la celebración de conciertos, recitales, charlas y encuentros a favor o en contra de la entrada en el conflicto: las reivindicaciones de una sufragista estrafalaria parecían no interesar a nadie. Ni siquiera la recomendación de Galdós abrió para ella puerta alguna. «No es el momento, quizá más tarde…», le respondían. Entonces, como si de una revelación se tratara, ocurrió un suceso que le hizo emprender un camino nuevo, insospechado hasta entonces.

Fue al volver a la pensión de doña Úrsula. Desde el día de su llegada, esta le había ponderado mucho la excelente situación de su casa, en el centro de la ciudad: «Llega usted en nada a cualquier sitio, ya lo verá». «Está todo a un paso». Mientras que en las grandes

ciudades este tipo de aseveraciones suelen ser hipérboles, cuando no fantasías, en la ciudad provinciana se atenían a la más estricta veracidad: desde el balcón de la salita preferida de la dueña de la pensión se vislumbraban las piedras blancas del edificio modernista que albergaba al consistorio municipal. La casa se alzaba sobre el promontorio de la calle Alta, que hacía honor a su nombre, desde la cual se precipitaban otras calles —todas en cuestas pronunciadas y terribles, razón por la cual doña Úrsula no salía de su hogar sino para ir a misa—, volcadas hacia ese centro neurálgico donde se apiñaban los edificios oficiales, los mercados, los comercios. Sin embargo, la dueña la previno sobre ciertas calles colindantes: aunque incrustadas en un barrio de lo más decente, daban cobijo a personas poco recomendables. Así que era mejor para las señoras y señoritas dar un pequeño rodeo, no fueran a encontrarse con espectáculos degradantes o, aún peor, sujetos de calaña incierta. Julia siempre había obedecido estas recomendaciones; sin embargo, ese día, sumida en sus cavilaciones, olvidó —como en los cuentos— tomar el camino habitual y se internó por los desconocidos parajes que doña Úrsula pintaba como un bosque poblado de lobos.

Lo primero que la sorprendió fue la gran cantidad de mujeres que ocupaba las calles. De todas las edades, parecían vivir más en la rúa que en sus casas desvencijadas, apuntaladas. Miraban a Julia como si fuese una aparición, apartándose las greñas y sujetando a los chiquillos contra el regazo, mientras los mayores jugaban entre la porquería. Julia se preguntó si alguno de ellos habría pisado una escuela. Las madres parecían avejentadas, tan descuidadas como las fachadas churretosas. Otras, más jóvenes y en edad de trabajar, se apoyaban en los quicios de los portales, ociosas. Al pasar a su lado ellas callaban sus voces chillonas de estorninos. Algunas lucían escotes pronunciados y rostros pintarrajeados a la plena luz del día. Y entonces cayó en la cuenta de que algunos hombres, aquí y allá, andaban en tratos con ellas. Enrojeció de vergüenza y de una manera inconsciente avivó el paso, a pesar de lo mucho que costaba mantener el equilibrio por aquella pendiente de adoquines traicioneros.

—Oye, tú… Sí, tú: la guapa…

Casi dio un respingo.

—¡Menudo guayabo en esta pocilga!

Había otro con él. No les miró a la cara y siguió andando hasta que uno de ellos le cerró el paso y tuvo que levantar la cabeza: no tenían mal aspecto, no eran ni viejos ni jóvenes y uno de ellos hasta llevaba chaleco y sombrero. Pero iban algo más que achispados, se dio cuenta enseguida. Intentó esquivar al que se le plantó delante. La calle estaba atestada de gente y, sin embargo, había quedado en silencio, expectante. O quizá solo fuera una impresión causada por el vértigo del miedo.

—No pongas esa cara tan seria que somos unos tíos generosos y podemos ponernos de acuerdo, chata…

No respondió. Siguió caminando sin mirar atrás, hasta que notó la mano sobre su brazo y el tirón que la detuvo, el sonido de la tela rasgada. Fue un resorte, un latigazo: sin ver siquiera a su agresor lanzó la mano abierta y estampó en la cara del hombre una bofetada. Debió de sorprenderle porque la soltó. El otro echó a reír a carcajadas.

—¡Qué salvaje! Esta es de las que salen caras…

—Serás… ¡puta!

Y alzó la mano para responder al golpe. Julia se escabulló, encogiéndose, pegándose contra la pared de la casa más cercana.

Salieron de todas partes. De los portales, de las callejuelas y los patios. Les rodeaban. Pasmados, los dos hombres vieron cómo el corrillo de mujeres les cercaba, amenazante. Las voces se alzaron: Julia pudo escuchar las frases más sucias, las más repugnantes que habían llegado nunca a sus oídos, en una ola de odio, de ferocidad, de insumisión. Ellos intentaron en vano contestarlas, pero el cerco se cerraba más, los gritos caían como una avalancha, aplastándolos. Un trozo de mendrugo voló por el aire para caer en la cara del más alto, que se llevó la mano al arañazo, dolorido. Fue la señal para que la artillería comenzara el bombardeo: las basuras saqueadas vomitaron hortalizas, peladuras y tronchos, tomates y huevos podridos entreverados con algún trozo de adoquín poniendo a los dos acosadores hechos una pena y en fuga. Ellas celebraron su victoria con risas y renovados insultos en los que se tomaba a chacota la virilidad de los asaltantes. Julia seguía pegada al muro, encogida. Una mano pequeña como el ala de un gorrión se posó en su hombro.

—Oye… ¿Estás bien?

Miró la cara joven, lozana y morena, los ojos grandes, los caracoles negros sujetos con peinetas de colores. Durante un segundo eterno, Julia creyó que le hablaba el fantasma de Rosarito.

Las disposiciones llegadas desde Londres daban vía libre a su agente encubierto para hacerse con la documentación secreta por cualquier medio, y después neutralizar a quien la poseyera. «Neutralizar» era un verbo que solo podía significar una cosa, y León sintió cierta repugnancia al recibir la orden. En realidad resultaba lógica: no imaginaba a todo un jefe de los servicios secretos como sir Joseph Blaine rebajándose a chalanear con un aventurero como el mexicano, cuya posición era, cuando menos, demasiado frágil como para extorsionar al Gobierno británico. Pero le recordó el mandato que durante las guerras pasadas tuvieron los capitanes de navío del país dueño de todos los mares: «… cometer toda suerte de actos de hostilidad contra los españoles, y procurar apresar, hundir, quemar o destruir de otro modo todos los navíos o barcos, tanto de guerra como de comercio, y otros barcos que vos encontréis».

El capitán Clayton, fiel heredero de aquellos halcones ingleses, puso en marcha el operativo para encontrar al chantajista, seguirlo, detenerlo, arrebatarle la información y —de nuevo— neutralizarlo. El plan era sencillo; consistía en adelantarse a cualquiera de sus movimientos y tenderle una trampa —basada en su relación con Tórtola Valencia— para poder recuperar aquel material sensibilísimo sin menoscabo de las arcas del Almirantazgo. En todo ello era fundamental el concurso del agente «Bravo». Pero por muy bravo (en secreto) que fuera, León también era un hombre con cierta idea del honor. Juan José Reyes no era el espía alemán que les traía de cabeza, y la valentía del mexicano, su iniciativa casi suicida, no dejaba de causarle admiración. Además, le caía simpático. No, no le gustaba tener que neutralizarlo.

Tardó un tiempo en descubrir que quizás alguien se le había adelantado y cumplido punto por punto los deseos del Almirantazgo: Reyes no aparecía. Desde hacía días no se le veía por el hotelito arrabalero donde de vez en cuando pernoctaba, pero eso lo achacó a que el mexicano era cauto y precisamente para evitar presencias indeseables se había trasladado a otro lugar más seguro. ¿Tenía acaso cómplices o actuaba en solitario? Fracasó en el resto de averiguaciones: su hombre parecía haber desaparecido de la faz

de la Tierra. No tuvo más remedio que seguir el plan pergeñado por Clayton y acudir a quien había intentado evitar desde el principio: Tórtola.

Le recibió con una de sus estudiadas puestas en escena, aunque sabía que León era inmune a ellas. Además, la casa estaba en silencio y sin el bullicio habitual: no estaban allí ni Álvaro ni el resto de su *troupe*. Tórtola le pareció más frágil y pequeña, casi una niña abandonada haciendo esfuerzos patéticos por parecer sofisticada y despreocupada. Negó saber nada de Juan José Reyes.

—¿Qué insinúas, querido? No sé de qué me hablas.

Comenzaba el juego, pero León no estaba allí como el frívolo marqués de Argüeso, sino en la piel de su *álter ego*, el agente secreto Bravo.

—Mira, Tórtola: esto no es una escena de celos de vodevil. Entre nosotros… —iba a decir que no había secretos, pero sí que los había y muchos, así que cambió la argumentación—. Entre nosotros existirá siempre un entendimiento más profundo que el del simple trato, digamos, amoroso. Yo te admiro y creo que tú me aprecias, y esto siempre será así. Nada voy a echarte en cara, ni de lo sucedido con el mexicano ni de lo que haya pasado entre tú y otras personas… —el lío con Mimí era público y notorio— … puesto que tampoco tengo derecho. Ambos somos libres.

Excelente argumentación, que la diva, en cualquier otro momento, hubiera aplaudido. Sin embargo, esta política de neutralidad decidida unilateralmente por su más reciente amante oficial no dejó de escocerle el orgullo. Aquello se parecía demasiado a una ruptura… Los enamorados y los celosos la aburrían; a los indiferentes, los detestaba. León que lo sabía todo, hábilmente, le tomó una mano enjoyada y la besó.

—Aunque no creo que ninguno de los dos podamos olvidar al otro.

—Así es, querido —dijo ella, ablandándose. Luego hizo un puchero, el último destello de vanidad, de coquetería pueril.

—Nunca me has querido…

—Tú a mí tampoco —contesto él.

Tuvo que echarse a reír, apenas un gorjeo irónico.

—Es verdad… pero lo hemos pasado bien.

—Desde luego. —León estaba siendo absolutamente sincero—.

Ahora, querida, háblame de ese nuevo amiguito tuyo.

—Es simpático ese azteca orgulloso. Pero hace días que no sé nada de él.

—Tórtola, no bromees. Esto es importante.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

Captó el tono serio de su examante. Había allí peligro y cosas que era mejor no saber, su intuición se lo dijo: no insistió.

—La verdad es que ese día no tenía ganas de ver a nadie. Estaba muy cansada… y le rechacé.

—¿Llegaste a hablar con él?

—No, Susanna lo despidió en la puerta.

—Y se fue.

—Sí, claro.

—¿Estabas sola?

—Con Susanna… Y con Curro. No, creo que se fue antes, o al poco. Después de un ensayo agotador. Si no se encontraron en la puerta, sería de milagro.

Si Tórtola no se equivocaba —y no era posible que lo hiciera, puesto que jamás confundía fechas u horas relacionadas con su trabajo—, la última vez que Reyes había sido visto por alguien sería precisamente esa tarde en que fue a visitar a la bailarina. Y esa última persona podría ser Curro.

—¿Dónde puedo encontrar a tu coreógrafo?

—No lo llames así… Eso no puede saberlo nadie. Es alto secreto… —susurró ella—. Hoy no ha venido, porque es mi día de masajes y belleza, pero mañana por la mañana ha de hacerlo. Me juego muchos contratos en esa actuación ante la Corte.

—Me presentaré aquí a la hora del ensayo. No le cuentes nada sobre esta conversación, querida, hazme ese último favor.

—¿El último?

Él asintió, ya enmarcado por la puerta, dispuesto a salir de su vida. A Tórtola, repentinamente, le pareció más fascinador que nunca.

—Dime la verdad. ¿Hay otra mujer?

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Por qué no? Siento curiosidad.

León intentó recomponer su figura galante, pero aunque intentó

dar a la frase un tono juguetón, le acometió un temblor amargo.

—Desgraciadamente, querida, me he enamorado.

—¡Oh! ¡Esto parece una plaga…! Recuerda, León: el amor no hace felices a quienes más lo merecen. Poner todas nuestras ilusiones en el amor es causa segura de sufrimiento…

Las palabras volaron por el aire hasta posarse en una sonrisa de Gioconda, y después se perdieron en el aire.

Virgo Potens

Entró en el templo y tuvo que acomodar los ojos a la penumbra clerical. Después del fracasado interrogatorio al alemán y la inquina de la perorata del comisario Sánchez, Palomo se encontró otra vez en medio de la calle y aún más sumido en la inquietud, incluso embotadas las capacidades de razonamiento. Tras deambular por la ciudad desconocida, sus pasos, que no su voluntad, le condujeron a la puerta de una iglesia. El aroma a incienso se colaba hasta la calle como un reclamo, abriendo ante él un espacio oscuro y fresco, silencioso. No era un hombre creyente —sí respetuoso con todos los poderes incluido el eclesiástico—, así que ni acudía a misa con frecuencia ni era amigo de rezos, convencido de la inutilidad de las plegarias hacia un dios, el católico, que si de algo hacía gala era de saber impartir justicia con rigor implacable.

Los pasos resonaron en las losas de mármol alarmando el lugar de retiro, como si las piedras denunciaran la llegada de un impostor, así que se detuvo detrás de una pilastra nervuda. Unas cuantas beatas, con los rosarios colgados de las manos, salpicaban de negro los bancos más cercanos al altar, donde el rigor renacentista desnudaba la imagen de una Virgen de la Anunciación de rostro hierático. La indiferencia divina ante las tribulaciones de los mortales aparecía envuelta en silencio, en amortiguadas letanías, en sombras oscuras apenas iluminadas por los reflejos de las candelas votivas.

—*Mater Creatoris… ora pro nobis. Mater Salvatoris… ora pro nobis. Virgo prudentissima… ora pro nobis*.

La devoción antigua aislaba del ruido y el furor exteriores. Las palabras olvidadas se repetían una y otra vez, como un mantra exótico.

—*Virgo veneranda… ora pro nobis. Virgo fidelis… ora pro nobis. Virgo potens… ora pro nobis*.

Le pareció que las piedras rezumaban esos sonidos redundantes como si quisieran absorberlo, deglutirlo, obligándolo a fundirse con ellas. Poco a poco, la tormenta de pensamientos que le anubarraba el cerebro fue extinguiéndose como un fuego abandonado, y en las cenizas de esa hoguera se apagó su razón hasta dejarla dormida, reducida a un fino hilo que conducía a la nada. Perdida la noción del tiempo, estuvo allí con la cabeza humillada sobre el pecho, los ojos cerrados, la mente vacía de toda inquietud, hasta que el chirrido de un gozne oxidado lo devolvió al mundo.

Un cura había abierto la puerta de un confesonario y se alejaba calándose el bonete, mientras la devota penitente continuaba arrodillada en un gesto de recogimiento. La envidió. Debía de sentirse un gran alivio, una infinita paz, al quitarse la máscara y descubrir el rostro verdadero de pecador, de criminal, de delincuente, dispuesto a reconocer el castigo de un poder superior.

Al levantarse del reclinatorio, un destello colorido procedente de la vidriera iluminó la figura del confesonario como si el perdón se hiciera luz: el rayo de fotones cayó sobre la penitente con la pureza de la radiación mostrando una figura velada, el rostro cubierto por la mantilla de encaje, como las demás mujeres presentes, pero a la vez muy distinta del resto de sombras lúgubres y esquivas. Se levantó. Caminaba ondulatoria, vibrante, hacia la capilla de Santa Perpetua. Allí le puso una vela a la mártir, se persignó y luego se dirigió hacia la puerta de la iglesia.

Como un autómata, Palomo fue hacia la pila del agua bendita y esperó. Cuando la aparición velada metió en ella dos dedos extendidos, él lo hizo también y un leve roce de piel cálida bajo el agua helada y bendita constató la humanidad de aquellos átomos. Era real: había un rostro bajo la mantilla. Alzaba las pestañas para mirarlo entre las formas sutiles de hojas y escamas y flores con unos ojos azules limpios, sin asomo de sorpresa, como si supiera que aquel fugitivo no buscaba más que la redención. Aquella mirada le traspasó hasta el dolor, hasta que pareció apiadarse, dejó de mirarlo y salió de la iglesia. No tuvo más remedio que seguirla.

Ni siquiera se dio cuenta de las calles que cruzaban, de la gente que dejaban atrás. El policía, a una distancia prudente, solo veía las piernas embutidas en aquellas medias brillantes de seda negra, el zapato de tacón que, con cada paso, le clavaba las maderas del

ataúd en el que estaba metiendo su corazón. La espalda, la mantilla levantada por el viento suave de la tarde, el pelo rubio escapándose en un destello de sol. No podía verle la cara, pero no le hacía falta. La figura oscura absorbía toda su atención, absorbía hasta la luz, o eso le pareció hasta que se dio cuenta de que la tarde caía ya y las sombras se adueñaban del mundo.

Casi era de noche cuando ella llegó a su destino: desde la acera de enfrente, el agente Palomo vio cómo entraba en el callejón y desaparecía en las interioridades de El Dragón.

—El barrio anda soliviantado a cuenta de esa señorita que da discursos.

Eso fue lo que le dijo Tinita a Marisol mientras colgaban la ropa recién lavada del hotel, pero esta no mostró ningún interés. De hecho, Marisol ya no tenía interés por nada; ni siquiera había acompañado a sus amigas a las ferias que antes tanto la divertían, con sus caballitos y toboganes, sus monstruos terribles como la mujer serpiente, la familia de barbudas, la mujer con tres piernas o las gitanas que echaban la buenaventura. La tía Antonia creyó que esa desgana repentina era anemia y la hinchaba a aceite de hígado de bacalao.

A nadie le había dicho la verdad, nadie sabía la causa de su pena. «Me quedaré sola para los restos, solterona. Porque el amor verdadero solo se encuentra una vez. Yo lo encontré y lo perdí…» Ya no lloraba más que de vez en cuando, lo único que quería era volver al pueblo, a las montañas de las que había salido para servir en la capital, con sus padres, con sus hermanillos, aunque segar y atropar la yerba fuera más cansado que lavar la ropa de los veraneantes.

—Tú estás loca… —decía Tinita—. Yo no vuelvo al pueblo ni atada. Ni pa casarme volvería. ¡Estaría bueno! No quiero volver a ver una vaca ni en pintura.

—Cuando termine el verano y la faena en el hotel, me vuelvo. Aquí no se me ha perdido nada —insistió Marisol.

—Pues tú verás, pero allá te vas a morir de aburrimiento. Y de hambre, porque tal y como anda la cosa… Aquello es volverse esclava, que ni una peseta ves trabajando como una negra para la familia… Ni agradecido ni pagado: ya te digo que mi padre quiere más a sus terneras que a sus hijas. Dice que al menos las vacas le

rentan al llevarlas al ferial, ya ves. Una mano delante y otra detrás: eso es quedarte en el pueblo. Pues ¿y los hombres? Unos animales. Deberías ir a escuchar a la señorita que dice cosas pero que muy por derecho. Tiene un pico de oro.

No quería ir, pero por la tarde, al volver del trabajo, Marisol se encontró de manos a boca con el tumulto arremolinado frente al esquinal de la fábrica de conservas. Las primeras habían sido ellas, las obreras de la fábrica, desde que la señorita se presentó al enterarse de que una tal Auxiliadora había perdido tres dedos en una prensa cerradora y los patronos se negaban a pagarle la indemnización por accidente laboral. Ayudó a la pobre mujer a encontrar trabajo en una casa bien, de ayudante de cocina, y así se había ganado la confianza de las obreras; primero unas pocas, luego se corrió la voz y fueron más.

Al sonar la sirena de la fábrica las mujeres sabían que, como todas las tardes, estaría la señorita y que había que ir a escucharla aunque a veces no la entendieran o algún marido zurrara la badana a la parienta al verla hacer bulto entre las alborotadoras. Ella llegaba, se subía a unos cajones viejos y hablaba. La concurrencia aplaudía a rabiar; aplaudían las jóvenes y las viejas; no solo las obreras, también las rederas que remendaban las redes al relente en invierno o al sol en verano, y las desboyadoras de anchoas a pesar de tener las manos reumáticas deformadas por la humedad de la salmuera.

Las mujeres de la mar eran tan fuertes y valientes como sus hombres, sino más, y mucho más libres que las campesinas, las obreras y, por supuesto, las pudientes, porque la casada con un pescador «tenía firma». Cuando la legislación mantenía a la hembra al albur del padre o del marido, se hacía con ellas una excepción: como los pescadores podían pasar meses sin tocar tierra, criaban solas a los hijos y cuidaban de las propiedades familiares. Estaban autorizadas para comprar y vender y contratar sin permiso del marido. Algunas viudas se hacían armadoras y pagaban ellas mismas a los marineros. Además, las cofradías las tenían siempre en cuenta, con voz y voto. El marinero se acostumbraba pronto a que la mujer organizara los asuntos del dinero y cuando volvía de la mar era un extraño que ya no sabía vivir en tierra: sin nada que hacer, mataba las horas en la taberna. Las mujeres de los pescadores

también se acercaban a escuchar las peroratas de la señorita: a ellas ningún hombre les decía lo que debían hacer.

—¡El voto, queridas amigas! ¡El voto! Un alto ideal necesita de valor y resolución. Podemos cambiar las cosas, luchar porque nos oigan aquellos que deciden sobre nuestras vidas, que no nos dejan opinar, que nos niegan los derechos más elementales como si estuviéramos aún en la época de la esclavitud…

Algunos viandantes que pasaban frente a la fábrica abuchearon.

—¡Guarra!

—¡Vete a fregar!

—¡Cállate, putón!

Los insultos no hicieron mella en la oradora ni en sus seguidoras.

—No dejéis que ni las burlas ni las amenazas… Sí, amenazas, he dicho…, os hagan olvidar que tenemos que luchar para dejar de ser consideradas socialmente inferiores, apenas más valiosas que un animal. Amigas, compañeras, hermanas… ¡nosotras valemos tanto o más que cualquier hombre!

Un murmullo de aprobación salió de las gargantas allí reunidas.

—¡Hay que exigir el derecho al voto! ¡El sufragio universal! No lo olvidéis: las mujeres somos y seremos ciudadanas al mismo nivel que los hombres solo si conseguimos votar… elegir nuestro gobierno, y… ¡quién sabe si gobernar también!

Otro murmullo, esta vez incrédulo.

—Sí: gobernar no está tan lejos… ¿No habéis oído que va a haber una gran guerra en Europa? Pues si gobernáramos, se acabaría esa barbaridad de enviar a los hijos a morir en las guerras. ¿Qué decís?

Le contestó un clamor unánime.

—No os resignéis a ser el reposo del guerrero, no soportéis maridos que os maltraten, padres que os desprecien o jefes que os paguen menos salario que a un hombre solo por el mero hecho de llevar faldas, aunque hagáis el mismo trabajo, e incluso más. Vosotras, trabajadoras que os dedicáis a vuestras labores con dedicación, madres que cuidáis de vuestros hijos, esposas que apoyáis a maridos enfermos o sin trabajo, hijas que cuidáis de vuestros mayores; vosotras sois el sostén de la familia y del país. Levantaos, alzaos, porque no reclamáis sino aquello que es vuestro:

¡Justicia! ¡Justicia!

Vitorearon como los romanos tras el discurso de Antonio ante el cuerpo ensangrentado del César.

—¡Aunque nos quieran callar, no lograrán silenciarnos a todas! ¡Aunque nos amenacen con el destierro o la prisión, aunque nos insulten, aunque nos pisoteen, no olvidéis que luchamos por la dignidad, por el futuro de todas las mujeres! ¡De vosotras, de vuestras madres y de vuestras hijas!

Otras voces se elevaron. Marisol, desde el fondo de la calle, alzándose sobre las puntas de los pies, vio por fin a la oradora entre las cabezas de quienes la rodeaban. La reconoció como una de las damas que le presentó Rafael el día aquel en que fueron a la playa.

Era la señorita Julia, Julia Doncel.

Bailaba serena, como una reina seguida por un cortejo fastuoso, con la elegancia de una estatua etrusca que un sortilegio hubiera devuelto a la carne. Un movimiento evocaba un símbolo oscuro y alucinado, otro, una descarga eléctrica. Un pie, una mano, los dedos como pinceladas de color en el aire, el cuerpo arrebatado por una energía desconocida que la poseía como un demonio en forma de mujer, de todas las mujeres.

Tórtola aparecía transfigurada por la danza inverosímil convertida en una vestal, una virgen de la antigüedad poseída por un dios. También era esa primera mujer desnuda en un Edén, Eva bailando junto al reptil que la perdió. Era una nueva Salomé reclamando la cabeza de todos los bautistas posibles. Helena volvía a llevar la perdición a griegos y troyanos; Judith cortaba mil veces la cabeza de Holofernes y Cleopatra mostraba su seno perfecto al áspid. En la prensa la comparaban con todas estas hembras furiosas, castradoras y malditas y los periódicos supuraban epítetos subyugados por el encanto de lo perverso, rendidos ante la gracia lúbrica, ansiosos por sumergirse en unas lascivias elevadas a la categoría de sublimes. Mientras exaltaban los cimbreos procaces de los pechos, la cadera y el vientre de la bella bayadera, otros se escandalizaban alertando del peligro que entrañaban aquellos bailes pecadores y boicoteaban sus actuaciones con tanto ardor como mostraban en defenderla sus admiradores.

Tórtola Valencia arrancaba de la oscuridad el secreto de lo prohibido y lo ponía bajo la luz de las candilejas del teatro para que

todo el mundo pudiese verlo, incluso saborearlo. Ahí radicaba la clave de su éxito. Pero para ello había tenido que inventar —fecunda imaginación— una excusa que le permitiera rendir a sesudos expertos, fascinar a tantos artistas e intelectuales de renombre: el truco de manos aparecía envuelto en un exotismo sincrético, como en el de su número *La danza de la serpiente*. En los carteles y programas escritos en moldes que evocaban un sánscrito fantasioso, se anunciaba que «en esta danza, la bailarina teje, como en un tapiz oriental, la historia terrible de Napuravari, la diosa transformada en serpiente». Esta publicidad no anulaba la sospecha de que todo aquello no fuera más que una patraña.

La danzarina movía su cuerpo —sangre, venas, músculos— bajo la supervisión de Curro, quien escudriñaba cada uno de sus pasos buscando el mínimo tropiezo, el fallo imperdonable. Igual hacía con los músicos llegados desde Valencia y Barcelona para la actuación ante la Corte; no era la primera vez que acompañaban a Tórtola y seguían las indicaciones del músico y coreógrafo con presteza. León observaba el ensayo general desde una posición privilegiada. Nadie podía asistir a sus ensayos —otra vez, el secretismo protector—, pero Tórtola hacía una excepción con el marqués.

Interrumpió sus evoluciones justo cuando sonaba una nota exacerbada, los timbales fueron los últimos en darse por aludidos y aún estuvieron vibrando unos segundos sin callar como sus compañeros.

—¡Casi no puedo moverme! Este traje… La pedrería pesa horrores y justo aquí habría que soltar unos puntos de la falda… ¿Dónde estará Álvaro? Esto es cosa suya… Todo tengo que hacerlo yo. ¡Susanna!

Y desapareció hacia sus habitaciones mientras los músicos aprovecharon el descanso para salir al jardín y fumar. León acercó su pitillera al coreógrafo, que rechazó el cigarrillo con un gesto mínimo.

—Está magnífica. Pocos saben que detrás de su arte te encuentras tú, Curro. Es encomiable tu modestia al servir a Tórtola con tanta fidelidad. Y de forma tan callada. A su sombra. Debe de ser difícil para alguien que también es artista renunciar al aplauso.

El aludido miró al marqués con curiosidad.

—Gracias, señor marqués…, pero mi tiempo pasó: hay que saber

cuándo conviene retirarse.

—De la primera línea… Pero Tórtola no puede dar un paso sin ti, y lo sabes. De hecho está perdida sin tu consejo. Ella que, como todos sabemos, no suele escuchar a nadie, hace una excepción contigo. Eres quien mejor la conoce. Quizás el único.

—Me honra usted, pero exagera —contestó Curro con su voz grave y con inflexiones de origen desconocido, quizá debidas a sus muchos viajes y giras por el extranjero: era natural que el habla, con el alma, se desarraigara.

Velasco llevaba a cabo el plan haciéndose pasar por el personaje de amante despechado; con esa máscara era improbable que el bailarín sospechara de que le moviera otra finalidad que no fuera la de descubrir con quién se la pegaba aquella casquivana.

—A veces es como una niña, hay que protegerla de sí misma… y de ciertas compañías que… la distraen. Ya me entiendes. Ella lo niega todo, como es normal en una coqueta redomada, pero sé que el martes pasado estuvo aquí un hombre. A la hora en que finalizó vuestro ensayo, ¿no es así?

No podía ser más directo. Su cuerpo alto, grande, arrinconaba al otro, casi proyectaba sombra sobre el enjuto Curro, que parecía un insecto a su lado. No contestaba.

—¿Lo viste?

—No, señor marqués, no recuerdo a nadie.

—Te aseguro que esta conversación quedará entre nosotros dos. Tórtola nunca sabrá nada. Te doy mi palabra de ello: lo único que quiero es saber a qué atenerme.

El otro pareció sorprendido, más que incómodo, por verse involucrado en tan vodevilesco asunto.

—Es algo muy importante para mí. ¿Cómo puedo hacer que recobres la memoria? —insistió.

Velasco sonreía, enseñando los dientes perfectamente alineados que mordían la boquilla del cigarro. Esa sonrisa no era condescendiente ni amistosa; Curro captó de inmediato que el elegante marqués podía dejar de ser el caballero intachable que siempre había sido para convertirse en alguien muy peligroso.

—Ahora que lo dice… Creo que sí que vi salir a un hombre de la casa. Es decir, del rellano: dejó un ramo de flores y luego se marchó.

—¿Ah, sí? ¿Hacia dónde?

—Yo bajé la calle y él en cambio debió de marchar en otra dirección, porque no volví a cruzarme con él.

—¿Qué aspecto tenía?

—Moreno, pelo negro…, alto, bien vestido, sin sombrero.

«Esto sí que es hacer memoria», pensó León.

—Sin sombrero, pero con pinta de caballero, por lo que dices… ¿Lo habías visto antes?

—No. Nunca.

Sonó con rotundidad y convencimiento.

—¿No se trataría de José Juan Reyes, ese tipo mexicano que suele acudir al Dragón?

Era su as en la manga: observó la reacción del interrogado, quien, sin mover un músculo, contestó:

—No. Es decir, no lo sé. No conozco a ese tal Reyes.

—Gracias, Curro, me has sido de gran ayuda. Espero poder devolverte el favor en alguna ocasión.

Y le palmeó la espalda en un gesto de indulgencia viril, a sabiendas de que su interlocutor no era partidario de las confianzas. Los músicos ocupaban de nuevo sus asientos y Tórtola entró dispuesta a continuar su ensayo. León lanzó una última mirada hacia la bailarina: la figura femenina relucía entre los hombres, apagando su presencia. Todo lo llenaba, todo parecía impregnado por su presencia, hasta tal punto que a León le pareció que en realidad dejaba a Tórtola en un universo en el que solo existía ella.

Bajó la calle que llevaba hacia el mar, la misma que, suponía, debía de haber recorrido el mexicano. ¿Quizá su último paseo? Su desaparición no presagiaba nada bueno. Pero Curro lo vio: conocía al mexicano, de eso estaba seguro.

Le había mentido. ¿Por qué? ¿Qué ocultaba? ¿A quién protegía? No a Tórtola, eso por descontado… Ni mucho menos al propio León: si hubiera querido ahorrarle la certeza de que la diva le había convertido en cornúpeta, podía haber negado haber visto a ningún sujeto desde el primer momento. No le costó admitir que un supuesto amante acudía a casa de Tórtola, sin embargo, se negaba a decir quién era. León estaba seguro de que Curro conocía a Reyes: había coincidido con él en el Dragón la noche en que este se presentó a todo el grupo de Tórtola. Y aunque no fuera así:

resultaba evidente que ocultaba algo. Su deber era averiguar el qué. Tomás no tenía miedo, así que no le costaba mentir.

—He mandado a vuestro hombre al monte, no muy lejos. Volverá en su momento, como está mandado.

—Eso no era lo acordado… —dijo uno, el más joven, de pelo hirsuto y largo, tapado con una gorra astrosa.

—Me pareció más seguro después del registro de la policía. Están poniendo todo patas arriba. Está claro lo que buscan.

Miraba de frente a los tres hombres sentados frente a él.

—Has hecho bien, Tomás. Lo fundamental es mantener a nuestro hombre a salvo hasta el día de la acción —dijo el mayor, de cara alargada y amarillenta, los ojos demasiado grandes, como si pertenecieran a otro, tras las redondas gafas de concha. Liaba cigarrillos sin cesar y tosía en cada calada. Le llamaban Ciriaco, pero no era su verdadero nombre, sino su «nombre de guerra». Tomás ni sabía ni quería saber sus verdaderas identidades, solo pensaba en una cosa: «Hasta el día de la acción… Y después, ¿qué?»

—Pero si eso es verdad, es que… ¡que alguien se ha ido de la lengua!

El Cejudo dio un golpe sobre la mesa con la mano abierta. El ruido de cacharros que se oía al otro lado de la puerta de la choza cesó por un momento.

—Ya nos ocuparemos de ello en su momento —zanjó Ciriaco. Si no era el jefe lo parecía y, a pesar de la aversión anarquista a la autoridad, los otros le obedecían aunque fuera a regañadientes.

—¡Si no se hubiera retrasado todo!

—No hay de qué lamentarse. Las cosas pasan y ya está. Y sabíamos dónde nos metíamos.

—Ya no queda mucho tiempo, ¿qué vamos a hacer ahora? —El más joven, a quien llamaban «el Cejudo», era quien peor disimulaba su inquietud, por eso Tomás no le quitaba ojo de encima. Sabía que los tres iban armados, pero de ellos, el más bisoño era también el más peligroso. Podía oler su miedo: le temblaban las manos y no podía estarse quieto como los otros. De pronto se levantaba de la mesa de un brinco y daba vueltas ansiosas a su alrededor. Cada vez que lo sentía a su espalda, Tomás imaginaba que, por sorpresa y en un impulso, el tipo aquel sacaba un revólver, apuntaba a su nuca y disparaba. Era muy capaz de ello.

—Calma… —dijo Ciriaco.

El otro hombre, a quien le faltaba un brazo, no despegaba los labios y, sin embargo, parecía que su silencio era la manera de afirmar su determinación, mucho más acendrada que la del exaltado Cejudo.

—Hasta ahora no hemos tenido ningún contratiempo. Todos hemos tomado las debidas precauciones. ¿No es verdad?

Los demás asintieron y miraron a Tomás. Ni pestañeó. El rostro rocoso del anciano no ofrecía dudas: era un hombre duro, bragado, más incluso que los que le rodeaban.

—Si es verdad que hay un chivato por ahí, le sorprenderemos. De todas maneras, hay cambio de planes.

Ciriaco se levantó con dificultad de la banqueta, fue hacia la puerta del fondo y llamó. Tenía el anarquista cierto sentido de la puesta en escena y produjo cierta sorpresa entre los asistentes ver, junto al agujero de la puerta que llevaba al chiscón de la cocina a una mujer muy joven y guapa de cara, pelirroja, acompañada por una vieja envuelta en una pañoleta negra. La chica no tendría ni veinte años pero hablaba como si hubiera vivido cien. Era bonita, pero el desespero le alucinaba el gesto y los ojos se le volvían a todos lados, perdidos como los de los ciegos. La mujer de negro se encogía sobre su propia sombra en conjuros de bruja goyesca.

—¿Vamos a fiar ahora en mujeres? Esto es cosa de hombres…

—Cállate, Cejudo —dijo el manco, y fue lo primero y lo último que se le oyó.

La pelirroja se arremangó encarándose con los presentes.

—Si las mujeres tenemos derecho a ser ajusticiadas, también tendremos derecho a… a todo lo demás; vamos, digo yo.

Puso paz Ciriaco.

—Isidra es compañera y nos trae información de la buena. No es la primera vez que trabaja para la Revolución. Habla, Isidra.

Isidra *la Madrileña*, sin pintar y vestida de decente, tenía un aspecto bien distinto a la buscona que se ganaba el pan en la pensión de la Paca. Parecía una obrera de las que hacían cola para entrar en la fábrica.

—Yo sé dónde está el que buscáis y os puedo llevar hasta él.

—¿De quién hablas? —dijo el Cejudo.

—Pues, ¿de quién va a ser? Del Rey.

—¡Anda, mi madre!

—¡Pues sí, ganapán! La cosa es que el Rey mismísimo está loquito por este cuerpo que han de comer los gusanos. Los vientos bebe por mí, pero no lo sabe nadie porque es secreto. Yo aquí vengo por convencimiento. Por la Causa. ¿Estamos? La cosa es que seáis listos y aprovechéis la ocasión. Pero muy advertidos, no debe saberse fuera de aquí. —Y se repasaba el talle florido del mantón.

—No te preocupes por eso. La acción es cosa de los que aquí ves y de otro hombre que para mayor seguridad es mejor que nadie vea ni de él sepa.

—Bien… Porque aviso también de que una señoritinga del pan pringao anda revolviendo el cotarro paseándose por los barrios pesqueros, por las fábricas, y hasta ha intentado venirle con el cuento a varias de las chicas del burdel de la Refugio, el que está en la calle Alta. Va aturullando al personal, diciéndoles a las mujeres que se hagan sufragistas y demás zarandajas.

—¿Y qué hay de mal en eso?

—¡Te paicerá! Lo primero, que alerta a la pasma y nos tienen más vigiladas que nunca. Anda to cristo revuelto, además, por el asesinato de la Rosarito. ¡Menuda bulla! A mí me detuvieron un par de horas, pero me soltaron, precisamente porque estoy protegida por esos señores que tanto os interesan, so bolos.

—Que un chulo se cargue a su puta no tiene que ver con nuestro negocio.

—No fue su chulo… sino algún cliente encopetado. La Rosarito valía tanto como cualquiera de vosotros. ¿Qué te parecería que hubieran matado a una obrera? ¿Eh? Como si fuera tu hermana, ¿me oyes so cabrón? Y si sigues por ahí te va a llevar al Borbón tu pastelera madre…

Subrayaron las palabras de la Isidra la presencia de coro griego de la mujeruca, que, abriendo una boca sin dientes en el rostro de *prósopon* trágica, soltó:

—La Isidra vale su peso en oro. ¡Borregos!

—Tranquilas… Isidra: este no quería ofender la memoria de tu amiga. ¿Verdad que no, Cejudo?

El aludido negó la disculpa con otra pregunta:

—¿Y qué van a decir los de Andalucía? El plan es suyo.

—Somos libertarios: aquí ninguno es propietario de nada. Y no

va a venir nadie de allá abajo a decirnos cómo hacer las cosas. Mandaron a un tío; bien… El plan primero salió rana; mal. Ahora se nos presenta, gracias a Isidra y a ti, Escolástica, una mejor oportunidad. —Ciriaco sabía tener mano izquierda con las compañeras.

—Yo daré el aviso. Y otra cosa: nada de bombas… que os conozco. Solo faltaría que alguna de las chicas resultara herida —avisó Isidra, con el ceño afeándole la cara linda.

—A la orden, compañera —dijo Ciriaco, sin poder evitar una media sonrisa irónica.

Ella refunfuñó.

—Una es más hombre que todos ellos juntos…

Y al pasar junto a él, Isidra miró a Tomás. Este sintió hasta en los huesos el odio que irradiaba, lo poseyó como si le abrazara, como si le dijera: «Hazlo tú».

Vida en sombras

Ahora la soledad era insoportable. La compañía del chico, a quien al principio solo toleraba, se le había hecho necesaria. Desde que llegó no pasaba un día, una hora, sin que la imagen del hijo perdido se le hiciera más evidente, como si su memoria hubiera poseído la presencia del extraño, ocupándola. Mil tábanos de pensamientos le aguijoneaban sin dejarle comer ni dormir; cuando le parecía que estaba despierto, dormía, y soñaba al despertar. La realidad se le aparecía como una mezcolanza de sucesos sin sentido. Hundida en una oscuridad incongruente, la conciencia se le iba por derroteros desconocidos como si se despeñara, imparable. Entonces se iba a la cuadra, con las vacas, y se sentaba allí con ellas buscando su compañía cálida e irracional.

«La *Mora* renquea. Pero no es tiempo de llamar al veterinario. Ya se verá. Es tarde para pensar en ti, *Mora*. ¿Echas de menos a tu ternero? El chico no ha vuelto. ¿Dónde estará? La tarde ha quedado calurosa. Ha cambiado el viento, vuelve el sur. Mañana lloverá. Tengo que guardar la hierba. No hay tiempo. Este mozo está perdido. No detenido, no… Se hubiera sabido. Me hubieran avisado. Esos no saben nada. ¡Qué van a saber! Si no, no le mandarían hacer eso que quieren. Es poco más que un niño, un niño que está solo y tiene miedo. ¿Cuánto miedo pasaría mi Antonio antes de morir? Me lo ocultaba en esas dos cartas escritas… No era su voz, era la de un extraño. Rodeado de desconocidos, y no aquí, donde deberías estar. Tu madre me lo dice cada noche. Viene y se sienta en el borde de la cama y me llama: Tomás, Tomás… y yo me despierto y ya no está, pero sé lo que quiere. Todas las noches. Me culpa. Y tiene razón: no debí dejar que te fueras, que te llevaran. Pero entonces no sabía nada. No sé dónde anda… Se ha echado atrás y no queda tiempo y no me fío de todos esos y ellos tampoco

de mí, menos desde que viniera la policía. Y eso que los guindas se fueron con un palmo de narices, los muy cabrones. Podía verlo en sus caras: desconfían. Hay entre ellos traidores y chivatos. Pero siguen con el plan».

Tomás volvía a sus pensamientos, siempre los mismos, como el cielo bajo el que vivía y el aire que respiraba. Tenía casi terminadas las albarcas. Apretó los tarugos de avellano que repicarían contra el suelo. La azuela, en sus manos hábiles, recorría la madera con golpes suaves y secos, descubriendo en el corazón blanco del castaño la forma de un zueco. Pasó un cristal roto por encima, para pulirlas. Sobre la mesa estaban la legra y los barrenos de su abuelo: los conservaba. Hubieran sido para su hijo de haber vivido; no se le daba mal la madera. A él le había enseñado su abuelo Amadeo, el de Puente Nansa, el mejor albarquero del valle; con solo doce años subió por primera vez al monte con él. Las cuadrillas de albarqueros iban a los bosques en primavera o en otoño y allí pasaban una semana o dos haciendo albarcas, comiendo borona a la parrilla y durmiendo al raso.

Pasó la mano áspera por la superficie tersa de la albarca. «Lo más importante es hacer una buena “casa”, Tomasuco», le decía el abuelo Amadeo. La «casa» era el agujero para meter el pie. «Y que sean parejas. Eso es lo difícil, porque siempre sale una más guapa que la otra». A Amadeo no le gustaban los dibujos complicados de moza casadera; prefería la sobriedad de la albarca limpia y bien hecha. Así eran estas.

Las dejó junto a la puerta y fue a la cuadra.

«Vamos, *Mora*… Vamos, guapa, levanta. Si te tumbas te pondrás mala y ya no habrá remedio. Y después, ¿qué va a pasar con él? Yo no sé cómo piensan sacarlo de aquí… Vigilarán las carreteras, los trenes. Hasta el mar. Dicen que pase a Castilla caminando, y digo yo, ¿y si le encuentra una pareja? Porque pondrán guardias en cada peña. Tiene madre: me lo dijo. Si lo matan unos, otros, eso da igual, esa mujer hará como María y vendrá a reclamar el cuerpo de su hijo, a mentarme a todos mis muertos, a acusarme. Con razón. ¿Quién soy yo para quitarle a su chiquillo? No soy un ladrón. ¡Qué sola está la casa sin él! Cuando le oigo trastear en el piso de arriba, creo que eres tú, Antonio, que has vuelto. Y de lejos, cuando le veo con las vacas, imagino que eres tú, aunque sea más grande y más

fuerte. Ha aprendido a segar a nuestra manera. Trabaja bien. No tiene albarcas, se va a destrozar las botas al meterse en el campo. Por eso le he hecho estas. Tú eras más bajo, decías que así el enemigo no te vería escondido en la manigua. ¡Condenado crío! Va siendo hora de ordeñar. Están nerviosas. Me lo sienten las vacas. Y dicen que son tontas… ¡Qué van a ser! Ellas saben lo que quieren. Cómo me miras, *Mora*, desde que te quité el ternero. Si no aparece, iré allí y les diré cualquier cosa. No vuelvas, hijo, no les escuches. Te quieren llevar al matadero. Como a mi hijo. Los días son cada vez más cortos y yo cada vez veo peor. Cataratas. ¿Y si me quedo ciego? Ya no sirvo para nada».

Salió de la cuadra oscura. La luz del mediodía lo deslumbró.

«Algo se mueve por el camino… Sí: debajo de las sombras de los chopos junto al regato… No veo bien, ¿es él que se acerca? Sí, es él… ¡Es él! Rafael…»

Vio su cara y lo comprendió todo, y se alegró, tanto, que se lanzó a los brazos de Rafael como si hubiera regresado de una muerte cierta. El viejo lloraba en silencio, sin que el muchacho lo pudiera ver.

—Está bien, Rafael, todo está bien. Lo vas a ver: yo me haré cargo de todo… No, no eres un cobarde. ¡Qué vas a ser! Debes huir… Sí, aún estás a tiempo porque nadie sabe nada, ni quién eres ni dónde estás, no te conocen ni la cara… Déjame hacer, hijo, deja. Confía en mí.

Rafael no había dicho nada; tenía un nudo en la garganta. Se deshizo como pudo del abrazo y entró en la casa.

Allí, junto a la puerta, estaban las albarcas. Perfectas, pacientes, le esperaban. Tomás las había hecho para él.

No podía ir al ensayo de Tórtola. Salió a la calle; aún faltaba tiempo para la hora de la cita. Estaba trastornado, aunque nadie lo supiera ni lo dejara traslucir de ninguna manera.

Seguía siendo el mismo Álvaro de siempre, impecablemente vestido, con su sombrero de extravagante color violeta, los zapatos bicolores en hueso y azul, la corbata a juego, llamando la atención, saludando a los conocidos con exquisita amabilidad. Nadie podía imaginar que se sentía como uno de esos buzos que tanto le impresionaran de niño, la imagen descubierta en una edición ilustrada de *Veinte mil leguas de viaje submarino* traída por los

Reyes Magos. Veía el paseo y a los paseantes como a través del cristal circular de una escafandra; cubierto de la cabeza a los pies, el peso de las botas con suela de plomo ralentizando cada paso, sin oír nada más que su propia respiración golpeándole el cerebro, solo unido a la realidad a través de un tubo fino y frágil, perdido en la oscuridad de un océano con peces extraños y un tiburón amenazante al fondo. Ajeno, aislado, adentrándose en una oscuridad impenetrable.

¿Adónde iba? No lo sabía, no quería imaginarlo.

—Mira: por ahí va Álvaro Retana —dijo Sisita a sus acompañantes, un caballero y una señora de su edad, prima lejana.

—¿Quién?

—Mujer, no seas descarada, no te des la vuelta… Ese joven tan apuesto y elegante.

—Pues no caigo.

—Ni que vivieras en una osera, ¡qué provinciana eres, prima! Retana es el hombre de moda. ¿No has leído sus novelitas galantes? Son una delicia. Pero muy descocadas… Mejor ni se te ocurra leerlas. ¡Pecado mortal!

—¿Escritor?

—También trabaja en el teatro. Una celebridad.

—En el teatro no hay más que putas y maricones —dijo el buen señor, apartando la mirada con gesto de asco.

Sí, le estaban mirando, le habían reconocido. Sonrió con una pose estudiada y gentil. Tuvo envidia de las cabezas vacías, de los verdaderamente frívolos. En ellos no había antifaz ni máscara ninguna: eran justo lo que parecían. Pero si a él lo despojaran de su disfraz quedaría desnudo, con la piel fina desollada, en carne viva, descubriéndole los órganos, la sangre corriendo por las venas: entonces sí que ofrecería un espectáculo indecente y obsceno, no como los inocentes cuplés ni las novelitas verdes que le habían hecho famoso. La frivolidad era el oxígeno que le permitía seguir vivo: como en un cuentagotas, aspiraba ese aire temiendo que en algún momento se agotara.

Recorrió el paseo como un viejo cardenal obligado a llevar un traje escarlata, llamativo, para oficiar misa por un Dios en el que no creía y llegó a El Dragón antes de la hora de la cita: necesitaba la oscuridad del teatro, su refugio. Había dejado ir a Rafael y tenía

miedo de que lo mataran.

Salvador le tendió una nota firmada por Retana que le urgía a reunirse con él en el reservado del *cabaret*. No especificaba la razón. En qué andaba el escritor frívolo en los últimos días, lo ignoraba. ¿Acaso sospechaba algo de su doble vida? Imposible. Pero tanto misterio no era propio de él. El marqués entró en el Dragón de forma discreta, como sabía hacer cuando quería, y subió al reservado. No le sorprendió encontrar al escritor en compañía de Paquita *la Antequerana*: Álvaro era idolatrado por los transformistas del cuplé como un médium entre ellos y las verdaderas damas imitadas.

—Qué discreto te has vuelto, Álvaro —dijo, a modo de saludo.

—Agradécelo, descastado… Y que sepas que el asunto bien lo merece, no estamos aquí escondidos para evitar que alguien diga que el señor marqués se ha hartado de las mujeres al verte conmigo y con Paquita —contestó Retana—. Bueno, nos tienes en ascuas… ¿Para qué nos querías, Paquita?

—Algo de beber antes, ¿no? —Paquita miraba con ojos desorbitados la botella de licor sobre la mesa del reservado.

—A ver si nos has metido en este embeleco por apuntarte un descorche, Paco —bromeó el marqués, disimulando que le ponía nervioso el uso indiscriminado del femenino que se prodigaban entre los ambiguos. A pesar de su tolerancia, le incomodaba que alguno de ellos terminara dirigiéndose a él llamándole Leona.

—¿Descorchadora, yo? Bromas, las menos, que esto es serio, coño —dijo Paquita con su voz de tenor lírico, que afalsetaba en las actuaciones.

Francisco Núñez *la «Antequerana», la Sabueso* o *la Pintona*, según su ficha policial, zarcillos de oro y traje de goyesca cuajado de madroños, el rostro redondo de luna llena pintado a imitación de la Chelito —su mejor número—, ladeado con salero el sombrero cordobés, se retorcía las manos cuajadas de baratijas.

—A ver, cuenta.

Velasco sirvió tres copitas de la botella de licor.

—Pues que este es asunto muy grave. Usted verá, marqués, si no lo es el que se haya secuestrado a un hombre.

La transformada se echó al coleto la copa echando la cabeza hacia atrás de un golpe. El sombrero cordobés quedó aposentado de

mala manera en la coronilla arrastrando un poco la peluca.

—¿A quién han secuestrado? —A Retana se le pararon los pulsos, como decían en las coplas.

—A mi belleza mexicana, desaparecida de un día para otro.

—¿El tal Reyes? Paquita, tú te confundes: ese no es ambiguo, sino puro macho; con él te llevarás un sofocón, por la mínima… Por la máxima, un tortazo si te propasas —dijo Álvaro, aliviado.

—Ja, ja. Envidiosa. Tú déjame a mí, que a más de un hombrón he seducido con mis encantos.

—¿Y qué ha pasado con tu amado diputado? ¿Le has dado el finiquito?

—Está en Madrid, muy ocupado con las cosas de la guerra… Me tiene abandonada y no se puede desatender a una jovencita fogosa como yo, pues pasa lo que pasa… Pero no me hables ahora de ese, Retanita: estamos aquí por mi lindo americano.

—Puede haber vuelto a su país… —aventuró León, disimulando el interés que le acuciaba. Quién le iba a decir que alguien más estaría buscando al mexicano… Y mucho menos una artistilla metamórfica del Dragón.

—¡Quiá! De eso nada… Cuando un gachó me hace tilín le sigo los pasos. Retanita… Qué te voy a contar que tú no sepas. Hasta conozco la pensión donde estaba alojado: por si acaso. Conviene saber con quién anda liado el objeto de deseo. Pero nada, por allí no aparecía ni con hombre ni con mujer. Un monje, mi José Juan.

—Entonces, ¿qué crees que ha pasado?

—Estoy segura de que se lo han llevado contra su voluntad. Tengo las pruebas.

—¿Pruebas?

—Todas andamos revueltas desde el asesinato de la Rosarito… Se empieza por las putas y se termina en las artistas, ya sabemos cómo es esto: ¡hay tanto prejuicio! Así que andamos con el ojo avizor y la oreja puesta. Nos acompañamos las unas a las otras, y la de Ronda, que es brujera, nos echa las cartas todos los días…

Velasco hizo un gesto de impaciencia. Álvaro le contestó con otro que recomendaba sosiego.

—A mí en los amores me salió la carta del ahorcado, que es cosa torcida… —Se santiguó en una amalgama de supersticiones—. Al día siguiente ya no volví a ver a ese varón que me tiene sorbida la

sesera.

—¿Por qué iba nadie a querer el mal de ese hombre, Paco? —inquirió Velasco en masculino. Puede que Núñez supiera más cosas que su sosia femenino.

—Pues no lo sé. Pero estos muchachos que andan en misterios siempre me han subyugado. Este es de los que vienen a los reservados para reunirse con otros extranjeros… ¡Últimamente hay aquí un trasiego!

«Lo vio con Clayton… ¡Maldita sea tu curiosidad de enamorada, Paquita!»

—Yo creo que todos ellos andan en políticas o cosas peores. Y no como antes, que todo quisqui venía aquí a pecar, que si estos peluches hablaran… Personajazos de muy alto copete han paseado sus miserias por este reservado, pero hasta ahí puedo hablar. —Hizo un gesto garboso de coserse la boca.

El marqués se preguntó si serían ciertos los rumores de que los tres pequeños reservados situados en un falso piso superior —en realidad un cabrete colgado sobre el salón— eran ocupados en secreto por ministros y hasta por el mismísimo Romanones. La leyenda, que parecía publicidad del local, comenzaba a albergar visos de verosimilitud.

—De vez en cuando vienen los germanotes con ese jefe que tienen, menudo elemento, y beben, gastan y hablan más de la cuenta…

De una manera instintiva, León se acercó a la persiana veneciana y atisbó entre las lamas: desde allí se dominaba casi todo el salón cabaretero, la barra, las mesas ocupadas y una parte del escenario.

—Una noche discutieron con dos militares españoles, casi llegan a las manos. Uno de los alemanes lo dijo claramente: habló de mi mexicano delante de las chicas que estaban con ellos; deben de pensar que somos lelas además de suripantas —añadió Paquita.

—¿Quiénes eran esas chicas?

—Están muertas de terror y ya aviso a los dos que no puedo decir sus nombres. Por eso vinieron a mí… Porque sabían que ando preocupada por mi moreno. Yo por mi mexicano doy la cara, faltaría más. Que vengan si se atreven.

Levantándose la falda, además de la seda sobre la pantorrilla

depilada —pero musculosa—, enseñó una liga portadora de una navaja de proporciones sorprendentes. Hizo las presentaciones:

—Aquí, mi hermana de Albacete; aquí, estos señores…

—Como todo lo que escondas sea del mismo tamaño… ¡deberías dedicarte a la feria de monstruos y no al arte imitativo!

Los tres rieron la salida procaz de Alvarito, quien servía otra ronda de licor de anís.

—Una chica debe saber cuidarse a sí misma. Y no fiar en esos chulazos sacacuartos: mira lo que le pasó a la Rosarito por confiar en su Genaro.

León quería regresar al tema de su interés.

—Así que los alemanes y unos militares españoles. Discutían. ¿Qué más averiguaste?

—Nada más. Por eso… los mandé seguir.

A León le dieron ganas de contratar a Paquito Núñez para los servicios secretos: tenía dotes naturales.

—La cosa tiene su miga: algunos de ellos se turnan para ir a una casa justo al lado de la batería de San Pedro del Mar, casi a la sombra de nuestra bandera. Yo mandé allí a unos amiguitos que tengo y dieron por seguro que no hacen más que entrar y salir alemanes de tapadillo. Por lo que contaron las niñas, a nuestros militronchos parecía no gustarles las actividades de los alemanes y discutían que si la legalidad, que si el código militar, que sí tal y Pascual, pero estos son muy farrucos y se pasaron las quejas por el arco del triunfo. Entonces hablaron de mi bello americano, muy clarito lo dejaron: que si tenían a ese hombre retenido en territorio español y que iban a dar parte; ahí empezaron los golpes y las palabras gruesas.

—Paquita, hija: me dejas muerta. ¡Menudo enredo! —dijo Retana.

La Antequerana asintió y se atizó otra copita. Habían perdido la cuenta de las que llevaba.

—Si te apañas tan bien… ¿por qué has venido a contárnoslo? —León temía una añagaza del transformista, pero lo cierto es que su historia sonaba de lo más convincente.

—Porque si voy yo a la policía a poner una denuncia, ya sabemos lo que puede pasar: que me echen a dormir en el calabozo y tiren la llave… Eso después de atentar contra mi virgo, esos

carcelarios. Además, todas sabemos que la autoridad no hace otra cosa que pedir su unto y detener mangantes. Y con el ejército de por medio, para más inri: que si te gusta el arroz con leche, por debajo de la puerta te meto un ladrillo. ¿Iban a ponerse a buscar a mi rey de Reyes? Anda, que… Acabáramos. Sin influencia nada se puede en esta vida… De muy buena tinta sé que usted, marqués de mi alma, conoce bien a algunos gerifaltes de la Corte. Y que tiene mucho mando allá arriba y amiguitos que todo lo pueden. Dígales que lo encuentren… ¡Por Dios y por la Virgen de los Remedios se lo pido!

Le cogió la mano para besuquearla y León se dejó hacer disimulando las ganas que tenía de abrazar al sagaz transformista.

—Te prometo que haré todo lo que pueda por encontrarle.

«No sabes hasta qué punto estoy empeñado en ello».

—¡Gracias infinitas…! ¡Que Dios se lo pague con muchas venturas y bendiciones!

—Eso es amor de verdad, Paquita. Hasta me inspira una novela —remachó Álvaro.

—No bromees… Sea para mí o no, esa maravilla no puede malograrse: si está en mis manos salvarlo de quién sabe qué peligros…

—A ver si te lo agradece como tú y yo sabemos.

—Qué malo eres, Alvarito. ¿Por quién me tomas? No soy tan interesada como otras… ¡Ay! Dime, ¿se me ha corrido el rímel? Tengo actuación en cinco minutos… Esto es un sinvivir…

Álvaro, solícito, le retocó el perfil de los ojos emborronados por las lágrimas con la punta de su pañuelo, colocó el sombrero, la peluca y los rellenos del pecho, despidiéndola con dos besos aleteantes para no despintarle las mejillas coloreadas. Antes de salir, la Antequerana recomendó en susurros:

—No salgan por la puerta principal, queridos míos: puede que haya moros en la costa y no sería bueno que algún malaje rondara este encuentro. Al final del pasillo de camerinos hay un aseo y, muy escondidita, otra salida; una que solo utilizamos las chicas del Dragón y que va a dar a la pensión de la Paca. Siempre hay allí una comadre: decidle a Escolástica que vais de mi parte para que os deje pasar.

Y desapareció en las tinieblas cabareteras. Retana encontró a

León con una expresión de júbilo que nunca le había visto, perdida su máscara de aburrido elegante.

—Tengo tantas ganas de besarte, Álvaro, que hasta dudarías de mi virilidad.

—No tan deprisa, querido, que no eres mi tipo. Ni sé en qué andas ni quiero saberlo, miedo me da y tengo mi propio lío. Solo quería ayudar a la Antequerana porque es buena chica, pero la historieta del azteca me ha dejado de piedra arenisca.

—Creo que nuestro amigo mexicano se ha metido en un buen embrollo. Y no por causa de ningún amorío.

Retana le lanzó una interrogación con la mirada.

—Y quédate tranquilo… sé lo que estás pensando: ya tengo hablado lo suyo con Tórtola —añadió Velasco.

—¿Sin rencores?

—Todo está aclarado. Y acabado.

—No se te ve muy compungido por el coronamiento de cérvido con que nuestra estrella favorita te ha distinguido.

—No te preocupes, no soy un Otelo. —León seguía sonriendo.

—Siempre has sido el más inteligente, el más… europeo. No esperaba otra cosa de ti. En fin, aprovecho tu buen humor, a pesar de que lo encuentro un tanto extraño y si me lo permites, extemporáneo. ¡Con las cosas que están pasando, querido León! Como dice Paquita: ¡esto es un sinvivir!

Álvaro se dejó caer en el sofá de peluche como una marioneta sin autor.

—En fin; la cuestión es que yo también quería pedirte un favor y, para mi desgracia, muy parecido al de Paquita: también anda aquí escondido ese Cupido majareta que nos hace amar en vano a quien no debemos…

—Déjate de literaturas. ¿De qué se trata?

—De sacar a Rafael del país —suspiró Retana.

—¿Rafael?

—El chico, el modelo de Paris. ¿No lo recuerdas?

Claro que lo recordaba.

—¿Qué ha pasado?

—Corre peligro de muerte y es todo lo que te puedo decir.

León no pudo sacarle ni una sola palabra más, así que terminaron la botella de anís —que la Antequerana había dejado

muy terciada— y salieron con cautela del reservado. Obedeciendo los consejos de Paca, siguieron por el pasillo que conducía a los camerinos donde hombres y mujeres vulgares se transformaban en estrellas rutilantes. Tuvieron cuidado de no dejarse ver, amparados por las tinieblas en que los cicateros empresarios mantenían los entresijos del local.

—¿Tú tenías conocimiento de estos vericuetos? —susurró Álvaro.

—No… Pero lo que sí que sabía es que la sociedad dueña del *cabaret* también lo es de los edificios colindantes.

—Propietarios: gente de orden. ¡Y a mí que me habían dicho que los rentistas del *cabaret* eran unas monjas!

—No lo descartes.

Al fondo vieron a la vieja como un Cerbero, sentada junto al tabuco que llamaban con imaginación pomposa «aseo». Guardaba el lugar, además de encargarse de vaciar el contenido de los orinales por un agujero estratégico y recóndito. Los camerinos carecían de inodoro —lujos modernos que aún tardarían en llegar a la mayoría de los teatros— pero cada artista disponía de una palangana y un orinal. En aquel inframundo, la tal Escolástica hacía de la necesidad su oficio.

—Venimos de parte de la Antequerana —dijo León.

El montón de ropas negras ni levantó la cabeza, pero abrió una puertecilla a su espalda y por ella pasaron los dos hombres. Álvaro arrugó la nariz al rozarse con las estrechas paredes del oloroso habitáculo, pero León no se inmutó: había comido rancho junto a las letrinas de un ejército.

Individuas subversivas

Aunque ya se dijo que Ursicinio Palomo era un hombre sin aficiones y desconfiado de la música y del arte, sus sentidos se doblegaron ante el poder de lo sublime cuando vio sobre el escenario al ángel que le anunciara la buena nueva de su redención. Fue el golpe de gracia a todas sus convicciones anteriores, a las que poco les faltaba ya para convertirse en vestigios.

Cierto es que antes de decidirse a entrar en El Dragón, le había recorrido el cuerpo un escalofrío al ver a la mujer que siguiera desde la iglesia yendo a parar a un antro como ese. Imágenes de desenfreno orgiástico se le agolparon a Palomo en las meninges y a punto estuvo de rendirse, dar media vuelta y olvidarla para siempre. Estuvo allí un buen rato, parado en la esquina, lamentando su suerte. Todos mentían, todos le engañaban, todo el mundo ocultaba su verdadera naturaleza para ponerse en su contra, para conspirar contra él. La realidad era un espejismo donde nada era lo que parecía, fruto de una ilusión, un delirio. Incluso ella, la desconocida.

Así estuvo un buen rato, parado como un pasmarote al final del callejón que conducía a la salida de artistas. Al fin, en vez de dejarse avasallar por estas aprensiones, su mente cartesiana le obligó a entrar en el *cabaret* para comprobar por sí mismo si la acusación que pendía sobre la cabeza de la inadvertida muchacha había sido precipitada. ¿Y si era una simple recadera, una modista de las que solían trabajar para las gentes del teatro? Si ella era honesta, decente, la condena era injusta, y eso Palomo no podía consentirlo. Armándose de valor, entró en el *cabaret*. En ese mismo instante, el maestro de ceremonias anunciaba la actuación.

—Y ahora, con todos ustedes, admiradores de las tobilleritas, sí, usted también, picarón, que se lo veo en la mirada… La jovencísima

¡Estrellita Chacón!

La aparición ya no vestía de lutos ni mantillas sino un corto uniforme de colegiala, con capita y sombrero a juego. Era rubia, las trenzas asomaban bajo el sombrero y sí, la cara solo podía ser la de un ángel. Sonó la música y ella comenzó a cantar con una muy bien modulada voz:

Yo soy una pobre colegiala
que jamás fue a un salón
y siempre tuve a gala
ser la dueña
de mi corazón.
Estudié latín y geografía,
la retórica cursé en un mes,
del violín conozco la armonía,
y, además, un poquito de francés.
Nunca tuve amores,
pero quiero a un hombre
que me diga qué es Amor.

Poco acostumbrado a los efectos teatrales, Palomo, impresionado por la sugerente puesta en escena, escuchó estas palabras y se dio por aludido: él era el hombre que, sin duda, aquella inocente buscaba con tanto ahínco. El amor, con el que se había encontrado de sopetón, mudó su naturaleza como si hubiera pasado años oculto en el interior de un señor desconocido —aquel envarado e inflexible polizonte de ayer— y fuera una crisálida que esperara su momento para eclosionar. Palomo se deshizo del viejo caparazón para posarse como una mariposa sobre el virginal pecho de la niña cantante: «Yo seré el hombre que te diga qué es Amor».

—Perdone, usted, ¿el camerino de Estrellita Chacón?

—Aquel es —señaló la vieja. Llevaba una palangana de agua sucia entre las manos. Palomo la vio alejarse por el pasillo.

Armado de todo el valor que reunió —aunque hubiera preferido enfrentarse a una célula de asesinos anarquistas—, el policía llamó a la puerta. Se oían voces dentro y una le parecía de hombre, pero no se arredró. Había llegado muy lejos y la curiosidad y el deseo de volver a verla vencieron todos los escrúpulos. Abrió una figura alta,

más alta que él: una mujerona de pelambrera azabache envuelta en un mantón de Manila.

—¿Sí? —dijo, con voz atiplada y falsa.

—¿Estrellita Cha…?

—Es para ti, Estrella —cortó—. Un admirador. —Y le dio la espalda.

La aludida habló mirándolo desde el espejo del tocador.

—Pase, haga el favor.

Olía a habitación cerrada, a ropa vieja: el camerino, pequeño, sin ventana y de paredes desconchadas, le pareció revuelto y atestado. Los objetos brillantes, las telas de colores, los zapatos se acumulaban en un batiburrillo de trapero. Del espejo colgaba el rosario, el mismo que le había visto entre las manos esa tarde, al salir de la iglesia. Y sobre el tocador, junto a los mil potingues de los artistas, estampas y figuritas de santos, un pequeño altar. Estrellita, sin levantarse, tendió la mano pequeña y blanda hacia Palomo. Vestía una bata japonesa llena de bordados de pájaros de colores, y la seda delicada resbalaba por sus brazos blancos.

—Encantada.

La jovencísima Estrellita era, como su nombre indicaba, una estrella en ciernes con el sueño de convertirse en una Raquel Meller, su ídolo. Soñaba con actuar en el Gran Kursaal y cantar *La violetera* y *El relicario*, llevar un séquito con tres cocineros y viajar por medio mundo con cientos de baúles, como ella. Y si a alguien le parecía mal, que con su pan se lo comiera: Estrellita, a pesar de su insultante juventud, tenía las ideas muy claras y confianza en llegar a lo más alto. Todo por lo decente y lo católico, que eso no está reñido con una carrera de artista.

Miró al hombre que tenía delante: al menos era joven y no feo ni gordo como los babosos que solían llamar a su puerta, aunque vestía un terno enlutado y triste. Podía pasar por estudiante o pasante en un despacho. Un don nadie. No le llevaba flores ni ningún otro regalo, pero, aun así, le sonrió: un admirador siempre es un admirador. Palomo sudaba, le estrechó la mano con un temblor.

—Yo… me llamo Palomo, para servirla.

—Ay, Palomo… ¡Qué gracia! ¿Verdad, Paquita?

—Sí, esperemos que no sea un pájaro de cuenta…

La tal Paquita no le quitaba ojo, desconfiada; el policía lo captó muy rápido. A pesar de haber sufrido una revolución interna, no había perdido por completo su instinto.

—¡Qué cosas dices, Paca, hija! —Estrellita echó una risita fina.

Palomo, de sopetón, se dio cuenta de que Paca no era Paca. La complexión, la voz y una nuez pronunciada que subía y bajaba con la respiración le avisaron de que aquello que tenía ante él era un engendro que el maquillaje y la melena no hacían más que intentar ocultar. ¿Dónde se había metido? Entonces, con el corazón en un puño, se volvió hacia la figura adorada: ella le miraba con unos grandes ojos azules, sonreía enseñando los dientes de nácar y las trenzas rubias le caían sobre los hombros. Pero bajo las luces reveladoras que rodeaban el espejo, había una cara mucho más maquillada de lo que en realidad parecía, exagerada, como de muñeca pepona de las que regalan en las ferias.

—¿Le ha gustado la actuación, señor Palomo?

La voz no sonó como la de una mujer exactamente; era juvenil, de adolescente al que le está cambiando la voz. Ursicinio sintió un escalofrío.

—¡Ya sabía yo que a este pájaro lo había visto antes! ¡Es policía! —graznó con voz hombruna Paquita *la Antequerana*, y se encaró con el intruso.

Estrellita se levantó tirando la silla y corrió a refugiarse en una esquina, aunque dadas las dimensiones del camerino lo mismo le hubiera dado quedarse donde estaba.

—¿Qué husmeas aquí, eh? ¿Eh? —preguntaba la Antequerana, acorralando a Palomo.

—Yo estoy limpia… No tengo antecedentes… —lloriqueó Estrellita.

—¿Meterte en los camerinos para asustar a las artistas, eso querías?

Palomo, confuso, como borracho, ni intentó defenderse cuando Paquita, sin miedo a romperse las uñas largas y pintadas, lo agarró de la chaqueta —sí que era fuerte— para echarlo del camerino.

Ursicinio cruzó los ojos con los de la desmadejada Estrellita: por la bata abierta mostraba un pecho púber de muchacho, sin un pelo. Tenía la peluca entre las manos: su cabello era rubio natural pero corto, como el de un paje. Un jovencito precioso… Paca notó el

peso muerto entre los brazos: Ursicinio Palomo, el ejemplar policía, el agente especial, se le había desmayado entre los brazos.

Casi sin hacerle esperar, Sánchez recibió en el despacho de la comisaría a su amigo de años, el señor Rubín.

—El asunto es grave… No le engaño —dijo, nada más verlo entrar.

—Me hago cargo.

—Ya sabe usted cómo están las cosas de revueltas y tenemos órdenes de ser inflexibles con cualquier alteración del orden público…

El perro viejo de Rubín guardaba silencio y eso puso a Sánchez aún más nervioso.

—¿Y usted no estaba al corriente?

—En modo alguno —contestó Rubín, con rostro candoroso.

—Pues ha hecho mucho ruido… Recibimos quejas, advertencias… No nos quedó más remedio que intervenir debido al escándalo provocado por las concentraciones de mujeres ante las fábricas. Las arengas de la tal señorita Doncel —su amiga, Rubín— empujaban a esas mujeres a insultar y atacar a los hombres que pasaban por el lugar, incluidos los policías que vigilaban las reuniones, convirtiendo a plácidas madres de familia en unas individuas subversivas de la peor especie.

—Bueno, Sánchez, en eso difiero. Las sufragistas se limitan a pedir el voto para las mujeres: no va usted a ponerlas al nivel de los socialistas o incluso, qué disparate, los anarquistas.

—No podemos ponernos exquisitos… Las detenciones fueron motivadas por una serie de gritos reivindicativos.

—¿Qué gritos?

—Pues cosas como… como… «¡Viva la República!», «¡Abajo la corona!», «¡Mueran los hombres!»

El ímpetu y el vozarrón de Sánchez causaron en los aledaños del despacho un silencio sepulcral.

—… que desembocaron en una carga policial y la subsiguiente resistencia a la autoridad con resultado de detenciones.

—Bueno, bueno… No me hará creer que unas simples mujeres…

—¡Eso es: simples mujeres! ¡Nada de esto pasaría si se quedaran en su casa, haciendo sus cosas, cuidando de sus retoños, guisando, sin meterse en camisas de once varas! Y, ¿quién les ha metido esas

ideas… políticas… —aquí casi escupió la palabra— en esas molleras de grillo? Pues… ¡esa señorita del infierno! ¡Esa tal Julia Doncel!

A pesar de las invectivas de Sánchez, Rubín logró, tras muchas argumentaciones, descargos y promesas, que los cargos sobre Julia fueran atenuados y considerados una simple falta y se decretó su salida de prisión preventiva. Un día y una noche había pasado en los calabozos. Salió pálida, con el traje arrugado y despeinada, acompañada de una muchacha que Rubín no conocía. Era apenas una chiquilla que se despidió de la señorita con un abrazo fraternal y muchas lágrimas antes de rechazar, muy educadamente, la invitación de llevarla en coche a donde ella quisiera. El viejo caballero tenía el suficiente tacto como para no preguntarle nada a una Julia agotada, despeinada, silenciosa, que apenas despegó los labios durante el trayecto para agradecerles sus desvelos a él y a Galdós, artífices de su liberación. Pero se negó en redondo a llevarla a la pensión.

—De ninguna manera volverás a pasar una sola noche en ese antro. Te quedarás en San Quintín: ya hemos enviado a por tus cosas. Don Benito y yo albergamos fundadas sospechas de que la chismosa de doña Úrsula ha tenido mucho que ver con tu detención. No sería de extrañar que hubiese sido ella quien puso en la pista de tus… actividades… a la policía.

Para su sorpresa, Julia se subió al coche sin responder.

«La impresión del mal trago… Está conmocionada. Ya se recuperará». Y respetó su silencio. El coche se puso en marcha, Julia miraba por la ventanilla los muros de la prisión que acababa de abandonar. Un hombre parado frente a ella llamó su atención: a pesar de la distancia le pareció reconocer a… No, no podía ser. ¿No era aquel el marqués de Argüeso? El sombrero le tapaba la cara, pero hubiera reconocido su figura en cualquier parte. El coche dobló la esquina y lo perdió de vista.

No abandonó su mutismo hasta que se encontró entre las paredes amigas de San Quintín sentada junto a don Benito, al mismo Rubín y al reconfortante café con leche acompañado de un bizcocho recién salido del horno siempre encendido en la cocina de Melitona.

—No te engaño si te digo que hemos pasado un gran susto, querida Julia —dijo el escritor, apretándole afectuoso la mano

helada.

Le pareció que había pasado mucho más tiempo desde la última vez que se vieron y lo encontró repentinamente envejecido, encogido en el terciopelo de su butacón preferido, con *Gilda* enroscada sobre sus rodillas. Acariciaba a la gata con nombre de heroína de ópera con gesto nervioso, el animalito debió de sentirlo, porque saltó del regazo de su dueño y se escabulló por un rincón. También Rubín parecía incómodo.

—Tengo que pedirles disculpas a los dos: no era mi intención causarles ninguna preocupación. Y no solo eso… Tengan por seguro que les devolveré hasta el último céntimo de lo que han pagado por mi liberación y la de Marisol. Hoy mismo escribiré a mi casa para resolver ese asunto.

Los dos caballeros hicieron mil aspavientos en cuanto oyeron mencionar el dinero, negándose en redondo a aceptarlo, y ella no discutió, pero su gesto decidido daba cuenta de su determinación. Julia sabía de los eternos apuros económicos de Galdós —lo exiguo de su sueldo lo certificaba— y ya había pensado recurrir a su padre adoptivo para saldar la deuda: don Segis estaría encantado de apoquinar lo que fuera cuando supiera de las heroicidades de su retoño; nada le gustaría más que financiar a una nueva Juana de Arco, que además lucía su apellido. Pagaría las desmesuradas mil pesetas de la sanción administrativa, pues Julia había rehusado abandonar los calabozos comisariales sin la compañía de otra detenida en la manifestación que carecía de posibles o benefactores, más que dispuesta a permanecer encerrada si no se liberaba a su compañera.

No oyó la campanilla de entrada ni se dio cuenta de la inquietud que mostraron sus acompañantes, tampoco de sus miradas de conspiradores de zarzuela. Galdós forzó un carraspeo y Rubín se levantó como impulsado por un resorte.

—Yo iré. A ver… quién es…

Era raro que no dejaran que el servicio se encargara de ello, pero Julia estaba demasiado cansada como para darse cuenta. El café con leche empezaba a templarle el cuerpo dolorido de la noche pasada en vela, apenas tumbada sobre el jergón asqueroso de un lugar atestado, maloliente y húmedo. Soñaba con darse un baño pero no lo decía, casi avergonzada por esos escrúpulos tan

impropios de una activista valiente y convencida.

—Hmmm… Julia… Tienes una visita.

Hamlet ladró en el jardín dando la bienvenida al recién llegado. Galdós se escabulló sin decir ni mu y salió raudo del cuarto agarrando del brazo a un Rubín más duende que nunca. Julia se encontró sola en el salón, aún con la taza de porcelana entre los dedos.

Estuvo a punto de derramarse el café sobre la falda al verlo entrar. Era él.

—Señorita Julia… Espero que me perdone esta intrusión. Hace tiempo que necesitaba encontrarme con usted. Hice todo lo posible por ser recibido… y, como bien sabe, fui rechazado una y otra vez. Reconozco que las fuerzas me empezaban a flaquear pero cuando supe de… de lo ocurrido… En cuanto lo supe…

«¿Cómo sabía de su detención? ¿Es que además de licencioso era ubicuo?» No le ofreció asiento, pero hubiera sido inútil: el hombre paseaba por la habitación con una energía desconocida, eléctrica.

—… rogué a sus buenos amigos que permitieran mi presencia aquí. Tenía que cerciorarme de que se encontraba bien, de que no había sufrido ningún daño.

—Le agradezco sus desvelos, señor marqués —intentó aparentar un frío desdén—. No ha habido daño alguno más que el escándalo que en ciertos círculos pudiera causar el que alguien sea encerrado por sus convicciones. O a los que puedan bromear sobre ello. Seguro que muchos de sus amigos se divertirán con ello esta noche, mientras descorchan una botella de champán.

Se acercó a ella con dos zancadas. El aroma a lavanda la cercó con unos brazos invisibles. No, no solo era el perfume… Era su olor: el de él. Hubiera podido reconocerlo en cualquier lado, entre miles de personas desconocidas, con los ojos vendados.

—Temí por usted. Julia, yo… Tienes que saber que…

Se dio cuenta de que el tuteo estaba de más al percibir el gesto hierático de Julia, la furia contenida en un leve rubor, la boca apretada y las aletas de la nariz abiertas, como si fuera a embestirle de un momento a otro.

—Estos últimos días han sido un tormento insoportable… Tenía que verla, al menos para decirle que quizás esta noche… No, en realidad no puedo hablar. Me gustaría decirle que… que quizá sea

la última vez que nos veamos. He venido sabiendo que usted es lo único posible, la única razón de mi existencia.

Estaba seguro de ello. Hacía tiempo que sabía que estaba atrapado, quizá lo supo desde el mismo momento en que la conoció. Cuando Clayton le confirmó que esa noche atacarían el reducto de los alemanes, aquel donde suponían que estaría Von Krohn y le avisó del peligro que entrañaba la operación, se decidió a declararle a Julia sus intenciones. Quizá fuera precipitado pero no tenía tiempo que perder. Al fin y al cabo, era un hombre de acción, se dijo, antes de pedirle a don Benito que le dejara presentarse ante Julia. Y ahora estaba ante ella, muerto de miedo, como no había estado en toda su vida.

—Julia, yo… la amo. Ponga fin a este malentendido. No puedo vivir sin usted. Me ha hechizado, embrujado. A pesar de que no tengo tanto para ofrecer como me gustaría, le ruego que acepte mi mano.

—Señor, me hago cargo de su situación, lamento haberle hecho sufrir. Pero me temo que está usted profundamente equivocado. ¿Quizá mi oposición a sus intentos de… de seducción… le ha dado a entender algo muy lejos de mi intención? Puede que esté acostumbrado a otro tipo de mujeres, que juegan a decir no cuando en realidad quieren decir sí.

Dio un sorbo al café, aunque se había quedado frío.

—¿Me está rechazando? Por favor, hable claro. Ese tono no es propio de usted.

—Creo que estoy siendo correcta. Mucho más teniendo en cuenta lo que pasó durante nuestro último encuentro.

—Perdóneme si la he ofendido de alguna manera, pero creo que la última vez que nos vimos no ocurrió nada de particular. Quizá se refiera a la situación provocada por esa loca de Tórtola, con la que, debo decir, nada me une ya más que una buena amistad. No voy a negar que tuve una… relación con ella, pero eso fue antes de conocerla a usted.

—Su arrogancia no tiene límites, ¿verdad? ¿Acaso cree que me interesa la situación de sus afectos por esa señora o… por otras? No hace más que mostrarme un enorme desdén hacia los sentimientos ajenos y desprecio hacia la honestidad y la virtud… Su reputación le precede, señor marqués.

—Discúlpeme, pero no creí que una mujer de sus firmes convicciones, de su personalidad, se dejara llevar por la hipocresía o por las maledicencias.

—¿Cómo hacer oídos sordos a tan atronadora fama? Le juro que lo intenté, pero su actitud de… don Juan, me resulta intolerable. No es algo que una mujer con una idea acendrada del honor pueda pasar por alto.

—¿Es así como me ve? ¿Tan vulgar? ¿Tan vil?

Parecía desesperado. Julia no pudo sujetar por más tiempo esa mirada gris, más clara que nunca, y desvió el rostro hacia el ventanal como si tuviera mucho interés en ver a *Hamlet* perseguir moscas por el jardín.

—No me obligue a decir cosas de las que pudiera arrepentirme. Buenas tardes, señor de Velasco —dijo levantándose y yendo hacia la ventana para poder darle la espalda. Creyó que con ese gesto despreciativo, el osado abandonaría sus locas pretensiones. Pero se equivocaba. La presencia masculina continuaba allí, en silencio. Los pasos resonaron en la tarima rápidos, pesados: se acercaba a ella, la cogía de los brazos con fuerza, con rabia contenida, la obligaba a mirarlo a los ojos, a tenerlo tan cerca que tuvo que respirar el mismo aire, compartir el mismo aliento.

—Julia… ¡Escúchame!

Estaba tan asombrada que no podía moverse, como si sus ojos fueran los de Medusa y acabara de convertirla en piedra.

—No sé qué es lo que pueden haberte dicho, no sé qué puedes saber para que ahora merezca todo tu desprecio… Pero no negaré nada: no he sido lo que se dice un hombre prudente y he cometido muchos errores, de algunos me arrepiento, de otros no tanto. Hasta el haber hecho esta declaración así, de improviso, después de todo lo ocurrido, puede que sea una equivocación, pero ya no me queda tiempo… Puede que esta sea mi última oportunidad. Aun así, imploro tu perdón, tu comprensión. Créeme si te digo que si pudiera evitar esto lo habría hecho, pero si creyera que no sientes nada por mí, nunca hubiera venido, jamás te hubiera hecho esta proposición… Porque estoy seguro de que no es así, de que sientes lo mismo que yo, aunque ahora, solo por haber herido tu orgullo, lo niegues.

Ella hizo un leve gesto de queja, intentando inútilmente

liberarse de los dedos que se le clavaban en la carne.

—Dime que no es verdad, dime que no me quieres y… te juro que nunca volverás a saber de mí.

No respondió: tenía la garganta cerrada, seca, pero negó con la cabeza. Su cuerpo era una cuerda de violín tensada a punto de romperse en un latigazo. Un leve tirón de sí misma y las tenazas se abrieron, liberándola. Él aún dijo algo antes de salir.

—Lo siento. Mucho. —Y cerró una puerta lenta y pesada como el gran telón de terciopelo de un teatro.

Rubín, con la oreja pegada a la puerta de castaño del despacho del escritor, rodeado de centenares de libros, periódicos, cartapacios y resmas de papel sin estrenar, suspiró contrariado. ¡Pues no se había imaginado un final feliz con beso incluido de esos que tanto le encandilaban y de los cuales abominaba su amigo Galdós!

—Esto es una pena… Esta chica se está equivocando de medio a medio… Está trastornada —le dijo al viejo amigo.

—La verdad es la verdad. Ella está enamorada. Y ese hombre es un buen hombre. —Don Benito habló para sí mismo sin dejar de escribir, doblado sobre su mesa de trabajo.

—Pero… ¡cómo se pone a escribir en un momento así! Además, cuando suelta usted esas sentencias no puede nadie llevarle la contraria. Ni seguir la conversación.

—No me haga caso: es la costumbre de la dialéctica parlamentaria.

Rubín no contestó: se dejó caer en un sillón frente a la mesa del escritor.

—Reconozco que estaba equivocado con el marqués. Siempre lo creí un tarambana, pero se ha portado con una dignidad y una gallardía inconmensurables.

—Desde luego, querido Rubín; se merece que aparezca un *Deus ex machina*.

—¿De qué?

—Nada… Olvídelo.

Julia salió del salón y subió las escaleras como si cada paso le costara una derrota. En el piso de arriba, la bañera enorme y blanca, con patas de garras felinas, llena de agua caliente y jabón de jazmín, la esperaba: la solícita Melitona, sin necesidad de indicaciones, había preparado un buen baño para la señorita, que

bien lo necesitaba.

Se desnudó arrojando lejos la ropa sucia, y se metió poco a poco en el agua jabonosa todavía como hipnotizada, inmersa en un sueño que había empezado con la detención y había continuado durante la noche pasada en los calabozos con putas, ladronas y una mujer que había descalabrado al marido de un botellazo defendiéndose de una paliza. Ni Julia ni la pobre Marisol, muerta de miedo y deshecha en lágrimas, habían pisado nunca una cárcel y tuvieron que hacer de tripas corazón. Para ella fue más fácil: se sentía fuerte gracias a la inopinada presencia de la jovencita, a quien daba ánimos. Eso le había insuflado coraje incluso para intentar aleccionar a las reclusas sobre los derechos femeninos. Sus palabras fueron recibidas con cierta indiferencia, pero cuando una deslenguada intentó chotearse de las dos activistas detenidas, «¡Hay que ser panoli pa ir a la trena por esas zarandajas!», las demás la increparon y pusieron en su lugar. Julia pudo observar que existía cierta hermandad allí, entre las desclasadas, en el peor lugar de todos; una especie de conciencia colectiva de pertenencia que quizás en el futuro abriera una puerta de esperanza al entendimiento entre mujeres mucho más allá del tan deseado derecho al voto. En realidad, no estaba segura. Empezaba a dudar de casi todo, hasta de sí misma.

El agua la cubría por completo. Contempló su cuerpo desnudo. Cerró los ojos dejando que la calidez líquida la abrazara. Quizá diluyera también la confusión y los pensamientos contradictorios, pero fue inútil: un nombre se le aparecía una y otra vez tras los párpados cerrados. Marisol.

Marisol había acudido a la concentración de mujeres fascinada por el ardor y el convencimiento con que hablaba la señorita Doncel. Aun comprendiendo muy poco el verdadero sentido de sus palabras, había creído descubrir en ellas un remedio a su desengaño amoroso. Tenía roto el corazón, se decía, y el único culpable era Rafael. Con una inocencia pueril, encontró en las ideas del feminismo la respuesta a todos sus males: lo ocurrido con Rafael no era más que una muestra de la maldad masculina, ante la cual todas las mujeres debían unirse para que ninguna otra fuera engañada por un hombre: en eso se resumía su ideario. A Julia la convirtió en un Ángel Exterminador —la imaginaba incluso con una tea encendida en alto— dispuesto a fulminar a la raza maldita.

Cuando vio a su ídolo sufrir la injusta detención policial, en un impulso impropio de ella, se fue hacia uno de los captores y, como una gata, le arañó la jeta. Ya en la trena, dándose cuenta de las graves consecuencias de su arrebato, Julia tuvo que consolarla. La pobre Marisol estaba muy arrepentida ya de su sofocón: su tía la iba a matar, del trabajo la despedirían, ya no podría volver al pueblo, estaba marcada de por vida, ella era una chica decente y nadie de su familia había pisado jamás una cárcel.

—Si me quedo aquí sola, con estas tiorras, yo me muero, me muero… ¡No me deje sola, señorita!

—Pero, mujer, no estaremos aquí mucho tiempo, te lo prometo. Y cuando salgamos yo hablaré con tu tía y con quien haga falta.

La aparición sorpresiva de Marisol en medio de la manifestación le había dado idea de hasta qué punto su nueva estrategia era la adecuada. Además, su detención corroboraría la importancia de su demanda, posiblemente los periódicos se harían eco de ella, quizás a escala nacional. ¡Un éxito! Desde el rincón mugriento donde permanecía sentada con Marisol, miró con orgullo la celda en la que se apiñaban las detenidas, compartiendo, sin que ellas lo supieran, su triunfo. Lo ocurrido suponía un desfloramiento, el comienzo de una nueva vida: ¡al fin podía emularse a su querida Emily Davison y a las demás mártires!

Entonces lo vio. La muchachita se limpiaba los mocos con un pañuelo ya muy sobado por tanta lágrima, demasiado grande, masculino. Julia reconoció las letras bordadas en él. También el pequeño escudo de armas en una esquina: ella tenía uno igual. Un pañuelo que no se había atrevido a tirar ni a quemar, un pañuelo que guardaba en un cajón de su mesilla de noche que tampoco se atrevía a abrir.

Fue hielo lo que sintió en la sangre, en las venas, en el rostro, y toda la euforia que sentía tras su triunfo, la alegría de haber logrado llevar a cabo su misión, la famosa tea vengadora, se extinguió como un insignificante fósforo. Disimuló a duras penas con la pequeña Marisol, mordiéndose los labios para no preguntar sobre el propietario de aquel pañuelo: «L. V.» Sí, era idéntico al suyo: el pañuelo que en su día le prestara León, caballerosamente, para que enjugara las lágrimas vertidas por la infortunada Rosarito. La cabeza le daba vueltas… Un canalla, eso es, un canalla seductor de

niñas: ¿es que no tenía suficiente con sus devaneos con la bailarina exótica? ¿Era necesario perder a inocentes proletarias? Porque la pobre Marisol provenía de una extracción bajísima y por tanto era más inocente que cualquiera de esas damas de alto copete y costumbres relajadas. Ese hombre —no podía siquiera nombrarlo— era insaciable; un monstruo de lascivia. Quiso felicitarse por la decisión de romper con él, pero no pudo. No encontró dentro de sí más que amargura.

Tenía que habérselo dicho a la cara, reflexionó, sintiendo juguetear las burbujas de jabón sobre su piel. Acusarlo, ponerlo entre la espada y la pared. ¡Qué osado! Atreverse a presentarse así, sin vergüenza ninguna… Sí, debía de haberle hablado de Marisol y de su pañuelo delator. Pero cómo no caer en el ridículo; aquello parecía el argumento de una farsa, la letra de un frívolo cuplé… No, había sido mejor no decir nada. Pero no podía dejar de recordar su rostro desencantado al volverse, ya en la puerta, cuando le había lanzado una mirada tan dolorida que resultaba difícil creer que estuviera interpretando el papel de seductor del que hacía gala. Parecía tan distinto… Su despedida había sonado definitiva. ¿Mentía? ¿Sería verdad que le había roto el corazón? ¿Le había pedido que se casara con él? ¿O lo había soñado?

Dejó resbalar su cuerpo por la enorme bañera hasta que el agua la cubrió casi por completo. Así estuvo todo el tiempo que pudo, muy quieta, dejando el cuerpo flotar, intentando no pensar, no sentir, hasta que ya no pudo aguantar más y rompió a llorar.

El nido de la serpiente

El capitán Clayton no disimuló su satisfacción. Habían pasado unas pocas horas desde que sir Joseph Blane llamara a su homólogo español saltándose todos los cauces diplomáticos y este diera el visto bueno a la operación, prometiendo que el ejército español, pasara lo que pasara, no intervendría en ninguna acción armada: el jefe de los servicios secretos del Almirantazgo sabía lo que se hacía. El operativo de fuerzas especiales estuvo preparado en menos de 24 horas, aún sin saber cuántos hombres podían estar atrincherados en el objetivo ni el armamento del cual disponían, pero Clayton estaba al mando de cinco hombres bien dispuestos y adiestrados en las técnicas empleadas en la guerra de los bóers que tanta fama reportaran al ejército de Su Majestad británica. Confiaba en ellos.

Ya empezaba a hacer calor. Fuera de la casa —un antiguo puesto de vigilancia marítima en parte derruido— los cuatro detenidos, rodeados por soldados de paisano, levantaban las manos. Clayton pasó a su lado echándoles un vistazo: tres alemanes, un español. Luego se acercó al soldado Huffam para comprobar la gravedad de la herida: un balazo en una pierna al que alguien había aplicado un torniquete. Con voz potente ordenó a los hombres que habían entrado con él:

—*I want my wounded out of there and in the hospital in fifteen minutes. I want my men out!* [7]

Con celeridad, disciplinados, los acompañantes del capitán cargaron con el herido y con otro hombre que permanecía desvanecido, con sangrientas heridas en la cara y el pecho, en las manos. Era José Juan Reyes.

—Espero que no esté grave… Lo necesitamos —suspiró el inglés.

—No, solo desmayado. Aguantó hasta que entramos, luego perdió el conocimiento —contestó Velasco.

—Es evidente que no habló; si no, ya estaría muerto. Y eso que se han empleado a fondo con él. Son duros, estos mexicanos —dijo Clayton.

Esta vez el agente Bravo, también León de Velasco, no había tenido que insistir mucho para que el capitán le permitiera participar en la acción: gracias a él habían encontrado el «nido» de los alemanes, el lugar desde el cual abastecían a sus naves submarinas, ese que habían buscado sin éxito durante tanto tiempo.

—Ellos también se defendieron bien —dijo Velasco, señalando un bulto tirado en un rincón.

El muerto había quedado en una posición poco decorosa, como si la bala que le entrara por el cuello lo hubiera convertido en un muñeco de trapo abandonado por un niño caprichoso.

—Tenían que cubrir la huida de su jefe.

Von Krohn había conseguido escabullirse en el tiroteo.

—No importa: lo atraparemos —contestó el capitán.

Velasco no sentía el cansancio pero pronto le caería encima, aplastándolo: aún tenía el cuerpo apuntalado por la excitación, la adrenalina, con el sudor frío bajo el jersey de lana, con la cara aún manchada por el tizne del camuflaje. Clayton sacó una cantimplora y se la tendió: el primer trago de viejo *scotch* le provocó un escalofrío que le sacudió hasta la raíz del cabello.

—¿No tendrá tabaco? Mataría por un cigarrillo.

Clayton se palpó la chaqueta.

—No, lo siento. ¿Qué ha sido de su inseparable y fabulosa pitillera?

—Ha pasado a mejor vida. Junto con un precioso alfiler de corbata.

Al inglés le molestaba la gente derrochadora que se dejaba desplumar por usureros.

—Espero que al menos fuera por una buena causa.

—La mejor.

A falta de tabaco, León aspiró el nuevo día. Olía a mar. Muy cerca, olas suaves brillaban sobre las rocas. A lo lejos, los acantilados vibraban entre ondulaciones de esmeralda, difuminados en una bruma blanquecina. El sol lo deslumbró. El paisaje le pareció desconocido, muy distinto al que había encontrado unas horas antes, envuelto en sombras, sumido en un silencio que obligaba a

escuchar los latidos del propio corazón desbocado mientras él y el resto de los hombres esperaban el momento de atacar. Una sombra de tristeza, de final, le acometía. ¿Era miedo a la muerte? Acarició entonces la culata fría de la pistola, pero ya no le daba confianza, ya no. El fracaso del amor, el rechazo, le había descubierto una parte de sí mismo desconocida: el hombre amargo, vencido, que jamás hubiera creído llegar a ser; un reo ya condenado, sin la más pequeña sombra de esperanza, sin nada que ganar, sin nada que perder.

Habían llegado al lugar todavía envuelto en negruras. Desde la línea del horizonte, una luz extraña y sideral anunciaba al amanecer. No tuvieron que esperar mucho. La orden resonó en sus oídos y todo quedó eclipsado por la incandescencia de los fogonazos, el olor a pólvora quemada, las ráfagas de aire que mezclaban voces y gritos en una confusión oscura que tragaba todo a su alrededor. Le temblaba el brazo con que sujetaba la pistola. Otra orden, uno de los comandos cayó delante de él, pero siguió corriendo sin mirar atrás, hacia la casa. En una ventana vio el brillo de un cañón: más disparos, uno sonó muy cerca; un siseo de serpiente. Ruido de cristales rotos. Derribaron la puerta a patadas. Los emboscados tiraban las armas al suelo, levantaban las manos en alto. El jefe del comando le hizo un gesto; salieron de la casa y volvieron a correr guiándose por el fragor de las olas: algunos de los apostados habían escapado hasta el agujero negro del mar cercano. Arena bajo los pies. La silueta de un bote. Intercambio de más disparos, también desde la cubierta del submarino: tuvieron que quedarse apostados tras una duna. Alcanzaron a ver cómo la ballena metálica se hundía empujada por el último brillo del amanecer.

Clayton escuchaba el relato del agente Bravo.

—Y eso fue todo. Duró muy poco. En cualquier caso, Von Krohn no debe de estar muy contento con que hayamos puesto fin a su red de suministros. Siento que se nos haya escurrido de entre los dedos…

—Ese canalla es muy listo: no se dejaría coger en una situación que hiciera peligrar su condición de agregado de la embajada alemana. En el mismo momento en que Alemania declare la guerra a mi país, le detendremos y ya no podrá refugiarse bajo las faldas de su Káiser —contestó Clayton.

—Mientras no se declare la guerra no puede hacer nada contra él. Así es la diplomacia.

—Ya no hay diplomacia, querido marqués: ha llegado la hora de las armas. —Miró hacia el horizonte del mar, el azul profundo que se había tragado la nave submarina—. En fin, no se puede tener todo.

Como buen británico no era muy dado a las efusiones, pero le puso una mano en el hombro a Velasco como una muestra de deferencia y admiración inusitadas.

—Sin sus extraordinarios informes, no hubiéramos encontrado al rehén, ni hubiéramos podido desmantelar al grupo que abastecía sus submarinos, ni confiscar los suministros… —señaló la pila de bidones de gasolina tras el muro de la casa— … ni hubiera sido imposible acorralar a ese maldito de Von Krohn dejándolo sin apoyos en el norte de España. Un norte demasiado cerca de las islas británicas, *my friend*.

Clayton no había preguntado por el origen de esos informes: nunca cuestionaba las fuentes de sus colaboradores. Velasco pensó en Paquita *la Antequerana* y en la sorpresa del estirado inglés de haber sabido quién era su informante.

—Su ayuda ha sido inestimable, agente Bravo. Su Majestad le condecorará por ello.

—No quiero medallas…

—Sí, lo sé: aquí lo tengo, no se quejará.

Sacó de la chaqueta un pasaporte con el sello del Imperio Británico y se lo tendió al español.

Incómodo, sabiéndose fuera de lugar, Álvaro Retana soportaba las cuchufletas de las pescaderas y rederas del barrio, cada vez más obscenas.

—Mira, María. ¡Menudo muñeco!

—¡Anda, mi madre! ¡Nos han plantao un apio!

—¡Qué trajeao! Pareciera un ángel…

—¡Señoritingo, vente con nosotras y te enseñaremos una cosita…!

Y entre carcajadas hoscas, todas a la vez, se levantaron la falda: aquellas impúdicas, sin refajo ni bragas, le enseñaron un sexo fiero, arrogante e híspido. «No soy tan valiente como crees, Rafael…» Retana no sabía si reír o salir corriendo, pero eso hubiera sido

traicionar la demanda del querido amigo. «Amigo… porque eso es lo que soy para él».

Al fin la tía de Marisol se apiadó del caballerete dejándolo entrar en la casa limpia y pobre, con cortinas de cretona, sillas de enea y una camilla de faldas floreadas. Olía a lejía y a ropa recién planchada. La tía le miraba de hito en hito, silenciosa, desconfiada, y Álvaro huyó de una posible conversación centrándose en observar fijamente una lámina de la fragata *Numancia* pegada a la pared con cuatro chinchetas y los dos infames retratos de bigotudos familiares. Tras una puerta entreabierta adivinó un trozo de cama cubierta por una colcha rosada y sobre ella, apiladas, unas muñecas. ¿Sería el cuarto de Marisol? Seguro que sí. Ella misma era una muñeca: tan joven, tan frágil…

Le había sorprendido la insistencia de Rafael. Estuvo de acuerdo en todo aceptando el plan de Retana, pero no se iría sin verla, eso, de ninguna manera. Álvaro intentó disuadirlo de aquella idea funesta: demasiado peligroso. Era un hombre perseguido y no solo por la policía; tras la defección —que algunos llamarían traición— también sus antiguos compañeros andarían en su busca. Rafael todo lo sabía y nada le importó. Al menos Álvaro pudo convencerlo de que no abandonara el refugio —aunque no podía pasar más tiempo escondido en su habitación del hotel, no era seguro— y le dejara a él encargarse de todo. Pero la última tarea estaba siendo más penosa de lo que creía. «El amor debe ser generoso», se repetía como un mantra. «Haré lo que sea necesario para verte feliz».

—Álvaro, has hecho todo esto por mí…

Rafael tenía ya el pasaporte inglés entre las manos, el salvoconducto para poder escapar con bien: en dos días estaría al otro lado de la frontera. Lo había enviado el marqués de Argüeso a través de su ayuda de cámara, el discretísimo e impecable Salvador, que también era de entera confianza. Pero no estaría a salvo hasta que no llegara a Francia.

—Quizá no lo creas, pero estos días… Todo lo que ha sucedido me ha hecho ver las cosas con tanta claridad… Es como si me hubiera muerto… Sí, y hubiera vuelto a la vida: ahora no la puedo desaprovechar. Tengo que deshacer lo que hice mal y empezar de nuevo, pero limpio, sin nada que me pese en la conciencia. No sé cuándo podré volver, por eso debo aprovechar el momento y

pedirle a ella que me perdone.

—Marcha tranquilo: seguro que lo entenderá. Puedes escribirle una carta.

—No, no se trata de ofrecerle unas disculpas. Yo… yo quiero que se venga conmigo. Si tengo que casarme… pues me caso.

Álvaro suspiró.

—Entiendo. Pero sabes perfectamente que no es seguro llegar hasta su casa ni dejarte ver; no puedes llamar la atención. ¿Y si alguien te reconoce? Por otro lado, debes coger ese tren, debes pensar en salir de aquí cuanto antes. Más tarde, quizá…

—¡Ve tú! Convéncela, por lo que más quieras.

Rafael había tenido una idea feliz. O al menos eso creía.

—¿Quieres que me declare a ella… por ti? Rafael, eso no puede ser… Quieres que haga de Cyrano… Es ridículo: no sabes lo que me pides.

Rafael dio dos pasos hacia él, como una montaña cayendo sobre un hombre. Tembló al sentir esas manos grandes, encallecidas, sobre los hombros. Ardían. Lo notó a través de la tela de la chaqueta. La presencia de Rafael se impuso sobre su voluntad.

—Calla y escucha. Nadie habla mejor que tú: seguro que a ti te hará caso, dile que la espero, que nunca he dejado de pensar en ella, que todo fue un malentendido. ¡No! Dile la verdad, dile que por ella me he negado a convertirme en un asesino, que lo arriesgo todo, pero que si quiere que me entregue, mañana mismo me presento en la primera comisaría y lo cuento todo… Porque mi vida ya solo tiene sentido si ella está cerca de mí. Si no… ¡prefiero la muerte!

Álvaro logró liberarse de aquellas garras desesperadas. Recompuso la chaqueta, la corbata mirándose en el espejo: una imagen borrosa. Regresó con dificultades a su propio yo, ese personaje que Rafael le había arrebatado, donde se sentía seguro, cómodo.

—Bueno, bueno… No hace falta ponerse trágico. Querido, ¡qué ideas tienes! Esto parece un dramón del duque de Rivas… Completamente *demodé*.

Rafael no sabía nada del duque de Rivas ni de *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

—Dime que irás.

Casi tuvo miedo del gesto del perseguido. Sonaba torvo, incluso amenazador. «Es un loco. Pero tú lo estás más por haberte enamorado de él. Te busca la ruina y lo sabes, y, sin embargo, no te importa. Con gusto irías a la cárcel en su lugar y… quién sabe si al patíbulo».

—Iré.

Quedaron los dos en silencio, sumidos en pensamientos voraces que se contradecían los unos a los otros. Hasta que Retana encontró un porqué con el cual justificarse.

—Iré. Y convertiré todo este drama en una novelita romántica de las que ahora triunfan.

Rafael le abrazó con tanta fuerza, con tanta honestidad, con lágrimas sinceras, que quien pocas veces recibiera en su vida un homenaje tan agradecido tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para reponerse de la emoción.

Y allí estaba, como un emisario de Eros, el poderoso diosecillo concebido en el cumpleaños de Afrodita por Poros, la Abundancia, y por Penia, la Pobreza. «A mí no quiso darme sus dones la primera y tuve que conformarme con la segunda». Podía ser generoso, pero la crueldad del desamor era lo que más temía. «Soy un hombre, un ser humano, no un dios y no sabes lo mucho que me hiere tu amor por ella. No me has pedido que vaya contigo, no soy ni seré nunca el elegido de tu corazón. Tengo celos, y a la vez, sufro por ti, temo por ti. Y te quiero para mí, cuando sé que no puedo tenerte. Soy el sándalo que perfuma el hacha que le hiere». Eso pensaba, cuando vio aparecer en la casa fea a la linda Marisol, quien quedó sin habla al verlo allí dentro.

«Vaya papelón de Cupido, Alvarito, hijo… Vaya papelón».

Era un sueño. O una pesadilla. El bullicio de la estación resbalaba a su lado como hecho de sombras intangibles, de imágenes fantasmales. No quiso volver a la comisaría; mandó un recado escueto al comisario Sánchez. Seguro que se alegraría de no verle más por allí.

Con el billete en el bolsillo y su breve equipaje de mano, Ursicinio Palomo esperaba el tren que le llevaría de vuelta a Madrid con la mente en otro lugar. Ese lugar era el Dragón. Lo ocurrido allí le ocupaba el pensamiento pero también el cuerpo: no sentía nada, el suelo del andén flotaba bajo sus pies. También el resto de los

viajeros que pasaban a su lado eran sombras chinescas, espejismos. Como ella. Él. Al abrir los ojos allí estaba. Un desmayo imperdonable en el duro policía que había llevado a cabo cientos de interrogatorios, a quien no le temblaba el pulso a la hora de enfrentar a terroristas o delincuentes peligrosos. Había perdido el sentido delante de Estrellita, o Esteban Pérez, de dieciocho años. Esteban, así dijo llamarse. Repetía sin cesar que no tenía antecedentes, que no había hecho nada y no quería ir a la cárcel. Entre lágrimas, temblando. Palomo volvió a marearse. Vomitó. La Antequerana rio y dijo que iba a buscar al portero, que también hacía de guardián de las chicas del *cabaret*.

—Estrella, no le quites el ojo de encima, ¿eh? —Y salió.

Le dejó solo con ella. Con él.

No podía hablar: sintió la vergüenza pegajosa y maloliente como la vomitona que le manchaba la cara y la chaqueta. Estrellita-Esteban lo miraba desde su rincón, con aquellos ojos azules tan grandes, tan limpios, cuajados de pestañas. Fue como si le dieran un puñetazo en el pecho: Palomo se echó a llorar como no lo había hecho nunca. Con sollozos de niño. Aquello sorprendió tanto a Esteban-Estrellita que dejó de tener miedo al instante. Entonces se acercó al intruso y con un pañuelo mojado le limpió la cara de lágrimas y de vómito, le dio de beber, tenía las manos pequeñas y delicadas, se movía con gracia, sí; como una mujer. Mejor dicho, como una mujer quintaesenciada, elevada por encima de la miseria, de la mentira, del mundo. Ursicinio, con su contacto —era real— recobró cierta calma. Él —ella— lo ayudó a levantarse y a tenderse en un pequeño diván apartando faldas y vestidos de faralaes.

No recordaba cómo empezó la conversación, cuándo le había dicho cómo se llamaba, su edad, su historia. ¿Lo había preguntado él?

Esteban Pérez hacía apenas dos semanas que se había unido a los transformistas del Dragón. Exseminarista, desde los ocho años la mejor voz blanca del coro de un convento benedictino, expulsado de la carrera eclesiástica por resistirse a los abusos —manoseos y cosas peores dijo a Palomo— del rector del seminario, rechazado con vergüenza por su familia —«no podía volver al pueblo, porque yo siempre me sentí niña, sabe usted, por eso me mandaron al seminario, y también porque era muy buenecito»—, fue recogido

por la Antequerana para acabar en el Dragón.

—Porque yo no tengo otra manera de ganarme la vida. Estuve un tiempo cosiendo porque sé bordar, pero una oficiala me descubrió… Me echaron. Si no es por Paca, me muero de hambre. Paca es un sol, ¿sabe? Aunque no lo parezca tiene el corazón más grande que una catedral. Yo no hago nada malo, me parece a mí, señor policía. ¿No es verdad?

El andén atestado, la gente subiendo a los vagones y Ursicinio plantado allí como un pasmarote, con la cabeza en otro lado. Casi se sube al tren equivocado; este es el tren que lleva a Bilbao, San Sebastián, Irún, Hendaya… Lo anuncia a gritos el hombre de uniforme con una banderita roja.

Iba a darse media vuelta para ir al andén correcto cuando algo llamó su atención: una muchacha corre hacia el vagón donde la espera un hombre. La pareja queda frente a frente, se miran pero no hablan, ella está a punto de llorar: es casi una niña y se parece a Estrellita. A Esteban. La muchacha mira al muchacho moreno y hosco con adoración, como si no se creyera aún su abrazo. La chica sonríe y Palomo siente una calidez en el corazón que le electriza y le pone en movimiento.

Dejó atrás al andén del tren de Madrid, el vestíbulo de la estación esquivando rezagados con prisas. Era un día de verano: se fijó en esto por primera vez. En el bolsillo, el billete. Lo sacó y, sin mirarlo, lo rompió en cuatro trozos.

Al despertar, lo primero que vio fue el rostro severo del capitán inglés. José Juan pensó que el Más Allá también era colonia del Imperio Británico. Volvió a cerrar los ojos. Le dolía el cuerpo de una manera aguda, intolerable. Tenía tres costillas rotas, cuatro dedos partidos, innumerables contusiones en el abdomen y la espalda, heridas en las manos, en los pies; dos brechas en la cabeza, varios cortes en la cara y tres dientes perdidos. Hinchado y envuelto en vendajes, el guapo mexicano ya no lo era tanto.

—Bienvenido al mundo de los vivos, señor Reyes —dijo Clayton con su áspero acento—. Nos ha costado mucho traerlo de vuelta, ¿sabe?

—Agua…

Alguien a su lado le acercó a la boca el vaso de agua. No podía verlo: le era imposible girar el cuello. Se atragantó y el agua le salió

por la nariz. Al toser, el movimiento de su propio cuerpo le hizo aullar de dolor.

—Calma… Aún le queda mucha convalecencia por delante, pero no debe preocuparse, está en buenas manos. En nuestras manos.

Sonó exactamente como deseaba: amenazador. Reyes no respondió.

—Ahora no está en condiciones de intentar regatear conmigo, ¿no cree?

Salió de la boca herida un leve quejido.

—Duele mucho, ¿verdad? Lo imagino. No hemos permitido que le inyectaran morfina. Necesitábamos tenerlo bien despierto…

Le enseñó una jeringa con el líquido mágico. José Juan vio cómo desaparecía en un agujero negro.

—Escuche, Reyes. Vamos, no se desmaye ahora, ¡despierte! —Alguien le zarandeó y volvió del oscuro.

Apareció en su ángulo de visión otro hombre. ¿Le conocía? Era un rostro agradable. Sí, le había visto antes. Su voz era profunda, pero suave.

—Le hemos salvado la vida, ¿entiende? Ya sabe usted lo que querían los alemanes… Lo mismo que nosotros. Ha jugado sus cartas como un valiente, pero… ha perdido. Díganos dónde están los documentos perdidos y no se preocupe de nada más.

Ahora lo recordaba: era el marqués, el elegante amigo de Tórtola Valencia. Pero ¿qué hacía allí? ¿Por qué estaba con ese maldito inglés? ¿Qué quería? Su mente quería escaparse de la cama de hospital y volar a otra cama, la de Tórtola, a las sábanas de seda, a su piel blanca y a la carne suave de Mimí, a sus pechos redondos, en la cama, sí… Un dosel dorado sobre el cabecero estrafalario, los cuerpos de las dos mujeres, ¡qué bellas eran!, entrelazados sobre el suyo como ángeles.

—No deje que pierda el conocimiento de nuevo. ¡No hay tiempo que perder! Hay que actuar antes de que nuestro hombre pueda reaccionar…

Al marqués no se le ocurrió otra cosa que arrojar el resto del vaso de agua fría sobre el rostro de Reyes, que despertó bruscamente, entre gemidos de dolor.

—¡Reyes! Díganoslo… ¿Dónde están?

El ángel de la frivolidad

Tumbada en la cama, con la única compañía de su pipa de opio, las cortinas cerradas, en una suave penumbra, Tórtola atravesaba una de sus famosas crisis de nervios escénicos. Susanna apareció en la puerta.

—Señora, está aquí *il signore marchese*… ¿Lo hago pasar?

León entró en la alcoba de Tórtola con paso rápido, decidido. La mujer acostada y rodeada de cojines como una odalisca le miró con los ojos entornados rodeada de volutas de humo azul.

—León… Has llegado en el momento oportuno… Eres un ángel…

—Tórtola, tengo que pedirte que te levantes y que salgas un momento de esta habitación.

—Oooh… No te entiendo, querido.

El opio hacía que se moviera con una cadencia sinuosa, blanda, ralentizada.

—Sal un momento, por favor —repitió él.

Tórtola se abrió lentamente el frágil *deshabillé* y la gasa resbaló por su cuerpo desnudo siseando, dejando a la vista del visitante todos los encantos que habían vuelto locos a magnates y a reyes. Hacía pucheros, mimosa.

—No seguirás celoso… —Le tendía la mano blanca y ensortijada—. No me hagas rabiar, ¿no éramos amigos? Lo necesito, sabes que antes de la actuación me relaja.

—Vamos, Tórtola, te lo estoy pidiendo como un caballero.

Se desperezaba en la cama como una gata.

—¿Caballero? Tú no eres un caballero… Eres un canalla.

Sonreía, abría los brazos, las piernas, ofreciendo la carne cubierta de perlas, toda ella una joya narcótica.

—Sí, un canalla que se aprovecha de las mujeres… Que vive de

ellas… Que se prostituye por un alfiler de corbata… por unas vacaciones en la Riviera… Un golfo…

Era una pintura hablante de la tentación de Eva, la manzana del árbol prohibido, pechos nacarados de pezones coralinos, el sexo edénico que quiere arrancar la voluntad de un mordisco.

—Y eso me gusta… ¿Sabes? Por eso eres tan buen amante… Vamos, ven, no puedes hacer otra cosa que darme placer. No sabes hacer otra cosa… ¿Para eso has venido, no? Tu sitio está en esta cama. Mira: formo parte de ella, ¿lo ves? Tú también deberías formar parte de ella… Ven… Ven…

León, decidido, se acercó a la cama en dos zancadas. Pero para sorpresa de la gata, no se lanzó sobre ella para besarla ni para hundirse en su abrazo, tampoco para transportarla a ningún éxtasis sexual, sino que la cogió en brazos y, así, desnuda, la sacó de la cama y sin hacer mucho esfuerzo, se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas.

—Pero… ¿qué haces? ¿Qué pretendes? ¡Suéltame! —bufó.

Sin hacer caso, León, cargado con la mujer pataleante y gritona, salió de la habitación.

—¡Bruto! ¡Déjame ahora mismo! —Y se retorcía como una mosca atrapada en una telaraña. Pero León no hacía caso: cruzó toda la casa, pasó delante de la atónita Susanna, y salió al jardín. Ella gritó más—: ¡Eres horrible! ¡No te lo perdonaré nunca! ¡Jamás…! ¡Eres un cabr…!

León la arrojó al estanque de las carpas doradas —puede que alguna muriese aplastada por el trasero de Tórtola— y, tras el chapoteo, se hizo el silencio. El marqués, sin decir palabra, volvió sobre sus pasos sin hacer caso de los lloriqueos de la diva —que quedó sentada en la fuente, desnuda como un pez con el chorrito haciéndole burla— y entró en la casa. Susanna lo miraba atónita, como esculpida, hasta que la despertó el grito de su ama:

—¡Susannaaaaa…!

El marqués regresó a la alcoba. Sobre la cama de Oscar Wilde, bajo el dosel plisado, el Cupido le miraba con su rostro lleno de hoyuelos, la mirada traviesa.

Se subió a la cama pisando con las suelas manchadas de tierra del jardín sobre la colcha de seda para alcanzar el ángel. Lo descolgó y al darle la vuelta vio encajado en el hueco de yeso de la

escultura un paquete atado con una cinta. El mexicano no había mentido: ahí estaban. Tenía en sus manos los papeles secretos, los robados a Von Krohn, los que costaran la vida a un espía inglés, a Rosarito, y casi a José Juan Reyes. Los que buscaban con tanto ahínco los departamentos de inteligencia de dos países enfrentados. Sí, eran ellos: auténticos, valiosos, letales. Había encontrado el tesoro.

Miraba sin cesar por la abierta ventanilla del tren.

—Oiga, pollo: haga el favor de cerrar la ventana que va a entrar carbonilla.

No se atrevió a llevar la contraria a la matrona que le regañaba. La mirada de desaprobación que lanzaba le amedrentó. «No debes llamar la atención ni hablar con nadie del vagón hasta llegar a la frontera», había dicho Retana, su protector. Balbuceó un tímido perdón y salió del compartimento al pasillo del vagón donde se agolpaban los viajeros y sus equipajes: ellas con maletines y bolsas de viaje y redondas sombrereras que guardaban esos malditos sombreros gigantescos a la moda. No cesaba de mirar en dirección al andén. «¿Vendrá? Pero… ¿Quién de los dos?» Álvaro le había dicho:

—O irá ella o iré yo. Te acompañaré hasta Irún y luego me daré la vuelta.

Álvaro, su ángel de la guarda. Se estaba arriesgando mucho por él, casi tanto como Tomás. Pensó en el viejo en la casa solitaria, en cómo lo había recibido, como a un aparecido. No tuvo que explicarle nada: fue él quien le instó a que escapara, a que no cumpliera lo prometido, a dejar atrás la pesadilla y salir de la ciudad cuanto antes. Como si hubiera conocido desde siempre sus más íntimos pensamientos y los hubiera compartido.

—Vete, hijo mío, vete.

Le había llamado «hijo».

—Aquí no queda más que la crueldad de unos y la desesperación de otros. Vete y no vuelvas. No desaproveches la ocasión. Si esos amigos tuyos pueden ayudarte y sacarte de aquí, hazlo, hazlo sin dudar.

—Pero… ¿y usted? Yo no puedo permitir que ahora… ellos —ya no le salía la palabra «compañeros» ni «mandos»— la tomen con usted. ¿Y si le culpan?

—No temas nada, no se atreverán a hacerme nada. Soy un pobre viejo y a nadie intereso.

—Venga conmigo, Tomás… Puede venirse a Francia.

—¡Qué pinto yo fuera de mi casa! A mi edad uno no se hace a las cosas nuevas. Tú sí, tú eres joven y tienes toda la vida por delante. Vívela, hijo mío, que no te la arrebate nadie.

Un padre encontrado y de nuevo perdido, eso era Tomás para Rafael. Ahora le apremiaba diciendo que podían estar vigilando la casa, que debía marchar cuanto antes. No se despidieron más que con un apretón de manos apresurado, casi oculto, en mitad de la noche.

—Vete, ya… vete.

Casi no llevaba nada, pero el padre le había hecho un hatillo con algo para el viaje. Quiso darle dinero, era poco, vivía con poco, se excusó. Rafael tuvo que cogerlo por no ofenderlo. En el hatillo repicaba la madera de las albarcas.

—Son tuyas. Consérvalas, aunque nunca las uses.

En ese momento no le había dado importancia, pero al pasar por delante de la cuadra se dio cuenta de que las vacas no estaban; estaba vacía. Aún se volvió un par de veces a mirar la frágil luz que alumbraba el interior de la casa. Luego se apagó y las tinieblas cayeron sobre él con un silencio de muerte.

El reloj que colgaba de la forja modernista de la estación contaba los minutos para la partida y él también. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para tocar el pasaporte en el que había un nombre falso, falsos los nombres de la madre británica y el padre español. Un padre.

—¿Y si alguien me interroga? No sé inglés.

—Pues como ningún español, no te preocupes. ¿Crees que los policías o los revisores son políglotas? —había contestado Álvaro.

No hacía ni un mes que llegara a la ciudad, a esa misma estación, pero le parecía una vida entera. Como entonces, seguía siendo un fugitivo. Pero gracias a su amigo ya no tenía aspecto de sospechoso: viajaba en segunda clase y no en tercera —como la turbia chusma—, vestía un terno discreto pero elegante y un sombrero —así que ya no era chusma—; incluso pasaría por ser pasante, un empleado o un estudiante de buena familia.

El reloj seguía avanzando. Un minuto menos. ¿Habría Álvaro

hablado con ella? Confiaba absolutamente en él, pero una minúscula aprensión le mordía la razón haciéndole sentirse culpable por ello. Resoplaba ya la locomotora, expulsando bufidos de vapor. El andén, antes atestado, empezaba a quedar despejado; los viajeros despedían a sus familias entre besos y abrazos.

De pronto surgió la figura tras una nube blanca de vapor de carbón, corriendo entre la gente, sujetándose el sombrero —su único sombrero— con una mano. Era ella. Llevaba una maletita de cartón y un traje de chaqueta que le quedaba grande. La mayor felicidad del mundo consistía en eso: en verla correr hacia él, irradiando toda la luz del mundo, una luz que espantaba los pensamientos negros, el vacío, el odio, el miedo. Cuando se lanzó a sus brazos creyó fundirse como una figura de cera: el calor que sintió le dejó sin fuerzas, y tuvo ganas de llorar como un niño contra su pecho, deshacerse y ser uno solo y no separarse jamás. Ella estaba hablando pero no podía oírla, sí: movía los labios… Fue ella quien le dio la mano.

Sonó el silbato del jefe de estación. El tren se ponía en marcha.

«Qué bonita pareja… ¡Cómo se miran!», pensó una de las viajeras aficionada a las novelitas galantes e incluso a las verdes de un tal Retana, que escondía debajo del colchón para que no se las descubrieran.

Rafael cogió por el talle a Marisol y la subió sin esfuerzo a lo alto de la escalerilla. Atravesaron el pasillo mirándose, Rafael sujetaba su mano llevándola hacia el vagón de cola. Abrieron la portezuela y salieron al aire móvil y al traqueteo; apestaba a orines el retrete cercano, pero ellos no podían notarlo. Apoyados en el pescante herrumbroso observaron cómo la ciudad se marchaba de sus vidas. Rafael no se atrevía a hablar. Ella, de pronto, le miró muy seria.

—Pero al llegar a Francia nos casaremos, ¿verdad?

Asintió con la garganta seca, hecha un nudo.

—Oye, Rafael…

Su boca diciendo su nombre. Mil veces lo escucharía, nunca se cansaría de oírla, ¡sonaba tan dulce en sus labios! Como si él mismo fuera otra persona, como si borrara todo su pasado haciéndole otro, mejor, más bondadoso, lleno de amor.

—¿Vale lo mismo estar casado en francés que en español?

No lo sabía.

Don Benito Pérez Galdós, el genio de las Letras, la Gloria Nacional, era, para muchos, el representante de una literatura ya cadáver. Imputándola de *rigor mortis* narrativo, los modernistas y simbolistas llamaban a la generación anterior los «unamunos»: escritores plúmbeos, sórdidamente costumbristas y estilísticamente reaccionarios, de prosa chata y verbo plomizo. En el caso del popular autor canario, apreciaban algunas pocas obras y desdeñaban todas las demás, sobre todo las teatrales, acosándolo con sátiras mordaces en la prensa madrileña, donde también se destilaba un odio correspondido, no solo por cuestiones literarias sino por cuanto algunos de los vejestorios realistas envidiaban el apoteósico éxito comercial de aquellos jovenzuelos recién llegados. Pues bien, uno de esos gamberros literarios estaba a punto de llamar a la campanita de la quinta veraniega del enemigo de papel.

—Hay un lechuguino en la puerta, no sé qué querrá —había dicho Meli al verlo llegar, mirando desde la ventana de la cocina.

Las mujeres estaban solas en San Quintín: Galdós había roto su enclaustramiento para acudir a una reunión en el Ateneo con el fin de organizar un homenaje al ya fallecido José María de Pereda, pues, a pesar de la santurronería del escritor montañés, el librepensador Galdós había sido gran amigo de este. Rubín, el duende, tampoco había aparecido por allí.

Al reconocer al visitante, la señorita Doncel sintió una ráfaga de ilusión o de aprensión que la dejó toda sofocada, sin que ni ella misma supiera por qué. Acaso Retana venía para interceder por León… ¿No era su amigo? ¿Qué si no podía hacer este señor en la casa? ¿Traer un mensaje de… él? ¿Con qué fin? ¿Imploraría su perdón? ¿Es que no estaba todo dicho después de su encuentro anterior? ¿Sabría de sus desvelos, de su insomnio? ¿De los temores que albergaba? ¿De sus miedos a estar equivocada, a haber sido inflexible? Quizás había sido demasiado dura con él. No: aunque no le procurase ningún placer, era ella quien debía castigar su frivolidad, su falta de…

—Buenas tardes, señor Retana.

Estaba pálida y eso subrayaba su aire grave.

—Llámeme Álvaro, querida. Siempre Álvaro.

Para él, la sufragista concitaba todo aquello que admiraba y, a la

vez, detestaba en una mujer. Era bella, pero sin artificio: craso error en la opinión del escritor de cuplés, quien admiraba las adulteraciones del disfraz y del maquillaje como demostraba usándolas él mismo. Reconocía que la señorita Doncel tenía un perfil romano subyugador, a juego con el nombre venido de la *gens Julia*, la del Divino César, con quien compartía también el coraje, el valor y una determinación que auguraba revoluciones y cambios. Pero todo ello lo había aliñado con esa gazmoñería propia de las feministas; un puritanismo que le recordaba lo peor de sus opresores: los de todas las mujeres y los propios.

—Traigo el mensaje de una amiga suya.

Intentó no parecer decepcionada y guardó silencio.

—¿No supone de quién se trata?

—En modo alguno.

—Se trata de su pequeña amiga. Marisol. Ha tenido que partir muy lejos de aquí. Le manda, por mi mediación, sus más cariñosos afectos, un eterno agradecimiento por usted y por su bondadoso comportamiento para con ella.

Álvaro empleaba literatura barata para traducir los lloros, los balbuceos y las explicaciones confusas de la muchachita. Al menos había logrado entender que fue Julia quién había logrado sacarla de la cárcel y pagar la multa impuesta.

—Me sorprende usted… Espero que se encuentre bien. Y que su tan… repentino viaje no se deba a… lo sucedido.

Julia aún sentía cierta responsabilidad hacia la jovencita, como si fuera una hermana menor, esa que nunca había tenido y que, a veces, de niña, echó a faltar.

—No, no se trata de nada de eso: ella ha partido por una muy buena causa. Se dirige a compartir su destino con el amor de su vida. Ahora mismo estará camino de Francia, donde contraerá matrimonio, todo legal y por la Iglesia: es una chica muy decente.

Julia quedó muda y algo amenazó con desmoronarse en su interior: la estatua de mármol de la diosa inalcanzable resquebrajándose.

—Es una pena no poder asistir a la ceremonia, aunque creo que será muy sencilla. Porque a mí me chiflan las bodas. ¿A usted no? Pero… ¿se encuentra bien?

A pesar de ser una hija de Eva, le pareció más hermosa que al

llegar, como si aquel delicado rubor despojara a la sufragista de su rictus severo haciéndola más humana. Y deseable.

—¿Qué quiere decir? Es que Marisol… ¿estaba prometida? No sabía nada.

Se había levantado como impulsada por un resorte y daba paseos por la habitación.

—Ha sido una decisión repentina.

—¿Y… quién es el afortunado novio? —Tenía que preguntarlo, aunque fuera con la voz ahogada y un estremecimiento.

—Alguien que usted también conoce.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿No imagina quién?

Retana hizo una breve pausa que para Julia fue una eternidad.

—Su nombre es Rafael, ¿lo recuerda? Pero le ruego que no lo divulgue: nadie sabe nada de todo esto. Considérelo una fuga de aquellas que hacían los amantes cuando las familias se oponían a su enlace.

Álvaro se le apareció iluminado como un serafín enviado del cielo. Hubiera caído de rodillas para adorarle. Pero disimuló.

—¿Rafael? Lo recuerdo… Es una gran noticia… Me alegro mucho por ellos, por Marisol: es una buena chica, espero que sean muy felices. —Ya no tenía nada que perder, así que preguntó, aunque dando un rodeo—. Y… cómo están, quiero decir, cómo se encuentran el resto de sus amigos.

Álvaro rio con su risa sedosa y leve.

—Oh, Tórtola actúa hoy en palacio y cuando el Arte la secuestra nos priva de su compañía. De hecho… —bajó la voz y susurró, confidencial— … su compañía es infernal por culpa de los nervios escénicos. Una tortura. Inmediatamente después emprenderá su gira hacia las Américas. Europa no parece un buen lugar para los artistas hoy en día… Un polvorín. Respecto a nuestro común amigo el marqués de Argüeso… —lo dijo de forma displicente— … creo que estará también. Óigame, Julia: siempre ha sabido usted lo mucho que la admira, ¿verdad? —Y la miró significativamente hasta obligarla a ruborizarse de nuevo.

—¿Por qué dice eso?

—Mi querida señorita: debe usted saber que la modestia es la vanidad de los mediocres. Conmigo esa actitud está de más, se lo

aseguro.

—Está usted insinuando que…

—No insinúo: afirmo. Soy especialista en amores ajenos… La Fortuna me lo ha dado todo salvo el más preciado de los bienes. Por eso debo suplicarle que no haga sufrir más a nuestro amigo. No se lo merece, créame.

«Me he terminado creyendo el papel de celestino. Como los malos actores». Y sintió como un bálsamo el poder reírse de sí mismo.

—Pero es que acaso él le ha hablado… ¿Qué puede saber usted?

—Todo y nada. León no me contaría nada; es un caballero de los que ya no quedan. Pero aunque la discreción de ambos haya sido ejemplar, le digo que soy un experto en los Trabajos de Eros, como otros lo son en los de Hércules. Soy un cirujano de los sentimientos, un investigador, un científico que se entretiene mirándolos por el microscopio, como el eximio Cajal con sus células nerviosas. Me bastan y sobran cinco minutos para saber lo que otros arden por contar y no pueden: una mirada esquiva, un susurro, un gesto hurtado, una sonrisa franca, una disimulada caricia, una risa argentina, juguetona… Las vicisitudes del enamoramiento, de sus avatares, de sus contradicciones, no tienen secretos para mí.

Julia intentó adoptar un aire de dignidad que sonó impostado.

—No hay nada entre… ese señor y yo.

—No se enfade, Julia… Haya pasado lo que haya pasado entre ustedes, creo que puedo asegurar que él la ama sinceramente. Pero puede que usted esté jugando con sus sentimientos y que, en realidad, no tenga interés por él. ¿Me asegura entonces que no le ama? Si es así, jamás volveré a mencionarlo e informaré al interesado de su desafecto. Sea usted sincera, amiga mía. La vida de un hombre, su futuro, depende de una sola palabra suya.

—Yo no he jugado… quiero decir… que… no puedo asegurarlo.

—Entonces, usted lo ama.

Como si quemara, Julia se levantó de la butaca de un salto.

—¡Claro que sí! ¿Qué creían ustedes?

Sintió un deleite inexplicable. El peso que la ahogaba desapareció como si un mago de teatro de variedades hubiera hecho un pase mágico sobre su chistera. Retana resplandecía, orgulloso de su victoria, pero a Julia no le importó, al revés: se había convertido

en su cómplice, la única persona a quien había podido confesarle la verdad.

—Pero la última vez que estuvo aquí, yo, yo… lo eché con cajas destempladas. Quizás ahora ya… sea tarde… —«Dime que no», pensó. Y esperó la respuesta conteniendo el aliento.

—Todo tiene remedio, querida, menos la muerte. Iré a ver a Tórtola esta noche. Y creo que León también estará allí. ¿Quiere acompañarme? Va a ser una gran velada en honor al Rey. ¿No le gustaría conocer personalmente a Su Majestad?

La puerta de la salita se abrió de improviso y entraron Galdós y Rubín. No fue poca la impresión causada al dueño de la casa cuando se hicieron las presentaciones de rigor y Julia explicó que el señor Retana, muy amablemente, había venido a traer noticias de una amiga común. El autor consagrado supo que tenía enfrente a un rival mortífero, pero simuló no conocer ni al personaje ni a su obra. Se comportó con gélida amabilidad y casi no despegó los labios durante la visita. Hábil diplomático, Retana condujo la conversación hacia terrenos no literarios, desplegó encanto a raudales sin presunciones ni ironías, hasta que en el momento oportuno, ni antes ni después, se despidió poniéndose a disposición de sus nuevos amigos y, calándose el sombrero elegante, salió acompañado por Rubín mientras Galdós se excusaba llamándose a sí mismo «achacoso» y «vieja ruina» en tono mordaz; guante que, por supuesto, Retana no recogió.

En cuanto hubo salido, Galdós se dirigió a su secretaria con el tono que usaba en el Parlamento para dirigirse a la bancada de la oposición.

—Y, ahora, Julia, deberías decirme la verdad sobre lo que hacía aquí ese escritorzuelo de tres al cuarto. Él y sus amiguitos se divierten poniéndome como hoja de perejil en cuanto tienen ocasión; así que no me extrañaría que hubiera entrado aquí con el propósito oculto de espiar mis costumbres para luego soltar bulos por todo Madrid.

Julia insistió en la relación entre Marisol y Retana y el mensaje que de ella traía, pero lo cierto es que parecía un tanto inverosímil que dos personas tan dispares hubieran entablado algún tipo de vínculo. En eso estaban cuando volvió el inocente Rubín: a su reducto provinciano no llegaban los ecos de los odios africanos

propios de los cenáculos intelectuales madrileños, pero sí que había llegado la fama del señor Retana, así que echó más leña al fuego al decir:

—Un joven verdaderamente admirable, este amigo tuyo, Julita. Y con el debido respeto al gran genio aquí presente, un prometedor escritor y un sin par autor de cuplés, como ese que dice:

Japonesita ven,
que quiero yo libar
los dulces ósculos de miel
que tu boquita sabe dar…

Galdós era como un mastín hasta en el físico, grande y paciente, pero en cuanto olía a lobo se transformaba en una fiera. Bramó contra Rubín llamándolo viejo verde, cursi, solterona con ardores, carcamal baboso con gustos de chacha, papanatas ignorante y degustador de basura impresa en letras de molde. Incluso cosas peores. Hasta Meli corrió a esconderse en lo más profundo de su cocina. Finalizó su incriminación saliendo de la salita con un portazo que retumbó en todo San Quintín.

Julia y Rubín, estupefactos, no se atrevieron a enfrentar la ira del ilustre académico de la Lengua y candidato al premio Nobel.

—Pero cómo iba a saber yo… En fin, el señor Retana ha sido tan educado, tan… simpático, que no podía imaginar… —acertó a decir Rubín—. Pero ¿de qué lo conoces?

—Es amigo de… del señor Velasco.

—¡Ah! ¿Del marqués? ¿Y venía de su parte? —Rubín pareció olvidar la reprimenda galdosiana, quizás acostumbrado a ciertos arrebatos.

Aquí Julia tuvo que confesar que en realidad Retana había ido a hacer de valedor de León y aunque pasó por alto ciertos detalles no importó, pues ignoraba que Rubín solía escuchar tras las puertas y podía completar de su cosecha aquellas partes que ella intentaba hurtar.

—Debo decirte algo de vital importancia, Julia —secreteó el duende—. Se trata de una información que he prometido no divulgar y menos que a nadie, a ti. Pero es de ley que sepas la verdad… —«… y que el amor triunfe», iba a decir, pero no se

atrevió. Prefirió remontarse al día aciago en que fue detenida—. Cuando llegué a la comisaría, allí estaba el marqués de Argüeso muy preocupado por lo que pudiera ocurrirte. Ignoro cómo logró enterarse de tu detención, pero mi amigo el comisario Sánchez me aseguró que está muy bien relacionado con ciertas alturas diplomáticas de esas que se enteran de todo. Sánchez dice que la ciudad se ha llenado de espías… Pero, bueno, el asunto es que Velasco se ofreció a hacer lo que fuera por ti, insistiendo mucho. La verdad, Julia, es que ni don Benito ni yo teníamos a mano las mil rubias de la fianza para sacaros de allí.

Hipotecado hasta el cuello y lleno de deudas, don Benito era incapaz de obtener de fiado esa cantidad en tan poco tiempo, mientras que Rubín, con un mejor pasar, no tenía ni trescientas pesetas ahorradas en el banco: vivía al día y ayudaba a una hermana viuda con más hijos de los que podía mantener con una pensión ridícula.

—El marqués tardó apenas una hora en traer las mil pesetas y me hizo jurar y perjurar que no te lo contaría. ¿He hecho bien en decírtelo, querida?

Por toda respuesta, Julia se levantó y le estampó un beso en la calva. Luego fue a saborear su triunfo.

En la soledad de su cuarto, con un gesto romántico digno de las novelitas que encandilaban a Rubín, sacó el pañuelo del cajón y acarició las iniciales bordadas del nombre amado.

¿Me conoces, mascarita?

«FOGOVABIBIT KELCHECTIF PUNKT DROSVIENDE NAPURAVARI»

Era el único mensaje cifrado por el agente Green; su último mensaje antes de caer abatido. El resto de papeles rescatados del interior del Cupido colgado sobre la cama de Tórtola ofrecía una información vital escrita en alemán y sellada con la conspicua águila coronada de la Marina Imperial del káiser Guillermo II: una larga lista con la situación de abastecimiento de submarinos, retenes, aprovisionamientos de combustible y contactos situados en España, abarcando todo el litoral de la Península ibérica y Melilla. Ni siquiera se molestaron en cifrar la información, tal era la soberbia prusiana.

—Proceda, Mc Gillycuddy —ordenó el capitán Clayton al hombre inclinado sobre la mesa.

Era el mejor especialista en claves de todo el servicio, al menos al decir de sir Joseph, su jefe directo y mando supremo del Directorate of Military Operations, Section 5 (MO5), pero se tomaba su tiempo mientras los hombres que le rodeaban se consumían de impaciencia. Abrió la caja de caudales con la llave que le colgaba del cuello y un código que solo conocía otra persona del servicio —también dependiente directo de sir Joseph— y de allí sacó las tablas de claves: el objeto más preciado del departamento. El tiempo corría a favor del espía tras el que llevaban tanto tiempo, pero Mc Gillycuddy se movía lentamente, como un sacerdote que llevara a cabo un ritual: la caja de caudales sería el sagrario y las tablas de claves, el mismísimo copón bendito o una reliquia consagrada. «¿Será católico? Muchos escoceses lo son…», pensó León. Didáctico, el escocés levantó la mirada miope para explicar la labor de descodificación:

—Veamos, cuando llega un mensaje cifrado como este —

FOGOVABIBIT KELCHECTIF PUNKT DROSVIENDE NAPURAVARI— dividimos la información en bloques de cinco letras, contando también los espacios como letra. De este modo obtendríamos varios grupos de caracteres. Así:

FOGOV
ABIBI
T KEL
CHECT
IF PU
NKT D
ROSVI
ENDE
NAPUR
AVARI

—Ahora cogemos las letras y sacamos su valor numeral según corresponde, de la primera a la última letra del abecedario:



—Por ejemplo, para FOGOV obtendríamos F = 6, O = 15, G = 7, O = 15, V = 22. Sumamos estos valores. El resultado es 65. El siguiente paso es sumar los dos dígitos de este número. Por ejemplo 6 + 5 = 11, 2 + 3 = 5, etc. De esta manera obtenemos lo siguiente:

FOGOV
ABIBI
T KEL
CHECT
IF PU
NKT D
ROSVI
ENDE
NAPUR
AVARI

—Es el momento de mirar la tabla de claves mensuales, ya que, por seguridad, son variadas periódicamente desde Whitehall por el propio sir Joseph.

Había algo mecánico en la forma de hablar y de moverse de Mc Gillycuddy.

—El mes en que se cifró el mensaje es julio. Veamos…

Mes	Valor a sumar
[illegible] Mayo	
[illegible] Junio	
[illegible] Julio	

—Entonces sumamos a los valores obtenidos anteriormente su correspondiente cifra de la línea de julio. Si el resultado es mayor de 26, significará que se ha dado la vuelta al abecedario y se pasa de nuevo a A = 27, B = 28, C = 29… ¿Lo ven? Hagamos la suma, 11 + 16 = 27, 5 + 17 = 22 y obtenemos:

[illegible]	
[illegible] Julio	
[illegible] Suma	

27A
22V
18R
27A
14N
22V
18R
15O
13M
25Y

—Este es el resultado: AVRANVROMY

—Pero, eso no puede ser… ¡No significa nada! Esperábamos un nombre. O una dirección, en cualquier caso, algo con sentido. ¿No puede haber fallado la descodificación? —dijo Clayton.

El escocés negó un tanto irritado.

—Esto son matemáticas, señor.

—¿Y nunca hay errores?

—*Errare humanum est* —contestó el hombre de las claves.

Sí, era católico, Velasco estaba seguro.

—Repáselo todo de nuevo, Mc Gillycuddy —ordenó el capitán, mientras se servía un buen trago de licor de la misma nacionalidad que el especialista en claves—. Quizás el agente Green cometiera algún fallo en el cifrado de su mensaje.

El agente Bravo examinaba las tablas con mucha atención.

—Aquí falla algo…

Clayton enarcó las cejas. Velasco era un hombre de acción, como él mismo: que dejara a los sabelotodos de sir Joseph Blane hacer las cosas a su manera. Se mareaba solo de ver aquellos gráficos y cálculos esotéricos. Dio otro largo trago. Si no lograban desentrañar el mensaje cifrado, hoy se agarraría una buena borrachera, de eso sí que estaba seguro.

—Lo he repasado. No hay fallos —dijo Mc Gillycuddy con voz metálica.

—Un momento… Estamos buscando un nombre, ¿no es así?

No contestaron a la obviedad.

—Un nombre propio. De cualquier nacionalidad. Pero albergamos sospechas de que nuestro espía es alguien que conoce muy bien el territorio y está integrado en los círculos del país. Es muy posible que sea español.

—Así es —contestó el capitán.

—Español. Estamos en España.

—Sí, claro. Pero no es el momento de ponernos patriotas, Velasco.

—¿No lo entienden? España. ESPAÑA: con Ñ.

Clayton siguió sin entenderlo pero Mc Gillycuddy se quedó pálido y soltó una imprecación incomprensible: debió de ser en gaélico. Inmediatamente se puso a rehacer todos sus cálculos.

—Han usado ustedes el abecedario sin Ñ, el inglés. Pero si nuestro hombre es español, como suponemos, Green debió de usar nuestro alfabeto. Eso además hacía el mensaje más seguro, ya que si caía en manos alemanas, les hubiera sido más difícil de descifrar: seguro que cometen aún más errores que nosotros…

—Muy inteligente, el difunto Green. Realmente ha sido una gran pérdida —dijo Clayton.

—Resuelto, señores. Miren:

60GOV

2.3 ABIBI
4.9 TIKEL
4.0 OHIECT
9.4 FFPU
5.0 NOKT D
8.5 LOSVI
2.8 ENDE
7.0 KNAPUR
8.3 AVARI

Lo cierto es que Mc Gillycuddy era muy eficiente.

3C
22U
19R
19R
16O
14M
22U
15Ñ
16O
27Z

—Curro Muñoz… ¡El coreógrafo!

—¡Se lo dije, Velasco! ¡Sabía que era alguien del círculo de Tórtola Valencia!

Clayton pulsó un timbre y al momento la puerta de la oficina se abrió.

—Que vengan Brown y Simpson: vamos a cazarlo —dijo el capitán.

Velasco permanecía pensativo mientras los ingleses desplegaban actividad a su alrededor.

—Curro… se comportó de forma contradictoria cuando le pregunté por el mexicano, pero de ahí a convertirse en el espía más buscado por el servicio secreto británico media un mundo. Me engañó por completo.

—Ya no tiene importancia: si no ha huido, lo encontraremos. Hemos puesto bajo vigilancia la estación, el puerto y las principales

carreteras.

—No hace falta: sé dónde y cuándo tiene que estar.

4 de Agosto de 2014

En honor a Sus Majestades Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia en el Real Palacio de la Magdalena.

Tendrá lugar la actuación de

TÓRTOLA VALENCIA
como la diosa Napuravari

Ni las ninfas, ni las náyades, ningún ser terrenal ni mitológico alcanza la perfección de la danza de esta diosa, inspirada por Shiva, para la perdición de los hombres y de los sabios en

La Danza de la Serpiente

Una milenaria danza de la Fertilidad y el Deseo con la que las mujeres invocan a la Diosa, para que les conceda el don de la Belleza y del Amor. La bailarina teje, como en un tapiz oriental, la historia terrible de Napuravari, la diosa transformada en serpiente.

Acompañaba el texto una ilustración muy sugerente del rostro de una bayadera a punto de besar en la boca a una serpiente de lengua bífida.

—¿Le gusta el programa de mano, Julia?

Ella lo ponderó mucho.

—El dibujito es mío… El texto, de Tórtola, que hace pinitos poéticos. Debería dedicarse a bailar exclusivamente y dejarnos a los profesionales lo de poner una letra detrás de otra.

La gente empingorotada se agolpaba a la entrada de la escalinata del Palacio, residencia de verano de los Reyes, exactamente igual que el vulgo en una verbena, pero la ocasión bien lo merecía: era la gran fiesta del verano ofrecida por Sus

Majestades: nadie que fuera alguien quería perdérsela, mucho más sabiendo que actuaba la bailarina Tórtola Valencia. ¿Sería tan exótica, tan lasciva y escandalosa como les contaran los pocos privilegiados que habían llegado a verla? Hubo disputas entre los cortesanos por hacerse con una entrada y algunas amigas de toda la vida se retiraron el saludo por esta causa, pues lo cierto es que la Residencia Real era, en realidad, un palacio muy pequeño y solo unos pocos privilegiados serían invitados a asistir a la actuación, aunque fuera apretujados.

Alzado sobre el promontorio de la península de la Magdalena, cortando el mar abierto y la entrada a la bahía, el regalo de los santanderinos a la Monarquía —aunque costeado en su mayor parte por el indiano marqués de Valdecilla— había sido comenzado a construir en 1908. Interrumpidas las obras por la huelga general y los disturbios del año 11 en contra de la Guerra de Marruecos, la entrega de llaves no llegó hasta tres años después. El Palacio —de estilo inglés, al gusto de la Reina, a quien el paisaje le recordaba la isla de Wight— estaba construido sobre las ruinas de la batería de La Cerda y el castillo de San Salvador que durante siglos guardaron la ciudad de las invasiones marítimas. Frente a él, y a pesar de la luz declinante, podía verse la costa cercana y el blanco de las olas chochar contra la pequeña isla de Mouro, desde la que los ingleses bombardearon las baterías francesas de tierra en 1812.

Julia no admiró el paisaje. Había estado preocupada por las galas que habría de lucir en tan magna ocasión ya que su reducido vestuario carecía de ropa de gala. Fue Álvaro —su verdadera hada madrina— quien le procuró el modelito de un raso de seda azul petróleo muy favorecedor, propiedad de una de sus amigas transformadas. Claro que, esto, Julia lo ignoraba por completo.

Disfrazada de dama palaciega, la señorita sufragista apretaba entre los guantes el bolso de terciopelo recamado de azabaches. Crujía un papel en su interior: el manifiesto por el voto de la mujer. Álvaro, a su vez, ignoraba que en la monada de bolsito, su acompañante llevaba una bomba metafórica. El azar —o quizás el destino— se empeñaba en mostrar a Julia la ocasión propicia para presentarse al monarca, delante de toda la Corte y en presencia de políticos extranjeros y representantes de la prensa, para que su gesto tuviera la repercusión que tanto anhelaba. Lo tenía todo

planeado: cuando la actuación de Tórtola finalizara, se acercaría al monarca para hacerle entrega del primoroso manifiesto redactado por dos insignes escritores cuya identidad no podía revelar.

La muchedumbre reunida en el salón ambientado para la ocasión esperaba la entrada de Su Majestad para que diera comienzo la fiesta: después de la actuación de la artista se ofrecería un ágape, baile y, por último, el clásico colofón de fuegos artificiales. Pero Alfonso se retrasaba, al fin y al cabo una prerrogativa real, y los invitados se impacientaban. Empezaron a correr rumores lenguaraces.

—No veo ni un ministro. Tampoco a Romanones.

—Quizá llegue acompañando al Rey… Como aviso para navegantes.

—Es que Alfonso no da un paso sin él y eso tiene quemado a más de uno en el Gobierno.

—¿Y la Reina?

—A saber… Ni se habla con su Augusto Esposo.

—No me extraña… Hay cosas que por mucha reina que seas, son como para poner al marido de patitas en la calle.

—La Real Jodienda no tiene enmienda.

—¡Pero qué ordinario eres! Aunque seas Grande de España…

Los rumores crecieron hasta convertirse en un clamor cuando el conde de Entrerríos hizo pública una nota oficial: «La gravedad de la situación internacional hace que Su Majestad haya tenido que regresar a Madrid». Hubo cierto revuelo y el portador del escueto comunicado fue rodeado por los más curiosos y asaetado a preguntas cuya respuesta desconocía. Los interrogantes y las especulaciones flotaron de corrillo en corrillo.

—Pero ¿se sabe algo?

—¿Qué más quieres? Ayer Alemania declaró la guerra a Francia y hoy ha invadido Bélgica.

—Dicen que España entrará en guerra esta semana.

—Y ¿a favor de quién?

—Di mejor en contra de quién.

—A estas alturas, da lo mismo…

—Yo ya estoy hecha un lío, la verdad.

—Mira al embajador de Francia, qué contento está… Eso es que España se va a alinear con los aliados.

El embajador galo, con un indisimulado interés en que la Monarquía española apoyara a su país en la previsible contienda, se paseaba por el salón junto a Mimí, su bella esposa, espectacular y escotadísima, condecorado el busto con la Legión de Honor que le impusiera el presidente de la República Francesa por los servicios prestados.

—Entonces, ¿no viene el Rey? —preguntó Julia.

—No; por lo visto ha vuelto a Madrid por asuntos bélicos inaplazables —contestó Retana, quien reparó en la cara de desilusión de Julia—. Vaya, señorita Doncel, nunca imaginé que lo lamentaría tanto… Tendré que tacharla de frívola o de monárquica a machamartillo. O de ambas cosas a la vez. Pero mire, allí hay alguien que seguro le hará olvidar la defección real.

Era León, vestido de impecable frac. Destacaba entre los caballeros como uno de los más apuestos, al menos a los ojos de Julia. Al verlo sintió una agitación visceral y la piel erizada bajo el vestido prestado. Reacciones estas incontrolables y alejadas de toda razón. ¿A quién quería engañar? ¿Había venido para su acción sufragista o porque sabía que él estaría allí? Demasiado complicado… ya pensaría en ello más tarde.

El celestino Retana condujo a Julia hasta el marqués y luego se excusó con una mentira para dejarlos solos. León disimuló muy bien la sorpresa de encontrarla allí; se mostraba grave, distante.

—No creí que volviéramos a vernos, señorita Doncel.

—Yo… he venido acompañando a Álvaro.

—Sí, no sé cómo lo habrá logrado usted, pero su obstinación es encomiable. Supongo que ha perdido una ocasión preciosa para reivindicar sus demandas sufragistas, pero me temo que el Rey no va a aparecer. Porque es eso lo que la ha traído hasta aquí, ¿verdad?

—No lo negaré, pero, aun así, debía… deseaba hablar con usted.

—Y yo no puedo mentir: no me complace encontrarla aquí. Este lugar es… —Y calló repentinamente.

«Me guarda rencor», pensó ella. «Ni siquiera me mira, toda su atención parece estar en otro lado, no hace más que observar a la gente. Me ignora». León tenía puesta toda su atención en la otra punta del salón, cerca del pequeño tablado y el telón pintado con motivos hindúes. El lugar donde estaba apostado el capitán Clayton.

—He de decirle… explicarle… algo. En privado.

—Lo siento, me temo que no es el momento. Discúlpeme.

Y sin decir nada más, se alejó. Durante un momento casi no pudo respirar. «¿Esto es lo que se siente cuando te rechazan? Ahora lo sé».

No solo Julia: tampoco la estrella de la noche podía ocultar su decepción.

—Yo iba a bailar para un rey… ¡Ganas me dan de cancelar!

—No te pongas flamenca, Tórtola: esto está plagadito de embajadores y príncipes extranjeros. De aquí sale más de un contrato, te apuesto lo que quieras —dijo Freire, su representante, retocándose el bisoñé.

—Nada de apuestas. Si estalla la guerra, yo no piso Europa. ¡En América están locos por verme!

—Pero, mujer: ¿tú no sabes que es en las guerras donde más gasto en lujos y diversiones se hace? Los que pueden, se entiende. Los teatros se llenan a reventar y también los restaurantes, los *cabarets*, las casas de juego… Es el miedo a la muerte, a las privaciones… Por compensar. —El apoderado se relamía solo de pensarlo.

—Pues yo no puedo bailar sabiendo que al lado están cayendo bombas y matando a gente, qué quieres que te diga… ¡Qué deprimente!

—Les ayudarías a olvidar su realidad durante un ratito… El arte en su acepción más elevada —insistió el representante.

—¿Dónde está Curro? Yo no salgo si no está Currillo… Es quien se encarga de los músicos, de todo… Sin él no salgo: es mi talismán.

Fue nombrarlo y apareció de las sombras, entre las bambalinas improvisadas. El frac se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Baila para mí, Tórtola —dijo.

Se apagaron las luces y un murmullo recorrió el salón. La nota de una flauta tembló en el aire. Un timbal oscuro la siguió, ascendiendo, persiguiéndola. Con la música hipnótica apareció sobre el escenario la figura quieta de la bailarina bajo un único foco, dejando al público en suspenso. La mujer vestida de fulgores comenzó a moverse con una intensidad vibrante de movimientos primitivos, salvajes. La danza, al principio lenta, aumentaba el

ritmo siguiendo los latidos de la percusión. En la imaginación dormida de los presentes creció algo oculto, un deseo antiguo y fascinador. Quizá fuera el deseo de elevarse con Tórtola, de compartir con ella un misterio que solo podía ser revelado en sueños.

El Pigmalión observaba los movimientos de su obra viva desde una esquina del salón, medio oculto tras los biombos de la tramoya. De pronto, una voz salió del fondo de la sala imponiéndose con tono marcial; alguien que llevaba uniforme del ejército gritó:

—¡Que pare la música! ¡Silencio!

Un murmullo se elevó del público y la música cesó a la vez que se encendían las luces principales. La diosa fue despojada de su poder: en medio del escenario no quedaba más que una mujer disfrazada y semidesnuda delante de extraños. Arrancada la magia teatral, el maquillaje, el traje que remedaba una serpiente, el telón pintado mostraban el truco de una forma descarnada en una fragilidad patética.

Álvaro experimentó un dolor agudo por la humillación de Tórtola y del espectáculo. La diva ultrajada buscó refugio entre las falsas bambalinas.

—¡Inglaterra ha declarado la guerra a Alemania! ¡La guerra ya es mundial! —gritó la voz inundando el salón.

La mayor potencia del orbe desataba también su ira sobre el resto del planeta. En ese momento, las lámparas de la paz se apagaron en toda Europa: a partir de entonces se acabaría la fantasía de pertenencia a un mundo que corría hacia la perfección y la belleza en un progreso imparable. Esa ilusión moriría enterrada para siempre bajo el barro de las trincheras.

Hubo una desbandada general: los embajadores de Francia e Inglaterra se ausentaron los primeros, seguidos de sus compatriotas; el alemán hacía tiempo que había vuelto a Madrid; quién sabe si ahora estaría reunido con los germanófilos del Gobierno: todo eran sospechas, suspicacias. La Corte en pleno dio por concluida la fiesta: el salón se vaciaba de invitados mientras el bullicio continuó en la explanada frente al Palacio donde todo el mundo mandaba a por su coche a la vez. A pesar del intento de organizar aquella barahúnda por parte de algunos secretarios de Su Majestad, reinaba el caos.

Antes de poder moverse sintió el cañón de una pistola

apretándole el costado.

—No te muevas, Curro: estás detenido. Levanta las manos.

Curro obedeció. Los pocos músicos que quedaban cerca agarraron su instrumento y salieron a todo correr, sin mirar atrás. Algunas partituras volaron de los atriles y cayeron al suelo mansas como hojas secas.

—Les esperaba: uno sabe cuándo la función ha terminado —dijo el coreógrafo—. Aunque me sorprende que haya sido usted, señor marqués.

—Te prometo que te juzgará un tribunal español, no saldrás de este país —contestó Velasco.

Clayton, apenas unos metros más allá, salió de las bambalinas con la intención de discutir esto, pero León negó con la cabeza: seguía apretando la Ruby en las costillas del espía. Necesitaba entender algo y la única respuesta la tenía aquel hombre.

—¿Qué necesidad tenías de meterte en este jaleo, Curro?

El bailarín que había rendido a Europa a sus pies amagó una sonrisa dolorida de ojos tristes. Siempre lo habían sido, León se dio cuenta de ello.

—Necesidad… Eso es. ¿Sabe usted lo que cobra un artista de segunda como yo? Un bailarín apenas si tiene unos años de vida artística. Las lesiones, la edad… Ver cómo llegan los nuevos. Así es nuestro negocio: un día arriba y el resto de la vida, abajo. Era esto o la miseria.

—Los años de cárcel no te los quita nadie. ¿No pensaste en ello?

—No me importa ir a la cárcel; al menos mi familia tendrá el futuro asegurado gracias al Káiser.

—¿Tu familia?

—Pues vaya con los servicios secretos, señor marqués… ¿Eso no lo han averiguado? Tengo una esposa, una madre viuda y cuatro bocas de niños que alimentar en Genalguacil.

—No es posible…

—Claro que sí: es mi pueblo. Está en Málaga.

—Entonces… todo el asunto de tu ambigüedad, los amantes masculinos, esa afectación… eran una tapadera.

Curro se encogió de hombros.

—Soy un artista. Y moriré siéndolo.

—Muy logrado el disfraz, Curro. Enhorabuena.

—El suyo tampoco es malo, señor marqués.

Curro volvió los ojos hacia Tórtola, quien presenciaba atónita la escena, con el puño clavado en la boca para no gritar.

—Ha sido tu mejor actuación, Tórtola. Ya puedes bailar sola. Eres una gran artista —le dijo mientras lo esposaban.

Los hombres que acompañaban a León —fuertes y con aspecto de soldados de paisano— rodearon a Curro; se lo llevaban. Él volvía la cabeza para mirarla: no dejaba de hacerlo. Carmen Tórtola Valencia, de nuevo una niña abandonada, tuvo que agarrarse al telón del decorado para no correr tras Curro, para no gritar como una loca y lanzarse contra los captores, morderles, arañarles. Cedió la tela que la sujetaba y una enorme rasgadura partió el telón de lado a lado.

La imagen de Curro alejándose hacia los pasillos oscuros del palacio vacío se volvió borrosa de lágrimas y maquillaje. Alguien le tendió un pañuelo. Era de batista y olía a un suave perfume femenino. Se limpió los ojos con él hasta que pudo ver quién se lo había ofrecido. Delante de ella estaba una chiquilla con el pelo corto como el de un paje, ojos vivos, la cara fresca, limpia.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Tórtola, tendiéndole el pañuelo mojado y manchado.

La muchachita no cogió el pañuelo. Con una sonrisa de seguridad aplastante, contestó:

—Angelita. Una admiradora.

Tras la interrupción del número, Álvaro, acompañado por la señorita Doncel, dispuesto a consolar a la artista humillada por la actualidad belicosa, alcanzó a ver la escena de la detención y la justiciera manera en que se llevaban a Curro.

—¡Lo sabía! ¡Siempre me dio mala espina! Pero nadie me hace caso…

León aún tenía la pistola en la mano cuando descubrió la presencia de Julia. Le miraba a él y miraba el arma con un gesto que no le había visto nunca. A ella no, pero sí a otras mujeres, a muchas: era deseo. Guardó la Ruby en la funda sobaquera bajo la levita del frac y sonrió: había triunfado doblemente. El espía que tantos quebraderos de cabeza les había dado estaba ya a buen recaudo y la única mujer que se había resistido a su amor, la única que le había hecho sufrir con sus desdenes, estaba allí, junto a él,

con la respiración entrecortada, los labios húmedos y los ojos de fuego: había recorrido los metros de mármol palatino que le separaban de León como si volara.

—Tenía que decirte algo… pero lo he olvidado —dijo ella.

—Puede que yo te ayude a recordarlo.

—Eso estaría muy bien.

Cuando él le cogió la mano para besarla suavemente, Julia pensó: «Así debe de ser el amor. Tan fácil cuando no es difícil». Y le apretó los dedos antes de que la soltara, como una señal en un primitivo código secreto, para hacerle entender que sentía unos irresistibles deseos de abrazarlo, de tocarlo y de besarlo en la boca.

—Lamento interrumpir, *madam*; pero *mister* Velasco y yo tenemos algo que hacer. Prometo devolverlo sano y salvo.

No hubo despedidas: Clayton le apremiaba.

—Estamos en guerra y Von Krohn ya no tiene inmunidad diplomática. ¡Esta vez no se escapará! *I swear on my mother's grave!* **[8]**

Reyes, anarquistas, plumillas y espías

Atronaban las bocinas de los automóviles atestados de jóvenes en alegre algazara, con gorritos de papel y matasuegras como si fuera fin de año, subidos a los estribos de los autos desde donde tiraban confeti y botellas de champán vacías a la vía. Estaban celebrando la declaración de la guerra.

La noche cálida y húmeda de agosto llenaba los paseos, las heladerías, las tabernas, los cafés y restaurantes de hoteles, con un gentío sediento de novedades. Nerviosos, eufóricos, los ciudadanos ansiaban comentar las últimas noticias y hacer cábalas sobre los designios del Gobierno. Don Anatolio era uno de ellos: había salido a la calle con otros huéspedes de su hotel para comentar los sucesos europeos y discutir las consecuencias que el conflicto podía causar en sus pacíficas existencias, pero también por huir de un drama casero que había perturbado su vida cotidiana hasta límites que lo impelían a alistarse en la Legión Extranjera.

Todo por culpa de la loca de Sisita y su encaprichamiento por un barítono de medio pelo, un tal Armando Lanza, con quien coqueteó por lo fino y por la basto, pasando a mayores con escenitas de celos y escandalillos, hasta aburrirlo. Luego la nombrada estuvo de morros durante días, puesto que Armandito no daba señales de vida ni respondía a sus epístolas. Al final, fue la mosquita muerta de su doncella —mucho más joven y apetecible— quien se fugó con el barítono, dejando a Sisita compuesta y sin novio. Al encontrar la carta de despedida de la inicua donde contaba que había embarcado junto a su amante rumbo a Buenos Aires —aliñada con varios improperios dedicados a su tiránica señora—, Sisita sufrió un berrinche que la retenía en cama y, según ella, a las puertas de la muerte. Mientras esto ocurría, su hermana Merche descubrió las ventajas del fervor beato y se pasaba el tiempo rezando rosarios y vistiendo vírgenes, profetizando que toda la familia acabaría

sumergida en las calderas de Pedro Botero. Mientras tanto, Anatolio prefería sumergirse en la vorágine de los acontecimientos.

—Esta guerra será la peor que vieron los siglos: ahora los ejércitos son máquinas mortíferas, de un solo cañonazo destrozan a un batallón.

—Se acabaron las gestas gloriosas de la caballería y el honor en el campo de batalla… ¡Eso son cosas del siglo pasado!

Anatolio asentía a las voces apocalípticas, pero no le impresionaban: nada podía ser peor que sus parientes. Ni siquiera la Primera Guerra Mundial.

Pepe Rocamora también se echó a la calle dispuesto a palpar la actualidad, como correspondía a su condición de caballero de la prensa y ¿qué mejor sitio para ello que El Dragón? La antigua bodega de piratas seguía siendo el mejor mentidero de la ciudad cortesana, a qué negarlo, además de procurar otros mil atractivos con los que deleitarse.

Sabía por inmejorables fuentes que la delegación alemana en pleno iba a festejar allí la definitiva declaración de guerra; si pillaba a algún diplomático germano con una copa de más, es posible que soltara por su boca teutona alguna indiscreción que le permitiera reivindicarse frente a sus jefes, hartos de tenerlo enviado al momio de la Corte veraniega sin que de allí hubiera sacado más que cuatro cotilleos más propios de los ecos de sociedad. Llegaba ya a su destino cuando al doblar la esquina a punto estuvo de chocar con una sombra. El reflejo timorato del único farol iluminó a un hombre anciano encogido entre las sombras de los sauces del jardín cercano.

—¿Está perdido, buen hombre?

—No.

La voz sonó hosca. El hombre no se movía y de nuevo quedaba tapado por la oscuridad. Prudente, Pepe siguió su camino pasando junto a la puerta de la pensión de Paca, donde dos hombres con aspecto de guardias de paisano fumaban pitillos. «Parecen escoltas», pensó, y mientras cavilaba sobre esto, entró en El Dragón saludando al portero.

Tomás no había estado nunca en ese lugar: se perdió entre las calles empinadas y oscuras hasta encontrarlo. A pesar de vivir tan cerca, no conocía bien la ciudad; nunca le habían gustado el ajetreo, las calles empedradas, las gentes distintas. Desconfiaba de sus vicios

hacinados, de su absurdo desprecio por la vida real, que para él estaba en la sencillez del campo y del mar, de una siega, de una cosecha. Nunca más volvería a segar la hierba de su prado, a ver correr agua del regato que partía la finca, nunca más volvería a ver un amanecer. Al menos las vacas estaban en buenas manos: un viejo conocido se las había quedado, aunque un tanto escamado por las parcas explicaciones de Tomás. Le dijo que no quería obligaciones, que se estaba quedando ciego y ya no podía atenderlas. Luego fue a la cuadra vacía y sacó del agujero la pistola. No tenía miedo; tenía que hacerlo; no se arrepentía. Pensó en Rafael: ya estaría en el tren rumbo a algún lugar pacífico, liberado de temores. ¡Era tan joven! El alivio por haber logrado salvarlo le reconfortaba. Desde hacía mucho tiempo no había sido feliz: lo fue cuando vio al mozo alejarse de él, de la casa, de aquella noche sin fin.

Miró hacia la ventana que Isidra le indicara: la tercera del segundo piso. En el momento idóneo, ella pondría la lámpara en la ventana para que el terrorista lo viera desde fuera; esa era la señal para que entrara y le diera su merecido al culpable último de la muerte de su hijo.

Hacía un calor sofocante. «Va a haber tormenta», se dijo a sí mismo. Y siguió esperando, paciente, la aparición de la señal convenida con Isidra *la Madrileña*. Repasó mentalmente el plan. Una luz en la ventana. Entonces entraría en el *cabaret* por la entrada de artistas, recorrería el largo pasillo que le había indicado Isidra hasta pasar por delante de los camerinos, sin detenerse, hasta llegar al cuchitril donde esperaba la vieja Escolástica, la otra cómplice, quien le abriría la escondida puerta que daba a la pensión. De ahí debía llegar al pasillo y contar tres puertas; la última era la habitación donde la prostituta pelirroja esperaba su aparición. Allí, en la cama alquilada, encontraría a su desprevenida víctima.

La luz. Ahí estaba, moviéndose tras las cortinas de la ventana abierta a la calle. Amartilló el arma, la volvió a guardar en el bolsillo y se encaminó al *cabaret*.

El agente Palomo vigilaba los alrededores de El Dragón no muy lejos de Tomás, pero por distintas razones. Había renunciado al caso que le trajo hasta allí: el decepcionante informe enviado a las autoridades de Madrid reconociendo su fracaso para descubrir la

supuesta conspiración anarquista, había reforzado la autoridad del comisario Sánchez, quien a su vez y por cauces internos, culpó a Palomo de actuar con imprudencia y atolondramiento en el caso de la prostituta asesinada.

El joven agente había caído en desgracia ante sus superiores, que reclamaban su vuelta. Debería haberse ido ya de la ciudad pero no podía. No podía porque Estrellita Chacón se lo impedía. A la vez, temía encontrarla de nuevo, ¿qué le diría? Y, sobre todo, ¿a quién? ¿Al exseminarista, al transformista o a la muchacha que rezaba en una iglesia? La duda lo había dejado allí, frente la entrada de artistas, controlando las idas y venidas de los hombres que entraban y a los que imaginaba poniendo sus ojos sobre Estrellita con unas pupilas húmedas, lascivas, que le ofendían y le hacían casi perder la cabeza de rabia.

Vio cómo el enorme portero coruñés permitía el paso a Pepe Rocamora: el periodista era un habitual de las noches draconianas, tanto como el marqués de Argüeso y ese inglés que ahora entraba junto a él y otros tres hombres, todos extranjeros: el *cabaret* debía estar en plena ebullición. Entonces el hombre anciano pasó muy cerca de él, sin verlo. Pero Palomo sí que pudo vislumbrar en una ráfaga de luz un rostro crispado, un gesto de decisión convertido en mueca, la mano derecha enterrada en un bolsillo en el que apretaba un objeto pesado que abultaba la chaqueta raída. Conocía a fondo a los habituales del local, a todos sus empleados además de a los artistas, y jamás había visto allí a aquel individuo sospechoso. Su olfato de sabueso le empujó a seguirlo y entró tras él en el *cabaret*.

NUEVO ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL REY
Por José Rocamora, corresponsal

Santander a 5 de agosto de 1914

El Rey sobrevive sin daño a los disparos de un perturbado durante el transcurso de una fiesta privada y mientras se desencadena una reyerta en el cabaret contiguo.

En la noche de ayer, día 4, mientras la ciudad asistía conmocionada a las últimas novedades del

conflicto bélico europeo, Su Majestad Alfonso XIII sufría en su regia persona un nuevo atentado que ponía en peligro su vida.

Cuando fuentes bien informadas aseguraban que el Rey se encontraba en Madrid atendiendo a la gravísima actualidad internacional, en el número 5 de la calle del Trinquete, Tomás Hidalgo Saíz, de 78 años, burlaba a la vigilancia de los miembros de la escolta del monarca y entraba en el interior de la finca en la que se celebraba una fiesta privada con la presencia del mismo Rey. Al parecer, el homicida se introdujo en la mencionada casa a través de un cabaret contiguo, muy conocido en la vida nocturna santanderina, para sorprender allí a su pretendida víctima. Un policía de paisano relevado de servicio y presente en los exteriores del establecimiento de ocio, encontrando sospechosa la actitud del mencionado Tomás Hidalgo Saíz, resolvió seguirlo y fue quien finalmente impidió que llevara a cabo sus perversos planes, hiriéndolo de gravedad tras dos disparos de su arma reglamentaria. A los pocos minutos, el homicida frustrado falleció.

No se ha podido probar que el criminal tuviera relación alguna con grupos terroristas anarquistas y carecía de antecedentes penales: parece ser que quedó trastornado desde la pérdida de su hijo en la guerra de Cuba. La policía sigue investigando si pudo tener algún cómplice o actuaba en solitario. El operativo de seguridad desplegado para alejar a la augusta persona del lugar de los hechos se vio afectado por otro grave suceso que en ese momento se desarrollaba en el mencionado cabaret colindante.

Un súbdito alemán apellidado Von Krohn —alias Juan Corona—, individuo de biografía turbia, relacionado desde hace tiempo con actividades al

margen de la ley, incluso con la muerte de una prostituta, celebraba una fiesta con otros compatriotas en el famoso cabaret El Dragón, al parecer celebrando la reciente declaración de guerra. Un grupo de individuos desconocidos atacaron al grupo en el que se encontraba el susodicho Von Krohn, desencadenándose un breve tiroteo con el consiguiente pánico entre los clientes presentes. El suceso se saldó sin heridos. Al llegar la policía todos los protagonistas del incidente habían huido. Algunos presentes afirman que el alemán abandonó el lugar maniatado por sus captores, pero esto no ha podido ser corroborado por ninguna fuente policial.

No hubo más incidentes.

Los gritos del señor director de *El Imparcial* hicieron temblar la aún tierna línea telefónica.

—¡¡De ninguna manera!! Y ya me he adelantado: tampoco podrás venderlo a ningún diario progresista. *La Voz, El Independiente*, Peláez y Martín de Tejeiro piensan lo mismo que yo… Qué digo… ¡Están aún más estupefactos! Pero lo tenemos muy claro: ¡si mueves un solo dedo no vuelves a pisar una redacción en tu vida! Pepe: tú eres un buen periodista, sabes mejor que nadie que esto es impublicable.

—Tengo las pruebas: los testigos del *cabaret*, las declaraciones de las putas, hasta hablé con el policía: va a dejar el cuerpo y estaría dispuesto a cantarlo todo. Por lo visto le indignó encontrar a su soberano en paños menores y con una puta… —contestó Rocamora.

—¡Tú lo que quieres es que Romanones vuelva a poner en marcha la partida de la porra, como en el siglo pasado! ¡Te arriesgas a una paliza que te deje idiota del todo… o a algo peor!

—¿Me está amenazando?

—¡Te estoy avisando, coño, que pareces nuevo! ¿Tú te das cuenta de que ese artículo podría ser la excusa para proclamar la República?

—Pero, bueno; ¿no somos un periódico progresista?

El resoplido del director sonó como un vendaval que hacía interferencias.

—Mira, Pepe; que no eres Castelar y esto te viene grande. —Quiso sonar conciliador—. Por esta vez vamos a olvidarlo… No voy a despedirte porque ningún otro periódico te contrataría y no quiero que me pese en la conciencia una muerte a causa de la inanición. Quema las copias de ese libelo sin dejar rastro de él y olvídate de mencionar este asunto a nadie. ¿Estamos?

—¡Iré a la prensa extranjera!

—¿Vas a competir con la guerra, gilipollas? ¡Y te ordeno que vuelvas a Madrid cagando leches! ¡Se te han acabado las vacaciones!

Y colgó. Al salir de la cabina telefónica del hotel, Pepe Rocamora estaba de un ánimo inflamado: «¿Prensa libre? ¿Libertad de expresión? Un país inquisitorial, sin arreglo… ¡Yo emigro!»

Tuvo que ir a ahogar sus penas al bar.

A sus pies, las olas blandas casi lamían la terraza sobre el mar. Marisol no se cansaba de tocar su anillo de oro, de verlo brillar a luz del sol. Un anillo de casada. Estaba ya casada pero comía el helado como una niña golosa. La larga cucharita se hundía en el mantecado arrancando trozos suaves y ella se llenaba la boca ávida, manchándose la comisura de los labios. Rafael recordó el día de su primera cita, también en la playa, la ilusión con que compró otro helado a Marisol, la aparición de Álvaro… ¿Qué estaría haciendo?

Las gaviotas chillaron sobre su cabeza. Biarritz era una pequeña ciudad costera encantadora, señorial; allí Rafael estaba fuera de lugar. Observó a su mujer empuñando la cucharita reluciente: el día de la proclamación de la guerra los camareros las regalaban y la gente se las llevaba de recuerdo. Algunos mandaron grabar la cucharita como recordatorio con las palabras «*Vive la France*». Rafael estaba triste y no sabía por qué. No se lo dijo, pero no hizo falta. Ella estaba acabando el helado y la cucharita tintineaba en la copa de cristal tallada y vacía.

—Esto es muy bonito. —Miró el rostro de su marido—. Pero aquí no nos podemos quedar. Hay que volver a España. Nadie te busca allá, ¿no es eso lo que te dijo tu amigo Álvaro? No ha pasado nada, nadie ha dicho nada. Hay que volver —le dijo.

A partir de ese día, Marisol tomó siempre todas las decisiones.

En la Casa de Campo, los cortesanos corrieron a rodear al Rey cuando este bajó de su caballo favorito, un ruano de nombre *Garboso*, y así, entre felicitaciones por el vibrante partido de polo, recordar al monarca su existencia. Alfonso, taco al hombro, recibía parabienes. La alta figura del marqués de Argüeso se destacó entre la muchedumbre palaciega y Alfonso tuvo a bien despojarse del guante sudoroso para estrechar la mano de su antiguo compañero de juegos.

—¿Cómo estás, León?

—Muy bien, Majestad. Precioso *backhander* el suyo, señor, si me permite decirlo.

—Sí, ha sido un buen golpe, ¿verdad? Tú sabes de esto…

—Me gustaría presentarle a mi prometida, la señorita Julia Doncel.

Junto a León, una joven guapa y de sencilla elegancia, hizo una breve reverencia.

—Sí, ya había oído que te casabas. Muy mona, muy mona…

—Señor: permítame entregarle esta declaración… —dijo ella.

Las cabezas curiosas se volvieron hacia ella a un tiempo, como si todas funcionaran con un mismo resorte.

—… de la asociación de unas ciudadanas que con el mayor respeto por su Rey, le ruegan, le suplican que atienda esta petición…

La Reina, un poco más lejos, mandó callar las voces a su alrededor: le interesaba aquello.

—… de las españolas, con el ánimo y la esperanza de que algún día los derechos femeninos puedan cristalizar en el sufragio universal…

Un rumor se alzaba de entre los más cercanos.

—… y deje de privársenos del derecho al voto.

El Rey, sorprendido, pareció dudar. Por fin, sonriendo, hizo un gesto a su acompañante, un coronel de caballería.

—Por supuesto, por supuesto, querida… Ibáñez, coja el… manifiesto de la señorita.

—Muchas gracias, Majestad —dijo la señorita.

El papel pasó a las manos de Ibáñez, que a su vez lo entregó al hombre que tenía a su espalda, el subalterno De la Vega, y este lo puso en manos del último de los funcionarios de la Casa Real

presentes en el campo de polo. Este cogió el papel con cuidado y lo colocó en una carpeta que llevaba bajo el brazo.

Unas horas después, en su despacho del Palacio Real, el diligente funcionario registró concienzudamente la fecha de la entrega y, junto con el resto de documentos del día, guardó el papel en su correspondiente carpetilla.

—¡Gómez!

Un empleado acudió presto.

—Lleve esto al archivo, haga el favor.

—Sí señor.

Gómez cogió el archivador y salió del despacho atravesando el pasillo que conducía a otros parecidos, bajó varios tramos de escaleras hasta llegar a los pisos inferiores y siguió atravesando salas hasta llegar al archivo. Allí lo entregó al archivero mayor.

Poco después, el archivador que contenía el Manifiesto por el Derecho al Voto fue colocado con cuidado junto a otros muchos iguales, repletos de peticiones, requerimientos y solicitudes, en una de las cientos de estanterías cubiertas de polvo, de legajos y de telarañas.

Julia dejaba caer su peso sobre el brazo de León.

—¿Has conseguido todo lo que querías, verdad? —preguntó él.

Estaba decidido: los dos saldrían de España en un futuro no muy lejano para vivir en otro país. El futuro se presentaba radiante ante ella en la presencia de aquel hombre al que amaba tanto.

—¿Todo? No… Pero no me importa esperar.

Cada vez que lo miraba sentía una plenitud extraña que casi le hacía temblar de miedo. Él quería ir a la guerra, vestir el uniforme de otro país. Luchar.

—Alguien dijo una vez que hay dos cosas más grandes que todas las demás: la primera es el amor; la segunda, la guerra… Pero como no sabemos en qué va a acabar la guerra, vida mía, hablemos de amor —dijo León.

—¿Hablar? No…

Julia se detuvo y le estrechó entre sus brazos. Sin importarles lo que pudieran pensar los demás, ni a quién pudieran escandalizar, se besaron en plena calle, sin importarles estar rodeados de gente. Nadie sabía que su beso tenía como fondo un decorado de trincheras y de muerte, el ocaso y también la luz de un tiempo

nuevo.
Durante semanas, Álvaro Retana rehuyó invitaciones: no acudía a ningún espectáculo ni veía a nadie; hasta logró encontrar cierto placer en su nueva vida de eremita. No, no era fácil reponerse de un desamor. Rafael. ¿Dónde estaría? ¿Volvería a verlo algún día? No, mejor no. No podría soportarlo. Tanto su felicidad como su tristeza, serían navajazos de pena en el corazón. Además, estaba escribiendo una nueva novela y tuvo que reconocer que aquel retiro le sentaba estupendamente a su literatura. «Quizá sea mi mejor novela…»

Había decidido quedarse en la ciudad costera huyendo del bullicio madrileño, del aturdimiento de citas y diversiones.

«En mi actual estado, no soy la mejor compañía para nadie», decía cuando alguien se quejaba de su prolongada ausencia. Siempre que le ocurría algo así, se escondía. Por desgana y porque no podía renunciar a su propia imagen de duende alegre. Solo tenía un tabú, una prohibición escrita por su propia mano: jamás enseñar el verdadero rostro bajo la máscara de «el escritor más guapo del mundo».

Los veraneantes eran ya contados y los balnearios cerraban antes sus instalaciones, en cuanto caía la tarde y salía un viento fresco. Declinaba la luz de un septiembre comprensivo y benigno: el otoño era su estación favorita. Disfrutaba a rabiar de los paseos por unas playas nostálgicas, de los atardeceres caídos sobre un paisaje de fruta madura casi al borde de la podredumbre.

Apoyado en la balaustrada del paseo miraba hacia el mar inalterable, que volvía siempre. La pleamar se comía la playa y deseó por un momento que se lo tragara a él también. «¡Qué tontería! No empieces otra vez, Álvaro, con esos pensamientos funestos. Nada de flagelos. La autocompasión es el peor de los vicios», se dijo a sí mismo.

Un joven recogía las sillas de tijera y los toldos; su sombra se alargaba sobre la arena de oro. Vestía el uniforme de los bañeros del balneario que a Álvaro le pareció encantador: una camiseta de rayas azules y blancas a juego con el pantalón también blanco. El joven caminaba sobre la arena con los pies descalzos y una agilidad de animal silvestre, los muslos fuertes, ceñidos al pantalón. El torso, revelado por la camiseta ajustada, perfecto, como el de todos los nadadores expertos. Le brillaba el pelo rubio en rizos de sol.

De pronto, el joven detuvo su tarea y miró hacia arriba, hacia él. Álvaro disimuló el sobresalto. «¿Habrá sentido mi mirada?» El desconocido sonreía. Álvaro miró a su alrededor, pero no había nadie más. El chico seguía recogiendo, pero ahora no dejaba de mirar hacia la balaustrada donde seguía apoyado Álvaro. Entonces, saludó: de forma tímida, levantó la mano hacia él. Álvaro dudó antes de responder. Hizo un gesto: «¿Es a mí?» El muchacho volvió a sonreír y asintió.

Una alegría primero insignificante, luego cada vez más grande, le inundó el alma. «Álvaro, querido: estás curado».

Colofón

Carmen Tórtola Valencia se retiró de la escena en 1930, después de una actuación en Guayaquil (Ecuador). Pasó el resto de sus días casi recluida en su casa de Barcelona, en compañía de su «secretaria» Angelita, a quien adoptó como hija para que pudiera heredar su fortuna. Las dos mujeres tuvieron que vivir su amor discretamente en plena dictadura franquista. No se conocen los motivos por los cuales prefirió quedarse en España, donde ya no le quedaban amigos y nadie la recordaba. Murió en 1955.

León de Velasco, marqués de Argüeso, sirvió en las fuerzas de la Royal Navy participando activamente en la batalla de Jutlandia y en otros frentes europeos. Aunque no resultó herido de gravedad, durante años sufrió lo que empezó a llamarse «síndrome de estrés post-traumático» como consecuencia de haber presenciado los horrores de la llamada Gran Guerra. Al finalizar la contienda, contrajo matrimonio con Julia Doncel y vivieron en Inglaterra desde 1919. Se divorciaron en 1933. Nunca volvió a casarse.

Julia Doncel participó activamente en el movimiento feminista inglés de las Women's Social and Political Union antes de ser miembro y fundadora de la Women's Freedom League, junto con Dora Marsden. Sigue siendo una inspiración para las feministas de medio mundo gracias a la publicación de sus artículos y el ensayo *Descubriendo el sexo del poder: la rebelión de las mujeres en el siglo XX*. Tras su divorcio, se casó con Cristopher Brandon, líder socialista quince años más joven que ella. No tuvo descendencia.

Rafael nunca volvió a militar en política: **Marisol** se lo tenía prohibido. Tras los sucesos aquí contados, ambos emigraron a Madrid. Rafael se hizo proyeccionista de cine, y durante más de

cuarenta años trabajó en varias salas de la capital, como el Panaroma o el Callao. Marisol y Rafael tuvieron dos hijos y ambos murieron antes que sus padres: Miguel, falangista, en Paracuellos del Jarama en 1936. Tomás, militante del PC, al finalizar la Guerra Civil huyó a las montañas cantábricas de donde era originaria su madre para caer abatido por la Guardia Civil en 1940, cuando realizaba un sabotaje junto a la partida de maquis de José Lavín Cobo, llamado *Pin el Cariñoso*.

El agente **Ursicinio Palomo** abandonó la policía para convertirse en uno de los más importantes agentes de artistas transformistas de la época. Más tarde se trasladó a Cuba, donde ganó una pequeña fortuna como empresario teatral.

José Juan Reyes volvió a México, donde participó de forma activa en la Revolución hasta su fracaso. Perteneció al círculo íntimo del periodista y revolucionario cubano Julio Antonio Mella. Tras el turbio asesinato de Mella, se exilió para siempre de su querido México para instalarse en París. Durante la ocupación nazi se unió a la Resistencia, albergando a artistas judíos en el sótano de su galería de arte especializada en fotografía. Murió en 1968, dos días después de la «noche de las barricadas» del Mayo francés.

Ramón María del Valle-Inclán aún tuvo tiempo de escribir muchas de las páginas más señeras de la literatura española. Murió de un cáncer de vejiga en 1936, en Galicia, negándose a recibir auxilio religioso y echando de menos la luz de Roma, donde fuera director de la Academia de España.

Benito Pérez Galdós murió pocos años después de los hechos aquí narrados, en 1920. Académico y diputado, presidió junto a Pablo Iglesias la conjunción Republicano-socialista. Escribió más de cien novelas, treinta obras de teatro e infinidad de artículos, cuentos y ensayos. La noche de su fallecimiento cerraron todos los teatros madrileños en señal de luto. A su entierro acudieron treinta mil personas; cuando el duelo oficial se retiró, la marcha la continuaron las menestralas, obreras, criadas, hijas y madres de las clases populares de Madrid, sus más rendidas lectoras. Fue candidato eterno al Premio Nobel de Literatura. Nunca lo ganó.

Álvaro Retana, «el escritor más guapo del mundo», fue condenado a muerte tras la Guerra Civil, acusado de robar objetos litúrgicos durante «el dominio rojo» para «escarnecerlos, incrustando en una custodia un retrato de la cupletista la Chelito, un cáliz para meter tres cosas con los colores de la bandera republicana y una imagen del Niño Jesús vestido de miliciano y con fusil al hombro». La pena fue conmutada por prisión, en la que pasó seis años.

Esto escribió en su testamento:

> *«Hago constar que muero sin perdonar a cuantos elementos del régimen de Francisco Franco Bahamonde se han complacido en perseguirme, difamarme y desdeñarme con ese implacable rencor que distingue a tantos titulados católicos, apostólicos y romanos, compostelanos y hasta del Puente de Vallecas, partidarios de la siniestra España de Felipe II. Si es verdad que existe el infierno, como allí nos encontraremos todos, procuraré hacerles imposible la vida eterna con la colaboración especial de Satanás, que, seguramente, será conmigo menos infame y rencoroso que ellos, a quienes me gustará ver cómo les queman los cuernos.*
>
> *No terminaré este testamento sin proclamar que fallezco sin acusarme de otros pecados que los exclusivamente de alcoba; perpetrados siempre sin perjuicio de tercero y de acuerdo con la parte beligerante que, invariablemente, solicitaba una repetición».*

Murió en 1970; algunas fuentes dicen que asesinado por un chapero, otras que tranquilamente y en su cama.

La clave FOGOVABIBIT KELCHECTIF PUNKT DROSVIENDE NAPURAVARI, usada durante la Primera Guerra Mundial, nunca ha podido ser descifrada.

Nota de la autora

«Quizá te interesen», dijo. Las notas, mecanografiadas y corregidas a mano, formaban parte del montón de papeles viejos que un amigo, en plena mudanza, sacaba de su casa con destino al contenedor de reciclaje de color azul. Un nombre escrito impidió que volvieran a convertirse en pulpa de celulosa.

Álvaro Retana.

La primera vez que escuché su nombre fue hace algo más de veinte años, en boca de un famoso actor. Entonces, a través de mi maestro William Layton, había sido admitida como becaria de dirección —sin derecho a sueldo ni a aparecer en el programa— en el Teatro María Guerrero, sede madrileña del Centro Dramático Nacional, donde se representaba *El mercader de Venecia* de William Shakespare. Cada tarde, aquella veinteañera subía por la calle Almirante hacia el edificio situado en la calle Tamayo y Baus radiante de felicidad, ansiosa por entrar en los camerinos de la compañía y ver a los actores maquillarse, calentar la voz y el cuerpo, vestirse de Porcia, de Shylock o de Príncipe de Marruecos. Llegaba horas antes de la representación para recorrer los pasillos vacíos, el foso, el contrafoso, la parrilla y los antepalcos, el corazón vacío de público, imitando al fantasma de doña María, a quien muchos técnicos y trabajadores del teatro juraban haber visto. Nunca encontré al espíritu de la Guerrero, pero desde las ventanas de los pisos superiores miraba hacia la calle para ver al público entrar en lo que a mí me parecía un templo dispuesto a contar la misma historia, siempre diferente.

Cada tarde, también, encontraba muy cerca de la puerta a un chico joven, de mi edad. Puede sorprender ahora, pero durante aquellos años, las tiendas de lujo de la calle Almirante y sus aledaños del paseo del Prado convivían con los chaperos y travestis que hacían la calle. El chico ofrecía sus servicios a una clientela fina

quién sabe si aficionada a la escena shakesperiana. Todas las tardes, al pasar junto a él, me decía: «Adiós, princesa»; yo sonreía y respondía al saludo. Hasta que un día me atreví a hablarle y, quizás inocentemente, sin saber por qué, le ofrecí unas entradas para el teatro. Con gracejo castizo se rio y me contestó: «¿Teatro? El teatro está aquí fuera, princesa».

Esa noche, tras la función, conté la anécdota a algunos miembros de la compañía entre los que estaba, en calidad de amigo de alguien que no recuerdo, ese insigne actor, quien, al escucharla, me habló por primera vez de Álvaro Retana. Yo no conocía al personaje, pero algunos de los presentes lo consideraban como una especie de «santo» gay además de icono de los tiempos del cuplé. Una rareza libertaria ya muy olvidada. Respecto al chaperito, un día desapareció y no lo volví a ver, como tampoco volví a escuchar el nombre de Retana hasta que, muchos años después, aquel amigo me puso entre las manos las hojas sucias y mecanografiadas que llevaban su nombre. Nunca sabremos cómo aquellos papeles novelísticos llegaron hasta la casa de mi amigo, aunque pasamos una tarde muy divertida imaginando todo tipo de teorías: hasta convertimos a su tío, un digno rentista solterón empedernido y del cual mi amigo había heredado la casa, en último amante de Retana y depositario de su obra.

Gracias a aquellos breves papeles apareció esta novela, salida de las brumas del teatro como el espectro de la Guerrero. Apenas unas notas, algo que podría ser o no obra del famoso Álvaro Retana, sirvieron para comenzar a contar lo que aquí se ha escrito. Quiero creer que al propio Retana le hubiera gustado terminar siendo un personaje de novela y que tantos años después de su muerte, a pesar de que el mundo continúe escandalizándose por las mismas cosas que lo llevaron a la cárcel, ha vuelto a la vida para poder seguir riéndose de los verdugos del mundo.

Agradecimientos

La danza de la serpiente agradece a Antonio Weinrichter sus largas y expertas conversaciones sobre la comedia romántica en el cine clásico, de las que es deudora. También da las gracias al especialista en criptografía Federico Cebrián, y a Marisa Tonezzer por haber animado y apoyado con entusiasmo infinito, y desde mucho antes de ser su editora, a quien firma estas líneas.

Esta historia está dedicada al maestro William Layton, quien me inoculó el veneno del teatro enseñándome a amarlo a través de sus gentes, tan valientes y libres. Gracias, señor Layton, por decirme adiós con aquel «Debes escribir».

Pilar Ruiz
Madrid, febrero de 2016

Bibliografía

Azuela, Mariano, *Los de abajo*. Fondo de Cultura Económica, 2010.

Fernández de la Reguera, R. y March, Susana, *España Neutral. 1914-1918*. Planeta, 1967.

García Sanz, Fernando, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Galaxia Gutemberg, 2014.

González Calleja, Eduardo y Aubert, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial. 1914-1919*. Alianza editorial, 2014.

Hormigón, Juan Antonio, *Valle-Inclán. Biografía cronológica y epistolario*. Publicaciones de la Asociación de Directores de España, 2006.

Madariaga de la Campa, Benito, *Pérez Galdós. Biografía santanderina*. Institución cultural de Cantabria, 1979.

Mazower, Mark, *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*. Ediciones B, 2001.

McMillan, Margaret, *1914. De la paz a la guerra*. Turner, 2013.

Ortiz de Armengol, Pedro, *Vida de Galdós*. Crítica, 2000.

Queralt, María Pilar, *Tórtola Valencia. Una mujer entre sombras*. Lumen, 2005.

Retana, Álvaro, *Las locas de postín. Los ambiguos. Lolita buscadora de emociones. El tonto*. Stockcero, 2013.

Santola Domingo, Pablo, *¡Levantáos, muertos de Verdún! Una historia cultural del espiritismo durante la Gran guerra*. Universidad Complutense de Madrid.

Zubiaurre, Maite, *Culturas del erotismo en España. 1898-1939*. Cátedra, 2012.



PILAR RUIZ GUTIÉRREZ (Santander, España, 1969) es periodista, guionista, directora de cine y escritora española.

Licenciada en Periodismo, máster en guion y diplomada en dirección cinematográfica, desarrolla su carrera profesional en diversas disciplinas del medio audiovisual, ha sido guionista de cine y series de televisión y directora del largometraje *Los nombres de Alicia* (2005).

Colabora como columnista en la revista *Ctxt* y ha escrito dos novelas: *El corazón del caimán* y *La danza de la serpiente*.

Notas

[1] —Señor marqués… Tenemos un problema. Nuestro hombre ha desaparecido. < <

[2] Querido amigo, con el deseo de celebrar que tenías… < <

[3] Un instante. < <

[4] Desgraciadamente. < <

[5] Muy pícaro. < <

[6] ¡Oh, los años perdidos, las lágrimas perdidas y el trabajo de nuestra cabeza y mano pertenecen a la mujer que no sabía (ahora sabemos que no podía nunca saber) y que no comprendía! < <

[7] Quiero a mis heridos fuera de aquí y en el hospital en quince minutos. ¡Quiero a mis hombres fuera de aquí! < <

[8] ¡Lo juro por la tumba de mi madre! < <